A.J. McDINE

TODOS TENEMOS SECRETOS

¿HASTA QUÉ PUNTO CONOCES A LAS PERSONAS QUE MÁS QUIERES?

¿HASTA QUÉ PUNTO CONOCES A TU PROPIA FAMILIA?

JENTAS

TODOS TENEMOS SECRETOS

A.J. McDine
Todos tenemos secretos
Título original: Everyone Has Secrets
Copyright © A.J. McDine, 2024. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Alba M. Vila, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1418-5

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

Para Adrian, por todo

PRÓLOGO

Una llamada de teléfono. Eso fue lo único que hizo falta para que mi vida se viniera abajo. Como una tormenta que arrasa una calle tranquila, la llamada lo cambió todo y solo dejó caos a su paso.

No me faltaba nada: tenía un hogar acogedor, un marido cariñoso y un hijo guapísimo que era el centro de nuestro mundo. Éramos felices. Al menos, eso creía.

Mientras me desplomaba en el sofá con el teléfono en la mano, supe que mi vida perfecta no había sido más que una ilusión. Había bajado la guardia y, de repente, cuanto me importaba me fue arrebatado delante de mis narices. Estúpida. *Estúpida*.

La voz al otro lado de la línea aún resonaba en mis oídos mientras me ponía en pie y salía a trompicones de casa. No tardé en cruzar la calle, con imágenes de mi hijo en mi mente. Su cara roja y arrugada el día que nació. Dormido en su cochecito, con el pulgar en la boca. En el columpio del parque, mientras yo lo empujaba cada vez más alto. Cogiéndome de la mano el primer día de colegio. Tantos recuerdos, cada uno de ellos mancillados, ahora que sé la verdad.

Llegué al otro lado de la carretera y me detuve para recuperar el aliento. La entrada principal se encontraba entreabierta. Más allá, el pasillo estaba a oscuras. Empujé la puerta y entré temblando con mi delgada camiseta de algodón. El silencio era asfixiante.

Me tambaleé por la casa, aún conmocionada. ¿Cómo podía parecer todo igual cuando ya nada volvería a ser como antes?

1

—Perfecto. —Me echo hacia atrás para admirar mi obra. Del techo de la cocina cuelgan serpentinas y panales de abeja, y las paredes están adornadas con banderines y globos. Una enorme bola de discoteca brilla como un diamante al reflejar los rayos del sol de la tarde—. A Joe le va a *encantar*.

Noah, mi marido, entra mientras coloco los platos de papel en la encimera de granito. Sonrío y señalo con el brazo la decoración.

—¡Tachán!

Arruga la nariz.

—Es un poco exagerado, ¿no?

La sonrisa se me borra del rostro.

—¿Crees que es demasiado?

—Joe tiene dieciséis años, no seis.

Tiro mecánicamente el envoltorio de plástico de un paquete de vasos de papel que pedí en una tienda de artículos para fiestas por Internet. Me alegré muchísimo cuando encontré platos y vasos a juego con la combinación de colores azul y plata que había elegido para la fiesta de cumpleaños de nuestro hijo. Las palabras de Noah han sido como un jarro de agua fría.

—¿Crees que debería quitarlos?

Sacude la cabeza. Sus ojos verde grisáceo están enmarcados por ojeras y lleva la camisa arrugada.

—No lo sé, Eve. Pregúntale al cumpleañero. Es su fiesta.

—Tiene un partido, acuérdate. —De todos modos, cojo el teléfono y le dejo un mensaje a Joe pidiéndole que llame. Luego echo un vistazo a la habitación. Quizá la decoración sea un poco exagerada. Arrastro una silla bajo uno de los panales y me subo. Al llegar al techo, la silla se tambalea de forma precaria y, por un momento, temo que se caiga al suelo y me arrastre con ella. Alargo un brazo, me agarro al armario de la cocina más cercano y exhalo despacio.

—¿Qué haces? —pregunta Noah.

—Voy a simplificarla un poco. Creo que tienes razón. No quiero avergonzarlo delante de sus amigos —Despego el adhesivo que fija

el panal al techo, me bajo y muevo la silla hasta el siguiente—. Pero la bola de discoteca me ha costado veinte libras. Se queda.

Al principio me mostré reacia cuando Joe me preguntó si podía invitar a algunos amigos a celebrar su decimosexto cumpleaños. La última vez que habíamos celebrado una fiesta para él en casa fue cuando cumplió cinco. Una horda de entusiastas chicos del pueblo había arrasado la casa, destruyendo todo a su paso como torbellinos con exceso de azúcar. Semanas después, aún encontraba manchas imposibles de identificar en nuestras baldosas del suelo.

—Nunca más —le dije a Noah mientras sacaba con cuidado un palito de zanahoria mohoso del respaldo del sofá. Después de eso, las fiestas de Joe habían tenido lugar en parques de trampolines y boleras, centros de *láser tag* y piscinas, donde no importaba si los niños rociaban kétchup por todas partes o machacaban las patatas fritas en la moqueta con las zapatillas de deporte, porque alguien lo limpiaba. Era caro, pero merecía la pena.

A los doce años, Joe aseguró que las fiestas de cumpleaños eran más que patéticas, y yo exhalé un silencioso suspiro de alivio al pensar que sus días de fiesta habían terminado.

Al parecer, me había equivocado.

Me encontró en el jardín tendiendo la colada la semana pasada. Por la forma en que cambiaba el peso de un pie a otro, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de chándal Nike negros, me di cuenta de que quería algo.

—¿Puedo invitar a unos amigos a mi cumpleaños?

—¿Qué?, ¿una fiesta en casa?

—No es una fiesta, mamá —Se agachó para coger una toalla del cesto de la ropa sucia y me la dio—. Solo vendrán unos amigos a jugar a la Xbox y pasar el rato.

—Tendré que consultarlo con papá.

—Ya le he preguntado yo. Dice que le parece bien.

—Ah, claro. —Me dolió que Joe no hubiera acudido a mí primero, pero forcé una sonrisa—. ¿A quién pensabas invitar?

—A los de siempre. Connor y Josh, y tal vez a un par de amigos del colegio.

—¿Y Annie? —pregunté, porque no habría estado bien no invitar a

mi ahijada de quince años. Joe y ella se conocen de toda la vida. Su madre, Lisa, es mi mejor amiga. Lo hacemos todo juntas.

Se encogió de hombros.

—Si ella quiere...

—Déjame pensarlo, ¿vale?

Por un segundo, me pareció ver un destello de ira en sus ojos, pero luego sonrió, se inclinó sobre el cesto de la colada para darme un beso en la mejilla y dijo: «Gracias, mamá» antes de volver corriendo a casa.

—¿Cuándo ibas a mencionar la fiesta de Joe? —le pregunté a Noah mientras nos preparábamos para acostarnos aquella noche—. Porque me habría gustado que me consultaras antes de decirle que sí.

—Eve, son solo unos amigos para tomar unas cervezas y jugar al *FIFA.*

—Hasta que lo anuncie en las redes sociales y cientos de adolescentes no deseados aparezcan y nos destrocen la casa.

—No va a anunciarlo en las redes sociales. No es estúpido. —La mandíbula de Noah se tensó, dos profundas líneas de expresión marcaron su frente. Hubo un tiempo en que habría suavizado sus palabras con una sonrisa. Pero ya no. De un tiempo a esta parte no se molestaba en ocultar su exasperación, y eso me dolía mucho. ¿No veía por qué estaba tan preocupada?

—Sé que no es estúpido —dije—. Pero sigo sin estar segura de que sea una buena idea.

Noah colocó las gafas en la mesilla de noche y se masajeó el puente de la nariz.

—Deja que el pobre chico se divierta.

—Supongo que si estamos aquí...

—No, Eve. —Fue casi un gruñido—. Déjalos en paz. Tienes que empezar a darle espacio. —Era la misma cantinela que repite desde que Joe llegó a la adolescencia.

"Da un paso atrás. Deja de asfixiarlo. Déjalo cometer sus propios errores».

Para Noah es fácil decirlo. Ya tiene un hijo, Billy, con Jenny, su primera mujer, mientras que Joe es mi único hijo y me he pasado los

últimos dieciséis años tratándolo entre algodones. No puedo dejarlo ir sin más.

—¿Adónde iremos?

—A casa de Lisa. —Noah apartó el edredón y se metió en la cama con un gruñido de gratitud, luego me miró—: De todas formas, te pasas media vida en su casa. Y si no estás allí, ella está aquí. —Se estiró para apagar la lámpara de la mesilla—. Y si Lisa está trabajando, iremos al *pub*.

—Pero ¿y si pasa algo? —Ya me imaginaba quemaduras de cigarrillo en el sofá, botellas rotas esparcidas por la alfombra y montones de vómito en las macetas.

—No pasará nada. —Se giró a un lado, de espaldas a mí—. Y si pasa, estaremos al otro lado del parque.

No tenía fuerzas para discutir, pero ahora que faltan pocas horas para la fiesta ojalá me hubiera plantado. No puedo evitar la sensación de que algo terrible va a suceder.

***

Noah desaparece en su estudio murmurando algo sobre la contabilidad de fin de año mientras yo descuelgo un par de hileras de banderines y saco la compra. Además de suficientes aperitivos para alimentar a una docena de adolescentes hambrientos, he comprado alcohol, en contra de mi buen juicio. No mucho: solo una caja de cervezas y media docena de botellas de sidra. Había metido unas botellas de vodka en el carrito, pero luego he cambiado de opinión y las he vuelto a dejar en la estantería. Sé que los niños de la edad de Joe beben, no soy ingenua. Pero no quiero que se emborrachen bajo mi techo.

De igual manera, sé que no tiene sentido prohibir la bebida, sobre todo con Connor Moody y Josh Duffy en la lista de invitados. Es mejor ofrecer una pequeña cantidad de cerveza y sidra que arriesgarse a que traigan bebidas alcohólicas fuertes o saqueen nuestro mueble bar.

Pongo la cerveza y la sidra en la nevera y busco cuencos para los cacahuetes y las patatas fritas. Subo a darme una ducha cuando se

abre la puerta principal y aparece Joe. Lleva el uniforme de *rugby* lleno de barro y tiene las mejillas enrojecidas.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el partido? —pregunto, aunque hace media hora que he visto el resultado en las redes sociales de la escuela.

—Hemos perdido, dieciséis a catorce. —Se quita las zapatillas y tira la bolsa y la mochila al suelo del pasillo.

—Cerca, sin embargo. ¿Alguna anotación?

—No, hoy no.

—He comprado algo para esta noche. —Sigo a Joe por el pasillo y casi choco con él cuando se detiene en seco para echar un vistazo a la cocina.

—Cielos, mamá, no tenías por qué.

—Ah, no ha sido ninguna molestia —le indico con una sonrisa—. Me preocupaba haberme pasado un poco, pero solo se tienen dieciséis años una vez.

Joe busca en la nevera una lata de Pepsi Max.

—Ni siquiera cumplo años hasta el lunes —murmura, tirando de la anilla.

—Lo sé, pero he pensado que sería divertido.

Él da un largo trago y vuelve a mirar en la nevera.

—¿Hay algo de comer? Me muero de hambre.

—Te he comprado una *pizza*. Solo tardará diez minutos.

—¿A qué hora vais papá y tú a casa de Lisa?

—Seis y media. Volveremos sobre las once.

—¿Puede ser mejor a medianoche?

Le levanto la mano y le alboroto el pelo. Huele a barro, hierba y sudor. Ha sido una semana de locura y estoy destrozada. Si pudiera, me metería en la cama con las luces apagadas a las diez.

—Ya que me lo has pedido con tanta amabilidad, a medianoche.

—Gracias, mamá. —Me muestra una sonrisa.

De pronto me invade una repentina sensación de inquietud. ¿Y si pasa algo? Antes de que mi imaginación se dispare, me doy una severa charla. Noah tiene razón, tengo que darle espacio a Joe. Es un buen chico y confío en él.

Saco la *pizza* de la nevera. Mientras enciendo el horno y corto el envoltorio con un cuchillo de cocina, mi voz interior me aguijonea.

Puedo confiar en Joe, pero ¿puedo confiar en sus amigos?

2

—¿Crees que deberíamos haber establecido algunas normas básicas? —le pregunto a Noah mientras cruzamos el parque del pueblo hacia casa de Lisa.

—Desde luego que no. Ya sabes lo que dicen de las normas: están hechas para romperlas. De todos modos, Annie estará allí. Se asegurará de que los chicos se comporten.

Él lleva una botella de vino en cada mano, una de tinto y otra de blanco, y yo una tarta de chocolate y una tarrina de nata. Las luces brillan en todas las ventanas de la pequeña casa de Lisa y da la impresión de que está en llamas. Miro hacia la nuestra.

—Espero que los niños no enciendan la chimenea.

—Déjalo ya, Eve —dice Noah con el ceño fruncido mientras mantiene abierta la verja de Lisa. Paso y camino por el sendero hasta la puerta principal. Antes de levantar la mano para golpear la aldaba, la puerta se abre y Annie sale disparada. Se me acelera el corazón, como siempre que veo a mi ahijada. Delgada, con el pelo rubio hasta la cintura y una amplia sonrisa, Annie es la viva imagen de su madre. Al igual que Lisa, es alegre y vivaz, un marcado contraste con Joe, que puede ser monosilábico y temperamental. Ella es el positivo frente a lo negativo de él. La hija que nunca tuve. Cuando era pequeña, nos unimos gracias a *Barrio Sésamo* y *Peppa Pig*. Ahora nuestras familias siguen igual de unidas. Annie y yo compartimos el amor por Eurovisión y las comedias románticas cursis. Su compañía siempre me hace sonreír y siento que mis preocupaciones desaparecen si estoy con ella.

—Hola, cariño. —Le entrego el pudin a Noah para darle un abrazo a mi ahijada—. Estás preciosa. Bonito vestido. ¿Lo has hecho tú?

Annie retrocede y da una vuelta, cohibida.

—¿Te gusta? No estaba segura del escote.

—Se ve increíble. Estás increíble. —Un poco de delineador de ojos, una pincelada de rímel y un poco de brillo de labios es todo lo que necesitas a los quince años, pienso con tristeza. Annie ha combinado su minivestido de terciopelo verde bosque con medias opacas, unas

botas Doc Martens y el pelo recogido en una trenza. Siempre ha tenido un sentido innato del estilo, ya de pequeña rebuscaba en la caja de disfraces de Lisa.

—Que pases una buena noche —dice Noah.

—Ya sabes dónde encontrarnos si necesitas algo —añado.

Annie sonríe y se aleja por el jardín. La luz de seguridad se enciende cuando sube por el camino de entrada y llama al timbre. Un momento después, la puerta escarlata se abre y ella entra en casa, tan fugaz como un chaparrón de verano, y se me eriza el vello de la nuca de desasosiego, aunque no sé por qué.

***

La puerta de Lisa da directa al salón, que se encuentra en su siempre caótico estado. Todas las superficies están cubiertas de conchas y trozos de madera, facturas sin pagar, tazas de café abandonadas y libros de la biblioteca olvidados. El radiador está adornado con un par de bragas negras de encaje y un sujetador a juego; hay acuarelas envueltas en papel de estraza apiladas contra la pared, junto a la puerta de entrada, y el Jack Russell de Lisa, Vincent, llamado así por Vincent van Gogh, dormita en la alfombra frente al fuego.

Mezclado con el olor a humo de leña se percibe el aroma a coco y especias y me ruge el estómago. Estaba tan ocupada decorando la casa para la fiesta de Joe que he olvidado comerme un bocadillo.

—Somos nosotros —digo mientras atravesamos el pequeño comedor y entramos en la cocina, en la parte trasera de la casa. Lisa está cortando cilantro de una planta del alféizar, pero deja caer las hierbas sobre la encimera cuando nos ve.

—Estoy haciendo mi propia versión del curri rojo tailandés —nos dice después de darnos un abrazo—. ¿Sabías que hay gente que piensa que el cilantro sabe a jabón? Incluso hay un Día Internacional del Odio al Cilantro. ¿Quién lo iba a decir?

—Tiene que ver con variantes genéticas en los receptores olfativos. —Noah deja las botellas de vino sobre la mesa—. Las personas con la variante detectan un olor jabonoso en el cilantro.

—Muy bien, listillo. —Lisa le pasa un sacacorchos—. Ábrelo. Necesito ahogar mis penas.

—¿Qué pasa? —Meto la tarta y la nata en la nevera. Conozco la cocina de Lisa casi tan bien como la mía.

—El casero acaba de anunciar que me sube el alquiler doscientas libras.

—¡No puede hacer eso! —exclamo.

—Me temo que sí. —Lisa se encoge de hombros—. La hipoteca que tiene en esta casa ya no tiene un tipo fijo y sus cuotas se han disparado. No puedo culparlo. —Toma el vaso que Noah le ofrece y cierra los ojos un segundo mientras da un sorbo.

—Pero ¿de dónde vas a sacar el dinero extra? —pregunto. Lisa ya tiene problemas. Se gana la vida a duras penas con la venta de acuarelas y dando clases de pintura en los centros cívicos de los pueblos. ¿Cómo va a conseguir doscientas libras más al mes?

—Hay un trabajo en la gasolinera de la circunvalación. Turnos de noche, así que puedo compaginarlo con mis clases. Es el salario mínimo, pero a caballo regalado no le mires los dientes.

No puedo imaginar nada peor, pero me muerdo la lengua. Desde que la conozco, Lisa ha aceptado empleos temporales, desde tareas de limpieza y jardinería hasta trabajar detrás de la barra del *pub* del pueblo, The Swan. Ha desplumado pavos y recogido manzanas, ha atendido bodas y limpiado el suelo en una caballeriza local para llegar a fin de mes. Mi trabajo como directora de Matemáticas en el instituto femenino local es estresante, pero Lisa trabaja más duro que nadie que conozca y, aun así, le cuesta mantenerse a flote. Ahora esto. No es justo.

—Si quieres, puedo hablar con la directora de Arte de la escuela —le digo—. Puede que tenga algo.

Lisa remueve el curri por última vez y esparce el cilantro picado por encima.

—Eres muy amable, Eve, pero no te preocupes. Todo saldrá bien.

Y esa es la diferencia entre nosotras, reflexiono, mientras Lisa saca cuencos calientes del horno y los pone sobre la mesa. Yo soy una persona de vaso medio lleno, pero el vaso de Lisa siempre está rebosante. Al instante, miro el teléfono, pero no hay mensajes

nuevos.

—Voy a pasarme por casa para asegurarme de que los niños están bien mientras tú sirves —digo sacando las llaves del bolsillo de mi abrigo.

Noah golpea su vaso contra la encimera con tanta violencia que Lisa y yo nos sobresaltamos.

—Por el amor de Dios, Eve, ¿quieres dejar de preocuparte? —brama—. Lo último que quieren es que metas las narices. Están perfectamente bien.

A regañadientes, vuelvo a guardar las llaves y le dirijo una mirada.

—Por tu bien, espero que tengas razón.

3

Noah arranca un trozo de pan *naan* y lo moja en el curri.
—Esto está buenísimo, Lisa. ¿Es citronela?
Ella asiente.
—La he cocido en la leche de coco.
El curri huele de maravilla, el arroz de jazmín está delicioso. Como con avidez, sin importarme que la cintura de mis vaqueros se me clave con saña en los pliegues blandos de mi estómago.
—Cuesta creer que nuestros bebés tengan casi dieciséis años —comento con la botella de Sauvignon para rellenar los vasos.
Noah echa más arroz en el plato.
—Un minuto estás cambiando pañales, y al siguiente estás mirando universidades. No parece real.
—¿Annie sigue decidida por el London College of Fashion? —le pregunto a Lisa.
—Si saca las notas.
—Londres será caro —observa Noah.
—Ya ha convencido a Matt para que le dé trabajo como lavaplatos en el *pub* tres noches a la semana y así empezar a ahorrar.
—Ojalá Joe moviera el culo y se buscara un trabajo —refunfuña Noah, y yo suspiro para mis adentros porque ya se ha calentado con el tema—. El chico cree que el mundo le debe una vida. No tiene ni idea.
—¿No os he dicho siempre que deberíais haberlo mandado al instituto público? —Lisa nos hace un gesto con el dedo—. Se pasa el día rodeado con hijos de papá. No me extraña que piense que el dinero crece en los árboles.
—Fue decisión de Eve llevarlo al privado, no mía —le recuerda Noah—. Solo lo mejor para nuestro hijo.
Su voz es burlona, y me sonrojo. Es un argumento trillado. Noah odia que su hijo menor suene más elegante que él. También envidia cada centavo de las exorbitantes cuotas que Elmwood Manor cobra por el privilegio de asistir a la escuela más elitista del condado. Treinta de los grandes al año, que no incluye los extras como las

clases de guitarra, los viajes de esquí y los programas de intercambio. Joe ha puesto sus miras en un viaje a China el próximo verano que nos costará otras cuatro mil libras. Aún no me he atrevido a mencionárselo a Noah.

No tengo nada en contra de la educación pública, pero cuando Joe suspendió el examen de acceso a la secundaria, sus opciones eran muy limitadas: ir al instituto local, que acababa de implantar los programas de medidas especiales, o ir a uno privado. Cuando Joe y yo fuimos a la jornada de puertas abiertas de Elmwood y vimos los campos de deportes para todo tipo de clima y la piscina cubierta, el centro de artes escénicas de última generación y la biblioteca, que parecía sacada de Hogwarts, tomé la decisión de pagar las tasas, incluso si eso significaba que tenía que volver a dar clases a jornada completa. Era un precio que estaba dispuesta a pagar.

Después de devorar un trozo de tarta de chocolate cada uno, ayudo a Lisa a fregar los platos y nos retiramos al salón con la segunda botella de vino. Me acerco a la ventana y miro a través del jardín. La luz del porche está encendida, tal como la habíamos dejado, pero, por lo demás, todo está a oscuras. ¿Y por qué no iba a estarlo? La cocina está en la parte trasera. Aun así, no puedo disipar la ansiedad que me revuelve el estómago.

—¿Va bien? —Lisa se quita las zapatillas y se acomoda en el sofá. Vincent salta de la alfombra, da un par de vueltas y se hace un ovillo a su lado.

—Va bien —confirmo.

—¿Por qué estás tan preocupada? —dice, rascándole la oreja de Vincent—. Son buenos chicos.

—Lo sé, pero lees esas historias de terror sobre fiestas que se descontrolan. Ya sabes, cuando la anuncian en las redes sociales y cientos de personas acuden y destrozan la casa. Quemaduras de cigarrillos en el sofá, vómitos en la alfombra y botellas de cerveza rotas por todas partes.

Noah se ríe.

—Suena inofensivo comparado con las fiestas en casa a las que iba a su edad.

Me uno a Lisa en el sofá. Tiene razón. Son buenos chicos y me

estoy preocupando sin necesidad. Vale, las notas de Joe en el colegio han bajado este trimestre, pero, aun así, las que ha sacado en los exámenes de este verano son bastante decentes. Nunca será un estudiante de sobresaliente como Annie, pero eso no importa. Quiere ir a Loughborough a estudiar Ciencias del Deporte. En secreto, espero que decida hacer un postgrado en Educación cuando termine la carrera. Siempre he pensado que sería un brillante profesor de Educación Física.

A las diez, Lisa encuentra una baraja de cartas y jugamos al *blackjack* frente al fuego, y nos pasamos al licor de endrino casero de Lisa tras terminarnos el tinto. El alcohol actúa como un anestésico y adormece mi ansiedad con la misma eficacia que la aguja de un dentista adormece una muela. La voz de Noah es cada vez más fuerte, como siempre que ha bebido demasiado. El rostro pálido de Lisa se sonroja. Me doy cuenta de cuánto he bebido cuando me levanto para ir al baño y la habitación empieza a dar vueltas.

—¿Alguien quiere agua? —pregunto en dirección a la cocina. Nadie contesta, pero sirvo tres vasos y los llevo al salón.

Mientras los coloco con cuidado en la mesita, suena un móvil. Tardo unos segundos en darme cuenta de que es el mío. Tropiezo con mi bolso, que he dejado junto a la puerta principal, y me tropiezo con la esquina de la silla de Noah. He bebido demasiado. Por la mañana me va a doler la cabeza.

Los ojos de Noah y Lisa se clavan en mí mientras miro fijamente la pantalla.

—Es Joe. —Los miro con preocupación—. ¿Qué puede querer?

—Las llaves de mi guarida para beberse mi cerveza, lo más seguro —dice Noah. Se palmea el bolsillo y sonríe—. Por suerte las he traído conmigo. ¿Vas a contestar o no?

Acepto la llamada y me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Mamá? —grita Joe—. Tienes que venir a casa.

—¿Ahora? —Frunzo el ceño—. Creía que no querías que volviéramos hasta medianoche.

—Por favor, mamá. Solo ven. Yo... no sé qué hacer.

Su voz suena entrecortada, presa del pánico. El miedo me encoge

el estómago.

—Joe, me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

—Es Annie, mamá. Algo le ha pasado a Annie.

4

Miro a Lisa, con el miedo retorciéndose en mis entrañas.

Se le congela la cara.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

—Joe dice que algo le ha pasado a Annie.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —grita. Cuando nuestras miradas se cruzan, se le va el color de la cara.

—No lo sé. No me lo ha dicho.

Noah ya está en pie y se dirige a la puerta principal. Me calzo las botas y lo sigo, sin molestarme en ponerme la chaqueta, y me digo a mí misma que todo irá bien, que Annie se habrá quemado la mano en el horno calentando el pan de ajo que envolví en papel de aluminio y dejé en la encimera, o se habrá cortado barriendo una botella de cerveza rota. Entonces recuerdo el pánico en la voz de Joe y el miedo se intensifica. Joe suele ser tan sensato como su padre. Yo soy la que más se preocupa de la familia.

Salimos corriendo y cruzamos el prado hasta nuestra casa. Golpeo la puerta de entrada mientras Noah busca las llaves. Maldice en voz baja cuando se le caen en el umbral.

Me agacho y las recojo, pero, antes de que pueda meter la llave en la cerradura, la puerta se abre de golpe. Un chico al que reconozco vagamente como Ethan Curtis, el hijo de nuestro médico de cabecera, está de pie en el pasillo, con la cara blanca como el papel y las pupilas dilatadas por el miedo.

—Están en la cocina —murmura, y se aparta para dejarnos pasar.

Siento a Lisa detrás de mí mientras corro por la casa gritando el nombre de Joe. Irrumpimos en la cocina. Annie está tumbada en posición de seguridad en la alfombra frente al sofá, Joe agachado sobre ella. Apenas veo a los otros tres adolescentes, que observan con recelo acurrucados en un rincón.

—¡Annie! —Lisa cae de rodillas y acaricia la cara de su hija.

Me pongo en cuclillas a su lado y cojo la mano de Annie. Espero que tenga el brazo flácido, pero está rígido y su piel está caliente al tacto. Le presiono la muñeca con las puntas de los dedos índice y

corazón. No siento nada. No puede ser. Cierro los ojos y aprieto con más fuerza. Por fin lo noto: un pulso, débil pero presente.

—¡Llama a una ambulancia! —le grito a Noah. Él asiente, con el móvil ya en la mano, y sale al pasillo para hacer la llamada.

Me vuelvo hacia Annie. Lisa le acaricia la frente húmeda y le alisa el pelo sudoroso. Annie tiene la mandíbula desencajada y una fina línea de saliva le resbala por la barbilla. Resisto el impulso de estirar la mano y limpiársela.

—¿Qué ha pasado, Joe? —dice Lisa—. ¿Ha tomado algo?

Al principio, no estoy segura de lo que Lisa quiere decir. ¿Tomar el qué? Y entonces me doy cuenta. Lisa le está preguntando a Joe si Annie ha tomado alguna droga. Siento un suspiro de terror cuando Joe se rodea el pecho con los brazos e inclina la cabeza.

—¡Joe! —repite ella—. ¿Se ha metido algo?

—Creo que alguien le ha dado éxtasis —masculla.

—Dios mío. —Lisa acuna la cabeza de Annie en su regazo.

Se me revuelve el estómago. ¿Éxtasis? ¿Quién le ha dado éxtasis a Annie, aquí, en nuestra casa? Me pongo en pie de un salto y me vuelvo hacia la pandilla de adolescentes que merodeaban junto a las puertas abiertas del patio cuando hemos llegado, pero se han fundido con la noche.

Noah vuelve a la cocina.

—Han desviado una ambulancia de otra llamada. Tardarán quince minutos. ¿Respira? —Asiento con rapidez—. Vale. —Se pasa una mano por el pelo—. En ese caso, han dicho que tenemos que asegurarnos de que sus vías respiratorias no se obstruyan.

Empujo a Joe para coger un paño de cocina del cajón y lo pongo bajo el grifo frío. Me tiemblan las manos mientras lo escurro y se lo doy a Lisa, que lo presiona contra la frente de Annie. Cojo otra y la uso para limpiar un charco de agua que hay junto a la cabeza de Annie. Debe haberse derramado del vaso de cerveza volcado en el suelo, junto a mis pies.

—¿Quieres apagar esa puta música? —le ladra Noah a Joe. Parpadeo. Ni siquiera me había dado cuenta del bajo que sonaba de fondo, como un tambor lejano. Joe juguetea con su móvil y la música se detiene con brusquedad—. Voy fuera a esperar a la

ambulancia —dice—. Llama si me necesitas.

Asiento con la cabeza y lo veo desaparecer por la puerta. Aprieto la mano de Lisa.

—Se pondrá bien —murmuro, porque la alternativa es demasiado horrible para contemplarla. Como Lisa no responde, me pongo en pie, me apoyo en la isla de la cocina y miro el segundero del reloj de la cocina. Son poco más de las once y media. ¿Cuánto hace que Noah ha llamado a una ambulancia? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

El tiempo se ha ralentizado, pero mi mente va a toda velocidad. Joe ha dicho que Annie había tomado éxtasis, pero no tiene sentido. Annie es la chica más sensata que conozco. Está en el consejo escolar; es capitana de los equipos de *hockey* y *netball* sub-16. Es responsable y todo el mundo la quiere. Una de esas chicas de oro destinadas a grandes cosas, no del tipo de las que se meten éxtasis en la fiesta de un amigo.

Echo un vistazo a Joe. Está encorvado en un rincón de la habitación, la mirada fija en el suelo y el rostro marcado por la tristeza. Es comprensible: Annie y él están más unidos que la mayoría de los hermanos. Me invade la compasión, me acerco a él y le paso el brazo por los hombros.

—Se pondrá bien —le repito.

Está rígido, impasible.

—Voy a esperar con papá —murmura, separándose de mí.

Desesperada por tener algo que hacer, empapo otro paño de cocina y se lo doy a Lisa.

—Mi pobre bebé —canturrea Lisa—. Mi niña querida. —Las lágrimas le ruedan por la cara, pero no se las limpia y salpican la piel enrojecida de Annie—. ¿Quién te ha hecho esto, ángel? —susurra—. ¿Quién te ha hecho esto?

5

Por fin el silencio se ve interrumpido por el débil ulular de una sirena. El alivio me debilita. Pronto llegarán los paramédicos, se harán cargo de Annie y la curarán. Todo se arreglará.

—Está aquí. —La voz de Noah llega desde el pasillo. Aparece, seguido de dos paramédicos, un hombre y una mujer.

La mujer se agacha junto a Lisa.

—¿Eres su madre? —pregunta. Ella asiente—. ¿Sabes qué se ha tomado?

Lisa mira a Joe.

—Éxtasis.

Mientras el paramédico sujeta un oxímetro en el dedo corazón de Annie, su cuerpo empieza a temblar y sus músculos a sufrir espasmos.

—Está teniendo un ataque de epilepsia —le dice ella a su colega—. Tenemos que llevarla al hospital ya.

—Traeré la camilla. —Grita algo por la radio y desaparece de la habitación. Vuelve unos segundos después, y ambos suben a Annie a una camilla y la envuelven en una manta de emergencia.

—¿Vienes en la ambulancia? —le pregunta la paramédico a Lisa.

—Por favor.

—Yo también iré —digo mirando a Noah, que asiente—. ¿La vais a llevar a Nesborough?

Es el hospital más cercano con servicio de urgencias, a quince kilómetros de aquí.

—Sí. —La expresión del paramédico es sombría mientras mueve la cabeza hacia la puerta principal, haciéndome señas para que lo siga, pero Lisa me cierra el paso.

—No —dice ella.

—¿Qué?

—No quiero que vengas.

Parpadeo.

—Pero puedo esperar contigo, hacerte compañía mientras tratan a Annie.

Su expresión se endurece.

—No quiero que vengas —repite.

—Lisa, por favor. —Extiendo una mano apaciguadora—. Estás disgustada. Lo entiendo. Pero puedo ayudarte. Hablar con los médicos por ti, tomar notas, ese tipo de cosas.

—¿Quién viene? —pregunta con urgencia la paramédico.

—Solo yo —dice Lisa. Tiene la mandíbula apretada, como si estuviera imitando a su hija—. Esto es culpa tuya —gruñe, y su mirada se desvía de mí a Joe, que está al pie de la escalera, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros holgados—. Y nunca te perdonaré si Annie..., si ella... —Un sollozo desgarrador le roba el resto de la frase. Cuando por fin consigue controlar su voz, suena tan fría como el hielo—. Aléjate de Annie y de mí.

***

Dormir es imposible y, después de mandar a Joe a la cama, Noah y yo nos sentamos en el sofá de la esquina de la cocina a esperar noticias. No creo que Lisa nos diga cómo está Annie. Aún me duele la hostilidad que había en su voz.

—Deberíamos haberle preguntado a Joe por las drogas —digo con un cojín en mi pecho. Me cuesta creer que hace apenas un par de horas estuviera felizmente achispada, disfrutando de una partida de cartas con mi marido y mi mejor amiga. En un abrir y cerrar de ojos, mi pequeño, seguro y predecible mundo ha girado sobre su eje.

—Espera hasta mañana —dice Noah.

—Prepararé una taza de té. —Me levanto de un salto, feliz de tener algo en lo que ocuparme, aunque solo sea un minuto o dos. Dejo las dos tazas en la mesita y vuelvo a sentarme en el sofá—. Llamaré al hospital para preguntar cómo está.

—No te lo dirán. No somos familia.

—Somos lo más parecido que tienen a una familia —replico.

Enarca una ceja, pero no le hago caso, porque es verdad. Estaba embarazada de cuatro meses de Joe cuando nos mudamos del norte de Londres a The Old Vicarage, en South Langley, hace dieciséis años. Durante los primeros meses pensé que habíamos cometido un

terrible error. Aunque era impresionante, nuestra nueva casa, tres veces más grande que nuestra acogedora y moderna casa adosada de Highgate, era húmeda y tenía corrientes de aire. La vida en el campo constituía un choque cultural: el pésimo wifi, la falta de transporte público, el trayecto de quince kilómetros hasta el supermercado más cercano. Los amigos que ya se habían mudado de Londres nunca habían mencionado el hedor a estiércol en otoño, el cacareo del gallo local a las cuatro de la mañana, las miradas sospechosas de los clientes habituales si te atrevías a entrar en tu nuevo local.

Por primera vez en nuestras vidas, éramos los forasteros, con la nariz pegada a la ventana, esperando que alguien nos viera de pie en el frío y nos invitara a entrar.

Todo cambió cuando conocimos a Lisa y a su marido Craig en una clase prenatal en el centro social del pueblo. Lisa, cuyo bebé nacería poco después del nuestro, era de South Langley; Craig se había criado en Nesborough, el pueblo más cercano. Congeniamos al instante y nos acogieron en su grupo de amigos con los brazos abiertos. Pronto, Noah se convirtió en un habitual del concurso semanal del *pub*, y yo empecé a trabajar como voluntaria de lectura en la escuela primaria local. Cuando Joe y Annie nacieron con dos semanas de diferencia, nuestra amistad se estrechó mientras atravesábamos juntos los altibajos de la maternidad. Me llevaba bien con las otras madres del pueblo, pero siempre eran muy competitivas. Con Lisa no necesitaba fingir que era otra persona. A ella no le importaba que fuera casi incoherente por el cansancio o que tuviera manchas de vómito en la camiseta. Era más que una amiga; era la hermana que nunca había tenido. No pasó mucho tiempo antes de que The Old Vicarage empezara a parecerme un hogar, y Lisa, Craig y Annie parte de nuestra familia.

Me quedé desolada cuando a Craig le diagnosticaron un tipo agresivo de cáncer testicular dos años después de mudarnos a South Langley. Luchó contra la enfermedad con el humor y la valentía que lo caracterizaban, pero ni siquiera las cada vez más brutales sesiones de quimioterapia pudieron evitar que el cáncer se extendiera a los huesos. Murió en nuestro hospital local, con Lisa, Annie, de tres

años, y sus padres a su lado, un año después.

—No somos familia a los ojos del hospital. —Noah me devuelve al presente.

—¿Cómo, si no, voy a saber cómo está Annie si Lisa no responde a mis mensajes? —Miro el móvil por enésima vez. La media docena de mensajes que he enviado en la última hora aparecen como entregados, pero no leídos.

—Llamará cuando pueda. —Noah apura el último sorbo de té—. Deberías intentar dormir un poco.

Probablemente tenga razón. Tengo los ojos irritados por el cansancio y las piernas de plomo. Subo las escaleras y me detengo en el rellano de la habitación de Joe. La puerta está cerrada y ha colgado en el pomo el cartel de «No molestar» que rescató de un hotel español cuando tenía doce años. Por norma, lo respeto. Esta noche no. Esta noche llamo a la puerta y la abro de un empujón sin esperar respuesta.

Sigue despierto, la luz de su mesilla de noche proyecta un resplandor amarillo mantequilla sobre su cama.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Tú qué crees?

—Lo siento, qué pregunta más tonta.

La habitación huele a zapatillas deportivas sudadas y a desodorante Adidas. Atrás ha quedado el pijama *de Thomas the Tank* que tanto le gustaba a Joe. Ahora duerme en calzoncillos. Sus hombros son anchos y sus pectorales están definidos, pero sigue siendo un niño. *Mi* niño. Por costumbre, me agacho para recoger una camiseta sucia del suelo. Es la que Joe ha llevado a la fiesta. Se la he planchado esta mañana. Parece que ha pasado toda una vida. Otro mundo.

—¿Sabes algo de Lisa? —pregunta. Tiene una palidez en la cara que me recuerda a la vez que cogió el norovirus en un viaje con el colegio a New Forest. Estuvo enfermo una semana.

—Todavía no. Seguro que llamará en cuanto pueda. —Doblo la camiseta por la mitad, mis dedos se preocupan por una pequeña marca de grasa en el dobladillo. Le echaré un poco de Fairy antes de meterla en la lavadora. Debería salir. Me siento en el extremo de la cama y lo miro. Noah me ha dicho que esperara hasta mañana, pero

tengo que saberlo ahora—. ¿Sabías que alguien iba a traer drogas a la fiesta?

—No.

—¿Has tomado algo?

Se encabrita.

—¡Por supuesto que no!

Su negación es tan vehemente que me siento culpable de inmediato.

—Lo siento, cariño. Tenía que preguntarlo.

Gruñe y nos quedamos un momento en silencio. En su mesilla de noche se enciende una notificación.

—¿Quién te manda mensajes a estas horas?

Mira la pantalla.

—Billy.

—*¿Billy*?

—Le he contado lo que le ha pasado a Annie. Está preocupado por ella.

La única persona que suele preocuparle a mi hijastro Billy es él mismo, pero oculto mi sorpresa. Joe adora a su hermanastro.

—Por supuesto. Pero aún tienes que dormir. —Le tiendo la mano para coger su móvil—. Te lo cargo en el rellano.

—¡Mamá! No tengo diez años. Silenciaré las notificaciones.

—Más te vale.

Juguetea con el teléfono durante un minuto y luego lo coloca boca abajo en la mesilla de noche.

—¿Me avisas cuando llame Lisa? —pregunta.

—Por supuesto. —Le doy un beso en la frente y salgo de la habitación. Cierro la puerta tras de mí con el corazón encogido.

De alguna manera sé que Lisa no va a llamar. Todo lo que puedo hacer es aferrarme a la esperanza de que Annie esté bien.

6

Duermo inquieta y me despierto sobresaltada, con el corazón martilleándome en el pecho. Estiro un brazo en busca del cuerpo tranquilizador de Noah, pero su lado del colchón está vacío, sus almohadas perfectamente mullidas. No ha venido a la cama. Entonces recuerdo la llamada de pánico de Joe de anoche. Nuestra carrera a casa para encontrar a Annie inconsciente en el suelo de la cocina. Los paramédicos llevándosela en una camilla.

Saco las piernas de la cama y cojo el móvil de la mesilla; espero de todo corazón ver un mensaje de Lisa. «Ya ha pasado todo*. Annie está bien. Nos vemos luego en rugby. Besos».*

No hay nada.

Cruzo el dormitorio hasta el baño y me meto en la ducha. Me duele la cabeza y tengo la boca como papel de lija. Regulo la temperatura hasta que el agua hierve y la piel se me pone roja, pero eso me recuerda a la piel enrojecida de Annie, así que la bajo hasta que está tan fría que me cuesta respirar.

De vuelta al dormitorio, con el pelo envuelto en una toalla, intento llamar a Lisa. Suena una vez y salta el buzón de voz.

—Lisa, soy Eve. Solo llamo para ver cómo está Annie. Llámame, por favor, cuando tengas un momento. Estamos todos muy preocupados.

Por impulso, busco el número del hospital de Nesborough y llamo antes de que pueda arrepentirme. Una voz grabada me pide que marque un número de extensión si lo conozco, o que espere para más opciones. Me froto la cara. Siento la piel seca y tirante. Vuelve la voz.

—Por favor, indique claramente la habitación, la persona o el departamento que necesita. Si necesita ayuda, diga «Operadora».

Me aclaro la garganta.

—Operadora.

La espera parece interminable. Por fin, una mujer con voz monótona dice:

—Hospital de Nesborough. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llamo para ver cómo está una paciente.

—¿Qué sala?

—Yo..., no lo sé. Es mi, hum, sobrina. Ingresó anoche. Bueno, esta madrugada.

—¿Cómo se llama? —pregunta aburrida la telefonista.

—Annie Bradstock.

—¿Y usted es su tía?

—Así es.

—¿Cuál es su fecha de nacimiento, por favor?

—Veintiséis de febrero de 2007. —Digo la fecha sin pensar. Conozco el cumpleaños de Annie tan bien como el de Joe.

—Le paso con la UCI —dice la mujer, y yo agarro el teléfono con más fuerza. ¿Cuidados intensivos? ¿Cómo de enferma está? El teléfono hace clic y contesta un hombre con acento de Bristol.

—Oh, hola —le digo—. Solo llamo para ver cómo está Annie Bradstock esta mañana.

—¿Annie Bradstock? —¿Me lo estoy imaginando, o hay un deje de sospecha en su voz?—. ¿Quién es?

—Su, eeeh, tía.

—Bien. —Se produce una conversación murmurada y entonces el hombre vuelve—. Lo siento, pero los familiares directos de Annie han pedido que no se divulgue información por teléfono. Siento no poder ser de más ayuda.

Me siento en la cama y me pregunto qué significa esto. Seguro que Lisa no me dejaría de lado así. Sabe que no soy una amiga de conveniencia. He estado a su lado en las buenas y en las malas durante los últimos dieciséis años. He sido su confidente, su defensora y su hombro sobre el que llorar.

La necesidad de estar a su lado está tan arraigada que casi vuelvo a llamar al hospital y le digo al hombre con acento de Bristol que debe estar equivocado, que ha confundido a nuestra Annie con otra persona de la UCI, porque es imposible que Lisa no quiera que yo sepa cómo está. Entonces recuerdo la cara de furia que puso Lisa anoche y tiro el móvil al edredón, desesperada. No puedo llamarla, por si lo he entendido todo mal y me está excluyendo porque me considera responsable de lo que le ha pasado a Annie.

Me siento enferma. Me recojo el pelo mojado y me pongo algo de ropa. Antes de bajar, abro la puerta de Joe y me asomo. Está enterrado bajo el edredón, su respiración es regular y profunda. Solo son las ocho y media y él nunca sale hasta por lo menos las diez los fines de semana. Lo dejo dormido.

Noah está sentado en la isla de la cocina, con las manos alrededor de una taza de café. El olor me hace la boca agua y me dirijo a la cafetera.

—No has venido a la cama —le digo.

—Me he acostado aquí. —Inclina la cabeza hacia el sofá—. No quería despertarte.

Los cojines están desparramados por todas partes y la manta roja que siempre coloco sobre un brazo del sofá está tirada en el suelo como un charco de sangre. Me estremezco.

—He llamado al hospital para ver cómo está Annie.

Noah aguza el oído.

—¿Y?

—Tenías razón, no me lo han dicho. Todo lo que sé es que está en cuidados intensivos.

Los hombros de Noah se desploman.

—He buscado en Google «sobredosis de éxtasis». Han muerto muchos chicos, Eve. Es una droga tan impredecible...; nunca sabes cómo va a reaccionar alguien, y no hay nada que los médicos puedan darles para revertir los efectos.

Por lo general, soy yo la que ve los riesgos en cada situación, sobre todo si se trata de Joe. Cuando era pequeño, me alarmaba por todo. El mundo es un lugar peligroso para un niño aventurero sin sentido del peligro. Me preocupaba que se ahogara en las charcas de mar que se formaban entre las rocas, que se golpeara la cabeza en el parque infantil o que saliera corriendo delante de un coche. Así que tomaba precauciones ante cualquier posible desastre: lo cogía de la mano mientras pescaba cangrejos, me ponía debajo de las estructuras de escalada para atraparlo si se resbalaba, lo mantenía cerca cuando caminábamos por la calle.

Noah es mi equilibrio. Siempre me dice que no envuelva a nuestro hijo entre algodones. «Tiene que cometer sus propios errores» es

uno de sus mantras favoritos. «Nunca aprenderá a ser resiliente si estás encima de él para rescatarlo cada vez que parece que va a fracasar en algo».

Cuando Joe era pequeño, Noah lo dejaba trepar a los árboles y caminar solo hasta el colegio. Más tarde, en la adolescencia, fue Noah quien le dijo que podía quedar con sus amigos en la ciudad un sábado por la noche y quien dejó que Joe se llevara un pack de cuatro cervezas a la fiesta de un amigo.

Y ahora, justo cuando necesito que Noah me tranquilice, que me diga que Annie saldrá adelante y que todo irá bien, es él quien está siendo efectista.

Frunzo los labios, estoy a punto de decirle que se calme cuando llaman a la puerta. Nos miramos con incertidumbre.

—Puede que sea Lisa. —Noah coloca su taza sobre la encimera y baja del taburete de la barra—. Voy yo. Tú prepárale un café.

Asiento con la cabeza y saco otra taza del armario, la esperanza aflora en mi pecho. Si Lisa está aquí, significa que Annie se encuentra mejor, quizá incluso lo bastante bien como para que le den el alta. Con Annie en casa podremos dejar atrás todo este lamentable episodio.

Noah cruza la puerta con paso rígido. Espero ver a Lisa detrás de él y me quedo boquiabierta al ver que dos policías uniformados entran en la cocina.

La taza de café que sostengo se desliza entre mis dedos y se estrella contra el suelo de baldosas, el sonido como un disparo en la silenciosa habitación.

7

—¡Ten cuidado! —Noah está a mi lado en un santiamén, me agarra del codo y me aparta de los fragmentos de la taza destrozada—. Lleva a todo el mundo al salón. Limpiaré esto y terminaré en un segundo. ¿Les preparo algo de beber? —pregunta a los dos policías.

—Té estaría bien —dice el oficial de más edad, mirando a su colega, que asiente—. Para los dos; té blanco, sin azúcar.

Doy un paso alrededor de la taza rota y les sonrío sin ganas.

—Por aquí. —Me dirijo al pasillo. Con el calor de sus miradas en mi espalda, de repente me cuesta caminar, mis movimientos son espasmódicos, como si mis brazos y piernas pertenecieran a otra persona. Tengo la lengua pegada al paladar. Espero que Noah se acuerde de traerme un café recién hecho.

En el salón, hago un gesto a los agentes para que tomen asiento. Optan por el sofá azul marino de respaldo alto, y yo me hundo en uno de los sillones reclinados de enfrente, me siento de inmediato en desventaja.

—Soy el sargento Dan Harrington y este es el agente Marcus Anderson —dice el oficial de más edad—. Espero que sepa por qué estamos aquí.

Solo puede ser por lo que le ha pasado a Annie. El servicio de ambulancias debe alertar a la policía si llevan a un adolescente de urgencia al hospital por una sospecha de sobredosis.

—¿Annie? —digo, y Harrington asiente. Trago saliva—. ¿Cómo está?

Responde a mi pregunta con una propia.

—Creo que estaba inconsciente cuando la encontraron anoche.

—Así es. ¿Sigue...?

—Me temo que aún no ha recobrado el conocimiento —dice el sargento mientras busca en su bolsillo un pequeño cuaderno negro y un bolígrafo.

Espero a que dé más detalles y, como no lo hace, le pregunto:

—Pero se pondrá bien, ¿no?

Los dos agentes intercambian una mirada y el pequeño rayo de esperanza que hay en mi interior parpadea y se apaga.

—Está en una situación muy delicada —dice Harrington—. Por eso estamos aquí. Necesitamos averiguar exactamente qué pasó en esta casa anoche.

Miro hacia la puerta, espero que Noah se dé prisa. No quiero enfrentarme a este interrogatorio yo sola. Pero los dos agentes me miran expectantes, así que me paso la lengua por los labios y empiezo.

—Mañana mi hijo Joe cumple dieciséis años, así que anoche le dijimos que podía invitar a unos amigos para celebrarlo. Pasamos la noche en casa de Lisa...

—¿La señora Bradstock? —pregunta Harrington.

Asiento con la cabeza.

—Queríamos dar a los niños un poco de intimidad y a la vez estar cerca por si pasaba algo.

—¿Tiene su hijo la costumbre de organizar fiestas en casa? —pregunta Anderson.

—No, es la primera vez que le dejamos. —Y la última, pienso en privado.

—La señora Bradstock dijo que Joe la llamó justo antes de las once —dice el sargento.

—Es cierto. Dijo que algo... algo le había pasado a Annie. Dejamos todo y corrimos hasta casa, como puede imaginar, y, cuando llegamos, Annie estaba tirada en el suelo de la cocina. Mi marido llamó a una ambulancia, y Lisa y yo nos quedamos con ella hasta que llegó.

—¿Supo en ese momento lo que había pasado?

Sacudo la cabeza.

—Supongo que pensé que estaba borracha. —Me imagino a Annie en el suelo, con la cara enrojecida y los miembros rígidos—. En realidad, no, no pensé eso. Pensé que debía haber tenido convulsiones, epilepsia, algo así.

Noah llega por fin con las bebidas y, una vez que les ha servido el té a los agentes, cojo mi taza de la bandeja. El café es más fuerte de lo que me gusta, pero me lo bebo de todos modos, agradecida por la oportunidad de lubricar mi garganta reseca.

—Annie comenzó a convulsionar, pero no era epilepsia —dice

Harrington—. ¿En qué momento se dieron cuenta de que había tomado MDMA?

Los dos agentes deben notar la confusión en mi cara, porque Anderson explica:

—Es el ingrediente activo del éxtasis.

—Bien. Bueno... Lisa le preguntó a Joe si Annie había tomado algo, y él dijo que alguien le había dado éxtasis.

—¿Alguien? —inquiere Harrington—. ¿Dijo quién?

—No. No le he preguntado, pero me aseguró que él mismo no había tomado nada.

—¿Y usted le cree?

Siento una oleada de fastidio.

—Claro que le creo —digo de forma tajante.

—¿Quién más estaba en la fiesta? —pregunta Harrington con el bolígrafo en ristre.

Recuerdo las caras crispadas de los adolescentes que se escabulleron por las puertas del patio antes de que llegara la ambulancia, pero mi mente se ha quedado en blanco y miro a Noah en busca de ayuda.

—Había un par de chicos del pueblo. Josh Duffy y Connor Moody —dice él—. Van al instituto. Y un chico y una chica de la escuela de Joe, Elmwood Manor. Ethan Curtis y Lottie Miller. Además de Annie, por supuesto.

—Solo seis. —Harrington levanta la vista de su cuaderno—. ¿Está seguro de eso?

—Bueno, yo no estaba aquí, así que no puedo asegurarlo, pero eran los que estaban cuando volvimos. Le preguntaré a Joe ahora si quiere.

—Necesitamos hablar con su hijo —comenta el sargento—. ¿Está en casa?

—Todavía está en la cama —le informa Noah—. Voy a buscarlo.

Con Noah fuera de la sala, vuelvo a ser el centro de atención de los dos agentes.

—¿Había alcohol en la fiesta, señora Griffiths? —me interroga Anderson.

—Un poco, sí. Solo unas botellas de cerveza y algo de sidra. Nada

de licor fuerte, nada de eso. Pensamos que, si prohibíamos el alcohol, traerían el suyo o asaltarían nuestro mueble bar. —Suelto una carcajada nerviosa—. Pero nadie parecía borracho.

—Quizá no era la bebida lo que les interesaba. —Balancea su taza sobre la rodilla—. Tengo entendido que es usted profesora en un instituto para chicas. Matemáticas, ¿no?

—Así es. —Me pregunto adónde quiere llegar.

—¿Sabía que tener en casa una droga ilegal, y además una dura, es un delito?

Los miro estupefacta.

—Pero no sabía que había drogas en la casa.

—Si descubrimos que hizo la vista gorda cuando su hijo tomaba o compartía drogas con sus amigos, podría ser acusada de posesión en virtud de la Ley sobre el Uso Indebido de Drogas. Eso no quedará muy bien en su trabajo, ¿verdad?

Por un momento, no puedo hablar. Inspiro hondo, llevando aire a mis pulmones, y luego me dirijo a ellos con voz temblorosa.

—La primera vez que supe que había drogas en mi casa fue cuando Joe dijo que Annie había tomado éxtasis. Ni siquiera sabemos si la tomó aquí. Ella... podría haberla tomado antes de venir. —Mi sorpresa se convierte en vergüenza. Culpar a la víctima no ayuda a nadie, y menos a la pobre Annie.

El sonido de pasos en las escaleras es una distracción bienvenida y me obligo a sonreír. Espero que Joe se haya puesto una camiseta limpia y no haya recogido una sucia del suelo.

—Aquí está. Pueden preguntarle a Joe ustedes mismos. —Pero en cuanto Noah entra en la habitación, sé que algo va mal—. ¿Dónde está Joe? —le pregunto.

Noah frunce el ceño.

—No está en su habitación.

—¿Y el baño? —Sacude la cabeza—. ¿O en nuestro cuarto?

—No, Eve, no está en nuestro cuarto. He comprobado el resto de la casa. No está aquí. Se ha ido.

8

Nunca había visto a Noah tan agitado. Es una de esas personas que siempre pueden con todo, positivo y optimista, rara vez se inmuta por nada. Dirige su propia consultoría de selección de personal educativo y es conocido en el sector por ser el que soluciona todos los problemas. Si tienes uno, pregúntale a Noah Griffiths. Pero parece perdido en la puerta, con el móvil en la mano.

—¿Podría intentar llamar a Joe? —sugiere el sargento Harrington.

—Sí, claro. Buena idea. —Noah mira su teléfono como si hubiera olvidado cómo funciona—. Lo haré, sí.

Los dos policías guardan silencio mientras él se retira a la cocina. Sé muy bien lo que están pensando: que Joe ha huido porque fue él quien le dio el éxtasis a Annie. Pues se equivocan. Él nunca haría eso. Está asustado, nada más. No quiere que lo culpen por algo que no ha hecho.

—¿Cuándo vio a su hijo por última vez, señora Griffiths? —pregunta Harrington.

—Esta mañana, justo antes de que llegaran ustedes. Aunque no he hablado con él: aún dormía. Probablemente no ha visto que están aquí y ha salido a correr.

—A correr —repite Harrington, con los ojos entrecerrados—. Es un ávido corredor, ¿verdad? Quizá pueda llamarme en cuanto vuelva a casa, cuando termine de correr. Tenemos que hablar con él. —Me pasa una tarjeta con su número, asiente a su colega y ambos se ponen en pie. En la puerta principal, el sargento hace una pausa—. Tenga la seguridad de que averiguaremos quién le dio el éxtasis a Annie, señora Griffiths. Quizás pueda informar a su hijo de que le interesa cooperar con nuestras pesquisas mientras tanto.

***

Encuentro a Noah en la cocina, mirando por las puertas correderas. Fuera, un petirrojo picotea en el patio, su pecho rojo es el único color en esta húmeda mañana de febrero.

—La ventana de su habitación estaba abierta. Ha debido de subir al

tejado del garaje y saltar desde allí —dice sin mirarme—. ¿Dónde demonios se ha metido?

—En su casa del árbol, creo. —Cuando Joe era pequeño solía esconderse debajo de la cama si algo le preocupaba. Al crecer, se refugiaba en la casa del árbol, al fondo del jardín. Cojo mi abrigo. Me lo pongo y me calzo las Crocs que uso para trabajar en el jardín.

—Mira, Eve, tengo que ir a la oficina —dice Noah.

—¿Ahora?

—Ha surgido algo importante y no puede esperar a mañana.

Frunzo el ceño.

—¿Qué podría ser más importante que Joe y Annie?

—Problemas con el cliente. —Coge las llaves del coche del cuenco de la isla de la cocina.

Sacudo la cabeza.

—¿Desde cuándo tus clientes son más importantes que los niños?

—No lo son, pero no hay nada que pueda hacer aquí al respecto. El hospital no nos dirá cómo está Annie, y Joe volverá cuando esté preparado. Volveré tan rápido como pueda. No vuelvas a hablar con la policía hasta que yo vuelva.

Maldigo en voz baja y salgo. El petirrojo vuela hasta el tejado del cobertizo y me observa mientras camino por el césped hasta el roble. Veo las pisadas de Joe en la hierba cubierta de rocío y siento cierta satisfacción al saber que tenía razón. Cuando llego a la escalera que conduce a la casa del árbol, tengo los calcetines empapados.

—Joe —llamo con un pie en el último peldaño—. Soy mamá. ¿Puedo subir?

Sin esperar respuesta, empiezo a trepar. Hicimos construir la casa del árbol para el décimo cumpleaños de Joe, un refugio de madera en lo alto de las ramas del enorme roble que domina el jardín. Joe estaba fuera de sí de pura emoción, y cuando abandonó su Nintendo Switch en favor de actividades sanas como acariciar la corteza y observar pájaros, supe que el dinero que había costado valía cada céntimo.

Joe y Annie pasaron la mayor parte del verano allí, haciendo escondites y pícnics, pasando el rato. Incluso se quedaron a dormir

una noche muy calurosa. No pegué ojo, aterrorizada de que uno de los dos, o los dos, se dieran la vuelta mientras dormían y cayeran en picado los cuatro metros y medio que los separaban del suelo. No se cayeron, por supuesto. Se lo pasaron como nunca.

Llego a lo alto de la escalera y subo a la cubierta. La puerta arqueada está cerrada, tiro del picaporte y me meto dentro. Joe está desplomado en el rincón más alejado, se abraza el pecho con las rodillas.

—Hola. —Me siento a su lado—. ¿Estás bien?

—¿Qué te parece? —murmura.

—Lo sé, qué pregunta más estúpida. Lo siento. —Le aprieto el hombro, intentando que no me importe cuando se estremece por el contacto.

—¿Annie ha vuelto a casa?

—Está en cuidados intensivos, Joe.

—Joder.

Me muerdo la lengua para no reprenderlo. Tenemos más de qué preocuparnos que de unas cuantas palabrotas.

—La policía quiere hablar contigo sobre lo de anoche. Por eso han venido.

—No quiero hablar con ellos.

—Lo entiendo, pero vas a tener que hacerlo, cariño. Tienen que averiguar quién le dio el éxtasis a Annie. Hay una investigación, y será mejor para ti si hablas con ellos por voluntad propia.

Joe guarda silencio. Miro a mi alrededor. Hacía años que no subía aquí y había olvidado cómo crujía y se movía la casa del árbol con el viento. En verano, cuando el roble está frondoso, es como estar envuelta en un capullo verde, pero en esta época del año es otra historia, y las ramas desnudas parecen dedos huesudos que nos agarran.

El viento ha arrastrado remolinos de frágiles hojas muertas que se amontonan en las esquinas de la estructura octogonal, y las ventanas de metacrilato están opacas por la suciedad. Hay una vieja caja de madera, como el baúl de un pirata, en un lado de la pequeña habitación y un par de taburetes que compré en un mercadillo de coches en el otro. Tengo que volver con una escoba y

un cubo de agua con jabón. El otro día Noah murmuró algo sobre poner la casa del árbol en eBay, diciendo que tenía que valer unos cuantos cientos de libras, pero se lo prohibí. «Se queda aquí —le dije —. Para los nietos». Me miró como si estuviera loca, sacudió la cabeza y desapareció en su estudio.

—¿Hablarán con los otros también? —pregunta Joe al final.

Asiento con la cabeza. Ethan, como Joe, fue a la escuela primaria de South Langley y luego a Elmwood Manor. A diferencia de Joe, no se debe a que suspendiera el examen de acceso al instituto. El chico tiene una mente brillante y va camino de Oxbridge, según su insufrible madre, Carol, magistrada a tiempo parcial.

Lottie, cuyos padres, Annabel y Ralph Miller, son abogados especializados en derechos humanos, es una prometedora jinete de concursos cuyos numerosos éxitos aparecen a menudo en el boletín trimestral de Elmwood Manor.

Connor y Josh también estuvieron en la clase de Joe en primaria y ahora van al instituto de Nesborough. Connor vive con su madre y sus tres hermanas en una de las casas de protección oficial que hay junto al *pub*. La que tiene la nevera oxidada y el colchón deteriorado en el jardín delantero. La familia de Josh vive en una pequeña urbanización de casas adosadas en el otro extremo del pueblo, y su padre, Greg, dirige el equipo de *rugby* sub-18 en el que juegan Joe, Josh y Connor. Son dos chicos arrogantes.

Ni Ethan ni Lottie parecen del tipo que lleva un alijo de drogas duras a la fiesta en casa de un amigo. Si alguien le dio a Annie una pastilla de éxtasis, fueron Josh o Connor, no me cabe la menor duda.

Noah puede pensar que el trabajo es más importante, pero se equivoca. En lo que a mí respecta, Joe siempre es lo primero, y de ninguna manera voy a dejar que la policía señale a nuestro hijo como sospechoso. Ni aunque me maten.

9

Convenzo a Joe de que vuelva a casa con la promesa de un sándwich de beicon y, una vez que ha comido y ha subido a ducharse, me preparo otro café y me siento en la isla de la cocina para hacer algunas llamadas.

Primero lo intento con Lisa, pero el móvil salta al buzón de voz. Dejo otro mensaje y le envío uno de texto para preguntar cómo está Annie. Me quedo mirando el teléfono unos instantes, a la espera de que responda, pero sigue sin leer el mensaje. Su silencio es insoportable; cada mensaje sin contestar y cada llamada ignorada son como un puñetazo en las tripas.

Desanimada, llamo al sargento Harrington y me ofrezco a llevar a Joe a la comisaría, agradecida porque esta semana son los exámenes parciales y ninguno de los dos estaremos en el colegio.

—¿Podría venir mañana? —pregunta él.

—Mañana es el cumpleaños de Joe. ¿Qué tal el martes?

—Para serle franco, señora Griffiths, cuanto antes hablemos con su hijo, mejor —dice Harrington en un tono que no deja lugar a debate —. Los veré a ambos a las nueve de la mañana.

Al final, llamo a Noah, que contesta al cuarto timbrazo y parece irritado.

—¿Volverás a tiempo para *rugby*? —le pregunto. El equipo de Joe va segundo en la liga, en gran parte gracias a la habilidad de Joe como extremo. Esta tarde tienen un importante partido en casa y no tengo intención de perdérmelo.

—¿Crees que es una buena idea ir, con Annie tan mal? —me espeta Noah.

—¿No crees que es importante que todo sea lo más normal posible? Si Joe se esconde, si nos escondemos, la gente podría pensar que hemos hecho algo malo.

Noah exhala.

—Es tu decisión, pero no vamos a ser los padres favoritos del campo. No digas que no te lo he advertido.

***

Me enfado en silencio mientras limpio el barro de las botas de *rugby* de Joe y lleno sus botellas de agua para el partido. Noah siempre hace esto. Me deja tomar una decisión para que luego pueda criticar mi elección sin tener que hacerse responsable. Saco la mochila de mi hijo del armario de debajo de la escalera y meto las botas y las botellas, y luego un par de barritas energéticas de frutas y frutos secos que le gustan a Joe.

Dejo la bolsa junto a la puerta principal y abro de un empujón la puerta del estudio de Noah. Ha ido directamente allí cuando ha vuelto de la oficina, y rechaza el sándwich caliente de beicon que le he preparado.

—Deberíamos irnos o llegaremos tarde —digo. Noah, encorvado sobre su escritorio, levanta la vista. Tiene la cara desencajada y sombras oscuras bajo los ojos. Parece... atormentado. Lo de Annie le ha afectado mucho—. ¿Va todo bien?

Se frota la cara.

—Sí, lo siento. Estoy cansado. Y preocupado por Annie, por supuesto.

—Por supuesto —digo, pero la duda parpadea en algún lugar de mi mente. Yo también estoy preocupada, pero no me hago pedazos. Tengo que aferrarme a la esperanza de que va a ponerse bien.

Empuja su silla hacia atrás.

—Tengo que coger mi abrigo. Te veré en el coche.

***

Nos dirigimos al campo en silencio. El pequeño aparcamiento junto a la sede del club comienza a llenarse. La gente se detiene a mirar cómo Noah conduce despacio en busca de un sitio donde aparcar.

—No deberíamos haber venido —dice.

—Tonterías —respondo—. Mira, hay un espacio.

Noah se detiene junto al reluciente Range Rover Sport blanco de Greg Duffy. Me giro en mi asiento. Joe está desmadejado en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en la ventanilla, los auriculares puestos y los ojos cerrados. Tiene una pelusa de pelo

oscuro sobre el labio superior y un grano enorme en la barbilla, pero aún veo al niño dulce y saludable que era no hace mucho tiempo.

—Joe, cariño, estamos aquí. —Noah levanta el freno de mano. Mi hijo abre los ojos, coge su mochila y abre la puerta.

—Buena suerte, tío —dice Noah, y Joe hace un breve gesto con la cabeza y desaparece.

—Voy a por un café —digo alegremente. Un par de madres tienen un puesto de bebidas calientes y bollos de beicon y salchichas para recaudar fondos para el club—. ¿Quieres comer algo? —Noah sacude la cabeza—. ¿Estás seguro? No has almorzado.

—No te preocupes. Voy a ver el calentamiento.

—Como quieras. —Salgo del coche y cruzo el aparcamiento hasta la sede del club. A medida que me acerco al destartalado edificio prefabricado, me doy cuenta de que las conversaciones se apagan y las cabezas se giran en mi dirección. Agarro con fuerza la correa de mi bolso y miro al frente, intentando ignorar las miradas de reojo y los comentarios susurrados.

Hablan de Joe, por supuesto. Las noticias sobre Annie habrán corrido como la pólvora. Los niños se envían mensajes unos a otros hasta altas horas de la noche, y así los chismes llegan a sus encantados padres, contentos de que los rumores se dirijan a otra persona para variar.

Cotilleos de pueblo con una buena dosis de *Schadenfreude*, como dicen los alemanes, porque ¿quién no disfruta con la desgracia ajena?

Busco entre la multitud una cara amiga, aliviada cuando veo a Siobhan Murphy con la cabeza en el maletero de su coche. Ben, el hijo de Shiv, es amigo de Joe desde preescolar y los dos han jugado innumerables veces a lo largo de los años, aunque se distanciaron cuando Joe empezó a estudiar en Elmwood Manor y Ben se fue al instituto masculino de la localidad.

—Hola, Shiv, ¿cómo te va? —Me fuerzo a sonar animada.

Ella endereza la espalda y se vuelve hacia mí. Sus labios forman una fina línea y sus ojos verdes están helados.

—No puedo creer que tengas el valor de aparecer por aquí hoy —dice en voz tan alta que se oye en todo el aparcamiento.

Me sobresalto

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de sobra lo que quiero decir —sisea Shiv—. Annie está en el hospital gracias a la mierda de hijo que tienes.

—Joe no ha hecho nada malo —digo sin dejar de mirarla—. No es el único que estaba en nuestra casa anoche.

Shiv se queda boquiabierta.

—¿Estás diciendo que uno de los otros le dio el éxtasis?

Me mantengo firme.

—Digo que no deberías lanzar acusaciones sin ninguna prueba.

—Eres increíble. —Ella se inclina más cerca—. ¿Cómo te atreves a defender a tu hijo mientras Annie está conectada a una máquina de soporte vital?

Se me quiebra la voz.

—Es terrible lo que ha pasado, pero no dejaré que Joe sea el chivo expiatorio de algo que no ha hecho.

Ella sacude la cabeza.

—Eres una ilusa, Eve, y no eres bienvenida aquí. Así que, ¿por qué no os volvéis a montar en vuestro cuatro por cuatro y os largáis? De vuelta a Londres, preferiblemente —añade, antes de dirigirse al campo de *rugby*.

—No podría haberlo expresado mejor —dice otra madre, y algunos padres se ríen.

Me quedo paralizada, con la garganta llena de lágrimas. Me cuesta entrar en el pabellón y pedir dos cafés. Tampoco puedo arriesgarme a unirme a Noah en la línea de banda por si Shiv continúa su diatriba donde la ha dejado. Quiero meterme en el coche y esconderme, pero Noah tiene las malditas llaves.

Todavía estoy barajando mis opciones cuando Noah y Joe aparecen desde el campo. La expresión de Noah es terrible. Joe parece abatido. Noah se acerca a mí y me agarra del brazo.

—Tenemos que irnos —gruñe—. A*hora*.

Sin decir palabra, los sigo por el aparcamiento y me pregunto si esta pesadilla acabará algún día.

10

Las recriminaciones comienzan en el momento en que estamos a salvo dentro del coche.

—Te he dicho que no deberíamos venir. —Noah mete la palanca de cambios marcha atrás y sale disparado de la plaza de aparcamiento.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—Greg prácticamente ha acusado a nuestro hijo de traficar con drogas delante de todo el equipo y de la mitad de los padres. Nunca me he sentido tan humillado. Nos habría puesto en la picota a los dos si hubiera tenido la oportunidad.

—Pero Joe no tiene la culpa.

—No importa. Ya han tomado una decisión. Te he advertido de que seríamos *persona non grata*, pero no me has escuchado. Nunca escuchas.

Dejo que Noah se desahogue, aún magullada por la paliza verbal que me ha dado Shiv. Cuando por fin se calla, me vuelvo hacia Joe. Está malhumorado, mira por la ventana, con las manos apretadas en el regazo.

—Lo siento, cariño. Papá tiene razón. No deberíamos haber venido. Es culpa mía. Solo quería demostrarle a todo el mundo que no teníamos nada que ocultar.

—Eso no es lo que piensan —murmura.

—¿Quién?

—Greg. El equipo. Todo el pueblo. Creen que soy una especie de capo de la droga, mamá. No es justo. —Su voz se espesa y las lágrimas aguijonean mis ojos. Tiene razón. No es justo.

—Mira, ahí está Lisa —dice Noah de repente.

Se me revuelve el estómago cuando la veo salir de su casa con una mochila.

—Para el coche —ordeno, desabrochándome el cinturón—. Voy a hablar con ella.

Noah se detiene en el arcén y me pone una mano de advertencia en la rodilla.

—¿Crees que es una buena idea?

—Es mi mejor amiga. Annie es mi ahijada. Por supuesto que es una buena idea. Nos vemos en casa. —Sin darle oportunidad de discutir, salgo del coche y corro por el campo hacia la casa de Lisa. La alcanzo cuando llega a su viejo escarabajo—. Lisa —llamo sin aliento —. ¿Cómo está Annie?

Lisa tiene su larga melena rubia oscura enredada y los ojos enrojecidos e hinchados. Siento compasión por ella. Podría haber sido Joe el que hubiera tomado el éxtasis; Joe conectado a una máquina de soporte vital en el hospital, yo quien regresara a casa a recoger una bolsa con su ropa. Por Dios...

Ella me ignora, abre el coche y deja una mochila en el asiento del copiloto. Dudo un momento y grito:

—Por favor, Lisa, háblame.

Por fin, mira en mi dirección.

—¿Qué pasa, Eve? —pregunta cansada.

—Estamos muy preocupados. He intentado llamar al hospital para saber cómo está Annie, pero no me lo dicen.

—Les he pedido que no lo hagan.

—¿Por qué has hecho eso? —La desesperación se apodera de mi voz y me doy cuenta de que Lisa me ha estado dando la espalda de forma deliberada. Nunca había visto esta faceta suya. Siempre lo hemos compartido todo.

—¡Porque no es de tu maldita incumbencia!

La miro boquiabierta. Esta mujer de facciones duras y pelo salvaje es irreconocible como mi divertida y amable mejor amiga. Su rostro se tuerce mientras se esfuerza por no llorar, y mi asombro se convierte en ternura.

—Tienes razón. Lo siento. —Intento sonreír—. Solo queremos saber cómo está Annie.

—Sigue en coma y los médicos no saben si despertará algún día —dice ella.

—Oh, Lisa, lo siento mucho. Pero se pondrá mejor. Ya conoces a Annie. Es una luchadora. Tienes que aferrarte a eso.

Lisa niega con la cabeza. Quiero rodearla con mis brazos y decirle que no tiene que hacerlo sola porque siempre estaré a su lado, pero no estoy segura de que esté preparada para oírlo. En lugar de eso,

me alejo mientras ella se sienta con rigidez en el asiento del conductor.

—Por favor, avísame si hay algún cambio —le ruego. No contesta, mete la llave en el contacto, arranca el motor y se marcha.

***

Entro en casa unos minutos más tarde. Joe se ha escabullido escaleras arriba y Noah vuelve a estar encerrado en su estudio, encorvado sobre el teclado.

Llevo una taza de té al salón y empiezo a ver las fotos de mi móvil antes de que pueda detenerme.

Hay tantas fotos de Annie como de Joe, lo que no me sorprende en absoluto. Ella siempre ha sido fotogénica por naturaleza y, mientras que Joe adquirió fobia a las cámaras al llegar a la adolescencia, a Annie nunca le ha importado acompañarme en un selfi.

No he tardado en encontrar mi foto favorita de las dos, tomada en la fiesta del pueblo el verano pasado. El cielo era de un sorprendente azul celeste y cada una de nosotras sostenía una nube de algodón de azúcar: la mía, blanca; la de Annie, rosa empolvado. Acabábamos de darles una paliza a Noah y Joe en un juego que consistía en derribar cocos y nos moríamos de risa.

Me desplazo hacia atrás por el carrete de mi cámara. Ahí está Annie, compitiendo en los campeonatos interescolares de atletismo hace un par de años, con las piernas tan largas como un potro recién nacido. En un coche de choque con Joe cuando la feria llegó a la ciudad. Llevando con orgullo su insignia de «Delegada de la clase» en su último año de primaria.

Miro las fotos hasta que se me llenan los ojos de lágrimas. Es impensable que mi vibrante y chispeante ahijada esté conectada a una máquina de soporte vital. Inconcebible.

Cierro mis fotos y, sin nada más que hacer, abro el portátil y busco en Google «sobredosis de éxtasis». Sé que no debería, pero es como rascarse una costra. No puedo dejarlo.

No tardo en descubrir cuántas vidas jóvenes se han perdido innecesariamente a causa de la droga. Hay tantas historias, tanta

tragedia. La chica de dieciséis años que sufrió un paro cardíaco después de que ella y sus amigas se juntaran para comprar éxtasis y celebrar el final de sus estudios. Otra chica, de quince, murió tras tomar una pastilla de éxtasis por primera vez en una fiesta de pijamas. Leí con creciente horror sobre el joven y prometedor futbolista que murió después de que le echaran en la bebida un MDMA en un festival de música. El chico cuyos órganos fallaron después de que un amigo le diera dos pastillas en una discoteca para menores de dieciocho años.

A diferencia de muchos de mis compañeros, yo nunca usé drogas en la universidad y, cuando me licencié como profesora, estaba demasiado centrada en mi carrera como para salir de fiesta. Noah y yo siempre hemos disfrutado de una buena vida social, pero si nos excedemos es con *prosecco* y Shiraz, no con cánnabis y cocaína. Así que mis conocimientos sobre drogas son vagos, y los he obtenido sobre todo de las series de crímenes reales de Netflix que tanto me gustan.

Los hijos de los demás tienen problemas con las drogas. Eso es lo que siempre he creído. No la gente como nosotros, que sigue todas las reglas, que ha asistido a clases prenatales, que alimenta a sus privilegiados vástagos con comida orgánica y los envía a caros colegios privados. Cuantas más historias desgarradoras leo, más empiezo a preguntarme si me he equivocado. Porque los adolescentes que aparecen en estas duras noticias no son todos de barrios desfavorecidos. Han asistido a escuelas primarias de pueblos bonitos con sobresalientes informes OFSTED, que certifican la buena calidad de la enseñanza en los centros; han jugado al fútbol para su condado y se les han pronosticado las mejores notas en sus exámenes de secundaria. No son niños perdidos. Son niños normales, educados y de clase media, como Joe y Annie.

Pobre Lisa, pienso mientras apago el portátil y empiezo a preparar la cena. Puedes hacerlo todo bien y, aun así, salir terriblemente mal.

11

La comisaría de Nesborough es un austero cubo gris que no desentonaría en la Rusia soviética. Joe se queda rezagado mientras subo por la rampa para minusválidos hasta las puertas. Tiene el rostro desencajado, casi enfurruñado. No puedo culparlo. ¿Qué chico quiere que lo saquen a rastras de la cama a las siete y media de la mañana del día en que cumple dieciséis años para asistir a un interrogatorio en la comisaría local? Estoy a punto de gritarle que se ponga en marcha de una vez, pero me detengo. No servirá de nada que nos peleemos antes de presentarnos en recepción.

Y luego presentar su caso.

Las palabras suenan oficiales. Serias. Pero no hay ningún caso, me recuerdo a mí misma. Estamos aquí solo para responder algunas preguntas sobre la noche del sábado. Ayudar a la policía con sus pesquisas, si lo quieres ver así. Eso es lo que dicen los periódicos, ¿no? «La policía que investiga un asalto asegura que un hombre los está ayudando con sus pesquisas». Un gesto altruista, porque Joe es tan víctima como Annie.

No tengo ni idea de cómo está. Anoche volví a llamar al hospital, pero la mujer de la centralita ni siquiera me puso con la unidad de cuidados intensivos. Lo único que pude hacer fue vigilar la casa de Lisa desde la ventana de nuestro dormitorio. Seguía a oscuras cuando por fin me acosté, poco antes de medianoche, y su coche no estaba allí al asomarme a través de las cortinas esta mañana. No sé si es una buena señal o no.

Me acerco al mostrador. Un hombre calvo con una camisa que le tira en el área del estómago levanta la vista del ordenador y sonríe.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Venimos a ver al sargento Harrington —le digo.

El hombre mira a Joe, que está entretenido con su móvil, desinteresado, y su sonrisa se desvanece.

—¿Nombres?

—Eve y Joe Griffiths.

Asiente y coge un teléfono.

—Sargento, su cita de las nueve está aquí. —Hace una pausa—. Claro, los paso.

Nos registramos y lo seguimos por una puerta interior y por un pasillo hasta una pequeña habitación cuadrada sin ventanas, con paredes desgastadas y una moqueta desvencijada. El único mobiliario es una mesa rectangular y tres sillas de plástico. El aire está viciado y cargado. Una sala de interrogatorios de la policía, sacada de un programa de televisión.

—Por favor, tomen asiento —dice el hombre—. El sargento Harrington no tardará.

Joe se desploma en la silla más alejada; me quito la chaqueta y me siento a su lado. En cuanto coge el móvil, lo miro y niego con la cabeza. Exhala ruidosamente y se mete las manos en los bolsillos.

—Joe. —Le toco el brazo—. Todo irá bien. Solo dile a la policía lo que sabes y podremos irnos a casa.

Suelta un bufido de sorna y se desliza aún más en su asiento. Aprieto las manos sobre la mesa. Alguien ha rayado las palabras «Que se joda la pasma» en la superficie de formica. No puedo evitar admirar su descaro. Se abre la puerta y aparece el sargento Harrington.

—Gracias por venir esta mañana —Asiente enérgicamente. Se presenta a Joe y toma asiento—. Esto no debería llevar mucho tiempo.

—¿Cómo está Annie? —le pregunto.

Su mirada se desvía hacia la puerta.

—Me temo que no hay cambios.

—¿Sigue inconsciente?

—Así es. —Toquetea una grabadora en el extremo de la mesa, cerca de la pared.

—¿Va a grabar esto? Creía que había dicho que solo era una charla —digo; la ansiedad crece en mi pecho.

—Quizás no me he explicado bien. Le hemos pedido a Joe que asista hoy a un interrogatorio policial voluntario. —Se dirige a él—. Aunque no está arrestado, le advierto de que todo lo que diga puede servir de prueba si se lleva el caso a juicio. Es libre de marcharse en cualquier momento. También tiene derecho a asesoramiento judicial

gratuito.

¿Asesoramiento judicial? Mi alarma crece, alimentada por el trasfondo de sospecha en la sala, la insinuación de que Joe es culpable de alguna manera. Quizá debería preguntar por el abogado de oficio, o al menos llamar a Noah para ver qué opina. Echo un vistazo a Joe. Está pálido, inexpresivo, y mi pánico da paso a la ira. Levanto la barbilla y miro a Harrington a los ojos.

—¿Por qué necesitaríamos un abogado si Joe no ha hecho nada malo?

—Solo le digo a qué tiene derecho. —Pone su cuaderno de bolsillo sobre la mesa, pulsa un botón de la grabadora y enuncia su nombre y rango, así como la fecha y la hora. Le pide a Joe que diga su nombre completo y su fecha de nacimiento—. También está presente la madre de Joe, Eve Griffiths. Esta es una entrevista policial voluntaria, realizada bajo cautela policial. —Se vuelve hacia Joe—. No tiene que decir nada, pero puede perjudicar a su defensa si no menciona ahora algo en lo que luego se apoye en el juicio. Y todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba. ¿Lo entiende?

—Sí —murmura Joe. Le tiembla un músculo de la mandíbula.

—Bien. Como sabe, investigamos un incidente en su decimosexta fiesta de cumpleaños el sábado diez de febrero, cuando su amiga, Annie Bradstock, se desmayó después de tomar éxtasis. ¿Puede empezar confirmando quién más estaba en la fiesta?

—Connor, Josh, Ethan y Lottie. —La voz de Joe es monótona, carente de toda emoción, y su rostro es una máscara. Le pido en silencio que muestre alguna emoción, que *se preocupe*. Porque Harrington no conoce a Joe como yo lo conozco. Ve a un adolescente huraño y malhumorado, con los labios agrietados y un nuevo grupo de manchas en la frente. No ve a mi Joe, el chico dulce que cuidaba a los polluelos heridos en cajas de zapatos y me traía el desayuno a la cama cada Día de la Madre.

—¿Son Connor Moody, Josh Duffy, Ethan Curtis y Lottie Miller? —comprueba Harrington, hojeando su cuaderno.

—Sí.

—¿Y qué hicieron en la fiesta?

—Jugamos un poco a la Xbox. Hablamos. Escuchamos música. Lo

de siempre.

—¿Había alcohol?

—Un poco, sí —dice Joe.

—Pensé que si les proporcionaba unas cuantas botellas de cerveza y sidra sería menos probable que colaran bebidas fuertes —vuelvo a explicar, aunque ya se lo dije ayer a Harrington.

Asiente y se vuelve hacia Joe.

—¿Y alguien llevó algo parecido?

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

—¿Annie bebió mucho?

—¿Cómo voy a saberlo? Estuvo hablando con Ethan casi toda la noche.

Es lo más animado que ha estado Joe desde que hemos llegado. Espero que Harrington no se percate del rubor que le sube por el cuello, pero debe haberlo notado porque pregunta:

—¿Y te molestó?

—No —replica Joe—. ¿Por qué debería?

—Por nada. Solo intento hacerme una idea de lo que pasó antes de que Annie enfermara.

—Pasamos el rato, jugamos *al FIFA* —dice Joe—. Nadie estaba borracho.

—¿Qué hay de las drogas?

No contesta.

—Joe, le he hecho una pregunta. ¿Había, que usted supiera, drogas en la fiesta?

Levanta la vista y se encuentra con la mirada de Harrington por primera vez desde que ha comenzado la entrevista.

—Si las hubo, yo no lo sabía.

—¿Así que no viste a Annie tomar nada?

—No, no vi nada.

***

Siento un atisbo de alivio al salir del aparcamiento de la comisaría. Ha empezado a llover, una fina llovizna que empaña la luna del

coche. Enciendo el limpiaparabrisas y miro a Joe, que aún mira por la ventanilla con esa expresión inexpresiva en la cara.

—¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —repite—. Bueno, me has despertado a las siete y media y me he pasado la mañana de mi cumpleaños siendo interrogado por la policía, que cree que metí éxtasis a la fuerza por la garganta a Annie. ¿Qué te parece, mamá? Por supuesto que no estoy bien.

Levanto una mano apaciguadora.

—Lo siento. Olvida lo que he dicho. Pero lo que ha pasado no es culpa tuya. Recuérdalo.

Joe ha sido puesto en libertad pendiente de investigación.

—Hablaremos con los demás asistentes a la fiesta durante la próxima semana y me pondré en contacto con ellos si necesitamos volver a hablar con Joe —ha dicho el sargento Harrington mientras nos acompañaba a la entrada de la comisaría.

Aunque suene grave, estoy segura de que, en cuanto interrogue a los demás, se dará cuenta de lo equivocado que estaba al sugerir la implicación de Joe.

—¿Pasamos por McDonald's de camino a casa y te cogemos algo de comer como regalo de cumpleaños? —Sorteo las rotondas de la carretera de circunvalación que sale de la ciudad.

Tomo su encogimiento de hombros como una respuesta afirmativa y me dirijo al parque comercial, donde le pido un Big Mac y un batido de chocolate en el autoservicio.

Me sorprende ver el coche de Noah aparcado en la entrada cuando llegamos. Quizá haya decidido trabajar desde casa porque es el cumpleaños de Joe. He comprado filetes para esta noche, aunque ahora no me apetece comer. Tengo un nudo en el estómago.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le pregunto a Joe. Subo el freno de mano y me desabrocho el cinturón.

—Podría ver si alguien quiere dar una vuelta en los recreativos.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Como tú dices, no he hecho nada malo —suelta cansado, como si hubiéramos cambiado los papeles y él fuera el padre agotado que intenta razonar con su adolescente caprichoso.

—Lo sé. Tienes razón, no deberías tener que esconderte. Pero la gente juzga muy rápido. Solo ten cuidado. ¿Lo prometes?

Me dedica una pequeña sonrisa.

—Te lo prometo.

Abro la puerta principal y cierro con cuidado por si Noah está en videoconferencia. Joe desaparece escaleras arriba mientras yo me quito las botas y me dirijo por el pasillo al estudio de Noah. La puerta está entreabierta, y habla con alguien. Estoy a punto de entrar y preguntarle si quiere un café cuando me detengo. Noah es animado y hablador con los clientes. Hoy parece... agitado. Curiosa, inclino la cabeza para escuchar.

—No puedo hablar mucho —dice en voz baja—. Eve volverá en cualquier momento. —Frunzo el ceño y me acerco de puntillas a la puerta, con cuidado de no hacer ruido—. No creo que sospeche nada, pero ya conoces a Eve. No es estúpida. Es solo cuestión de tiempo que lo descubra.

Se queda callado un momento. Contengo la respiración. No puedo arriesgarme a que me oiga.

—No, quiero decírselo yo mismo. Se merece eso, al menos. —Otra pausa—. Vale, lo haré. Dame unos días y lo haré, te lo prometo.

Una puerta se cierra de golpe en el piso de arriba y me encojo hacia atrás, con el corazón martilleándome en el pecho.

—Deben haber vuelto —dice Noah—. Me tengo que ir. Te llamaré por la mañana, ¿vale? —Su voz se suaviza—. Sé que lo harás. Gracias. Yo también.

Me doy la vuelta y vuelvo de puntillas por el pasillo, con la mente a mil por hora. No puedo dejar que Noah sepa que ya estaba en casa, no hasta que haya procesado lo que acabo de oír. Así que abro la puerta principal, la cierro de un golpe y grito «¡Ya he llegado!» como si no pasara nada.

12

Noah aparece en el pasillo con el pelo revuelto, como si hubiera estado pasándose las manos por él.

—No sabía que habías vuelto. —Me sigue a la cocina—. ¿Cómo ha ido?

—Bien. —Me dirijo a la tetera y estoy a punto de llenarla, pero Noah está a mi lado en un instante, y me dirige hacia el sofá.

—Siéntate. Yo lo haré.

Hago lo que me dice, observo cómo se afana en preparar el té y me pregunto qué me oculta.

—No sabía que hoy trabajabas en casa —le digo.

—Pensaba que podría hacer más aquí. Tengo que pasarme un par de horas esta tarde.

—No creo que valga la pena.

—Hay una reunión a la que no puedo faltar. Pero eso no importa. Quiero saber lo que ha pasado en la comisaría.

Me da el té y se sienta a mi lado. Olvido todos los pensamientos sobre la conversación telefónica que acabo de escuchar y vuelvo a centrarme en Joe. Noah escucha en silencio mientras le describo cómo ha ido la entrevista.

—¿Joe ha sido amonestado aunque no detenido? —pregunta frunciendo el ceño.

—Es el procedimiento, según Harrington.

—¿Y van a hablar con los otros chicos de la fiesta?

Asiento con la cabeza.

—Cuanto antes solucionemos este lío, mejor. —Suena bastante sencillo, pero no puedo evitar sentir que limpiar el nombre de Joe no va a ser tan fácil como espero.

En el sofá que hay entre nosotros, el teléfono de Noah emite un mensaje de texto. Lo mira, pero no lo coge.

—¿No deberías ver de quién es? —le pregunto.

—¿Qué? No, solo será Maddy con otra tonta consulta de trabajo. Puede esperar. —Coge mi taza y la deja en el suelo, a sus pies—. Escucha, tenemos que hablar.

Me pongo rígida, esperando a que lance la bomba que va a provocar la fractura de nuestra familia. «*No sé cómo decir esto, pero he conocido a alguien...».*

El mismo tópico que tanta gente ha utilizado. Tal vez la misma frase que le dijo a su primera esposa, Jenny, hace poco más de dieciséis años. La historia se repite. Mis amigos me advirtieron que nunca confiara en un infiel. Debería haberlos escuchado.

Me remuevo en el asiento, deseando que lo diga de una vez. Será una liberación, pienso. Desde el día en que Noah y yo pasamos por el altar, la culpa ha rondado nuestro matrimonio como un suplente desesperado por su gran oportunidad. Durante años me he preguntado si estaba destinada a interpretar el papel de «esposa agraviada».

No importa que su matrimonio ya estuviera roto cuando nos conocimos. Mi destino quedó sellado en el momento en que nos enamoramos, y el karma está a punto de reír por última vez. La ironía es difícil de tragar. Entonces yo era la otra mujer. ¿Soy ahora la traicionada? Hay una horrible simetría en todo esto. La culpa que sentí entonces vuelve a asomar la cabeza, fea e implacable. Es inútil luchar contra ella. Solo puedo culparme a mí misma por haber confiado en Noah.

Aprieto los labios, esperando que la bomba haga de las suyas, pero, en lugar de eso, Noah dice:

—¿Dónde está tu iPad?

—¿Qué?

—Tu iPad. Necesito enseñarte algo.

Sin mediar palabra, me acerco a la mesita, lo saco de debajo de un montón de fichas de matemáticas que debería revisar, y se lo doy.

Pulsa mi contraseña, teclea un momento y luego gira la pantalla hacia mí. Está en la página de Facebook de South Langley. Es un lugar al que la gente acude para anunciar eventos y lloriquean por las cacas de perro, donde cuelgan fotos de gatos desaparecidos y se quejan de la furgoneta de kebabs que visita el aparcamiento del ayuntamiento todos los viernes por la noche.

—He visto esto antes. —Noah señala una fotografía de una vela, del tipo que la gente enciende en las iglesias en memoria de sus

seres queridos. Leo el post con rapidez.

Todos son bienvenidos a la vigilia con velas que se celebra esta noche por Annie Bradstock, que lucha por su vida en el hospital.

Organizada por amigos de la familia Bradstock como muestra de apoyo a Annie, de quince años, la vigilia tendrá lugar en la iglesia de South Langley a las 18:00 horas.

Se ruega a todos los asistentes que lleven algo amarillo, ya que es el color favorito de Annie.

—Creía que la gente solo hacía vigilias cuando alguien moría. —Frunzo el ceño—. Me pregunto quién lo ha organizado.

—Tu amiga Siobhan. Bueno, ella es la que ha publicado esto, al menos.

Mirando hacia abajo, veo que Noah tiene razón. El nombre de Siobhan Murphy está ahí y, al parecer, es una de las principales colaboradoras del grupo. Recuerdo el odio en su cara cuando me vio ayer en el partido de *rugby*, que llamó mierda a Joe y nos mandó de vuelta a Londres porque ya no éramos bienvenidos aquí. Entiendo que las emociones están a flor de piel, pero creía que éramos amigas. La llevé a ella y a su hijo Ben a un partido fuera de casa el mes pasado y nos quedamos en el banquillo viendo cómo los chicos derrotaban al rival 25-3.

—¿Crees que deberíamos ir? —le pregunto a Noah.

—Absolutamente no.

—Pero, si no lo hacemos, pensarán que Annie no nos importa. O, peor, ¡supondrán que es porque Joe le dio el éxtasis!

—Ya sabes la carga emocional que tienen estas cosas. ¿Recuerdas la vigilia por esos dos chicos que fueron apuñalados en el parque cerca de nuestra antigua casa? La policía tuvo que intervenir cuando las familias empezaron a pelearse. Los sentimientos están a flor de piel y lo último que necesitamos es exacerbar la situación.

—Supongo que tienes razón. —Hago una pausa, lo observo con atención—. ¿Es lo único que querías decirme?

Le estoy dando la oportunidad de confesar su conversación

telefónica, de soltarme a la cara que tiene una aventura. Porque sé lo que he oído. Mi corazón se endurece al recordar sus palabras susurradas. El pánico en su voz al darse cuenta de que Joe y yo estábamos en casa, y la forma en que su voz se suavizó en cuanto ha terminado la llamada a su amante.

—¿Noah? —presiono—. ¿Eso es todo?

Un abanico de emociones cruza su rostro. Indecisión. Miedo. Culpa. Se pasa una mano por el cuello de la camisa y traga saliva. Su nuez sube y baja como un guisante en una cerbatana.

—Sí, eso es todo.

Aunque sé que miente, mantengo una expresión neutra y oculto mi sensación de traición, mi ira. No, es algo más. Es furia lo que siento. Una furia al rojo vivo que me recorre las venas y me deja sin aliento. Soy un volcán a punto de estallar. La contengo, porque no estoy dispuesta a dejar que otra mujer entre en mi matrimonio y me robe a mi marido, no cuando Joe nos necesita más que nunca. También sé que, a pesar de mi rabia, quiero a Noah. Otra cosa es si podré perdonarlo, pero quiero tener la oportunidad de intentarlo.

Si reacciono de forma exagerada, si grito y chillo y despotrico y desvarío, solo conseguiré forzarle a caer en sus brazos, y no dejaré que eso ocurra. Hemos pasado por demasiado para estar juntos. No dejaré que se vaya sin luchar.

Además, no voy a permitir que la historia se repita.

13

Noah estaba casado cuando lo conocí. Ya está, lo he dicho. Yo era la otra mujer. Su «aventura extramatrimonial». Una rompehogares. Solo que en realidad no era así, porque el matrimonio de Noah ya estaba en ruinas el día que entré en su agencia en busca de un trabajo.

Su esposa Jenny y él habían sido novios de toda la vida, crecieron en el mismo pueblo de Essex y se casaron a los veinte años. Dos años después nació su hijo Billy. Jenny dejó su trabajo en recursos humanos para quedarse en casa, mientras Noah, exprofesor de secundaria, trabajaba a todas horas para crear su consultoría de selección de personal educativo.

Yo tenía veinticinco años y trabajaba como profesora de matemáticas en un instituto de Camden cuando, deseosa de avanzar en mi carrera, me inscribí en un par de agencias de contratación especializadas en educación, entre ellas la de Noah.

El día en que nos conocimos está grabado en mi memoria. Uno de esos días corrientes que empiezan como cualquier otro y acaban cambiando el curso de tu vida. Una amiga de la universidad me había recomendado la consultoría después de que Noah la ayudara a conseguir un puesto de jefa de departamento en un prestigioso colegio privado.

—Es una agencia pequeña, pero el tipo que la dirige sabe lo que hace —me dijo mi amiga, así que actualicé mi currículo y concerté una entrevista informal con Noah Griffiths durante las vacaciones de Semana Santa.

La oficina estaba escondida en una callejuela a poca distancia de London Fields. Llegué casi quince minutos antes, pero, cuando la recepcionista llamó a Noah para decirle que había llegado, él apareció, me estrechó la mano y me hizo pasar a su despacho.

Aunque no era una entrevista formal, me había tomado mi tiempo para maquillarme y peinarme y había planeado con mucho cuidado mi vestimenta, combinando un favorecedor traje pantalón azul marino con unos tacones de aguja negros. Cuando me senté frente

a Noah, me alegré de haber hecho un esfuerzo, porque puede que no fuera guapo de manual —algo menos de metro ochenta, más bien larguirucho, con el pelo oscuro que ya empezaba a retirarse de la frente, la mandíbula cuadrada con una sombra de barba y los ojos verdes detrás de unas gafas de montura de alambre—, pero había algo en él que me hacía sentir un cosquilleo en las terminaciones nerviosas.

Había renunciado a los hombres después de descubrir que mi último novio había enviado mensajes obscenos a una de mis mejores amigas. Estaba felizmente soltera y compartía piso con un par de amigas. Sin embargo, mientras Noah repasaba mi currículum, me preguntaba por mis habilidades y experiencia y dónde me veía dentro de cinco años, lo único en lo que podía pensar era en cómo sería sentir sus brazos rodeándome, sus labios sobre los míos.

La única foto que había en su escritorio era la de un niño de cinco o seis años sentado en una playa de arena con un helado. No había selfis de familias felices, ni fotos de una esposa, y nada en su comportamiento hacia mí sugería que tuviéramos algo más que una relación profesional.

Más tarde me dijo que había sentido la misma chispa entre nosotros, pero no fue hasta que me consiguió un trabajo en uno de los colegios más populares de Islington, cuando me propuso tomar un café para celebrarlo.

—A la mierda el café. Quiero champán —dije, y él soltó una profunda carcajada que me licuó las entrañas.

Hablamos sin parar, y tras terminarnos la primera botella de Moët, Noah levantó una mano para llamar al camarero, Luego se detuvo.

—¿Pido otra, o tu novio te espera en casa?

—¿Qué novio?

Sonrió.

—En ese caso...

—Pídela —acepté, y luego esperé un momento, con el corazón latiéndome en el pecho—. A menos que tu mujer te esté esperando.

Buscaba información, porque aún no estaba segura de si estaba casado. No llevaba alianza, lo cual era interesante pero no concluyente.

—¿Jenny? No, no estará —dijo, y mi corazón cayó en picado. Noah tenía mujer y yo tenía que retirarme, porque aquello no podía ser más que una copa de celebración entre amigos. Jugueteé con el tallo de mi vaso sin darme cuenta de que él seguía hablando—: Jenny no me esperará de vuelta porque no es... no somos realmente... —Suspiró—. Es complicado.

Alargué la mano para tocar la suya.

—Sé escuchar.

Fue como si hubiera abierto de un tirón una puerta que llevaba años cerrada. Las palabras le salieron a borbotones. Habló de cómo Jenny y él se habían distanciado durante mucho tiempo, habían permanecido juntos solo por el bien de su hijo de siete años, Billy. Cómo llevaban vidas separadas: Jenny y Billy en casa, en Essex, mientras Noah pasaba la semana laboral en un piso encima de su oficina, en Hackney; volvía a casa solo el fin de semana. Eran más hermanos que marido y mujer.

Clichés, todos ellos. El tipo de frases que los pobres e incomprendidos hombres llevan siglos soltando a las mujeres crédulas. Sin embargo, le creí. Tal vez fue el dolor crudo en sus ojos o la emoción en su voz lo que me convenció, pero supe que decía la verdad. O eso creía yo.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas. No es culpa tuya. —Me agarró la mano y entrelazó sus dedos con los míos—. Gracias. Por escucharme, quiero decir. Eres la primera persona con la que hablo de esto.

—¿Jenny y tú no os habéis div...?

Sacudió la cabeza.

—Siempre que intento hablar de cómo me siento, cambia de tema. Sus padres se divorciaron cuando ella era joven, así que supongo que es una situación inevitable. —Se aclaró la garganta—. Lo siento, se supone que estamos celebrando tu fabuloso nuevo trabajo, y aquí estoy yo, parloteando sobre mis problemas.

—No me importa. —Y era cierto, no me importaba. Los hombres casados siempre habían estado fuera de mis límites, pero, cuanto más hablaba con Noah, más atraída me sentía hacia él, como si estuviéramos destinados a estar juntos.

Me dio un último apretón en la mano, cogió su vaso y lo inclinó hacia el mío.

—Por Eve, extraordinaria profesora de Matemáticas, para quien dos más dos nunca es igual a cinco.

Chocamos las copas con torpeza.

—Y por Noah, gurú de la contratación, que, un contrato a la vez, construye futuros más brillantes —dije—. Salud.

La siguiente hora transcurrió en un agradable desenfoque etílico y, cuando llegamos al final de la segunda botella de champán, fuera estaba oscuro y no solo mi mano estaba entrelazada con la de Noah, sino que mi estómago daba volteretas. No había sentido una lujuria así desde que el chico del que había estado enamorada durante casi dos años me había sacado a bailar en la discoteca del instituto a los diecisiete.

—Oye —dijo Noah con suavidad—. ¿Quieres ir a otro sitio?

Claro que sí, pero no quería ser una de esas mujeres que desperdiciaban los mejores años de su vida esperando a un hombre que nunca dejaría a su mujer. Me merecía algo mejor que eso. De mala gana, retiré la mano.

—Habría estado bien, pero es tarde. Debo irme.

—Por supuesto. Tienes razón —aceptó, con la cara desencajada—. ¿Te volveré a ver? —me preguntó con tristeza cuando me colgué el bolso del hombro y me levanté para irme.

—Por supuesto —le dije—. La próxima vez que busque trabajo, serás la primera persona a la que llame.

—No quería decir eso.

Le dediqué una sonrisa retorcida.

—Sé que no.

Podía sentir sus ojos clavados en mi espalda mientras salía del *pub* con la cabeza bien alta. No quería que acabara la velada, pero sabía que estaba haciendo lo correcto. Estaba casado; por lo tanto, estaba fuera de mis límites.

Al día siguiente, Noah me envió un enorme ramo de exquisitas rosas de color rosa rubor. Al otro, llegó un libro de poemas de amor de Elizabeth Barrett Browning. Al tercero, Noah apareció en mi puerta con entradas para *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, en el

Royal Albert Hall.

—¿Vendrás? —preguntó con tanta esperanza que todas mis buenas intenciones se estrellaron y ardieron.

—Oh, está bien. Solo se vive una vez. —Sonreí—. Espera, voy a coger mi chaqueta.

El concierto fue arrollador y emotivo, y la música aún me retumbaba cuando Noah sugirió que cenáramos algo.

Me llevó a un humeante club de *jazz* del Soho, donde bebimos tequila y comimos gambas al ajillo y alitas de pollo picantes. Salimos pasada la medianoche y Noah paró un taxi negro.

—¿Adónde? —preguntó el conductor. Clavé los ojos en Noah y vi mi propio deseo reflejado en ellos.

—¿Eve? —preguntó en voz baja. Asentí con la cabeza—. Kingsbridge Terrace, Hackney —le indicó al conductor.

Mientras el taxi avanzaba por las vacías calles londinenses hacia el piso de Noah, me di cuenta de golpe de que me estaba enamorando de ese hombre tan guapo e inteligente que me había abierto su corazón y me había hecho perder la cabeza.

Aunque nunca quise enamorarme del marido de otra, creo que ya entonces sabía que cambiaría mi vida para siempre.

14

Si damos crédito a la prensa sensacionalista, las relaciones con amantes siempre son «sucias», «sórdidas» o «de mal gusto». La nuestra no lo fue. En retrospectiva, fue la época más feliz de mi vida, a pesar del sentimiento de culpa que nunca me abandonó del todo.

Durante la semana tenía a Noah para mí sola. Su pequeño piso de alquiler en Hackney estaba mucho más cerca de mi nuevo colegio que mi piso compartido en Wood Green, así que tenía sentido que me mudara con él. Enseguida nos acostumbramos a la rutina: cocinábamos juntos antes de acurrucarnos en el sofá con una botella de vino y un DVD. Era demasiado fácil fingir que éramos como cualquier otra pareja casada, y así lo hice.

Todas las noches, a las siete en punto, Noah telefoneaba a Billy, pero, lejos de importarme, me encantaba que nada se interpusiera en su camino para hablar con el niño. Era un buen padre. Un buen hombre. Jenny y él rara vez hablaban, al menos en mi presencia. Cuando lo hacían, sus intercambios eran sobre asuntos prácticos y mundanos. Si Noah se había acordado de que el coche tenía que pasar la ITV y la revisión, y si podía llamar al fontanero porque el piloto de la caldera volvía a fallar.

Los viernes, Noah salía de Londres antes de que yo llegara del trabajo para evitar lo peor del tráfico en hora punta y estar de vuelta en Essex a tiempo para el baño y la hora de dormir de Billy.

El tiempo me jugaba malas pasadas. Los días de la semana pasaban a doble de velocidad, pero los relojes parecían detenerse durante los largos y solitarios fines de semana en los que deambulaba por el piso compadeciéndome de mí misma mientras me imaginaba a Noah, Jenny y Billy en saludables paseos por el campo o disfrutando de acogedores almuerzos en un *pub*. Me pasaba el tiempo poniendo notas y planificando las clases, pero siempre contaba las horas que faltaban para las nueve de la noche del domingo, cuando oiría la llave de Noah en la cerradura y mi vida volvería a estar completa.

Hubo momentos en los que la culpa me abrumó y me planteé poner fin a nuestra aventura. Mis amigos no ayudaban; me decían que estaba loca, que Noah nunca se comprometería de forma plena conmigo y que, aunque lo hiciera, ¿cómo iba a confiar en un hombre con un historial de engaños? Aunque sus advertencias me hicieron sentir intranquila sobre nuestro futuro, no hice nada. Porque quería a Noah y sabía que él me quería a mí. Estábamos hechos el uno para el otro, así de simple.

***

Estábamos acurrucados en el sofá viendo *Orgullo y prejuicio* un jueves por la noche cuando sonó el timbre. Supuse que era la comida para llevar que había pedido, pulsé el botón de pausa del mando a distancia, cogí el bolso y bajé corriendo. Pero estaba claro que la furiosa mujer que estaba en la puerta no era del restaurante de la calle.

—Lo sabía —siseó—. ¿Dónde está?

Sin esperar respuesta, me empujó y subió las escaleras. El miedo me atrapó. Me quedé mirando su espalda. Nunca había conocido a Jenny, ni siquiera había visto una foto suya, pero su pelo era del mismo tono rubio pajizo que el de Billy.

Mierda. *Mierda*.

Por un momento, me quedé agarrada al pomo de la puerta y cara a la escalera, preguntándome qué demonios hacer. ¿Quedarme o irme? ¿Hacer frente a las consecuencias o dejarlos solos?

—¿Comida para Griffiths? —se oyó una voz detrás de mí, y me sobresalté. Me llevé la mano al pecho, pero solo era el repartidor que blandía una bolsa blanca con nuestra cena—. Lo siento, señora, no quería asustarla —dijo, y su sonrisa fue sustituida por una expresión preocupada.

—No pasa nada —lo tranquilicé, y saqué un billete de veinte libras de mi bolso—. Por favor, quédese con el cambio.

Me dio las gracias con la cabeza, dio la vuelta y desapareció calle abajo. De repente, volví a estar sola, con el asa de la bolsa de plástico clavada los dedos y un olor aromático y especiado recorría el

pasillo. De mala gana, volví a subir mientras el sonido de las voces se hacía más fuerte a cada paso.

La puerta del piso estaba cerrada y, por un momento, pensé que tendría que llamar para que me dejaran entrar, pero entonces recordé que había dejado el pestillo abierto y la abrí de un empujón. Noah y Jenny estaban en el salón y, aunque había otra puerta cerrada entre nosotros, escuché cada palabra de su discusión.

—¿Cómo *has podido*? ¿Cómo has podido hacerme esto a mí..., a *Billy*? —chilló Jenny.

La voz de Noah era baja, mesurada, como si intentara convencer a un suicida de que se bajara del borde de un precipicio.

—Cálmate, Jen. Por favor.

—¡No me digas que me calme*, cabrón*! ¿Quién es? ¿Cuánto tiempo lleva esto?

Contuve la respiración, preparándome para que Noah dijera «No es lo que piensas. Ha sido un error. *Ella* ha sido un error. Es a ti a quien quiero. A ti y a Billy. Por supuesto que terminaré con ella. No significa nada para mí».

Pero no lo hizo.

—Se llama Eve. Nos conocimos en el trabajo.

—¿Cuándo? —La pregunta salió escupida como una bala.

—Pascua —dijo Noah.

—*¿Pascua*? —balbuceó Jenny—. ¿Hace seis meses? ¿Y cuándo ibas a decírmelo?

Noah se aclaró la garganta.

—Esperaba el momento adecuado.

—¿El momento adecuado? No me hagas reír. Eres un maldito cliché andante, Noah Griffiths. Te han pillado con los pantalones bajados. Esa es la única razón por la que admites esta... esta *aventura*.

—Vamos, Jen, tienes que admitir que las cosas no van bien entre nosotros desde hace mucho tiempo.

—¡Las cosas no van bien porque nunca estás en casa! Pero lo he aguantado porque pensaba que estabas construyendo el negocio para nuestra familia. —Soltó una corta carcajada—. Qué tonta he sido.

—Nunca me he propuesto hacerte daño, Jen. Siento mucho que te

hayas enterado así. Debería haber tenido las pelotas de decírtelo antes. —Noah hizo una pausa y, al otro lado de la puerta, contuve la respiración—. Tenemos que hablar de lo que pasa ahora y de cómo afecta a Billy.

—¡No te atrevas a arrastrar a Billy a esto! Le va a romper el corazón. Si crees que voy a renunciar a mi vida sin luchar, te equivocas.

La puerta se abrió de golpe y Jenny salió furiosa, aunque se detuvo al verme en el pasillo. Tenía la cara manchada y el rímel corría por sus mejillas, pero, cuando me miró de arriba abajo, sus labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—Eve, ¿verdad?

Asentí, la vergüenza florecía en la boca del estómago. Siempre había conseguido justificar mi relación con Noah porque me había asegurado que su matrimonio había terminado antes de conocernos. Me quedé mirando la alfombra raída, carcomida por el remordimiento. Puede que Noah pensara que su matrimonio estaba acabado, pero estaba claro que Jenny no estaba de acuerdo.

—Espero que estés orgullosa de ti misma.

—Yo... nunca...

—Déjate de tonterías. No me interesa —espetó Jenny—. Solo espero que algún día sepas lo que se siente con la traición.

Sentí sus palabras como una maldición y se me erizaron los pelos de la nuca. Yo no era Jenny, me dije. Noah nunca me engañaría.

Diecisiete años después, sus palabras han vuelto a perseguirme.

15

No puedo concentrarme en nada. Tengo una pila de ropa que planchar, exámenes que corregir, pero solo puedo pensar en la llamada de Noah. Se repite una y otra vez en mi cabeza.

«Es solo cuestión de tiempo que se entere... Quiero decírselo yo mismo... Solo dame unos días más...».

Si estoy en lo cierto, Noah planea dejarme. Estoy muy sorprendida. Está más allá de mi comprensión. No ha habido ausencias inexplicables, ni mensajes de texto furtivos, ni olores de perfume en su cuello. No se ha apuntado a un gimnasio ni ha empezado a correr. No se ha comprado ropa nueva ni ha estado emocionalmente distante. Hace un par de semanas estábamos planeando una escapada de Pascua a Yorkshire Dales, por el amor de Dios. Sí, parece un poco más estresado de lo habitual por el trabajo, pero, por lo demás, ha sido el de siempre: me trae una taza de té por la mañana y me masajea los pies mientras vemos la tele después de cenar.

Debo haber escuchado mal. Esa es la explicación lógica. Tal vez Noah estaba hablando de alguien con quien trabaja. Pero recuerdo que ha mencionado mi nombre. «*Eve volverá en cualquier momento».* La expresión de culpabilidad en su cara cuando le he preguntado si quería decirme algo más. Cualquier esperanza a la que me haya aferrado de haber entendido mal se desvanece.

Ansío llamar a Lisa, convocarla a una cumbre de emergencia para analizar lo que he oído, como he hecho con cada gran acontecimiento de mi vida en los últimos dieciséis años. Ha estado ahí en las buenas y en las malas, acompañándome, defendiéndome, apoyándome. Fue ella quien me animó a buscar trabajo en el colegio de Annie y quien se gastó el dinero que no podía permitirse en una botella de champán cuando me ofrecieron el puesto. La que nos llevó a urgencias cuando Joe se rompió la muñeca en el trampolín porque Noah estaba en una conferencia. La que me dio té y pañuelos cuando aborté un par de meses después del cuarto cumpleaños de Joe.

Y funcionó en ambos sentidos. Estuve con Lisa cuando los médicos confirmaron que el cáncer de Craig se había extendido a los huesos. La ayudé a organizar su funeral y cuidé de Annie mientras ella estaba en el trabajo, desplumando pavos y recogiendo manzanas.

No puedo llamar a Lisa para decirle que creo que mi marido tiene una aventura porque está en el hospital con Annie, que está en coma tras tomar éxtasis en nuestra casa.

Qué desastre.

Me siento en la isla de la cocina, con las manos entrelazadas alrededor de una taza de té frío, y me pregunto si las cuatro es demasiado pronto para una copa de vino. La casa está en silencio, el único sonido es el suave zumbido de la nevera. Joe sigue fuera con sus amigos y Noah está en la reunión a la que no puede faltar.

«*Sí, claro», pienso.*

Normalmente, me encanta tener la casa para mí sola. Las habitaciones vacías, la tranquilidad solitaria, son el antídoto perfecto contra el ajetreo de un instituto en el que nunca hay un momento de paz. Esta tarde el silencio es pesado, casi sofocante. Un vistazo a mi futuro, quizás, cuando Noah me haya dejado por su amante y Joe esté en la universidad. La idea me produce un escalofrío.

Quiero distraerme y cojo el móvil. No puedo llamar a Lisa para contarle mis penas, pero puedo preguntarle cómo está Annie. Dejo escapar un suspiro de frustración: una vez más, la llamada salta al buzón de voz.

—Lisa, cielo. Soy yo, Eve. Me preguntaba cómo está Annie. El hospital no me lo dirá porque no soy de la familia, pero *me siento* como de la familia. —Consciente de que mi voz ha empezado a flaquear, hago una pausa para serenarme. Tratar con una amiga histérica es lo último que Lisa necesita ahora mismo. Me aclaro la garganta—. Estoy muy preocupada por ella. Llámame en cuanto puedas, por favor.

Tamborileo con los dedos sobre la encimera, pensativa, luego me deslizo fuera del taburete y me dirijo al estudio de Noah. Utiliza un MacBook Air para trabajar, pero ha conservado su antiguo ordenador de sobremesa para emergencias. Utiliza la misma contraseña: mi nombre seguido de las fechas de los cumpleaños de Joe y Billy. Le

he dicho innumerables veces que algún día le hackearán. Hoy me alegro de que mis advertencias hayan caído en saco roto.

El ordenador tarda una eternidad en encenderse y, cuando por fin lo hace, navego hasta la aplicación Google Calendar.

Hago clic en las dos últimas semanas. No hay nada que destaque entre las diversas reuniones, evaluaciones y llamadas de Zoom. Entonces algo me llama la atención. Una tarde entera ha sido borrada, sin ninguna explicación. Compruebo la fecha. Fue el lunes pasado.

Voy más atrás. Cada dos semanas se han bloqueado tardes al azar sin dar ninguna razón. Recuerdo que Noah me dijo una vez que todo el mundo en su oficina tenía acceso de solo lectura a su horario, que solo su jefa de oficina, Bernice, tenía acceso para editarlo. Mi respiración se acelera. ¿Qué intentaba ocultar a su equipo?

Me planteo llamar a Bernice y preguntarle si lo sabe, pero enseguida descarto la idea. A sus sesenta y pocos años, bajita y rechoncha, con un casco de pelo gris y encrespado, nunca le he caído bien. Estoy segura de que me considera responsable de la ruptura del primer matrimonio de Noah.

En lugar de eso, me remonto a finales del año pasado. Las tardes misteriosas parecen empezar a principios de diciembre. Intento recordar algún cambio en el comportamiento de Noah que pudiera sugerir que tenía una aventura, pero no se me ocurre nada.

Espera, hubo algo. Noah se enfadó muchísimo cuando le dije que le había comprado a Joe un portátil nuevo por Navidad. Se volvió loco. No hablamos durante casi una semana. Estuvo fuera de lugar —Noah es la persona más generosa que conozco— y su reacción me desconcertó. Ahora, sin embargo, todo encaja. Debe haber destinado el dinero para su nueva vida con su amante.

La puerta principal se cierra de golpe y doy un respingo. Aparto la vista de la agenda de Noah con culpa, como si fuera yo la que se ha echado un amante. Me lanzo a la cocina, cojo mi taza y salto al taburete más cercano. Instantes después, Joe entra en tropel y se dirige a la nevera sin decir una palabra. Saca un cartón de leche y un vaso de medio litro del armario.

Siento una oleada de irritación. ¿Qué sentido tiene enviar a tu hijo

a la mejor escuela del condado si ni siquiera puede gruñir un simple saludo? Es como si fuera invisible. Pienso en el flamante iPhone y en las carísimas botas de fútbol Nike que envolví para regalo y le he regalado antes del desayuno. En los exámenes que pasaré corrigiendo durante las vacaciones de verano para pagar su viaje escolar a China. Los tres filetes de solomillo de la granja que reposan en la nevera y que compré especialmente para nuestra cena porque son sus favoritos. Las interminables horas que he pasado cocinando, limpiando y llevándolo de un lado para otro. Y no es capaz ni de saludar. Algo dentro de mí se rompe y dejo la taza sobre la encimera de granito con un golpe satisfactorio.

—Hola, Joe, yo también me alegro de verte. —Mi voz rezuma sarcasmo.

Se detiene a medio camino de verter leche en el vaso y levanta la vista, confuso.

—¿Qué?

—Un «Hola, mamá, ¿qué tal?» estaría bien de vez en cuando —me quejo.

Parece un poco avergonzado.

—Lo siento, estaba en mi mundo. ¿Cómo *estás*? —pregunta con la sonrisa pícara que emplea para engatusarme desde que tenía unos tres años.

Una parte de mí quiere decirle la verdad, soltar la bomba. «Bueno, parece que tu padre tiene una amante y probablemente esté planeando nuestro divorcio mientras hablamos. Apuesto a que te gustaría no haber preguntado». Pero la otra mitad, la que ha sido programada para proteger a Joe de todos los males de la vida desde el día en que nació, me detiene.

—Estoy bien —digo al final—. Preocupada por Annie, por supuesto, pero, por lo demás, bien.

Joe sonríe inseguro y baja la mirada hacia su mano, que sigue en el aire. Agita el cartón de leche hacia mi taza.

—¿Quieres otra taza de té?

—Pues sí, gracias, cariño. —Mi irritación anterior se desvanece como papel de periódico viejo al sol. Quizá llevarlo a Elmwood merezca la pena, después de todo. Observo a Joe mientras rellena la

tetera y pone una bolsita de té en una taza limpia. Ya es dos centímetros más alto que Noah. También es más ancho, tiene la mandíbula más cuadrada y los ojos más verdes. Tiene mis labios carnosos y una vista perfecta. Joe no lleva gafas. Es como si hubiera heredado lo mejor de los dos. Un feliz matrimonio de genes. Suelto un largo suspiro.

—¿Qué pasa? —pregunta Joe. Parece que ha pasado de la indiferencia total a un interés casi forense por mis sentimientos y, por un momento, me siento desconcertada. Los adolescentes son así, creo. Un cúmulo de contradicciones. Un minuto anuncian que son su propia persona; al siguiente, ceden a la presión del grupo. Anhelan la independencia mientras dependen de sus padres para todo. Se hacen los payasos de la clase delante de sus amigos aunque luchan contra la inseguridad a puerta cerrada. Exigen que se los trate como adultos, pero se comportan como niños pequeños.

Creen saberlo todo cuando en realidad no saben nada.

Me obligo a sonreír. Es mejor para todos que Joe siga sin saber nada.

—Oh, estoy bien, de verdad. ¿Qué tal?, ¿habéis tenido algún partido?

—No. No había nadie en el campo.

—¿Cómo has pasado tu cumpleaños? —pregunto, desconcertada. Son casi las cinco y lleva fuera desde la hora de comer.

—He cogido el autobús a Nesborough.

—Te habría llevado si me lo hubieras pedido.

—No necesitaba que me llevaran. He cogido el autobús —dice con paciencia.

—Qué bien —le digo, aunque lo que quiero preguntarle es «¿Qué has estado haciendo exactamente en Nesborough toda la tarde?».

Cuando tenía dieciséis años y salía a la ciudad con mis amigas, nos paseábamos por H&M, Miss Selfridge y Topshop, derrochando nuestro dinero en faldas ajustadas y tops diminutos, antes de quedarnos fuera del McDonald’s para ver a los talentos locales. No creo que Joe tenga novia —o novio, que daría lo mismo— y odia las compras de ropa con todas sus fuerzas, prefiere pedir cosas por Internet.

Hoy lleva su camiseta negra habitual, una sudadera con capucha gris oscuro y unos pantalones cargo negros y holgados. Todos los chicos tienen el mismo aspecto; la ropa de calle que llevan es casi un uniforme, lo cual es desconcertante, porque podrían ser Benedict, de Elmwood Manor, o Jayden, de Nesborough Comp. Solo los distingues por sus acentos. Eso y sus zapatos. Noah dice que es como la ley del rendimiento decreciente: cuanto más pobre eres, más caras son tus zapatillas.

Sin pensarlo, miro los pies de Joe. No reconozco las zapatillas negras, rojas y blancas que lleva.

—¿Zapatos nuevos? —pregunto.

Saca la bolsita de té de mi taza, de espaldas a mí.

—Hum, sí, los he comprado esta tarde, en realidad. He usado el resto de mi paga y el dinero del cumpleaños que me dio la abuela.

—Muy elegantes —digo, y luego hago una mueca, porque a ningún chico de dieciséis años le gusta que le digan que sus nuevas zapatillas son «elegantes». Es demasiado vergonzoso.

—Gracias. —Joe me entrega el té—. ¿A qué hora es la cena?

—Sobre las siete.

Asiente con la cabeza, toma su vaso de leche y cuatro galletas de chocolate y se dirige escaleras arriba, dejándome sola con mis pensamientos una vez más.

16

Estoy cortando tomates cherri para una ensalada, a un tercio de mi segundo vaso de vino, cuando oigo música procedente del cementerio que hay junto a la casa. Por un momento, me desconcierta. A veces escuchamos música coral, pero los ensayos son los jueves por la noche. Si no me equivoco, no es *Abide with Me,* sino *Fix You,* de Coldplay.

Cuando mi madre vio por primera vez The Old Vicarage, se estremeció.

—¡Está tan cerca de la iglesia!

—De ahí viene el nombre —respondí con los dientes apretados.

La casa revestida de hiedra era un ensueño victoriano con habitaciones luminosas y espaciosas, chimeneas adornadas, elegantes suelos de baldosas y un frondoso jardín. Sí, la calefacción costaba un dineral y no necesitábamos cinco habitaciones, pero nos enamoramos de ella en cuanto la vimos. El padre de Noah había muerto hacía poco y, como era hijo único y su madre había fallecido una década antes, heredó la casa familiar de Epping. La vendió y utilizó los ingresos de nuestro adosado de dos dormitorios en Londres como depósito, y así pudimos comprar The Old Vicarage.

—No creo que pudiera vivir tan cerca de todos esos muertos —había añadido mi madre, mirando por encima del grueso muro de piedra del fondo del jardín hacia el cementerio.

—Al menos sabemos que los vecinos son gente tranquila —había bromeado Noah mientras yo enfurecía en silencio. Mi madre era de las que se dejaba impresionar por las casas nuevas sin carácter, con triple acristalamiento y armarios empotrados. No debería haberme sorprendido.

The Old Vicarage era una casa fría y tenía corrientes de aire, y había que desmontar y cambiarlo todo, desde la cocina hasta los tres cuartos de baño. Era, como mi padre señaló con gran ayuda, un pozo sin fondo. Pero me encantaba ver la torre de la iglesia desde la ventana de la cocina. Que me despertaran las campanas a las ocho de la mañana de un domingo era un pequeño precio que pagar.

Devolver la vida a The Old Vicarage fue un trabajo de amor, pero dieciséis años después, tenemos la casa exactamente como la queremos. Es mi hogar para siempre.

Dejo caer el cuchillo sobre la tabla de cortar y cruzo la habitación hasta las puertas del patio, las abro unos centímetros y escucho. Sí, sin duda es Coldplay. Me calzo las Crocs y salgo. El frío de la noche me pilla por sorpresa y me abrigo con la rebeca. La música suena metálica, como si la pusieran en una vieja radio portátil, y se oye un murmullo de voces una octava por debajo del conocido barítono de Chris Martin. Llego al muro y miro a través de la penumbra hacia el patio de la iglesia, preguntándome qué sucede. No me doy cuenta hasta que veo la línea de llamas parpadeantes que serpentean a lo largo del camino que conduce a la iglesia. Debe de ser la vigilia de Annie.

Fix You llega a su fin. Alguien tose. Una paloma torcaz arrulla. Una voz que reconozco empieza a hablar. Siobhan. Debe haber organizado la vigilia, lo que resulta irónico porque, aunque siempre me he llevado bien con ella, Lisa cree que es una cotilla insufrible.

Levanto el cuello, pero a esta distancia solo capto alguna palabra suelta. La necesidad de saber lo que dice es demasiado irresistible para ignorarla. Puede que Noah me haya advertido de que no me acercara a la vigilia por si mi presencia empeoraba la situación, pero es un mentiroso y un tramposo, y puede irse al infierno. Además, si Lisa está allí, quizá pueda averiguar cómo está Annie. Me deslizo por el muro, aterrizo en silencio en el suelo blando del otro lado, y me abro paso entre las lápidas cubiertas de musgo, atraída como una polilla por las luces de las velas.

Unas treinta personas se han reunido alrededor de una lápida al este de la nave. La lápida de Craig, me doy cuenta como si me golpearan. Recorro la multitud en busca de mi mejor amiga, pero no la veo. Reconozco a media docena de madres de la escuela primaria de Joe y a un puñado de ancianos del pueblo. El vicario está allí, lo cual también es irónico, ya que Lisa no es nada religiosa. La única razón por la que Craig tuvo un funeral religioso fue porque sus ancianos padres eran miembros de la congregación. El resto son adolescentes de la edad de Joe y Annie. Los conozco desde que eran

unos niños regordetes que salían de preescolar con marionetas de dedo y pinturas de burbujas. Ahora los chicos llevan camisetas sin mangas y pantalones cortos, y las chicas, pestañas postizas y mala actitud.

—Gracias a todos por venir esta tarde a mostrar vuestro cariño y apoyo a Annie Bradstock en este momento tan difícil —dice Siobhan, con una voz llena de sinceridad—. Como todos sabéis, Annie lucha por su vida en el hospital, y su madre, Lisa, está a su lado...

La lápida de Craig se ve obscenamente impoluta, la piedra crema de Portland aún no ha sido desgastada por una capa verde de líquenes. Hace casi diez años que enterramos su cuerpo devastado por el cáncer. Diez años desde que Lisa tuvo que convertirse en madre y padre de Annie. Su futuro le fue arrebatado entonces, y ahora vuelve a ocurrir. Me golpea una oleada de compasión por mi amiga, unida a un sentimiento de impotencia, porque no hay nada que pueda hacer para mejorar las cosas.

—... y ahora cedo la palabra a la reverenda Patsy Dutton para que pronuncie unas palabras —dice Siobhan con solemnidad.

La reverenda Dutton es una mujer pechugona y de mejillas sonrosadas que parece más la esposa de un granjero que una párroca. Esta noche tiene el rostro pálido y cansado.

—Estoy segura de que todos querréis uniros a mí para enviarle nuestro amor y nuestras oraciones a Annie y desearle una pronta recuperación —dice, y yo quiero salir de las sombras y preguntarle cómo puede justificar lo que le ha pasado a Annie como voluntad de Dios, porque ¿qué clase de dios permite que le pasen cosas tan malas a gente buena?

Parece que no soy la única que piensa así, porque, mientras insta a todos a unirse a ella en el Padrenuestro, está claro que los adolescentes se aburren. Un par de ellos incluso sacan sus móviles y empiezan a navegar.

La párroca hace una pausa hasta captar la atención de todos, un truco que aprendí en mi primer trimestre como profesora recién titulada, y luego alza su vela.

—Que cada llama que hemos encendido esta noche represente un faro de esperanza y curación para Annie. Juntos, que nuestras luces

brillen y la guíen de vuelta a nosotros. Amén.

Mientras todo el mundo murmura «Amén», se me llenan los ojos de lágrimas. El sentimiento parece un tópico, pero ¿es esta la realidad de Annie, que yace inconsciente en cuidados intensivos? ¿Se sentirá como si estuviera atrapada en una habitación a oscuras, incapaz de encontrar la salida hasta que alguien abra la puerta?

La vigilia toca a su fin. La reverenda da las gracias a todos por haber venido y los primeros acordes de *Angels,* de Robbie Williams, resuenan en el aire. Este... este... ritual, a falta de una palabra mejor, puede tener un impacto nulo en la recuperación de Annie, pero al menos la gente aquí se preocupa, y eso tiene que contar para algo.

La canción termina. La reverenda anuncia que la iglesia permanecerá abierta el resto de la tarde para la oración y la contemplación, antes de desaparecer por las enormes puertas de roble. La gente sale del cementerio.

Ese es el momento en que suena mi teléfono, la melodía de *Misión Imposible* atraviesa la oscuridad como un cuchillo recién afilado. Me arde la cara de vergüenza al darme cuenta de lo espantoso de mi situación.

Todo el mundo va a saber que estoy aquí.

17

Saco el móvil del bolsillo trasero y tanteo el volumen, pero ya es demasiado tarde.

—Mira —una chica me señala—, ¿no es esa la madre de Joe Griffiths?

—¿Qué demonios hace aquí? —dice una mujer.

Percibo, más que veo, que la gente se gira hacia mí. Mierda. *Mierda*.

—Oye —dice un chico que reconozco. Es Connor Moody, uno de los chicos de la fiesta de Joe—. Has oído a la señora. ¿Qué crees que haces aquí?

Mi garganta amenaza con cerrarse, pero me obligo a hablar.

—He venido a presentar mis respetos, como el resto de vosotros.

—¿Presentar tus respetos? —repite—. ¿Por qué? Annie no está *muerta.* —Mira detrás de él, como buscando la aprobación de los demás. Una mujer asiente.

—Quiero mostrar mi apoyo —digo, pero ya es demasiado tarde. El ambiente ha pasado de la curiosidad a la sospecha y un par de adolescentes se acercan.

—Qué curioso —dice la mujer—. Si no fuera por ti y tu hijo, no estaríamos aquí.

Tiene unos cuarenta años y sobrepeso, el pelo grasiento recogido en una coleta. Va vestida con una sudadera gris holgada y unos *leggings* rosa piel que, a primera vista, dan la impresión de que no lleve nada de cintura para abajo. Me devano los sesos para ubicarla. Entonces me acuerdo. Por supuesto, es la madre de Connor, Lorraine. Solía quedarse en la puerta del colegio a la hora de recoger a los niños porque no podía fumar en el recinto escolar.

—No creo que sea justo... —Ella me interrumpe.

—Tienes razón, no es justo —Da un paso adelante. Está tan cerca que puedo oler el vinagre de su aliento. Me doy cuenta de que lleva un pequeño peluche en el pecho. ¿Planeaba dejarlo en la tumba de Craig?—. Annie es una chica encantadora. Solía cuidar de nuestra Bobbi-Jo. Ahora está con respiración asistida, gracias a tu hijo.

Miro a mi alrededor, en busca de una cara amiga, una voz de la razón. No todos pueden culpar a Joe de lo ocurrido. Él no le dio el éxtasis a Annie, así que ¿por qué de repente es culpa suya? A menos..., a menos que uno de los otros chicos de la fiesta esté esparciendo rumores para desviar la atención. Tendría sentido, aunque ahora mismo mi principal preocupación no es quién está detrás, sino la multitud de caras fruncidas que tengo delante.

Necesito calmar los ánimos y rápido. Respiro hondo.

—Entiendo que si Joe no hubiera tenido una fiesta nada de esto habría pasado, pero no puedes ir por ahí diciendo que es culpa suya. No ha hecho nada malo.

Lorraine mira a su hijo en busca de ayuda.

—Te lo ha dicho él, ¿verdad? —se burla Connor.

—Es un gilipollas mentiroso —dice otro. Un par de chicas se ríen. Se me encoge el pecho. Me siento atrapada contra la pared por su desprecio, aunque sé que puedo darme la vuelta y salir del cementerio cuando quiera.

Busco a Siobhan entre las caras. Está de pie, a la derecha del grupo, con los brazos cruzados. ¿Es eso un rastro de sonrisa en su rostro? Le dirijo una mirada suplicante que ignora.

Lorraine, al parecer, solo está calentando motores.

—Creo que deberías irte. No te queremos aquí. —Hay gruñidos de aprobación. Juro que oigo a una de las mujeres mayores murmurar «Malditos londinenses».

—Entiendo que estéis enfadados, pero comentarios así no ayudan a nadie, y menos a Annie —le digo. Me he puesto en plan profesora: hablo con precisión, como si estuviera explicando una ecuación básica a un niño de doce años. Es probable que se enfaden, pero, la verdad, ya no me importa—. Tengo tanto derecho a estar aquí como vosotros. Os guste o no, vivo aquí. Lo he hecho durante los últimos dieciséis años, de hecho.

—¿De verdad? —pregunta una chica de pelo rubio teñido, y provoca más risas.

Han formado un semicírculo frente a mí, con los rostros iluminados por las velas que sostienen y la sombría iglesia a sus espaldas. Parece una escena de una película de terror de bajo presupuesto.

Aldeanos vampíricos que se vuelven contra el recién llegado. Las velas son de esas de led con llamas de imitación. Una metáfora adecuada para toda esta ridícula pantomima.

Estoy segura de que estas personas, con sus velas, sus ositos y sus expresiones serias, creen que se preocupan. No lo hacen, no de verdad. Están aquí por su propio bien, no por el de Lisa, ni siquiera por el de Annie. Los discursos empalagosos y las canciones ñoñas no sacarán a Annie del coma, ni ayudarán a Lisa a pagar el alquiler.

Solía escuchar leer a Connor cuando estaba en tercer curso. Tartamudeaba un poco y siempre estaba ansioso por complacer a los demás. Ahora parece el tipo de joven de rostro cetrino que, si te lo encontraras, cruzarías la calle. Si alguien sabía cómo conseguir un alijo de éxtasis, debía Connor, no Joe. ¿Por qué nadie lo señala con el dedo de la sospecha? ¿O a cualquiera de los otros adolescentes?

Un hombre rompe filas. Cuarenta y tantos, barbilla decidida y ojos grises muy abiertos. Greg Duffy, el entrenador del equipo de *rugby* de Joe.

—Vamos, hombre —dice con una tranquila autoridad que capta la atención de todos—. No dejemos que esto se nos vaya de las manos. Al fin y al cabo, estamos aquí por Annie. ¿No es cierto?

Un par de aldeanos murmuran su asentimiento. Parece ser la señal para marcharse, ya que se alejan hacia la carretera hasta que solo quedamos Greg y yo.

—Gracias —le digo.

—Cuando quieras. —Su boca se tuerce—. Me he dado cuenta de que algunos se estaban poniendo nerviosos.

Al igual que nosotros, Greg y su esposa Chrissy se consideran recién llegados, ya que se mudaron hace unos diez años a la residencia más grande de la pequeña urbanización de viviendas ejecutivas de South Langley. Greg dirige su propia empresa de fontanería y le va muy bien, a juzgar por la ropa de diseño de la familia, las vacaciones a Cancún y Dubái y el Range Rover Sport y el Mini Cooper de la entrada.

—Es culpa mía. Noah me advirtió de que no viniera.

Se mete las manos en los bolsillos de su polar de Musto azul marino.

—Probablemente le deba una disculpa a Noah. Ayer le hice pasar un mal rato en *rugby*.

—Ya me lo dijo.

—Estaba enfadado. Todos lo estábamos. Annie es una buena chica.

—No hace falta que me lo digas —respondo acalorada—. Eso es lo que me cabrea. —Señalo a los últimos rezagados que salen del cementerio—. ¡Estos tienen el descaro de preguntarme qué hago aquí, pero si apenas la conocen! La tuve en mis brazos cuando tenía pocas horas de vida. —Hago una pausa, intentando serenarme—. La cuidé cuando Lisa estaba en el hospital con Craig. La quiero como a mi propia hija. Nunca, *jamás*, dejaría que le hicieran daño.

—Y sin embargo le hicieron daño —señala Greg.

Me ruborizo. Tiene razón. Tenía el deber de asegurarme de que todos estuvieran a salvo bajo nuestro techo, y fallé. Pero eso no nos hace culpables ni a Joe ni a mí. Tengo que aferrarme a eso.

—Cualquiera de esos chicos le podría haber dado éxtasis a Annie. —He olvidado por un momento que el propio hijo de Greg, Josh, estaba en la fiesta.

Su rostro se tensa, un músculo palpita en su mandíbula y siento una punzada de inquietud. Greg es un tipo grande y su corpulencia se cierne sobre mí en el patio vacío de la iglesia. Estoy a punto de excusarme y marcharme a casa cuando sus labios se estiran en una sonrisa comprensiva.

—Tienes razón —dice—. No deberíamos sacar conclusiones antes de tener todos los datos. —Hace una pausa—. He oído que la policía ha interrogado a Joe esta mañana.

—No lo han interrogado. Ha sido una entrevista voluntaria. Quieren hablar con todos los de la fiesta. ¿Quién te lo ha dicho?

—Josh lo escuchó de Lottie. Joe debe habérselo dicho. Ya conoces a estos chicos. Nunca se despegan de sus malditos móviles. —Greg sacude unas llaves en su bolsillo—. Te acompaño a casa.

Su tono presuntuoso me pone los pelos de punta.

—Gracias. —Me fuerzo a sonreír—. Pero estaré bien.

Se encoge de hombros.

—Tú misma. Es tu entierro.

Miro fijamente su espalda, impactada por el comentario tan

inapropiado. Espero a oír el profundo rugido del motor de su coche antes de volver a casa, inquieta por el encuentro. El cambio de Greg de amistoso a combativo es otra cosa más que añadir a mi creciente pila de preocupaciones. Ahora mismo tengo muchas dudas, pero hay dos cosas claras: siempre seremos culpables de lo que le ha ocurrido a Annie y ya no somos bienvenidos en este pueblo.

18

Noah aún no ha llegado cuando entro por la puerta principal. Al sacar el móvil del bolsillo, me acuerdo de la llamada perdida en el cementerio. Estaba tan concentrada en silenciar el puñetero aparato que no he visto quién llamaba.

Suponía que era Noah para darme alguna excusa de por qué llega tan tarde, así que me sorprende ver que era mi madre.

—¿Va todo bien? —le pregunto al devolverle la llamada.

—Por supuesto que todo está bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque no sueles llamarme al móvil.

—Bueno, nadie contestaba al teléfono de casa —dice malhumorada. Miro el contestador. La lucecita roja parpadea.

—Lo siento, he salido, y seguro que Joe no ha oído que sonaba.

—Quería desearle un feliz cumpleaños. ¿Ha recibido mi tarjeta? La envié por correo urgente, pero eso no te garantiza nada en estos días. —Tose.

Los nudos de mi cuello se alivian un poco. Es un alivio pensar en cumpleaños y en los caprichos del sistema postal. Cosas normales y rutinarias.

—Llegó ayer. Se ha comprado unas zapatillas muy bonitas con el dinero —le digo mientras subo las escaleras hacia el dormitorio de Joe, al fondo de la casa.

—Me habría gustado darle más, pero hoy en día todo es muy caro.

—No seas tonta. Siempre eres muy generosa. —Llamo con suavidad a la puerta de Joe y entro en su habitación. Está sentado en su silla, jugando a *Grand Theft Auto en* la Xbox, con los auriculares puestos. Me acerco al monitor y le hago señas con el teléfono. Pone el juego en pausa y se quita los auriculares, con la cara desencajada.

—¿Es Lisa? —murmura.

—No, es la abuela. Quiere desearte un feliz cumpleaños. —Le paso el teléfono y le digo—: No te olvides de darle las gracias por el dinero.

De vuelta abajo, me sirvo otra copa de vino y me ocupo de poner

la mesa y encender el horno para las patatas fritas. La mayoría de las tardes cenamos frente al televisor, pero los cumpleaños son especiales y siempre comemos en la mesa.

La puerta principal se abre con un chasquido y Noah deja caer las llaves del coche sobre el mueble de nogal del vestíbulo.

—Siento llegar tarde —dice. La puerta del armario bajo las escaleras se abre y se cierra—. La reunión se ha alargado y tenía que preparar un par de currículos para mañana. —Me armo de valor cuando aparece, con la corbata en una mano y el maletín del portátil en la otra. Los deja en la isla de la cocina, coge la botella de vino y enarca una ceja—. Ya veo que has empezado sin mí.

¿Cómo se atreve a juzgarme por tomarme un par de copas de vino con todo lo que está pasando?

—No tenía ni idea de cuándo llegarías —digo a la defensiva.

Levanta una mano.

—No hay necesidad de atacar a la yugular. Solo bromeaba. —Busca en la nevera una botella de cerveza, desenrosca el tapón y bebe un largo trago—. ¿Dónde está el cumpleañero?

—Arriba, hablando con su abuela.

Noah asiente. Saco una bolsa de patatas fritas del congelador y las dispongo en una bandeja para hornear.

—¿Quieres que haga los filetes? —me pregunta. Es su trabajo desde que quemé dos solomillos de Wagyu.

—Por favor —le digo.

Saca los filetes de su envoltorio grasiento y los sazona mientras yo termino de preparar la ensalada que había dejado a mitad. Es un baile, pienso: nos movemos sincronizados por la cocina, nuestra coreografía perfeccionada a lo largo de casi dos décadas de vida matrimonial. Es cómodo y familiar. Instintivo. ¿Arriesgaría Noah esta intimidad por una simple aventura? Y si es así, ¿quién me cocinará los filetes cuando él se haya ido?

—He ido a la vigilia —comento. Levanta la vista de la sartén, con expresión cautelosa—. Antes de que digas nada, me alegro de haberlo hecho. He hablado con Greg Duffy. Se siente mal por cómo te trató el domingo.

—Yo creo que sí. Estuvo muy fuera de lugar —Noah deja caer los

filetes sobre la sartén y esta sisea con furia—. ¿Estaba Lisa?

—No.

—¿Te has enterado de cómo está Annie?

Sacudo la cabeza.

—Lisa sigue sin devolverme las llamadas. —Ser la fantasma de mi mejor amiga es casi tan difícil de digerir como la probabilidad de que mi marido tenga una aventura. Cuando Joe y Annie eran pequeños, Lisa y yo éramos inseparables. Incluso tras volver a trabajar a tiempo completo, siempre nos enviábamos mensajes, memes tontos o notas de voz. Este muro de silencio me rompe el corazón.

Noah da la vuelta a los filetes y yo me encargo de las patatas fritas y llevo la ensalada a la mesa. Joe aparece y me da mi teléfono. Miro si Lisa ha llamado. No hay suerte. Joe se sirve una Coca-Cola.

—¿Cuánto falta para el té?

—Cinco minutos —dice Noah—. Si puedes esperar tanto. —Alarga la mano para despeinar a Joe.

—¡Oye, déjame en paz, viejo! —Joe se agacha, riendo.

—No me llames viejo, gracias —replica Noah, y levanta los puños al estilo boxeador—. Podría derribarte cualquier día de la semana.

—¿Tú crees? —dice él, imitándole. Bailan uno alrededor del otro como dos pesos pesados en el *ring*. Por lo general, sonreiría con indulgencia ante sus payasadas, pero esta noche me parece forzado, como si montaran un espectáculo. ¿Cómo pueden divertirse cuando nuestra vida se cae a pedazos?

—¿Cenamos? —Los miro, y ellos intercambian una mirada, y veo lo que están pensando: «¿Quién ha molestado a la jefa?». Eso solo aumenta mi irritación.

Sé que estoy estropeando el cumpleaños de Joe, pero no tengo ni energía ni ganas de charlar, así que como en silencio mientras ellos hablan de la última sorpresa de la Premier League y del esperado partido de Inglaterra en la Copa de las Seis Naciones este fin de semana. Noah ha cocinado los filetes a la perfección y el cuchillo se desliza por el mío como si fuera mantequilla, pero estoy tan nerviosa que me sabe a cartón. Siento un placer perverso al dejar la mitad sin tocar a un lado del plato.

—¿No quieres eso? —pregunta Joe.

—Todo para ti —respondo, y grita de alegría, como cuando era pequeño y le guardaba la última patata asada.

Empujo mi silla hacia atrás y empiezo a recoger la mesa.

—¿Es la hora de la tarta? —pregunta, esperanzado, dejando el cuchillo y el tenedor en el plato.

He hecho un pastel para el cumpleaños de Joe todos los años desde que nació. Un enorme bizcocho de chocolate con cinco huevos, cubierto de glaseado de chocolate. Tengo todos los ingredientes en la despensa. Este año, incluso he encargado una guirnalda personalizada para ponerla encima. «Feliz cumpleaños, Joe» en azul y plata, a juego con los globos. Con todo el estrés de los últimos días, me he olvidado por completo de prepararlo.

—Dios, Joe, lo siento mucho, pero no he tenido tiempo de hacerlo. Lo haré mañana, lo prometo.

—Está bien, mamá, no tienes que disculparte. He visto helado en el congelador. ¿Alguien más quiere?

Se levanta, pone mi plato sobre el suyo y los lleva al lavavajillas. Mi hijo, una dicotomía andante, pienso, al ver cómo se le flexionan los bíceps mientras apila los platos. Un momento está tan excitado como un niño de cinco años ante la idea de comer tarta de chocolate y, al siguiente, muestra una madurez superior a su edad.

Debería encantarme esta alternancia entre niño y adulto, pero no es así. Me resulta muy inquietante. Me hace pensar que no lo conozco de nada, y me destroza. Si mi hijo es un desconocido y mi marido un mentiroso, ¿qué dice eso de mí?

19

Me despierto a la mañana siguiente y lo primero que hago es coger el móvil para ver si Lisa se ha puesto en contacto conmigo. No hay ningún mensaje de texto, ningún mensaje de WhatsApp, ninguna nota de voz. No hay nada.

El lado de la cama de Noah vuelve a estar vacío y, cuando cruzo la habitación hacia la ventana y miro la entrada, no me sorprende ver que su coche no está. ¿Se habrá ido pronto para visitar a su amante antes del trabajo? Esa posibilidad me hace sentir un dolor agudo en el corazón. Supongo que debería enfrentarme a él, pero, con todo lo que pasa, no tengo fuerzas para hacerlo. En lugar de eso, me desplomo en el extremo de la cama, con la cabeza entre las manos, a la espera a que se me calme el dolor. Al final se me pasa, pero me quedo con un doloroso vacío.

—Oh, Noah —susurro a la silenciosa habitación—. ¿No soy suficiente para ti?

Después de obligarme a ducharme y vestirme, asomo la cabeza por la puerta de la habitación de Joe. Está tumbado boca abajo, con la cara aplastada contra la almohada y una pierna colgando a un lado de la cama, profundamente dormido. Recojo una camiseta sucia y un par de pantalones del suelo y cierro la puerta tras de mí con suavidad.

Abajo, preparo café y mordisqueo una tostada mientras reviso mis correos electrónicos. Me llama la atención uno de mi jefa, Emma Bradley, y se me revuelve el estómago en cuanto veo el encabezamiento.

Urgente: Annie Bradstock

Me tiemblan los dedos y empiezo a leer.

Eve:

Me he enterado de que una de nuestras alumnas de último año de secundaria, Annie Bradstock, ha sido ingresada en el hospital tras una supuesta sobredosis de éxtasis después de asistir a una fiesta

en su casa el sábado por la noche.

He hablado tanto con la madre de Annie como con la policía y, aunque me han asegurado que se está llevando a cabo una investigación policial para establecer las circunstancias del incidente, sería de gran ayuda que pudiéramos reunirnos lo antes posible para hablar de lo sucedido.

Huelga decir que la salud y el bienestar de mis alumnos son mi prioridad, y me comprometo plenamente a apoyar a Annie y a su madre en estos momentos tan difíciles, pero también debo abordar el potencial impacto que este incidente puede tener en la reputación de nuestro centro. Estoy segura de que estará de acuerdo en que es imperativo que manejemos la situación con la máxima delicadeza y transparencia.

A tal fin, estoy preparando una declaración para los medios de comunicación en la que reconozcamos lo sucedido —y las medidas que adoptamos como resultado— y subrayemos nuestro compromiso con la seguridad y el bienestar de nuestros alumnos.

Comprendo que se trata de un momento angustioso para todos los implicados, pero insisto en el daño que este incidente podría infligir a la reputación del instituto si no se gestiona de manera correcta.

Le ruego que me comunique lo antes posible cuándo podemos concertar una reunión para seguir discutiendo este asunto.

Le deseo lo mejor,

Señora Emma Bradley
Directora
Instituto de Secundaria para Chicas de Nesborough

El móvil se me resbala de las manos y golpea la encimera de granito con un ruido seco. El correo electrónico es típico de Emma Bradley. Perfectamente cortés en apariencia, pero, si lees entre líneas, es obvio que no se anda con rodeos.

La primera vez que la conocí, en mi entrevista de hace seis años,

mi impresión inicial fue la de una directora un tanto caótica pero amable, que se preocupaba por la escuela y sus alumnos. Pasaron unos meses antes de comprender que bajo ese exterior sonriente y torpe se escondía un núcleo de acero. Emma es una autoritaria de la vieja escuela que espera un compromiso del ciento diez por ciento, no solo de sus alumnos, sino también de su personal. Dirige el colegio con mano de hierro y pobre de aquel que se desvíe de su rumbo.

Sí, se preocupa por los niños y el personal, pero se preocupa más por la reputación de su escuela.

Me imagino su reacción cuando le informaron de que una de sus alumnas estrella estaba en cuidados intensivos tras una sobredosis. Luego, descubrir que el lamentable asunto ocurrió en casa de su jefa de Matemáticas. Se pondría furiosa.

El sargento Harrington debe haberle hablado de Annie, supongo que con el beneplácito de Lisa. Cojo el móvil y vuelvo a leer el correo electrónico para asimilarlo. Hago una pausa a tres párrafos del final, la sangre me palpita en los oídos al fijarme en una línea que no había asimilado del todo la primera vez.

«... y las medidas que adoptamos como resultado...».

¿Qué quiere decir con esto? ¿Que se me va a responsabilizar del lamentable incidente? ¿Me despedirá por falta grave, me convierto en un chivo expiatorio ofrecido en bandeja a los medios de comunicación en un cínico intento de mitigar las consecuencias?

Quizá yo hiciera lo mismo si estuviera en su lugar.

Considero las posibilidades. Si me quedara sin trabajo, tendríamos que sacar a Joe de Elmwood Manor, porque, sin mi sueldo, no podríamos pagar las cuotas. Tendría que trasladarse al instituto, donde lo acosarían por su acento pijo. Todo esto solo unos meses antes de sus exámenes.

Podría buscar otro trabajo, pero, según Harrington, podrían acusarme de posesión si la policía piensa que hice la vista gorda ante el consumo de drogas en nuestra casa. ¿Y si me condenan y me encarcelan? Para empezar, se acabaría mi carrera docente. ¿Cómo sobreviviría yo, una mujer blanca de mediana edad y de clase media, en la cárcel?

Sopeso mi móvil en la palma de la mano y me pregunto qué hacer. Está claro que lo más sensato sería responder a Emma y decirle que estoy dispuesta a quedar cuando ella quiera. Conociéndola, tendrá activado el acuse de recibo y verá que he abierto su correo. Ignorarlo solo agravará la situación.

Podría llamar a Noah y hablarlo con él antes de responder. Es bueno en situaciones así. Yo tengo tendencia a entrar a saco, mientras que él es tan hábil resolviendo conflictos que debería trabajar para Naciones Unidas. Antes de fundar su agencia de contratación, fue subdirector de un colegio masculino en Enfield, por lo que también sabe cómo funcionan. Ha tratado con directores mucho más aterradores que Emma Bradley.

Pero ahora mismo no tengo fuerzas para responderle a Emma, y no quiero pedirle ayuda a mi marido porque ya no estoy segura de que me cubra las espaldas.

Me decido. No voy a responder al correo electrónico todavía. Iré a ver a Annie en su lugar.

20

Entro en el aparcamiento público del hospital de Nesborough, mientras trato de ignorar los nervios que revolotean como una nube de abejas agitadas en la boca del estómago. El hospital me produce emociones encontradas. Los mejores y los peores momentos. La última vez que estuve aquí fue el invierno pasado, Joe sufrió una conmoción cerebral jugando al *rugby*. La primera, cuando nació Joe. Hace dieciséis años, pero parece que fue ayer.

Aparco y me quedo sentada un poco, con los recuerdos del nacimiento de Joe inundándome la memoria. Noah estuvo a mi lado durante las agotadoras y emotivas doce horas de parto. Me ayudó a respirar durante las contracciones y supo por instinto si necesitaba un sorbo de agua o un masaje en la espalda. Cuando por fin nació Joe, con la cara roja y chillando, fue Noah quien lloró de alegría. Yo solo estaba feliz de que hubiera terminado.

No era su primer rodeo, por supuesto. Billy había nacido por cesárea en un hospital universitario de Essex siete años antes, y Noah se ocupó de él más o menos solo mientras Jenny se recuperaba. Fue igual de práctico con Joe. Puede que sea un marido de mierda, pero siempre ha sido un buen padre.

Recojo la cesta de uvas rojas y el ejemplar de *¡Hola!* que he comprado en el supermercado, y me dirijo a la entrada principal. Sé que Annie no está en condiciones de comer uvas ni de leer una revista de cotilleo, pero no quería llegar con las manos vacías.

La unidad de cuidados intensivos está en la segunda planta de un edificio modular. Subo las escaleras y sigo las indicaciones por un pasillo luminoso con ventanas que dan a un patio cubierto de maleza, un mural descolorido de una isla desierta en una pared y un pequeño árbol sin hojas en el centro.

Las puertas dobles están cerradas. Las empujo, pero no se abren. Hay un timbre y un interfono en la pared de la derecha. Dudo. Si pulso el timbre y anuncio que vengo a visitar a Annie, lo consultarán con Lisa y no me dejarán entrar. Tal vez debería esperar aquí hasta que Lisa salga a tomar un café o al baño. Seguro que, si pudiera

hablar con ella, le haría ver que estoy aquí para ayudar.

Justo cuando estoy deliberando qué hacer, las puertas se abren de golpe y una mujer y un hombre salen a trompicones. Ella está llorando, con los ojos entrecerrados, y las lágrimas caen por sus mejillas. Su expresión es vidriosa, como si acabara de recibir la peor noticia posible. Tal vez sea así.

Aprovecho la oportunidad y atravieso las puertas antes de que se cierren. En la unidad reina un silencio reverencial que me recuerda al de una iglesia. Los únicos sonidos son los constantes pitidos y zumbidos de las máquinas que mantienen con vida a los enfermos.

Recorro la sala en busca de Lisa, pero no está. Entonces, en una habitación lateral, justo antes de la sala de enfermeras, veo el pelo dorado de Annie sobre una almohada, como si estuviera durmiendo sobre un trozo de sol. Me escabullo y paso desapercibida.

—Annie, cariño, soy yo, Eve —susurro, incapaz de apartar la mirada de su rostro, que es del mismo blanco tiza que las sábanas almidonadas.

Está conectada a monitores, respiradores y Dios sabe qué más. Acerco la silla a su cama y le cojo la mano. Sus dedos están fríos al tacto. Los aprieto, a la espera de una respuesta, pero no hay nada.

Pienso en todas las veces que a lo largo de los años he sentido las pequeñas manos de Annie entre las mías: cruzando la carretera entre nuestra casa y la suya, caminando por los tablones que se tambalean en el patio de recreo, saltando a mi lado, cuando volvía a casa del colegio las tardes que Lisa trabajaba. Tantos recuerdos preciosos... Annie es la hija que siempre he querido pero que nunca he tenido. Me recorre un escalofrío. Estar de nuevo en este hospital, el olor a antiséptico y a desesperación, me recuerda al aborto. Siempre he sabido en mis entrañas que el bebé que perdimos a las once semanas era una niña, y tener a Annie en mi vida alivió mi pena.

Entrelazo mis dedos con los suyos y le aparto el pelo de la cara con la otra mano. Creo que debería hablar con ella. Las personas en coma suelen oír, aunque no puedan ver ni hablar. Me aclaro la garganta, un poco cohibida, pero estamos las dos solas en esta pequeña habitación. Solo nosotras y los pitidos y zumbidos de las

máquinas.

—Lo siento mucho, Annie. Lo siento mucho. Haría cualquier cosa para que estuvieras mejor, para volver atrás. Pero eso es lo único que no puedo hacer, ¿verdad? —Froto en círculos con el pulgar el interior de su muñeca, donde la piel está tan pálida que las venas se ven claramente, como los ríos en un mapa—. Si pudieras hablarme, contarme lo que pasó...

Me imagino la última vez que vi a Annie. No, no la última vez, porque entonces estaba tendida en el suelo de nuestra cocina, con las extremidades rígidas y temblando. Esa es una imagen que borraría de mi memoria si pudiera. No, al principio de la noche, cuando salió de casa de Lisa con el vestido de terciopelo verde que ella misma había confeccionado, el pelo recogido en una trenza y una sonrisa en su precioso rostro.

Y pensar que me preocupaban los vómitos en las macetas y las manchas de cerveza en el sofá. Ahora todo parece tan trivial... Tal vez supiera en algún nivel subconsciente que algo catastrófico estaba a punto de suceder. Aunque ni en mis peores pesadillas habría imaginado algo tan terrible como esto.

Estoy tan absorta en mis pensamientos, en el tacto de la piel suave como la de un bebé de Annie contra mi pulgar, que no presto atención al chirrido de los zapatos sobre el suelo de linóleo hasta que percibo una sombra que se cierne sobre mí.

Me sobresalto y me doy la vuelta. Lisa está de pie en la puerta, con los ojos brillantes de furia. Palidezco ante su mirada llameante y dejo caer la mano de Annie sobre la cama, donde yace tan inerte como la de un maniquí.

—Joder, Eve —sisea Lisa—. ¿Qué demonios haces aquí?

21

El aire entre nosotras bulle de tensión. Trago saliva y sonrío nerviosa.

—Solo quería verla, Lisa.

—No tienes derecho. —Se desplaza al otro lado de la cama, toma la cara de Annie con la mano y le da un ligero beso en la frente—. Estoy aquí, cariño. Mamá está aquí. —Se vuelve hacia mí, lanzándome cuchillos con los ojos—. No te quiero aquí. No te queremos aquí.

Miro a Annie. Ambas sabemos que no está en condiciones de opinar sobre nada, pero si Lisa quiere fingir que sí, no voy a discutir con ella.

—Mira, ¿podemos salir y hablar? —le digo.

Lisa no contesta. Está demasiado ocupada arreglando las sábanas de Annie, aunque ya están perfectamente rectas.

—Lisa, por favor. Solo diez minutos, es todo lo que pido.

Por fin levanta la vista hacia mí. Sombras púrpuras rodean sus ojos y su rostro está demacrado.

—De acuerdo —dice con brusquedad—. Diez minutos.

Bajamos en ascensor hasta el restaurante Costa, en la planta baja, y Lisa se sienta mientras yo hago cola. Hay media docena de personas delante de mí: ancianas con bolsos, un joven en silla de ruedas con una pierna escayolada, un par de médicos con bata. Los camareros traquetean con los pedidos y no tardo en pedir dos cafés con leche y un par de trozos de tarta de limón, porque a las dos nos vendría bien un chute de azúcar.

Lisa ha encontrado una mesa libre en la esquina más alejada de la cafetería. Está pegajosa de anillos de café y azúcar derramada, así que coloco la bandeja en mi silla y la limpio con una servilleta de papel antes de disponer nuestras bebidas.

Una vez sentada, la miro a los ojos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hablar conmigo. He estado tan preocupada... Todos lo hemos

estado. ¿Cómo está? ¿Saben cuánto tiempo va a estar en coma? —Las preguntas me brotan como agua de un grifo.

Lisa niega con la cabeza.

—Aún estoy esperando noticias del doctor Connolly, su especialista. —Juguetea con su collar. Craig se lo compró cuando nació Annie. Tres corazones de plata en una fina cadena de plata, un corazón para cada uno. Nunca he visto a Lisa quitárselo en todos los años que la conozco—. ¿Recuerdas cuánto le gustaba *La bella durmiente*? —dice.

—Claro que sí. —Asiento—. Más que *Frozen o Enredados.* Aunque la película tenga más de sesenta años.

—Tenía la edad de Annie —dice Lisa, y por un momento me pregunto de quién estará hablando—. La princesa Aurora —aclara—. Se pinchó el dedo con el huso de una rueca el día de su decimosexto cumpleaños.

—Tienes razón, lo hizo.

—Cuando estaba empaquetando las cosas de Annie para traerlas, cogí el libro que había en su mesilla de noche y lo metí en su bolsa. *Matar a un ruiseñor*. Es uno de los textos que está estudiando para literatura inglesa. —A Lisa le tiembla la voz y hace una pausa, se recompone—. ¿A quién quería engañar? Probablemente no pueda ni respirar por sí misma. ¿Cómo se supone que va a coger un libro y seguir leyendo donde lo dejó, por no hablar de hacer un examen de inglés?

—Vamos, no debes pensar así. Tienes que mantenerte fuerte.

—Pero ¿y si los médicos dicen que tiene muerte cerebral? Entonces, ¿qué? No puedo perderla a ella también, Eve. Simplemente no puedo.

Alargo la mano y la cojo.

—No te adelantes. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él*, si es que* llegamos. Juntas. No estás sola.

Me dedica la más pequeña de las sonrisas.

—Gracias.

—No seas tonta. Toma un poco de esto. Te sentará bien. —Le empujo la tarta, pero no hace ademán de comérsela.

—Siento haber sido una zorra. Me estaba desquitando contigo.

—No necesitas disculparte.

—Estaba muy enfadada. Entonces Greg dijo que Joe... —Se detiene, mira fijamente su taza de café.

—¿Greg Duffy? ¿Qué ha dicho? —Se muerde el labio inferior, incapaz de mirarme a los ojos—. Lisa —insisto—. ¿Qué ha dicho Greg sobre Joe?

Ella suspira.

—Me mandó un mensaje el día después de la fiesta para decirme que Joe era el que tenía éxtasis. Por eso me puse tan furiosa.

La miro atónita.

—¿Greg te dijo que Joe le dio el éxtasis a Annie?

—No es que se lo diera, solo que llevó un poco a su fiesta.

Puedo sentir la ira vibrar dentro de mí, pero trato de mantener mi voz nivelada.

—¿Por qué diría eso?

—No lo sé, Eve —La voz de Lisa suena cansada—. Solo te cuento lo que él me dijo. Yo tampoco quería creerlo, si te sirve de algo.

No tiene que decirlo: Joe es como un hermano para Annie. De pequeños, eran inseparables. Me viene un recuerdo. Una tarde soleada en el pequeño patio de recreo. Annie y Joe se turnaban para lanzarse por el tobogán cuando un niño más grande empujó a Annie fuera. Antes de que pudiera detenerlo, Joe rugió de rabia y golpeó al chico, sin importarle que fuera el doble de grande. Ese mismo día, le conté el incidente a Lisa, chocó los cinco con Joe y le dijo que era un máquina.

—Joe es un buen chico, Lisa —digo, con un deje en la voz.

—Lo sé. —Esta vez me estrecha la mano y nos quedamos sentados en silencio mientras pasan las visitas y el personal del hospital.

Por fin, cojo mi café y le doy un sorbo.

—¿Sabes que Josh también estuvo en nuestra casa la noche de la fiesta?

Sus ojos se abren un poco antes de decir:

—¿Crees que Greg culpa a Joe para proteger a Josh?

—Tiene sentido, ¿no? Has visto cómo Josh se pavonea por el pueblo como si fuera el dueño, igual que su padre. ¿No se rumoreaba de que él inició el fuego en la parada de autobús?

Un par de semanas antes de Navidad, una trabajadora por turnos que volvía a casa de madrugada detectó el pequeño incendio. Los bomberos afirman que, de no haber avisado, todo se habría calcinado. El posterior descubrimiento de una docena de botes metálicos de óxido nitroso, esparcidos por el suelo en el interior de la marquesina, provocó la alarma del consejo parroquial, y el consumo de drogas entre los jóvenes del pueblo ocupó un lugar destacado en el orden del día de la primera reunión del año nuevo.

—Deberíamos avisar a la policía —señala Lisa—. Hay un oficial con el que he estado hablando. Harrison, creo que se llama. Tengo su tarjeta en alguna parte.

—Sargento Dan Harrington —comento—. Ayer le tomó declaración a Joe en la comisaría. Está hablando con todos los chicos.

—Excepto Annie —dice.

Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

—Estoy segura de que llegará al fondo del asunto, y quien le haya dado éxtasis a Annie tendrá su merecido.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto que sí. —Harrington no me parece del tipo que se rinde con facilidad. Si él no averigua quién llevó drogas duras a la fiesta de Joe, me aseguraré de hacerlo yo. Le debo a Annie averiguar qué pasó en realidad en nuestra casa esa noche. Una cosa es segura: no estoy dispuesta a sentarme y no hacer nada mientras el culpable sale impune.

22

Me ofrezco a hacerle compañía a Lisa durante un par de horas y ella me sonríe agradecida.

—Te lo agradecería. Esto puede destrozarte el alma, ¿sabes?

Ella se sienta en la silla junto a la cama de Annie y yo busco, junto a la sala de enfermeros, una segunda silla y la coloco al otro lado, con cuidado de no tocar ninguna de las máquinas.

Para llenar el silencio, le cuento a Lisa lo de la vigilia, describiendo las velas y los peluches, la música y los preciosos homenajes a Annie. No menciono la forma en que la gente del pueblo se volvió contra mí, ni cómo intervino Greg Duffy.

—¿Noah fue contigo?

Mis labios se afinan.

—Estaba en el trabajo.

Como Lisa me conoce tan bien, quizá mejor que yo misma, entrecierra los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Vamos, Eve, no puedes engañarme. ¿Qué pasa?

—De verdad, ya tienes bastante con lo tuyo. No necesitas oír mis penas.

Levanta una ceja. Una señal silenciosa. «*Dímelo».*

Trago saliva. He estado desesperada por quitarme mis sospechas de encima desde que oí la inquietante llamada de Noah. Quién sabe, puede que Lisa se olvide de Annie un rato.

—Creo que Noah tiene una aventura —suelto.

Ocurren dos cosas. El cuello de Lisa se sonroja y una de las enfermeras tose educadamente y aparece al final de la cama de Annie.

—Lisa —dice la enfermera—. Me alegro de encontrarte. El doctor Connolly se pregunta si podría hablar contigo.

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo? —chilla Lisa. Suelta la mano de Annie y se pone en pie de un salto.

—Creo que es mejor que hables con él —La enfermera mira por

encima del hombro—. Ah, ya está aquí. Te dejo con él.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunto a Lisa.

Niega con la cabeza mientras un hombre alto de unos cincuenta años entra en la habitación.

—Señora Bradstock —dice—, quería ponerla al día sobre Annie.

Me mira como si no estuviera seguro de continuar delante de mí.

—Está bien —dice Lisa—. Eve es la madrina de Annie. Pero ¿hay algún otro sitio donde podamos hablar?

La insinuación es clara. Lisa no quiere que Annie oiga lo que el especialista tiene que decir.

—En realidad... —El doctor Connolly se detiene, luego abre los brazos de par en par—. Por supuesto. Hay una pequeña sala de visitas justo al lado del pasillo. Iremos allí.

La sala de visitas apenas tiene muebles. Solo cuatro butacas, con estructura de madera y tapizadas con una resistente tela azul, dispuestas alrededor de una mesita baja, sobre la que hay una caja de pañuelos. En un rincón hay un armario con un fregadero y un hervidor, un soporte de tazas y un bote de Nescafé. Alguien ha colgado una serie de grabados de Claude Monet en las paredes y ha colocado un jarrón de flores artificiales en un estante sobre el radiador, pero la habitación tiene tanta personalidad como la sala de espera de un dentista.

El doctor Connolly espera a que ambas nos sentemos antes de acomodarse en su butaca. Lisa se apoya en el borde, tensa, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento. Cruzo las piernas y me agarro las manos sobre el regazo. Intento proyectar una imagen de calma, a pesar de los latidos de mi corazón y de la gota de sudor que se desliza muy despacio por mi espalda.

—Como saben, Annie ingresó el sábado por la noche aquejada de los efectos del MDMA, o éxtasis —comienza el especialista—. A las personas que ingresan con sobredosis de opiáceos, como heroína, metadona o fentanilo, podemos administrarles un fármaco llamado naloxona, que puede revertir la sobredosis y salvar la vida de alguien si se administra con suficiente antelación. —Presiento un «pero» y no tarda en llegar.

«Por desgracia, no hay drogas que reviertan los efectos del MDMA.

Lisa guarda silencio.

—¿Así que no había nada que pudiera haberle dado a Annie que hubiera ayudado? —pregunto.

El doctor Connolly sacude la cabeza.

—Me temo que no. —Levanta los dedos—. No sé si lo sabe, pero el éxtasis afecta al control de la temperatura corporal y, cuando se ha ingerido, existe un peligro muy real de sobrecalentamiento o deshidratación. Por eso en los clubes nocturnos se dice a la gente que se mantenga hidratada. Lo que es menos conocido es que beber demasiado para mitigarlo, ya sean refrescos o agua, puede ser igual de peligroso. Verán, el éxtasis hace que el cuerpo produzca una hormona que retiene agua, y beber cantidades excesivas de agua diluye el nivel de sodio hasta tal punto que el cerebro se hincha, lo que puede ejercer presión sobre el tronco cerebral y provocar un coma.

—¿Estás diciendo que la razón por la que Annie está en coma es porque bebió demasiada *agua*? —grita Lisa.

El doctor Connolly asiente.

—Eso es lo que estoy diciendo, sí. Sé que es difícil de asimilar, pero, en resumen, Annie seguro que pensó que hacía lo correcto al beber mucho líquido después de haber tomado el éxtasis.

Recuerdo el vaso de cerveza volcado y el charco de agua en el suelo, junto a la cabeza de la chica. La dulce y sensata Annie había tomado una mala decisión y, en su intento de rectificar, había acabado en coma.

—Pero ¿se pondrá bien cuando salga del coma? —pregunta Lisa.

—Me temo que solo el tiempo lo dirá. Más adelante realizaremos una serie de pruebas para evaluar las funciones del tronco encefálico de Annie, pero, por ahora, nuestra prioridad es mantenerla estable y ver si la inflamación baja por sí sola.

—¿Quieres decir que todavía hay posibilidades de que mejore? —inquiero.

El doctor Connolly asiente, su rostro grave.

—Pues sí, hay posibilidades.

Miro a Lisa, cuyo rostro se ha llenado de esperanza. Pero en cuanto el médico sale de la habitación, no puedo evitar preguntarme qué

posibilidades cree que tiene. Si la inflamación del cerebro de Annie dejará daños duraderos. Si es que se despierta.

23

Me paso la mañana siguiente corrigiendo exámenes, pero, cuando Joe entra en la cocina pasadas las once, me bajo de un salto del taburete y le hago unas tostadas, contenta por la distracción.

—¿Cómo has dormido? —Le doy un vaso de zumo de naranja.

—Bien. —Asiente con la cabeza, da un sorbo y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No lo sé.

—Podrías empezar con tu rutina de repaso de contenido. Puedo ayudarte si quieres.

—¡Mamá! Estamos en febrero, y los exámenes no son hasta mayo. Tengo tres meses para estudiar.

—Los exámenes llegarán antes de que te des cuenta —le digo—. Algunas de mis alumnas de Matemáticas de último año de secundaria empezaron a repasar en las vacaciones de Navidad.

Incluida Annie, recuerdo con una punzada desgarradora. Annie, a la que habían pronosticado sobresalientes en sus exámenes, pero que quizá nunca llegue a hacerlos porque está en coma en el hospital, conectada a máquinas que la mantienen con vida.

Joe frunce el ceño.

—No me importa lo que hagan las chicas de tu clase. No voy a empezar una rutina de repaso hoy. Estoy de vacaciones. —Ataca su tostada como si no hubiera comido en una semana, luego salta del taburete—. En realidad, creo que voy a ir a la ciudad.

—Como quieras —le digo con los labios fruncidos. Deja caer el plato en el fregadero y sale de la cocina como si no pudiera soportar estar en el mismo espacio que yo ni un momento más.

La puerta de casa se cierra de golpe unos minutos más tarde, aparto los exámenes y cojo el portátil para echar un vistazo a la docena de nuevos correos electrónicos que tengo en la bandeja de entrada. Me llama la atención un segundo mensaje de Emma Bradley y, con cierto temor, hago clic. Es breve y directo.

Eve:

Necesito hablar con usted lo antes posible. Llámeme, por favor.

Emma

Es inútil. No puedo seguir evitándola. Cojo el teléfono y llamo a su móvil.

—Emma —le digo cuando contesta—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿No ha visto mis correos?

—Yo... hum...

—Supongo que sabe que Annie Bradstock sigue en coma...

—Ayer fui a verla al hospital —digo con la voz temblorosa.

—Después de sufrir una sobredosis de drogas tras una fiesta en su casa el sábado por la noche —continúa como si no me hubiera oído.

—En realidad, su especialista dice que el coma fue causado porque bebió demasiada agua... —contesto yo.

—Eso no viene al caso. El hecho es que tomó una droga dura, y la tomó bajo su techo. Acabo de salir de una reunión de emergencia con los miembros del consejo. —Se me hiela la sangre. Aspira y exhala—. Me temo que no tenemos otra opción que suspenderla.

—*¿Suspenderme?* Pero si no he hecho nada malo.

—Tengo entendido que va a haber una investigación policial completa, durante la cual su participación en este espantoso asunto sin duda saldrá a la luz...

—¡Yo no tuve nada que ver!

—Mientras tanto, tenemos que pensar en la reputación de la escuela, Eve. Tener drogas ilegales en casa es un delito. Podría ser acusada de posesión bajo la Ley de Uso Indebido de Drogas.

Ha estado hablando con el sargento Harrington; creo, me enfurezco en silencio por la injusticia de todo esto. ¿Qué demonios ha pasado con «inocente hasta que se demuestre lo contrario»?

—Ya he recibido una consulta de un periodista *freelance* para que le confirme que una de nuestras alumnas está en el hospital.

—¿Saben lo de Annie?

—Es evidente. Sospecho que se enteró de que había habido una vigilia y ha estado investigando.

—¿Qué le va a decir? —pregunto, aunque la pregunta es redundante, porque sé de sobra lo que va a decir, ya me lo dijo en su primer correo electrónico. Va a reconocer lo sucedido y explicar «las medidas que toma el colegio como resultado». No hace falta ser un genio para darse cuenta de que eso incluye despedirme—. No se moleste en contestar —le digo—. Me deja en la estacada, ¿no? Por eso me suspende ahora. Para que pueda emitir un comunicado diciendo que ha solucionado el incidente. Aquí no hay nada que ver. —Suelto una carcajada un poco histérica—. Dios quiera que nada dañe la reputación de la escuela. Bueno, gracias por nada.

De nuevo, es como si no hubiera hablado.

—Su suspensión será, por supuesto, con sueldo completo —dice Emma Bradley con suavidad—. Puede esperar una carta en un día más o menos con el resumen de la reunión de hoy. Mientras tanto, le sugiero que ayude a la policía con sus investigaciones. Cuanto antes dejemos atrás todo este sórdido incidente, mejor.

***

Decido ir a correr. Cualquier cosa con tal de salir de casa. Solía ir cinco veces a la semana, como un reloj, antes de que el trabajo absorbiera todo mi tiempo libre. Ahora que me han suspendido, tendré tiempo para entrenarme para un maratón.

Al salir de casa, veo a Carol, la madre de Ethan Curtis. Pasea a su bichón frisé por el jardín en dirección a mí. Estoy a punto de saludarla con la mano cuando frunce el ceño y arrastra al perro en dirección contraria.

¿Cuál es su problema? Si he de ser sincera, Carol nunca me ha caído bien. Se mudó al pueblo hace unos doce años: su marido, Simon, médico de cabecera, se incorporó a nuestro consultorio local. No pasó mucho tiempo antes de que se introdujera en todos los grupos y comités de South Langley. Apenas llevaban un año viviendo aquí cuando fue elegida presidenta de la Asociación de Padres y Madres. Se convirtió en coordinadora de los grupos de vigilancia del barrio y secretaria de la Gardeners' Society. Trabajó como voluntaria en el banco de alimentos y organizó recogidas de basura. En cuanto

Ethan empezó en Elmwood Manor, se puso metas más altas y, tras un periodo como presidenta del consejo parroquial, ahora es magistrada a tiempo parcial, un hecho que está encantada de compartir si alguna vez tienes la desgracia de encontrártela en la tienda del pueblo.

Simon es decente, supongo. Está un poco controlado por su mujer, pero es bastante agradable. Uno de esos hombres grises y anodinos que te costaría identificar en una rueda de reconocimiento policial. No es que lo necesites: como Carol, Simon es un pilar de la comunidad. Ethan se parece a su padre. Callado y poco atractivo. En primaria era extremadamente tímido. Un niño raro con gafas redondas y una marca de nacimiento de color burdeos que le cubría la mitad del cuello. Era un blanco fácil para los matones de la clase.

Una vez, Joe tendría unos nueve años, llegó a casa del colegio con una mejilla arañada y una camisa rasgada. Cuando le pregunté, admitió que se había peleado con otros dos chicos.

—¿Por qué, Joe? Tú sabes que eso no se hace.

—Estaban siendo malos.

Sentí una punzada de indignación. ¿Cómo se atrevían dos patanes del pueblo a intimidar a mi hijo?

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Hablaré con la señora Davison y me aseguraré de que no vuelva a ocurrir. ¿Quién se ha metido contigo?

—Connor y Josh, pero no era conmigo con quien se metían —dijo Joe—. Era con Ethan.

—¿Ethan Curtis?

Joe asintió.

—Lo han llamado Cuatro Ojos y Red Neck con un acento americano muy estúpido. Por su marca de nacimiento. —Se tocó el cuello para acentuar el juego de palabras sobre los llamados «paletos» o «basura blanca» del interior de Estados Unidos—. Luego han cogido su mochila del guardarropa y la han tirado al arenero. Le he dicho a Ethan que debería chivarse, pero dijo que sería peor, así que lo he solucionado por él.

—¿Qué has hecho? —pregunté, medio horrorizada, medio asombrada, de que mi hijo les plantara cara a los matones.

—Les he dicho que tenía unas cartas de fútbol que ya no quería y que, si las querían, tenían que reunirse conmigo debajo del árbol después de comer. Cuando han llegado, les he dicho que tenían que dejar de ser malos con Ethan o se las verían conmigo. Se han reído y les he dado un puñetazo.

—¿A los dos? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí. —Había un atisbo de orgullo en su afirmación. Sabía que no debía aprobar lo que había hecho, que debía inculcarle la importancia de contárselo a un profesor si Ethan volvía a sufrir acoso, pero no me atrevía. Estaba bastante impresionada de que hubiera defendido a su amigo—. Siento haberme roto la camisa, mamá.

Lo abracé; apreté su cuerpo contra mi pecho y respiré su embriagador olor a hierba, sudor y zapatillas de deporte.

—No te preocupes. No es nada que una aguja y un hilo no puedan arreglar. —Le revolví el pelo y, mientras él corría escaleras arriba para ponerse su camiseta de fútbol de Cristiano Ronaldo, me alegré de que les hubiera dado a Josh y a Connor un poco de su propia medicina.

¿Fue una coincidencia que los tres chicos estuvieran en nuestra casa la noche de la fiesta de Joe?

***

La carrera me despeja la cabeza y siento un zumbido satisfactorio de endorfinas cuando llego a la iglesia. Echo a andar y dedico unos minutos a estirar los isquiotibiales y los cuádriceps antes de girar hacia nuestra calle.

Las cortinas del salón asoman por la ventana abierta, lo que no tiene sentido, porque sé que estaba cerrada.

Ay, Dios. ¿Hay ladrones saqueando mi casa mientras yo me quedo paralizada en el portal, con los pies pegados al suelo por el pavor? Busco el móvil en el bolsillo y maldigo en voz baja cuando recuerdo que lo he dejado en la mesa de la cocina. Podría llamar a la puerta de alguien, pero son las cuatro de la tarde de un miércoles y nuestros vecinos colindantes estarán en el trabajo. Salgo a la

carretera y miro desesperada a mi alrededor, con la esperanza de ver a algún paseador de perros o algún automovilista de paso, pero el pueblo está desierto. Típico.

Subo sigilosamente por el camino de entrada. Hago una mueca de dolor cada vez que la grava cruje bajo mis pies y deseo que Noah hubiera instalado la alarma antirrobo que compró antes de Navidad y que sigue guardada en su caja en el garaje, sin utilidad para nadie.

En cuanto llego a la puerta principal, agacho la cabeza y escucho, con las manos cerradas en puños a los lados. La casa está en silencio. Echo un vistazo a la ventana del salón y mis ojos se abren de par en par al ver un anillo de cristales irregulares. Contengo la respiración y miro a través del hueco.

24

El salón está exactamente como lo dejé, ni un cojín fuera de su sitio, lo cual es raro, porque cualquier ladrón que se precie habría ido a por el lujoso equipo de sonido de Noah o mi iPad, que está en el brazo del sofá.

Pero hay algo fuera de lugar. Hay un ladrillo sobre la alfombra, frente a la estufa de leña, con un trozo de papel sujeto a él con hilo de embalar naranja.

—¿Qué demonios? —Cojo la llave de la puerta de entrada que llevo en el bolsillo de mis pantalones cortos. Entro antes de que pueda convencerme de lo contrario y corro hacia el salón, agarro el ladrillo y arranco la hoja de papel. Lo aliso mientras contengo la respiración. Hay un mensaje garabateado con un grueso rotulador negro.

CUÍDATE LAS ESPALDAS.

Mis zapatillas de correr crujen sobre fragmentos de cristales mientras cruzo la habitación hacia la ventana, pero, quienquiera que haya sido, ya se ha marchado.

Voy a la cocina en busca de la escoba y el recogedor, y me pregunto si debería denunciar el incidente a la policía. No creo que el sargento Harrington o sus colegas sean muy comprensivos. Está claro que alguien en el pueblo nos culpa de lo que le ha pasado a Annie, y Joe es un chivo expiatorio fácil. Decido ahorrarme la molestia.

En lugar de eso, busco el número de un cristalero de urgencia que llega un par de horas más tarde y tapia la ventana, prometiendo volver en un par de días para sustituir los cristales.

A las seis, la puerta se abre y aparece Noah, con una bolsa de la compra en la mano y el ceño fruncido.

—¿Cuántas veces le he dicho a Joe que no patee el balón tan cerca de la maldita casa? —se queja.

—No ha sido Joe. —Le enseño el ladrillo y la nota arrugada que estaba atada a él. La sangre le desaparece de la cara.

—¿Has llamado a la policía?

—¿Qué sentido tiene? No harán nada. De todos modos, quienquiera que haya hecho esto, quiere que reaccionemos. Es el clásico comportamiento de intimidación. Van a perder interés si nos quedamos sentados y los ignoramos.

La mirada de Noah se desliza del ladrillo a la nota en mi mano.

—¿Y si no lo hacen?

Exhalo despacio.

—Si no lo hacen, tendremos que aguantarnos. —Miro la bolsa de la compra que Noah ha dejado en la isla de la cocina al entrar, y enarco una ceja al ver las vieiras, el salmón, el pudin de caramelo y la botella de *prosecco* que hay dentro—. ¿Para qué es todo esto?

—Por San Valentín. —Noah se frota la nuca—. He pensado que te merecías un capricho después de la semana que has tenido. Le he comprado una *pizza* a Joe.

—Joe no está. Se ha ido otra vez a la ciudad —digo sacando la compra mientras Noah mete el *prosecco* en el congelador.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta.

Debería decirle que me han suspendido del trabajo, pero enciende las velas y las luces laterales, y decido no hacerlo. Está haciendo un esfuerzo. Estoy muy lejos de confiar en él, pero no voy a enfrentarme con Noah esta noche, no con todo lo que pasa.

Nos sentamos a comer a las siete. Joe aún no ha llegado y, cuando acabamos las vieiras, le mando un mensaje.

Papá ha comprado tu pizza favorita, ¡así que ponte las pilas y ven a casa! X

—¿Joe? —Noah inclina la cabeza hacia mi teléfono.

—Sí. Pensaba que ya estaría de vuelta. No puede seguir en la ciudad.

—Mira en «Buscar mi iPhone».

Suelto una carcajada hueca.

—Me bloqueó de eso hace meses. —Vuelvo a mirar el móvil, pero, aunque mi mensaje ha sido entregado, sigue marcado como no leído.

Noah hace todo lo posible por mantener la conversación mientras comemos, aunque no soy una gran compañía. Cuando terminamos, me levanto para recoger los platos, pero él me hace un gesto con la

mano.

—Quédate aquí. Yo lo haré.

—Gracias. —Vierto lo que queda de *prosecco* en nuestras copas y apoyo la barbilla en las manos. Lo veo apilar nuestros platos en el lavavajillas y meter el pudin de caramelo en el horno. Su pelo oscuro está salpicado de canas y, cuando sonríe, las líneas de la risa forman surcos profundos, pero sigue tan delgado como siempre, con esa mandíbula cuadrada tan cincelada como el día que nos conocimos. El año que viene cumplirá cincuenta, algo que intuyo que teme. ¿Estará teniendo una aventura por eso? ¿Una última oportunidad de demostrar su virilidad antes de hundirse en la madurez?

Recuerdo el día que descubrí que estaba embarazada de Joe. La cara de Noah se descompuso en la mayor de las sonrisas antes de levantarme y hacerme girar por la habitación, gritando de alegría. Me sentí la mujer más afortunada del mundo. Ahora, el miedo a perderlo me deja vacía.

—Estará listo en diez minutos. —Se sienta de nuevo.

—No tengo prisa.

—Bien. —Coge su vaso y hace girar la copa entre el pulgar y el índice—. Porque hay algo de lo que necesito hablarte.

Me tenso y se me revuelve el estómago. ¿Es este el momento en que me dice que nuestro matrimonio ha terminado? Y si es así, ¿cómo reaccionaré? En silencio, hago un pacto conmigo misma. Por muy malo que sea, me mostraré tranquila, comedida. Me centraré en los aspectos prácticos. No me dejaré llevar por mis emociones. No despotricaré. No seré Jenny.

Noah fija su mirada en mí. Tiene los ojos vidriosos.

—La he cagado, Eve. —Así que ahí está, su admisión de culpa. Mi corazón se rompe en mi caja torácica mientras espero a que dé el golpe fatal a nuestro matrimonio. Se lleva las manos a la cara—. Dios, esto es duro —murmura.

—Escúpelo ya, Noah.

—Sí..., lo haré..., lo hago. Es que no puedo creer que te esté haciendo esto justo ahora, cuando Annie... —Sacude la cabeza—. Pero necesito decírtelo yo mismo antes de que te enteres por otra persona. Hace seis meses, yo...

La puerta se abre de golpe y los dos nos sobresaltamos.

—Pero ¿qué...? —Noah se pone en pie de un salto. Mira temeroso el ladrillo de la encimera y sale corriendo de la habitación. Empujo la silla hacia atrás y lo sigo.

Una figura se hace un ovillo en el suelo del pasillo. Lo primero en lo que me fijo es en los zapatos. Unas zapatillas negras, rojas y blancas con la inscripción Balenciaga en blanco.

—¿Joe? —Caigo de rodillas. Le tiembla el cuerpo y se cubre la cara con las manos. Con cuidado, le despego los dedos y jadeo de asombro al ver sus ojos hinchados y el labio partido, la sangre seca y los nudillos raspados—. Dios mío, Joe. ¿Quién te ha hecho esto?

Pero no necesito preguntárselo, porque ya lo sé.

25

Noah ayuda a Joe a entrar en la cocina y lo sienta en una silla mientras yo cojo el botiquín y un par de toallas limpias. Preparo un cuenco con agua tibia y abro un paquete de apósitos estériles, cojo uno y lo sumerjo en agua.

—¿Puedes encender la luz principal? —le pregunto a Noah. Asiente y enciende las tres lámparas colgantes que hay sobre la isla.

Las heridas de Joe parecen peores bajo el resplandor de las luces. Tiene el labio inferior partido por la mitad y es el doble de su tamaño normal. Tiene un corte encima del ojo derecho, como el que le hacían a Sylvester Stallone en las películas *de Rocky*, y un reguero de sangre seca le recorre desde el orificio nasal izquierdo hasta el hinchado labio superior. Le limpio las heridas lo mejor posible, pero el corte sobre el ojo me preocupa. Es profundo, creo que necesita puntos, pero Noah y yo hemos bebido demasiado como para conducir.

—¿Puedes llamar a un taxi? —le pregunto a Noah.

—¿Para qué? —murmura Joe.

—Tenemos que llevarte a urgencias y que te miren este corte —le digo.

Joe sacude la cabeza y hace una mueca de dolor.

—Vamos, chaval —dice Noah—. Mamá tiene razón. No querrás acabar con cicatrices en esa carita tan bonita que tienes, ¿verdad? —bromea.

—He dicho que no. No voy a ir.

—Pero, Joe...

Joe se levanta de un salto y tira al suelo el vendaje limpio que llevo en la mano.

—¿Estáis sordos? —me grita a la cara—. No voy al hospital, ¿de acuerdo?

La cruda furia de su voz me deja aturdida. Miro a Noah en busca de consuelo, pero su rostro está sumido en la confusión y sé que está pensando lo mismo que yo. ¿Quién es este joven furioso, que no se parece ni suena como nuestro hijo?

—Está bien, tío —dice al final Noah, con las palmas de las manos extendidas y la voz tranquila, como si se acercara a un Mustang salvaje—. No iremos. Eve, creo que hay tiritas de sutura en el botiquín de primeros auxilios. Servirán.

Encuentro un paquete y lo abro. Noah lleva a Joe de vuelta a la silla, le seca la piel y empuja con suavidad los dos lados del corte para que yo pueda colocar las tiras de sutura en su sitio. No sé si funcionará, pero al menos la herida ha dejado de sangrar.

Joe se desploma con la cabeza gacha. Toda esa ira, esa rabia, parece haber desaparecido tan rápido como ha llegado. Le echo un vistazo. Hay sangre en su camiseta blanca y sus vaqueros están rasgados en el bolsillo. Levanto el dobladillo de la camiseta y jadeo al ver las marcas rojas de su caja torácica.

—Joder —dice Noah cuando se lo enseño—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Nadie —murmura—. Yo... me he caído.

Noah abre la boca para hablar, pero le lanzo una mirada. Está claro que Joe está demasiado aterrorizado para decir quiénes han sido sus atacantes. No tiene sentido insistir, al menos esta noche. Me agacho frente a él y le cojo las manos.

—No pasa nada. No quieres decírnoslo. Lo entiendo. Pero recuerda que estamos de tu parte. No se lo diremos a la policía si tú no quieres.

La mención de la policía parece alarmar a Joe y salta de nuevo de la silla, empujándola con tanta fuerza que cae al suelo y sacude mis nervios ya agotados.

—¿Adónde vas? —grito mientras sale cojeando de la cocina.

—A darme una ducha.

—Iré a buscarte una toalla limpia.

Se detiene en la puerta y se agarra al marco, de espaldas a nosotros, con los nudillos rotos y los puños blancos apretados.

—Puedo encontrar una toalla, mamá. No te preocupes.

En cuanto se va, Noah saca su teléfono del bolsillo.

—¿Qué haces?

—Llamar a la policía, por supuesto.

—No puedes.

Los ojos de Noah brillan.

—Entiendo por qué no quieres denunciar la ventana rota, pero nuestro hijo ha sido molido a palos por un matón descerebrado. ¿Qué coño, Eve?

—Ya lo has visto. Está aterrorizado. ¿Podemos al menos esperar hasta la mañana y ver qué dice?

Noah se queda un rato con el teléfono en la mano, con el dedo sobre la pantalla, y luego sacude la cabeza.

—Creo que cometes un grave error. No se puede permitir que cualquier psicópata vaya por la calle pegando a la gente. ¿Y si ese loco hubiera llevado un cuchillo? No estaríamos pegando tiritas de sutura en la cara de nuestro hijo. Estaríamos en una morgue, identificando su cuerpo.

En cuanto lo dice, me imagino en el depósito de cadáveres, a la espera de que un auxiliar abra la bolsa y me pida que identifique el rostro inexpresivo de Joe. La imagen es tan real que casi huelo el fuerte aroma del formol y siento el frío del aire refrigerado. Me estremezco.

—No ha sido un psicópata cualquiera.

Los ojos de Noah se entrecierran ante la convicción de mi voz.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Alguien de la fiesta. Es obvio, ¿no? Joe sabe quién le dio el éxtasis a Annie y esto es una advertencia.

—O sea, que esto ha sido... ¿qué?, ¿cierras la boca o te reviento?

—Exactamente eso.

—Son niños, Eve. Amigos de Joe. Chicos de su equipo de *rugby* y ese empollón de su colegio. No le harían daño, y mucho menos así. No lo harían.

—¿Has visto a Josh Duffy últimamente? Está hecho un tanque, y no exagero. El padre de Connor Moody lleva en prisión seis años por apuñalar a un hombre por derramar una pinta, por el amor de Dios. Vale, puede que tengas razón sobre Ethan —admito. Para ser sincera, tampoco me imagino al hijo empollón de nuestro médico de cabecera y magistrada local maltratando a nadie, y menos aún a nuestro hijo deportista, capaz de defenderse en una melé en *rugby* —. Pero eres un ingenuo si piensas que Josh y Connor no son

capaces de agredir a Joe.

—Entonces, ¿por qué dejas que se salgan con la suya?

—No lo haré —le digo—. Me aseguraré de que vivan para lamentarlo.

26

—Toc, toc —digo al abrir la puerta de la habitación de Joe a la mañana siguiente—. ¿Estás despierto? Te he traído el desayuno.

—Mmmm —me responde, y entro en su habitación. Huele a rancio, a zapatillas sudadas, a pelo sin lavar y a algo más que no identifico. Dejo las tostadas y el té en su mesilla de noche y me dirijo a la ventana, descorro las cortinas y abro la ventana de guillotina unos centímetros.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

—Sí, bastante bien —Joe se incorpora sobre los codos. Me obligo a no estremecerme. Parece que haya peleado doce asaltos con Tyson Fury. Los moratones de su cara empiezan a ennegrecerse y su ojo derecho sigue medio cerrado, pero al menos la hinchazón del su labio ha bajado y el corte sobre su ojo parece estar curándose.

Me siento en el extremo de su cama y veo cómo se toma el desayuno.

—Gracias, mamá. —Me entrega el plato—. Lo necesitaba.

—Bueno, anoche te perdiste la *pizza*, ¿no?

Joe no volvió a bajar después de ducharse. Noah se afanó en guardar el botiquín mientras yo rescataba el pudin de caramelo del horno y me preguntaba cómo continuar la conversación que Joe había interrumpido. Esa en la que mi marido estaba a punto de contarme exactamente cómo había metido la pata hacía seis meses. Antes de que tuviera la oportunidad, desapareció de la sala, murmurando que necesitaba acostarse temprano. Me ha evitado desde entonces.

—Escucha —le digo a Joe—. Sé que no quieres ir a urgencias, pero ¿qué tal si engatusara a la recepcionista de la consulta para que te diera cita con el padre de Ethan hoy por la mañana? Solo para asegurarme de que no necesitas un par de puntos en ese corte.

Su cara se tensa.

—No necesito ver al padre de Ethan. Estoy bien.

—¿Qué hay de la policía, pues? Podría llamar a ese simpático sargento que vimos en la comisaría. —Estoy siendo un tanto

hipócrita porque ambos sabemos que el sargento Harrington no era simpático. De hecho, me atrevería a decir que era antipático, rayano a la confrontación.

—¡Mamá! ¿Qué parte de «no voy a ir a la policía» no entiendes?

—¿No quieres saber quién te ha hecho esto?

—Nadie me ha hecho esto. Te lo dije: tropecé y me golpeé la cabeza con el bordillo.

—¿Y te rozaste los nudillos en el proceso? —Me fijo en la piel arañada del dorso de sus manos—. Vamos, Joe, no nací ayer. Han sido Connor y Josh, ¿no? ¿Intentaban advertirte de que no los denunciaras a la policía por llevar drogas a la fiesta?

—¿Qué?

—Sé que son tus amigos, pero no merecen tu protección. —Alargo la mano para quitarle el flequillo de la frente, pero aparta la cabeza —. Solo estoy preocupada por ti, cariño. —Me agacho para recoger los vaqueros rotos que se puso ayer y que están arrugados en el suelo.

Noah siempre me dice que hago demasiado por Joe, y es posible que tenga razón. Es lo que hacen las madres, ¿no? Si yo no recogiera su ropa sucia y la lavara, ¿quién lo haría? ¿Quién repondría la nevera y se acordaría de coger el helado cremoso con trozos de caramelo que tanto le gusta si yo no lo hiciera? ¿Quién limpiaría sus botas de *rugby* y comprobaría si ha entregado a tiempo sus trabajos de diseño gráfico? A los dieciséis años tenía un trabajo a tiempo parcial en un salón de té, a dos viajes en autobús de casa, y aún se esperaba de mí que me ocupara de las tareas domésticas. Joe recibe una paga mensual de sesenta libras y yo lo cuido con mimo. Sé que es más que capaz de cuidar de sí mismo, pero no puedo cambiar ese instinto.

Hay chicas en la escuela que parecen incapaces de las más básicas habilidades para la vida, que no saben administrar su tiempo o no se saben el número de teléfono de su casa. No hace mucho, una alumna de sexto me preguntó en qué parte de un sobre debía poner un sello. Cada vez que me encuentro con estos niños despistados, culpo a sus padres helicóptero. No se me escapa la ironía. Ya sabes lo que dicen de la gente que vive en una burbuja de cristal.

—Te lo repito, estoy bien —dice Joe—. Bueno, lo estaría si dejaras de acosarme.

«A la mierda», pienso. Dejo caer los vaqueros al suelo y salgo de la habitación. Ya es hora de que mi hijo descubra por sí mismo dónde está el cesto de la ropa sucia.

***

Todavía me duele el brusco desaire de Joe cuando salgo un rato más tarde en dirección a casa de los Duffy. Su vivienda es la más grande de la exclusiva urbanización Langley Fields, un complejo de doce caserones para altos cargos en el extremo oeste de South Langley. Construidas hace apenas una década, tienen accesos pavimentados y puertas plegables, cuartos de baño privados y cocinas de diseño profesional con placas de inducción y elegantes armarios sin tiradores.

Son el tipo de construcciones nuevas que me dejan fría, en las que se han añadido elementos de época solo para atraer a posibles compradores que busquen carácter y encanto, y no porque tengan una utilidad real.

Las casas están rodeadas de un parque ondulado que formaba parte de la finca de Langley Manor. La que fuera gran casa solariega, construida por la familia Baker en el siglo xvi, es ahora una ruina, destruida en un incendio hace más de un siglo. Solo queda la estructura: cuatro muros y una pequeña zona abovedada en la parte trasera. Escondida entre hayas, en lo alto de una colina que domina el valle de Langley, la casa solariega, apodada Old Langley por los lugareños, habría sido engullida por la maleza y olvidada hace tiempo si no fuera por un camino que pasa junto a ella. Lisa y yo solíamos pasear por allí cuando los niños eran pequeños. En esta época del año, el bosque es húmedo y oscuro, pero en primavera es un mar azul y el aroma de las campanillas es tan embriagador como el de cualquier perfume de diseño. En verano preparábamos un pícnic y nos sentábamos a charlar a la sombra de los árboles mientras Joe y Annie jugaban entre los muros derruidos, pero mi época favorita para visitarlo siempre ha sido el otoño: las hojas se

vuelven cobrizas y hacen arder el bosque.

Sin embargo, Old Langley se ha convertido recientemente en un lugar frecuentado por adolescentes locales, atraídos por su relativo aislamiento. Los muros que quedan están cubiertos de grafitis y el suelo está lleno de botellas, latas y parches de tierra quemada rodeados de piedras donde los chavales han encendido hogueras.

En la actualidad, el parque es propiedad de una sociedad de inversiones que, hace unos doce años, vendió Langley Fields a unos promotores inmobiliarios. A pesar de que el pueblo estaba en contra de la construcción de nuevas viviendas, los promotores convencieron al Consejo del Distrito para que concediera el permiso de construcción con la promesa de que un porcentaje de las viviendas serían de protección oficial para la población local. En algún momento, las viviendas de dos y tres dormitorios para primeros propietarios desaparecieron del plan y quedó claro que el terreno había sido sacrificado por una urbanización de enormes viviendas unifamiliares de cuatro y cinco dormitorios, como la minimansión de los Duffy, que los vecinos no tenían ni la más remota posibilidad de pagar.

Después del brusco cambio de Greg de genial a beligerante en el velatorio de Annie, es la última persona a la que quiero ver, pero, para mi alivio, el Mini rojo de Chrissy es el único coche aparcado en su acceso.

Al llamar al timbre se desata una cacofonía de ladridos. Olvidaba que los Duffy tienen dos dóberman, que se lanzan contra la puerta principal. Por instinto, doy un paso atrás.

—Max, Roxy, a vuestra cama. Ahora —grita una mujer, e instantes después se abre la puerta.

Sonrío.

—Hola, Chrissy. ¿Tienes un minuto?

Por un segundo tengo la sensación de que está a punto de cerrarme la puerta en las narices, pero luego se recompone.

—Hola, Eve. Sí, claro. Pasa.

No sé si es el aullido de los perros o la fría bienvenida de Chrissy, pero siento un escalofrío de inquietud al entrar.

27

Sigo a Chrissy por el generoso pasillo hasta la parte trasera de la casa; los dos dóberman me pisan los talones. He estado aquí un puñado de veces a lo largo de los años, sobre todo tras dejar a Joe antes de un partido de *rugby,* y Chrissy me ha invitado a tomar un café. A pesar de sus diez años de antigüedad, todavía parece una vivienda de exposición, con sus paredes, sus gruesas alfombras y sus mullidos cojines. La última vez que estuve aquí, juraría que el enorme y diáfano salón era de tonos café y crema. Ahora las paredes y los sofás son de un verde azulado intenso. Debe haber costado una fortuna redecorarlo.

Llegamos a la amplia cocina.

—¿Té de menta? —pregunta Chrissy de mala gana. Lleva un jersey negro de cachemir de cuello alto y vaqueros ajustados, el pelo rubio miel le cae en rizos sueltos sobre los hombros y la cara maquillada con manas expertas. Tiene la frente demasiado lisa y los labios demasiado carnosos para alguien de cuarenta y pocos años. Una mujer atractiva que desearía tener veinte años menos.

—Solo si tienes tiempo —le digo.

Me indica que me siente en la barra y enciende la tetera. Los perros también se sientan y observan mis movimientos. ¿Me lo estoy imaginando o el ambiente está tenso? No, estoy exagerando. Seguro que Chrissy estaba ocupada cuando he llamado al timbre y se ha sentido obligada a invitarme a pasar. Pone bolsitas de té en dos tazas.

—¿Cómo está Annie? —pregunta, de espaldas a mí.

—Sin cambios. —Me muevo en el taburete del bar—. Le harán pruebas en los próximos días para ver cómo evoluciona.

—Es muy duro para los niños. —Me acerca el té.

Ahí está, mi oportunidad de profundizar. Me inclino un poco.

—¿Cómo se ha tomado Josh las noticias?

—Es un chico de dieciséis años. Solo me habla para preguntarme qué hay de cenar.

—Joe está igual. ¿Parece molesto? —presiono—. Después de todo,

él estaba en nuestra casa cuando Annie cayó enferma. Verla así no puede haber sido fácil. —En cuanto cojo mi taza, uno de los dóberman me gruñe con el pelo erizado.

—¡Max! —ordena Chrissy con brusquedad—. A tu cama. Lo siento —dice mientras el perro se escabulle fuera de la habitación—. Suele estar bien con la mayoría de la gente, pero a veces le cae mal alguien sin razón.

Me río a la fuerza.

—No me lo tomaré como algo personal. Decías que Josh...

—Aquí está. Puedes preguntarle tú mismo.

Me giro y veo que Josh entra en la habitación. Es un poco más bajo que Joe, pero mucho más ancho. Lleva una sudadera azul marino del South Langley Rugby Football Club y un pantalón de chándal. Se detiene al verme y su mirada se desvía hacia su madre.

—Hola, Josh —digo, un poco demasiado efusiva—. ¿Cómo te va?

—Bien —murmura—. Mamá, ¿puedes prestarme diez libras?

Chrissy se levanta de un salto y busca su bolso. Le da a Josh un billete de veinte y, cuando se lo mete en el bolsillo, me percato de que tiene un rasguño en los nudillos de la mano derecha. Al ver mi ceño fruncido, se gira hacia la puerta como si no pudiera escapar lo bastante rápido.

—Estábamos hablando de Annie —digo un poco a la desesperada —. Sobre de dónde pudo haber sacado el éxtasis.

Chrissy abre mucho los ojos y me mira a mí y a su hijo. Sé lo que piensa: no estábamos hablando de nada de eso, pero necesito saber quién llevó drogas duras a mi casa.

Por un momento pienso que Josh va a ignorarme, pero se detiene, se gira muy despacio y me mira a los ojos.

—No tengo ni idea. —Sonríe antes de salir de la habitación. Instantes después, la puerta se cierra de golpe. Chrissy hace ademán de mirar el reloj.

—Dios, ¿ya es tan tarde? —Me lanza una mirada de disculpa—. Mejor me voy. Tengo una cita en la peluquería en media hora y ya sabes cómo es aparcar en día de mercado.

—Por supuesto —le digo. Miente fatal, pero no puedo negarme a marcharme. Palpo el bolsillo de mis vaqueros en busca de las llaves

y el móvil, y vuelvo sobre mis pasos hasta la puerta principal.

Repaso el encuentro de camino a casa. Chrissy ha sido cautelosa, casi aprensiva, mientras que la insolencia de Josh ha resultado inquietante. En cuanto a los rasguños en los nudillos... Es probable que se los hiciera en el campo de *rugby*, pero ¿y si no?

¿Y si se hirió los nudillos golpeando a Joe hasta dejarlo hecho papilla?

28

El sábado por la mañana me levanto temprano, decidida a averiguar qué pasó en la fiesta. Pero primero le mando un mensaje a Lisa para ver cómo está Annie.

«No hay cambios —me contesta ella—. *Los enfermeros creen que aún es pronto, así que crucemos los dedos».*

Aliviada de que volvamos a hablar, le digo que le dé un beso a mi ahijada de mi parte y me llevo el café al sofá, un bolígrafo y la libreta que uso para apuntar la lista de la compra.

Enumero a todos los que estaban en nuestra casa la noche de la fiesta de Joe. Aunque sé que es posible que Annie llevara el éxtasis ella misma, me cuesta creerlo. Es mucho más probable que alguien se lo diera.

Miro la lista de nombres: Joe, Ethan, Connor, Josh y Lottie. Joe me ha dado su palabra de que no sabía nada de las drogas, y le creo. Tiene que ser uno de los otros. Me termino el café y me meto el papel en el bolsillo trasero. Empezaré por Ethan.

***

La familia Curtis vive en la parte más alejada de South Langley, y su gran chalet era la última casa del pueblo hasta que se construyó la urbanización Langley Fields hace diez años. Carol Curtis desempeñó un papel decisivo en la creación del grupo de presión Salvemos South Langley para luchar contra la urbanización, lo que desató una tormenta de protestas contra los planes, pero, a pesar de su meticulosa campaña, el Consejo de Distrito dio luz verde a la construcción.

Mientras subo por el camino pavimentado hasta la casa de los Curtis, pienso en lo mucho que les habrá dolido. Su vista del ondulado parque ha sido borrada al completo por la urbanización, y el edificio más cercano se cierne sobre su jardín delantero y proyecta una sombra tenebrosa sobre los inmaculadamente cuidados parterres de Carol.

Tras un poco de trabajo detectivesco antes de salir de casa, confío

en encontrar a Ethan solo. Su padre, el médico de cabecera de nuestro pueblo, tiene consulta los sábados por la mañana y, según la revista parroquial, la South Langley Historical Society, de la que Carol es presidenta, se reúne en el centro cívico del pueblo el tercer sábado de cada mes.

Un perro empieza a ladrar en cuanto toco el timbre y, al abrirse la puerta, sale una bolita blanca de pelusa con su cola peluda que mueve con mucho entusiasmo. Me agacho para acariciarlo y, al levantar la vista, veo a Ethan agarrado al marco de la puerta. Me observa con recelo.

—Hola, Ethan. Me preguntaba si tenías un minuto para hablar. —Se pone rígido y es obvio que está a punto de poner alguna excusa y cerrarme la puerta, pero no le doy la oportunidad y le sonrío mientras entro en la casa—. No te preocupes, no tardaré.

Ya había estado aquí una vez, cuando los niños estaban en el último curso de primaria y Carol organizó una fiesta con queso y vino para recaudar fondos para la Asociación de Padres y Profesores. Recuerdo que el salón está en la parte trasera y avanzo por el pasillo hacia él, con Ethan y su perrito detrás.

Tomo asiento y le hago un gesto al chico para que haga lo mismo. Lleva vaqueros ajustados y una camiseta negra descolorida de Nirvana, lo que me parece un poco ridículo, ya que Kurt Cobain murió más de una década antes de que él naciera. Todavía lleva las gafas, pero la marca de nacimiento de color granate que le subía hasta la mitad del cuello casi ha desaparecido. Se la habrá eliminado con láser.

—Sé que ya has hablado con la policía, pero quería hacerme una idea de lo que pasó la noche de la fiesta de Joe.

Mira al techo y luego se dirige a mis pies.

—Jugamos un rato *al FIFA*. Hablamos. Escuchamos algo de música.

Es la misma respuesta que Joe dio al sargento Harrington cuando lo llevé a comisaría para su interrogatorio voluntario. ¿Es porque los chicos han acordado seguir esa línea, o porque es lo que ocurrió de verdad? Tal vez debería concederles el beneficio de la duda, pero ¿cómo hacerlo? Annie está en una máquina de soporte vital en cuidados intensivos. O alguien miente... o todos mienten.

Recuerdo otra cosa que mi hijo mencionó durante el interrogatorio policial.

—Joe dijo que pasaste gran parte de la noche hablando con Annie.

Puede que la mancha de la cara se la haya borrado con láser, pero nada puede evitar que un apagado rubor rojo tiña sus mejillas.

—Estábamos poniéndonos al día —dice—. Hacía tiempo que no la veía.

—¿Y qué te pareció a ti?

—Bien. Bien. Hablamos de las optativas de bachillerato.

—¿Y los demás?

Ethan cierra los ojos, como si se estuviera imaginando la escena.

—Joe estaba en la Xbox. Josh intentaba ligar con Lottie, aunque ella no le hacía mucho caso. —Me mira de reojo—. Se pasó la mayor parte de la noche enviándole mensajes de texto a su novio.

—¿Y Connor?

—¿Connor? —Algo cambia en su expresión, entrecierra un poco los ojos. Asiento con la cabeza; me inclino hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. Connor estaba un poco raro, en realidad.

—¿Qué quieres decir con raro?

Ethan cruza los brazos sobre el pecho, con las manos bajo las axilas.

—Creo... creo que podría haber tomado algo.

Siento un cosquilleo de expectación. Por fin llegamos a alguna parte.

—¿Éxtasis, como Annie?

Sacude la cabeza.

—Éxtasis, no. Estaba siendo un imbécil. Creo que había tomado algo de coca.

—*¿Cocaína*? —No puedo ocultar mi asombro. El chico tiene dieciséis años, por el amor de Dios. Y estaba bajo nuestro techo. Me arrastro las manos por la cara. ¿Esto puede empeorar?—. ¿De dónde demonios la sacó? —exijo.

Ethan cambia de actitud, como si supiera que ha dicho demasiado, y se cierra en banda. Con un despreocupado encogimiento de hombros, me da la clásica respuesta adolescente:

—No lo sé.

Me trago mi frustración y me dirijo a casa, la mente no para de darme vueltas. Puede que no esté más cerca de averiguar quién le dio el éxtasis a Annie, pero al menos la revelación de Ethan de que no fue la única que se drogó en la fiesta de Joe me parece un avance. Seguro que cada dato que consiga sonsacar a esos adolescentes me acercará un poco más a la verdad.

El viento se ha levantado y me alegro de llevar abrigo mientras cruzo la plaza del pueblo. A mitad de camino tengo la sensación de no estar sola. Miro por encima del hombro, pero mi imaginación debe de estar jugándome una mala pasada, porque no hay nadie.

Sacudo un poco la cabeza y vuelvo a ponerme en marcha. Es ese maldito ladrillo, que me ha vuelto paranoica. Quizá Noah tenga razón y debería haberlo denunciado a la policía. Habrían podido comprobar si había huellas. Ahora no. Lo dejé en el patio, delante de la puerta de atrás, y la lluvia de anoche las habrá borrado.

La sensación de que me observan no desaparece. Esta vez me detengo y me giro despacio en dirección al césped. Es extenso, llano y del tamaño aproximado de un campo de fútbol. Dos de sus lados están bordeados de casas, el otro está ocupado por la carretera que atraviesa el pueblo. El cuarto está bordeado por una franja de abedules y hayas que separa el césped del parque infantil que hay más allá. Un sendero con una papelera para excrementos de perros en cada extremo une ambas zonas.

Desde esta distancia, es casi imposible distinguir un árbol de otro, y estoy a punto de rendirme y volver a casa cuando capto un movimiento en mi visión periférica. Entrecierro los ojos y se me revuelve el estómago. Una figura está inmóvil entre los árboles, observándome.

29

Me asalta la indecisión, no sé si correr a casa o acercarme a la figura del bosque y preguntarle qué demonios hace. La curiosidad me gana y me aproximo a los árboles con el corazón desbocado en el pecho.

A medida que me acerco, la figura empieza a tomar forma. Es un hombre, lo sé por el volumen de sus hombros y por la forma en que está de pie, con las manos metidas en los bolsillos de un polar azul marino. Mis ojos se abren de par en par al reconocerlo, pero no tiene sentido. ¿Por qué iba a seguirme Greg Duffy?

—Greg —le digo cuando llego—. ¿Querías algo?

Frunce el ceño, saca las manos de los bolsillos y las cruza sobre el pecho.

—Has venido a mi casa.

—El otro día fui a charlar con Chrissy, si te refieres a eso. —Sonrío con amabilidad.

—Dijo que le hiciste preguntas sobre la fiesta. —Frunce el ceño—. Sobre Josh.

—Solo estaba pasando el rato.

—Aléjate de mi familia de una puñetera vez.

Me estremezco.

—No sé lo que estás...

Se ríe, el sonido es tan estridente como una ráfaga de disparos.

—Déjate de tonterías. Sé que estás planeando tenderle una trampa a mi hijo. —Da un paso hacia mí—. Déjame ser muy claro. Si se te ocurre culpar a Josh por lo que le pasó a Annie, te destrozaré. ¿Entendido?

Se me pasa por la cabeza una respuesta, pero, antes de que pueda pronunciar palabra, se da la vuelta y desaparece entre los árboles.

***

Entro en casa, con la advertencia de Greg aún en mis oídos, cuando Noah me llama desde su estudio:

—Eve, ¿eres tú?

Me desabrocho las botas y asomo la cabeza por la puerta.

—Acabo de ver a Greg Duffy. No te vas a creer lo que me ha dicho.

Pero Noah no escucha, y pronto se hace evidente por qué.

—¿Cuándo ibas a decirme que habías perdido tu trabajo?

Se me cae el alma a los pies.

—He tratado de encontrar el momento adecuado. —Él arquea una ceja—. Bueno, nunca estás aquí —replico a la defensiva—. Y cuando estás, te encierras en tu estudio. Apenas te vemos.

—Entonces, ¿es culpa mía que no hayas tenido la oportunidad de decirme que te han suspendido? ¿No crees que, por necesidad, *debía saberlo*?

—No exageres. Trato de averiguar qué pasó aquí la noche de la fiesta para exculpar a Joe y demostrarle a la maldita Emma Bradley que no tuve nada que ver con lo que le pasó a Annie. —Entrecierro los ojos—. ¿Y cómo lo sabes?

—El tesorero de tu colegio me ha llamado esta mañana para preguntarme si tenía algún profesor de Matemáticas disponible porque su jefa de departamento había sido suspendida tras un incidente con uno de sus alumnos. Bastante imprudente por su parte, pero deduzco que es nuevo en el puesto. Por eso no tenía ni idea de que estábamos casados, supongo.

—Empezó en septiembre —coincido—. Es un poco imbécil.

—No cambies de tema —dice Noah con aire opresivo.

—Y tú no uses ese tono conmigo. —Levanto la voz—: No trabajo para ti, recuérdalo.

—No trabajas para *nadie*, al parecer.

—Recuperaré mi trabajo una vez consiga probar que Joe no tuvo nada que ver con la sobredosis de Annie. Por eso he ido a hablar con Ethan Curtis esta mañana. ¿Sabes lo que me ha dicho? Connor Moody estaba hasta arriba de coca la noche de la fiesta de Joe.

—¿Qué?

—Connor compró drogas duras y las trajo a nuestra casa, Noah. Solo necesito pruebas de que le dio éxtasis a Annie antes de hablar con Harrington.

—No. —Noah sacude la cabeza—. Tienes que mantenerte bien al margen. Déjalo en manos de la policía, por el amor de Dios.

—Necesito averiguar quién le hizo esto.

—Nadie se lo hizo. Tú misma me lo dijiste. Annie está en coma porque bebió demasiada agua. Fue un accidente.

Miro a mi marido con incredulidad.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No habría ocurrido si alguien no le hubiera dado éxtasis! Además, ¿no quieres que todo el mundo sepa que Joe no tuvo nada que ver?

Se lleva las manos a la cara.

—Claro que sí, pero es trabajo de la policía probarlo, no tuyo. ¿Y si a Connor Moody le cabrea que metas las narices en sus asuntos? Tú misma dijiste que su padre está en prisión. Seguro que tiene contactos en círculos bastante desagradables. Dios sabe cómo podría tomar represalias. Ya nos han tirado un ladrillo a través de la ventana. ¿Y ahora qué?

No menciono la advertencia de Greg Duffy de que nos mantengamos alejados porque Noah se pondría histérico. La lista de personas que claman por nuestra sangre es cada día más larga.

—Puedo encargarme de Connor Moody, no te preocupes —lo tranquilizo—. En cuanto a dejárselo a la policía, han sido completamente inútiles. —Me dejo caer en el sillón de cuero descolorido que hay junto al escritorio de Noah. Se lo compré por su cumpleaños, a sabiendas de que encajaría con la decoración de club de su estudio repleto de libros—. Siento no haberte dicho que me habían suspendido. Tan pronto como pueda demostrar que Connor es responsable, volveré al trabajo. Sigo cobrando, si eso es lo que te preocupa.

—Claro que me preocupa el dinero. ¿Cómo demonios vamos a pagar la matrícula de Joe si pierdes tu trabajo? —Sacude la cabeza —. ¿Desde cuándo nos guardamos secretos, Eve?

Qué gracioso es, y me lo dice a mí. Suelto una carcajada. No puedo evitarlo.

—¿Por qué deberías ser diferente? Todo el mundo *me* oculta secretos —digo.

Su mirada baja hasta su escritorio, coge su pluma y la examina. Es una elegante estilográfica Waterman negra con plumín dorado. Se niega a escribir con otra cosa. Es un gesto que solía parecerme entrañable, pero que ahora me irrita hasta el hastío. ¿Qué tiene de

malo un bolígrafo, por el amor de Dios?

En ese momento suena su móvil y sus ojos se dirigen nerviosos a la pantalla. Estiro el cuello para ver quién lo llama, pero, por desgracia, estoy demasiado lejos. Hace un gesto hacia el teléfono.

—Tengo que contestar. —Suspiro con fuerza, me levanto de la silla y salgo de la habitación mientras Noah murmura—: Hola, Bernice. Gracias por devolverme la llamada. Siento molestarte un sábado, pero tengo que hablarte de la cuenta de Southlands. —Noah me sigue hasta la puerta y la cierra detrás de mí. No sé si me alivia o me enfurece que la conversación que tanto necesitamos tener haya sido interrumpida una vez más.

***

Paso la siguiente hora dándole vueltas a qué hacer. ¿Tiene razón Noah? ¿Debería dejárselo a la policía o debería investigarlo y acudir a ellos con pruebas suficientes para exonerar a Joe de una vez por todas? Ayudaría que la policía nos mantuviera al corriente de la investigación, pero hace siglos que no oigo ni pío. Por capricho, busco la tarjeta que me dio el sargento Harrington y marco su número. Si no trabaja hoy, le dejaré un mensaje para que me llame en cuanto vuelva a estar de servicio. Ensayo qué decir cuando descuelgue.

Me aclaro la garganta.

—Soy Eve Griffiths, la madre de Joe Griffiths. Llamo para saber cómo va la investigación.

—Creo que le dije que contactaríamos con usted si teníamos algo de lo que informar, señora Griffiths.

—Lo sé, pero ha pasado una semana desde la fiesta. Deben haber hecho algún progreso.

—Hemos hablado con todos los que asistieron. También estamos trabajando estrechamente con nuestros colegas de la Operación Kestrel para tratar de entender de dónde vino el éxtasis.

—¿Operación qué?

—Operación Kestrel. Su cometido es desarticular y desmantelar las redes de tráfico de drogas que operan en la zona.

—¿Redes de tráfico de drogas? —Aprieto con fuerza el teléfono. Hace un año, más o menos, un agente de apoyo a la comunidad de la comisaría de Nesborough vino a la escuela a dar una charla sobre las bandas londinenses que reclutan a niños para distribuir drogas en zonas rurales utilizando una red de teléfonos móviles, la *county line*—. ¿Está diciendo que el éxtasis que tomó Annie está relacionado con la red de narcotráfico de la zona?

—De momento, no descartamos nada.

—Y ¿qué va a pasar ahora?

—Me temo que no estoy autorizado a compartir nuestra estrategia de investigación con usted. Ni con nadie —dice el sargento.

Exhalo.

—Comprendo que es posible que le falte personal y tenga demasiado trabajo, pero estamos en mitad de la nada. Joe vive bajo la sombra de la sospecha y a mí me han suspendido de mi trabajo a la espera del resultado de su investigación, a pesar de que no hay ni una sola prueba de que mi hijo tenga algo que ver con las drogas. —Me planteo contarle lo de Connor Moody y la cocaína, pero me detengo. Necesito algo más concreto que la palabra de un chico de dieciséis años para que Harrington me crea. En lugar de eso, le suplico—: ¿No ve el efecto que esto está teniendo en mi familia? ¿Y qué hay de Lisa? Merece saber qué le pasó a Annie.

—Es lo que hay —dice alegremente.

«Es lo que hay». ¿Qué demonios se supone que significa eso? Es una de las expresiones favoritas de Emma Bradley, que significa que estamos en la mierda, pero tenemos que lidiar con ella.

—Por favor, tenga la seguridad de que será la primera en saber si tenemos alguna noticia. Mientras tanto, si eso es todo...

Estoy echando humo cuando termina la llamada. Qué pérdida de tiempo tan inútil. Está claro que no puedo confiar en la policía para salir de este lío. Tendré que hacerlo yo misma.

30

El olor sulfuroso de los desagües atascados me golpea mientras subo por el camino irregular y lleno de baches hasta la destartalada puerta de Connor Moody. Todo en el lugar grita abandono, desde la bicicleta rosa oxidada tirada junto a los cubos de basura desbordados hasta el césped cubierto de maleza y las ventanas sucias.

Los nervios me bullen en la boca del estómago porque, si soy sincera, no estoy segura de qué tipo de recibimiento me van a dar. Connor y su madre, Lorraine, no fueron muy amables conmigo en el velatorio de Annie. No me van a recibir con los brazos abiertos.

Respiro hondo para calmar los nervios y llamo. Al cabo de un momento, la puerta se abre y aparece una chica flaca con el pelo rubio claro recogido en una coleta alta. Va vestida con un top corto y unos *leggings* a pesar del frío viento de febrero, y no me sorprende ver cómo se le pone la piel de gallina.

Recuerdo vagamente a Lorraine con una niña pequeña de aspecto desaliñado en la fiesta de fin de curso de Joe y Annie hace cinco años. Esta debe ser la hermana pequeña de Connor, la que Annie solía cuidar.

—Hola —le digo con una sonrisa tranquilizadora. No responde, solo me mira con profunda desconfianza, con sus grandes ojos azules muy abiertos—. Tú debes ser Bobbi-Jo.

—¿Eres de los Servicios Sociales?

—¿Qué? Oh, no. Soy profesora, en realidad.

—En mi escuela, no.

—No. Estoy en el instituto de chicas, en Nesborough. Me preguntaba si...

—Mamá no está —dice antes de que pueda terminar.

—En realidad, era con Connor con quien esperaba hablar. ¿Está en casa? —Su mirada se dirige al techo y luego a mí—. No se ha metido en ningún lío —le digo—. Es amigo de mi hijo, Joe.

Sus ojos se iluminan.

—¿Joe Griffiths?

—¿Lo conoces?

—Joe es muy simpático. —Se da la vuelta y grita escaleras arriba—: ¡Connor! ¡La mamá de Joe está aquí! —Cuando no hay respuesta, ella dice—: Seguro que tiene los auriculares puestos. Voy a buscarlo. —Sube las escaleras de dos en dos, sin el recelo de antes. Espero en el umbral, con la esperanza de que Lorraine no aparezca antes de que hable con Connor, porque tengo la sensación de que no le hará ninguna gracia que yo me haya presentado de improvisto para interrogar a su hijo sin que ella lo sepa.

Al final, Connor baja las escaleras, seguido de cerca por su hermana. Me mira con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué haces aquí?

Vuelvo a sonreír.

—Solo quería charlar. No me llevará ni un minuto.

—Será mejor que entres.

Lo sigo al salón, donde domina un enorme televisor colgado en la pared sobre una chimenea eléctrica. Un gato blanco y negro con el vientre hinchado disfruta de un rayo de sol sobre la moqueta raída.

—Maisie va a tener gatitos pronto —dice Bobbi-Jo, que salta hacia la gata y le acaricia la barbilla.

—Mamá se pondrá como una fiera si se entera de que has estado aquí —murmura Connor. La bravuconería que exhibía como una armadura en la vigilia ha desaparecido ahora que no tiene público, y me recuerda al niño que se esforzaba tanto con la lectura cuando tenía la edad de Bobbi-Jo.

—No tardaré mucho —vuelvo a decir. Me siento en un extremo del sofá de cuero gastado—. Solía ir a la escuela a escucharte leer, ¿te acuerdas?

Asiente con la cabeza.

—Estuve en tu grupo en el viaje escolar a Londres, y todo eso.

—¡Así es! Os tuve a ti, Joe, Josh y Ethan. Fue un día divertido. —Me giro hacia Bobbi-Jo—. Fuimos al museo Madame Tussauds, a la Torre de Londres y al Acuario. Espero que tú también vayas cuando estés en sexto. —Me vuelvo hacia Connor—. Es muy bonito que aún seáis tan buenos amigos. Sobre todo en este momento... —Me detengo y miro a Bobbi-Jo, que sigue agachada en la alfombra

lanzando un trozo de cuerda a la gata, que la golpea sin entusiasmo.

—No pasa nada, sabe lo que le pasó a Annie —me asegura Connor.

—Me gusta Annie —dice Bobbi-Jo en tono solemne—. A veces me cuidaba cuando era pequeña. Es muy amable.

De pronto, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Lo es —concuerdo—. Por eso quiero averiguar qué le pasó la noche de la fiesta de Joe.

Connor se limpia la nariz con el dorso de la mano. Inspecciono con disimulo sus fosas nasales en busca de restos de polvo blanco fino, me siento como un detective en una mala serie policíaca. No veo nada.

—No tiene sentido que me preguntes —dice, sin darse cuenta de que lo observo—. Estuve toda la noche en el *FIFA.*

—A Connor le encanta el Manchester United —cuenta Bobbi-Jo—. A Josh le gusta el Liverpool y a Joe, el Chelsea. —Su rostro se ensombrece—. No sé quién le gusta a Ethan. Nunca viene a vernos.

Puede que Bobbi-Jo sea joven, pero está claro que es muy lista. Se me ocurre que tal vez sepa más sobre mi propio hijo que yo.

Quiero preguntarle a Connor si sabía que había drogas en la fiesta, no porque crea que me lo vaya a decir, sino para calibrar su reacción, pero no me atrevo a hacerlo delante de su hermana. En lugar de eso, le digo:

—He visto a Ethan esta mañana.

Se pone rígido.

—¿Ethan?

Asiento con la cabeza.

—Ha dicho que pasó la mayor parte de la fiesta de Joe charlando con Annie.

Bobbi-Jo levanta la vista de la gata.

—¿Quería que Annie fuera su novia?

Connor suelta una risa burlona.

—A Ethan no le gustan las chicas, si sabes a lo que me refiero.

Está claro que no, y la niña vuelve a centrar su atención en la gata, que se ha incorporado y se lava la cara con esmero. Mientras tanto, mi mente da vueltas. «*A Ethan no le gustan las chicas*». Esto es nuevo para mí, y me pregunto si Carol y Simon Curtis saben que su

único hijo es gay. No es que importe lo más mínimo, pero es otro secreto más que guardan estos adolescentes.

—Ethan también me ha dicho que Josh estuvo hablando con Lottie toda la noche —comento.

—El imbécil cree que tiene una oportunidad con ella, pero podría haberle dicho que está dándole palos un caballo muerto. —Se ríe de su propia broma—. ¿Lo pillas? Porque a Lottie le gustan los caballos, ¿no?

—Es gracioso —dice Bobbi-Jo.

Sonrío apenas.

—¿Quieres decir que Lottie no está interesada en Josh?

—Claro que no. Piensa que es un capullo.

—Eso significa que es un tonto —informa Bobbi-Jo a la gata.

—Supongo que está demasiado centrada en la equitación como para tener tiempo para novios —le digo.

—No, no es eso. A Ethan se le escapó que está saliendo con alguien, pero se ven a escondidas.

—¿Quieres decir que lo mantiene en secreto? —Él asiente con la cabeza—. ¿Por qué?

—No sé. Creo que porque es bastante mayor que ella.

—¿Ethan dijo quién era?

—No. Todo lo que sé es que me dijo que se armaría una muy gorda si alguien se enteraba.

Asimilo la información. Lottie, de dieciséis años, sale con un hombre mayor. Un hombre mayor que debería saber que no se debe aprovechar de una adolescente. Es otro misterio que añadir al hervidero de secretos y mentiras.

—¿Y qué pasa con Joe? —le pregunto—. ¿Estaba jugando *al FIFA* contigo?

—Parte del tiempo, sí. Luego se fue un rato.

El suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Se fue? ¿Dónde?

—Afuera, creo.

—¿Para hacer qué?

—No lo sé.

Ahí está otra vez. «*No lo sé*». Estos chicos bien podrían tener las

palabras tatuadas en la frente.

Bobbi-Jo mira confusa a su hermano.

—Pensaba que habías dicho que estaba vapeando.

—Joder, hermanita.

—Solo digo lo que me dijiste.

—Lo sé, pero...

—¿Joe vapea? —pregunto, sorprendida.

Connor se encoge de hombros.

—Todo el mundo vapea.

—Yo no —dice Bobbi-Jo indignada—. Es muy malo, me lo dijo la señora Emerson. Es mi profesora —añade ella para que la entienda.

—Claro —digo débilmente—. Bobbi-Jo, ¿podría tomar un vaso de agua?

—Por supuesto. —Se levanta, sale corriendo de la habitación y nos deja solos a Connor y a mí.

—Connor, voy a preguntarte algo, y quiero asegurarte que no tendrás ningún problema, digas lo que digas. —Respiro hondo—. ¿Llevaste drogas a nuestra casa la noche de la fiesta de Joe?

Se pasa una mano por el flequillo, pero no dice nada.

Miro hacia la puerta. Oigo el grifo de la cocina. No me queda mucho tiempo.

—Porque Ethan me dijo que tomaste cocaína esa noche.

Se pone en pie de un salto.

—¡Ethan es un puto mentiroso! Puede que haya fumado un poco de hierba, pero no he tomado *cocaína*. No soy idiota.

—Solo repito lo que ha dicho. —Mantengo la voz neutra—. ¿Por qué me mentiría?

—Como venganza, claro —resopla.

—¿Venganza de qué? —Su expresión cambia de furia a evasión y se da la vuelta—. Connor —presiono—. Te prometo que esto no irá más lejos.

Me mira, inseguro. Veo su agitación en la forma brusca en que vuelve a sentarse. No está seguro de confiar en mí, y con razón, porque es una promesa vacía. Mi deseo de saber la verdad lo supera todo y diré lo que sea para conseguirla.

—Tienes mi palabra —miento.

Él asiente, como si hubiera tomado una decisión, pero en ese momento Bobbi-Jo vuelve a entrar en la sala con un vaso de agua en las manos extendidas, como un sacerdote que lleva una cruz ceremonial al altar. Saca la punta de la lengua por la comisura de los labios, concentrada en no derramar ni una gota.

—Qué detalle. Gracias. —Cojo el vaso y Bobbi-Jo sonríe. Observo a Connor mientras bebo en silencio. Su rostro vuelve a ser inescrutable y sé que ya ha pasado el momento de compartir información. Será mejor que me vaya.

Vuelvo por el desolado camino hacia la carretera; repaso lo que he aprendido de Connor y su hermana pequeña. Mis pensamientos no se detienen en lo que Connor ha dicho, sino en todo lo que no.

Parece que cada vez que me acerco más a la verdad, tropiezo con otro maldito secreto. ¿Cuántos tendré que desentrañar antes de saber qué pasó?

31

Hay una nota en la mesa de la cocina cuando vuelvo a entrar en casa. Es de Noah.

He ido a la oficina. Volveré antes de la cena, pero no me esperes.

Me encantaría hacer una bola con ella y tirarla a la papelera. Sigo con las manos apretadas, me acerco a las puertas del patio y escudriño el jardín.

Desearía más que nada volver atrás en el tiempo. No solo al día de la fiesta de Joe, sino más allá. A la época en que Lisa y yo nos sentábamos en la isla de la cocina a tomar café y cotillear mientras veíamos a Joe y Annie jugar a acampar en la casa del árbol. Cuando sabía lo que Joe hacía cada segundo de cada día. Cuando los peores líos en los que se metía eran las peleas del patio de recreo y, si había algún problema, acudía a mí.

Antes era uno de esos niños que iban con el corazón a descubierto. Una simple mirada a su cara bastaba para evaluar su estado de ánimo con la misma precisión que una veleta mide la dirección del viento. Ahora es un libro cerrado. No tengo ni idea de lo que piensa, de cómo se siente. Es un enigma para mí. Un rompecabezas que tengo pocas esperanzas de resolver. ¿Cómo no sabía que mi propio hijo fumaba, por el amor de Dios? ¿Qué más me ha ocultado?

Sin nada más que hacer, me dedico a ordenar la cocina y a pasar la aspiradora por la casa. Una vez hecho, desnudo nuestra cama y encuentro un juego de edredones limpio en el armario. También hay que cambiar la cama de Joe. Debería obligarlo, pero a veces es más fácil hacerlo una misma.

Tropiezo con una de sus zapatillas nuevas mientras llevo sábanas limpias a su habitación. Me agacho a recogerlas y paso el dedo por el logotipo de Balenciaga. Nunca había oído hablar de esa marca: Joe prefiere Nike o Adidas. Balenciaga suena italiano. Curiosa, saco el móvil del bolsillo y tecleo la marca en Google. Me equivoco. Según Wikipedia, Balenciaga era española, aunque ahora es propiedad de una empresa francesa.

Hago clic en el sitio web, que parece de artículos de lujo. Un ostentoso bolso de cuero negro aparece en la página de inicio de forma artística. Casi se me cae el móvil de la sorpresa cuando veo que cuesta más de tres mil libras. Frunzo el ceño y busco zapatillas de deporte para hombre, o *cargo sneakers*, como las llaman en la web. Me quedo boquiabierta al ver los precios. El par más barato que encuentro cuesta ochocientas setenta y cinco libras, pero la mayoría ronda las mil veinticinco. Hay un par gris claro salpicado de pequeños brillantes que cuesta casi dos de los grandes. Echo un vistazo a las zapatillas de Joe y me desplazo hasta encontrarlas. Cuestan ochocientas setenta y cinco libras.

¿Cuánto dinero le envió mi madre a Joe? Me acomodo en el extremo de su cama y la llamo por teléfono.

—Tengo una pregunta un poco fuera de lugar —digo cuando contesta—. ¿Cuánto le diste a Joe por su cumpleaños?

—Cincuenta libras. ¿Por qué?

—Oh, por nada.

—Me dijo que había comprado unas zapatillas con el dinero.

—Así es. —Miro las zapatillas de diseño, que cuestan casi dieciocho veces más de lo que ella le ha regalado.

—¿Necesitas algo más? Es que tengo partida de *bridge* y ya voy tarde.

—No, eso es todo.

Termino con la promesa de llamarla a final de semana para ponernos al día. Me pregunto cómo demonios se las ha arreglado Joe para comprarse unas zapatillas de ochocientas setenta y cinco libras.

Algo que el sargento Harrington mencionó cuando lo llamé para que me pusiera al día me viene a la memoria. Dijo que estaba trabajando codo con codo con colegas de una unidad especial para averiguar de dónde procedía el éxtasis. Me devano los sesos intentando recordar sus palabras exactas. Operación Kestrel, eso era. El equipo encargado de desarticular y desmantelar las bandas que operaban en la zona. Me viene a la memoria la charla escolar sobre bandas que dio el año pasado el agente de apoyo a la comunidad de la comisaría de Nesborough. Parecía que acababa de

salir del instituto, pero había hablado con autoridad sobre las bandas del condado y los estragos que causaban.

—La gente cree que las bandas solo reclutan a niños de barrios marginales, niños que la policía ya conoce, pero es una suposición peligrosa. Las bandas captan a niños de todas las clases sociales, sobre todo a los que nunca se han metido en líos, porque es menos probable que la policía los detenga.

Las chicas escuchaban con los ojos entornados al joven agente de policía, que enumeró algunas de las señales a las que debían estar atentos padres y profesores. Cambios de comportamiento, como quedarse hasta tarde fuera o ausentarse. Bajada de las notas o varias faltas a clase. Retirarse de la vida familiar o volverse colérico, ansioso o reservado. Llegar a casa con heridas inexplicables. Llevar mucho dinero en efectivo o un segundo móvil. Comprar ropa cara o zapatillas de deporte que no se podían permitir.

Recuerdo todas las veces que Joe ha salido a jugar al fútbol con sus amigos últimamente, la noche en que apareció en la puerta de casa lleno de moratones, la forma en que se enfada tan pronto como le pregunto la hora.

Olvidadas las sábanas, busco en mi móvil a personas cuyos hijos han quedado atrapados en redes de tráfico de drogas.

Pronto me encuentro leyendo sobre una mujer cuyo hijo recibía mensajes de una banda en su PlayStation mientras su familia, ajena a todo, veía la televisión en el piso de abajo. La madre cuyo hijo menor desaparecía durante días y volvía con ropa de diseño.

Una mujer describió cómo había recibido la temida llamada a la puerta de un agente de policía diciéndole que su hijo de diecisiete años había muerto de múltiples puñaladas. Otra hablaba de cómo su chico, extrovertido y cariñoso, se había convertido en un zombi de ojos inertes y con un machete en la mochila. Leo con creciente horror una entrevista a unos padres de un tranquilo pueblo comarcal, no muy lejos de Nesborough, a cuyo hijo lo asaltó la misma banda que lo había reclutado, solo para presionarlo a devolver el dinero que debía de la única manera que sabía: vendiendo más drogas.

Cada historia es a la vez una estadística y una tragedia personal.

Vidas de jóvenes destrozadas por delincuentes que se hacen amigos de ellos, los preparan y, por último, los explotan. Les prometen dinero, poder y respeto. En lugar de eso, los obligan a llevar una vida de tráfico de drogas y violencia. Una vida que debe ser casi imposible dejar atrás.

El miedo me oprime el corazón, y me imposibilita respirar. ¿Es esto en lo que Joe está metido?

32

Miro mi teléfono, confundida. Cuanto más lo pienso, más convencida estoy. Joe está envuelto de alguna manera en el tráfico de drogas. No hay otra explicación. Todas las señales están ahí. Todas las señales de alarma que no he notado o que, de manera inconsciente, he decidido ignorar. Las zapatillas nuevas. La paliza que me dijo que había sido una caída. Su evidente miedo a la policía.

¿Cómo no me he dado cuenta?

Me levanto de la cama y registro su cómoda. No estoy segura de lo que busco. ¿Bolsas de plástico con polvo blanco? ¿Una báscula? ¿Un viejo teléfono Nokia? Lo más incriminatorio que encuentro es un paquete sin abrir de cápsulas de vapeo con sabor a sandía escondido en el fondo de su cajón de los calcetines. Y pensar que me he sorprendido cuando Connor me ha dicho que Joe fumaba. Ahora no parece importante.

Me fijo en el armario de Joe y rebusco entre su ropa con una energía casi enfermiza. Hay un abrigo que no reconozco, lo saco de la percha y miro la etiqueta. Es una cazadora azul marino de Tommy Hilfiger que debe de costar más de cien libras. Escarbo un poco más: encuentro unas gafas de sol de marca y una pila de juegos nuevos de Xbox que deben haber costado una pequeña fortuna. Se me revuelve el estómago. Es imposible que Joe pueda permitirse todo esto con la paga de sesenta libras al mes que le damos.

Mi móvil suena en el bolsillo trasero y me sobresalto. Lo saco y miro la pantalla, sorprendida al ver que es Joe. Es como si supiera que estoy en su habitación, rebuscando entre sus cosas. Contesto con las mejillas encendidas.

—Mamá, quería decírtelo en el desayuno: tengo un partido, así que no llegaré a casa hasta tarde. Es contra Bossington. —Es una escuela independiente rival, a unos treinta kilómetros de aquí—. Tuvieron que cambiar la fecha porque el campo se inundó la última vez, ¿te acuerdas?

—¿Necesitas que papá o yo te recojamos?

—No, está bien. Cogeré el autobús.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. No me esperes con la cena. Me compraré un McDonald's en la ciudad. Será mejor que me vaya, me están esperando. Hasta luego —añade, y la línea se corta.

Nada en esta llamada debería despertar mis sospechas. Joe juega al *rugby* al menos dos veces al mes en esta época del año y a menudo vuelve a casa en autobús, cubierto de barro y hambriento. Antes de que pueda contenerme, busco entre mis contactos y llamo a la oficina del colegio, contenta de que esté abierta seis días a la semana.

—Elmwood Manor Independent Day School. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta la secretaria del colegio. Su acento es puro cristal, diseñado, sin duda, para mostrar a los futuros padres las impecables credenciales de clase alta de la escuela.

—Hola, soy Eve Griffiths, la madre de Joe. Solo quería saber a qué hora es su partido de *rugby* esta tarde. ¿El partido contra Bossington? Mi marido y yo pensamos que podríamos ir a verlos jugar —improviso.

—Por supuesto. La pondré en espera mientras lo compruebo.

Me dirijo a la ventana y mi mirada se fija en el cementerio que hay al fondo del jardín. Mis pensamientos se desvían hacia Annie, como hacen a menudo. Espero que se mantenga fuerte.

Hay un clic en mi oído y la secretaria regresa a la línea.

—¿Señora Griffiths? Me temo que no hay partido contra Bossington esta tarde. He conseguido hablar con el señor Green y dice que los de último año no vuelven a jugar hasta el próximo jueves, en el partido contra Thurley Hall.

—Lo siento mucho. Debo haberme equivocado de día. —Me río a la fuerza—. O eso o Joe se ha confundido de fechas, lo cual no es de extrañar. Ya sabe cómo son los adolescentes.

Consciente de que estoy parloteando, me obligo a callarme.

—No hay problema —dice la secretaria—. ¿Necesita algo más?

Le digo que no y le vuelvo a dar las gracias antes de terminar la llamada y meterme el teléfono en el bolsillo, con una sensación de temor que se instala en mi pecho como un fuerte resfriado.

Puede que no haya encontrado un alijo de drogas o fajos de

billetes en la habitación de Joe, pero mi hijo me ha mentido descaradamente sin ningún reparo.

Y si puede mentir sobre un partido de *rugby* con la misma facilidad que respira, ¿sobre qué más miente?

33

Suena el teléfono de casa cuando vuelvo a bajar. No puede ser mi madre: iba a salir a jugar al *bridge*. Lo más seguro es que sea una llamada comercial. Estoy a punto de dejar que entre en el contestador, pero recuerdo que podría ser la policía con novedades sobre la investigación.

—¿Está Noah? —pregunta una voz autoritaria en cuanto descuelgo, y mi ánimo cae en picado. Necesito una charla incómoda con la exmujer de mi marido tanto como una bala en la cabeza.

—Hola, Jenny. Me temo que no. ¿Has probado a llamarlo al móvil?

—Por supuesto que lo he intentado con su móvil. Ha saltado el buzón de voz.

—Está en la oficina. Tal vez en una reunión.

—¿Un sábado? —pregunta Jenny—. Nunca trabajaba los fines de semana cuando Billy era pequeño.

—Sí, bueno, está muy ocupado en este momento. Y Joe tiene dieciséis años. Se pasa la mitad del tiempo fuera con sus cosas. —Me quedo en silencio, y me pregunto si Jenny sabe lo de Annie. Luego se me ocurre que, por supuesto, debe saberlo. Si Noah no se lo ha dicho, Billy lo habrá hecho.

—Eso he oído —dice Jenny con aire enigmático—. Es terrible lo que le ha pasado a esa chica. La hija de tu amiga. No recuerdo su nombre.

—Annie. —Aprieto los dientes—. Es mi ahijada y, sí, es terrible. Todos estamos aún muy conmocionados.

—Billy me ha dicho que está en coma. No sé en qué pensaba su madre al dejarla experimentar con las drogas de esa manera. Era inevitable que se descarriara.

Me invade la ira, pero tengo que contenerla. Me niego a darle a Jenny la satisfacción de saber que me ha enfadado. Cierro los ojos un instante.

—Annie no se ha descarriado. Solo fue una de esas decisiones estúpidas, evitables, de una fracción de segundo. Un error que cualquier adolescente podría cometer.

Jenny suelta un bufido desdeñoso.

—Tuvo una sobredosis de éxtasis en una fiesta de cumpleaños. Si eso no es descarriarse, no sé qué lo es.

No me molesto en explicarle que Annie solo está en coma porque intentó hacer lo correcto. Es todo semántica, de todos modos. En lo que respecta a Jenny, Annie es casi una yonqui.

—Supongo que siempre he tenido suerte con Billy. Nunca me dio un momento de preocupación cuando era adolescente.

Tengo que morderme la mejilla para no soltar una carcajada de incredulidad. Billy siempre se metía en líos en el colegio. Una vez lo suspendieron por fumar en los aseos de chicos. En otra ocasión, llamaron a Noah y Jenny al despacho del director después de que un alumno más joven afirmara que Billy lo había acosado. Pero en lo que respecta a Jenny, Billy es un angelito. Siempre lo ha sido.

—Pues tienes mucha suerte —le digo.

—No creo que la suerte tenga nada que ver, ¿verdad? Se trata de cómo crías a tu hijo. Límites y consecuencias. Amor incondicional y ser un buen modelo en los momentos difíciles.

Estoy furiosa y tengo el estómago revuelto por la rabia. Los «momentos difíciles» a los que se refiere son los días posteriores a que descubriera nuestra aventura y Noah iniciara el proceso de divorcio. Hizo todo lo posible para que fuera lo más desagradable, desde impugnar el acuerdo económico hasta negarse a facilitar información sobre su propio patrimonio al abogado de Noah. No ha mejorado mucho desde entonces. Solía sentir lástima por ella, ya que, aunque su matrimonio agonizaba cuando conocí a Noah, yo fui el catalizador de su divorcio. Pero ha sido tan desagradable a lo largo de los años que mi simpatía se agotó hace mucho tiempo.

—Billy es muy afortunado —concuerdo—. De verdad os merecéis el uno al otro. —Por suerte, es demasiado narcisista para detectar la ironía que gotea de mi voz—. ¿De qué querías hablar con Noah?

—Esta mañana ha llamado a la puerta un joven muy amable y me ha dicho que hay que rejuntar la chimenea.

—¿Ha llamado a la puerta para decirte eso?

—Es techador, trabaja en una ampliación de cubierta a la vuelta de la esquina. Se dirigía al trabajo cuando lo ha visto. Puede hacerme

un hueco el lunes, pero me va a costar ochocientas libras.

«Y quieres que Noah pague por ello», pienso. Puede que dejara de pasarle la manutención en cuanto Billy cumplió veintiuno, pero sigue dándole dinero cada vez que Billy o ella se presentan con una historia lacrimógena. Aún se siente culpable por dejarlos, incluso después de todo este tiempo.

—A mí me parece una estafa —le digo—. Cuando esté en el tejado, verá que hay algo más que arreglar y acabarás pagando miles de libras.

—No soy ingenua. He comprobado la página web de la tarjeta de visita que me dejó. Parece perfectamente legítima —contesta tajante.

—Cualquiera puede construir un sitio web, Jenny. —Suspiro—. Pero me aseguraré de decírselo a Noah. ¿Eso es todo?

—Bueno, había otra cosa, pero no estoy segura de que me corresponda decir nada.

Pongo los ojos en blanco. Además de alegar pobreza, Jenny tiene la costumbre de lanzar granadas de mano verbales a mi vida y ver con regocijo cómo detonan.

—Es algo que se le escapó a Billy el otro día —continúa—. No me lo iba a decir, pero me di cuenta de que algo lo preocupaba y acabé sonsacándoselo.

—Continúa.

—Está preocupado por su padre. Las dos últimas veces que Billy le propuso quedar después del trabajo para tomar algo, Noah lo dejó plantado en el último momento diciendo que estaba demasiado ocupado. También dice que, cuando quedan, Noah parece ausente, como si tuviera la cabeza en otra parte.

—¿Qué intentas decir?

—Que reconozco las señales y no sería la primera vez, si sabes a lo que me refiero... —Su voz adquiere un tono de fingida preocupación —. Te lo digo porque no me gustaría que tuvieras que pasar por lo que yo pasé. ¿Va todo bien entre vosotros?

—Claro que todo va bien —suelto. Me arrepiento al instante de haberle respondido así; sé que no le pasará desapercibido—. Noah está un poco estresado por el trabajo, eso es todo. Billy se ha

equivocado. Estamos genial. Así que, si eso es todo, tengo que dejarte. Tengo un montón de exámenes que corregir.

—No dejes que te entretenga. —Jenny hace una pausa—. Pero, si alguna vez quieres hablar, ya sabes dónde estoy.

Golpeo el auricular contra el aparador y aúllo de frustración. Puede que la historia se repita, pero Jenny es la última persona con la que hablaría si Noah tuviera una aventura.

Entro en la cocina con los ojos llenos de lágrimas de rabia. Las limpio con el pulgar y me sirvo un vaso de agua. Solía compadecerme de Jenny, que tenía que criar sola a su hijo porque no podía aferrarse a su marido. Ahora que mi propia familia se está fragmentando, me avergüenzo de mi arrogancia. ¿Somos tan diferentes?

Sí, y lo creo firmemente. *Sí*. Porque, a diferencia de Jenny, amo a Noah y haré todo lo que esté a mi alcance para salvar a mi familia.

34

Joe aparece poco después de las seis, en chándal y camiseta Nike, con la bolsa de deporte colgada de un hombro, vestido para la ocasión.

Sonrío con fuerza.

—¿Qué tal el partido?

—No ha habido partido. Me he equivocado de día. Es en un par de semanas.

—¿Dónde has estado toda la tarde? —Levanta una ceja—. Es una pregunta bastante simple, Joe. ¿Dónde estabas?

—En la ciudad. —Arroja su bolsa al suelo, junto a la lavadora, como si dejarla tan cerca bastara para que se vaciara por arte de magia y su contenido sudoroso acabara en la lavadora con un programa de lavado en frío.

—¿Otra vez?

Joe frunce el ceño.

—Te quejas cuando no salgo, y ahora te quejas porque lo hago. No hay manera contigo.

Odio admitir que tiene razón. Siempre lo regaño por las horas que pasa encerrado en su habitación con la Xbox. Jugar todo el día, todos los días, no es bueno para nadie. Aunque preferiría que se le pusieran los ojos cuadrados y sufriera lesiones por esfuerzo repetitivo a que estuviera metido en las drogas.

—Lo siento —le digo—. Solo es por curiosidad, eso es todo.

Resopla.

—Estoy ayudando a Billy con su aplicación, si quieres saberlo.

Desde que abandonó la universidad tras un año, Billy ha tenido más trabajos que cenas calientes. Ha trabajado en bares, cafeterías y gasolineras. Ha servido mesas, vendido casas y trabajado en la construcción. Hace seis meses, apareció en nuestra puerta, rebosante de entusiasmo, y nos explicó su idea de crear una empresa tecnológica inspirada en su última obsesión: el levantamiento de pesas.

—Es una aplicación de *fitness* —nos explicó mientras nos

sentábamos a la mesa de la cocina—. Permitirá a los usuarios crear planes de entrenamiento personalizados adaptados a sus objetivos, con rutinas de fuerza, cardio y días de descanso. —Los contó con los dedos. Nunca lo había visto tan entusiasmado por algo.

«Ya he empezado a grabarme en vídeos haciendo todos los ejercicios para que la gente sepa cómo entrenar. Podrán seguir sus progresos a lo largo del tiempo y —dijo, levantando un dedo— la aplicación tendrá un registro de nutrición incorporado para que controlen su ingesta diaria de alimentos. —Se detuvo y nos sonrió como si hubiera descubierto el oro.

—Genial. —Joe asentía con la cabeza—. ¿Puedo salir en alguno de tus vídeos?

—Claro que sí, hermanito.

—Suena genial, hijo. —El orgullo en la voz de Noah era inconfundible. Se volvió hacia mí—. ¿Verdad, Eve?

—¿No está ya saturado el mercado de apps de *fitness*?

—Allá vamos. —Billy sacudió la cabeza—. La madrastra malvada me revienta los sueños una vez más.

—Billy... —advirtió Noah.

Levanté una mano.

—No pasa nada. Solo hago de abogado del diablo, Billy. ¿Qué va a hacer que tu aplicación destaque sobre las demás? ¿Cuál es tu propuesta única de venta?

La tensión de su mandíbula se relajó.

—¿No es obvio? —Sonrió de nuevo—. Yo soy la propuesta única de venta.

Una semana después, Billy nos pidió que invirtiéramos diez mil libras en su nueva empresa. ¿Cómo iba a negarme, sobre todo cuando deseaba tanto como el que más que tuviera éxito? Odiaba pensar que su incapacidad para mantenerse en algo fuera consecuencia directa del divorcio de sus padres. Noah sacó el dinero de nuestros ahorros y lo transfirió a la cuenta de Billy ese mismo día.

—Hemos pasado toda la tarde grabando vídeos de entrenamiento en ese gimnasio tan chulo que ha montado Billy —dice Joe, que me arrastra de vuelta al presente.

—¿Billy te ha pedido que lo grabes?

Joe se sonroja de placer.

—No, él me estaba grabando a mí. ¿Quieres verlas?

—Por supuesto.

Joe juguetea con su teléfono, luego me lo pasa.

—Esta es la sentadilla sumo.

Miro la pantalla. Joe, vestido con pantalones cortos de gimnasia y chaleco, sostiene una barra sobre los hombros. Se pone en cuclillas y vuelve a levantarse con cara de concentración. Vuelve a coger el teléfono y se desplaza por las fotos. Hay al menos una docena de vídeos en los que muestra varios ejercicios, desde press de banca y peso muerto hasta zancadas y más sentadillas.

El orgullo en la voz de Joe mientras me habla de cada vídeo es inconfundible, y una oleada de dudas me invade. He estado tan preocupada por Annie que apenas he dormido durante días, y me está pasando factura. ¿Y si la falta de sueño ha afectado a mi juicio y estoy paranoica? ¿Y si me he equivocado del todo?

***

Noah llega a casa poco después que Joe, con aspecto cansado y algo desaliñado. Cuando se inclina para darme un beso en la mejilla, percibo un tufillo a *whisky* en su aliento.

—He pedido comida para llevar —le digo mientras se encoge de hombros y saca una cerveza de la nevera.

—¿Cuánto va a costar?

—No lo sé. ¿Cuarenta libras?

—¿Cuarenta libras? —Él niega con la cabeza.

—Oh, y tu exmujer ha telefoneado para pedir dinero, como de costumbre. Quiere que la llames.

—Maravilloso.

Lo miro bien. Tiene los ojos inyectados en sangre e hinchados y la piel grisácea.

—Pareces hecho polvo. ¿Por qué no te das una ducha y abro una botella de vino? La cena no llegará hasta las siete.

Asiente y sale de la habitación con los hombros caídos.

No siento lástima, solo entumecimiento. Él se lo ha buscado.

Cenamos la comida para llevar sobre nuestras rodillas, frente al televisor y, a las nueve, anuncio que me voy a la cama. Sé que solo estoy evitando la conversación que debemos tener, pero estoy demasiado agotada para eso. Al enterrar mis preguntas, corro el riesgo de que se me enquisten bajo la piel y supuren, pero no me importa. Cuando Noah sube una hora más tarde, respiro hondo y finjo estar dormida.

35

A la mañana siguiente estoy levantada y duchada a las seis y media. Noah aún ronca con suavidad cuando salgo del dormitorio, lo cual es un alivio. Si le digo adónde voy, intentará disuadirme.

Abajo, con un café en la mano, vuelvo a comprobar la dirección de Lambhurst Eventing, el centro ecuestre donde Lottie tiene sus dos caballos, según un artículo que encontré sobre ella en Internet anoche.

«Lottie Miller es uno de los talentos más prometedores del sureste de Europa en la disciplina de concurso completo y ya ha competido con los colores de su país a nivel internacional —decía el artículo—. Mientras la mayoría de los adolescentes están todavía en la cama, Lottie está en el patio a las siete de la mañana, llueva o haga sol, cuidando de sus dos caballos, Nexus y True Blue».

Lambhurst Eventing está a menos de diez kilómetros de distancia y no tardo mucho en cruzar un par de postes de piedra y entrar en un largo camino de grava flanqueado por campos en los que pastan los caballos. Cuando era niña, ansiaba recibir clases de equitación, pero mi madre pensaba que el *ballet* era más apropiado para una niña de diez años que andar con ponis, y *ballet* fue.

Hay una pequeña zona de aparcamiento delante de otra serie de verjas y aparco junto a un enorme camión gris acero con el logotipo de Lambhurst Eventing serigrafiado en el lateral. Dejo la bolsa en el asiento del copiloto y atravieso las puertas para entrar en el recinto.

Incluso a las siete y media de la mañana de un domingo, el lugar rebosa de actividad. Los caballos miran imperturbables por encima de las puertas de sus establos mientras sus dueños —casi todo mujeres vestidas con pantalones de montar, por lo que veo— se apresuran a empujar carretillas y llenar cubos de agua y cestos de heno. Se me ocurre que cuidar de los caballos es muy parecido a educar adolescentes: mucho trabajo duro por muy poco agradecimiento.

Veo una puerta, en la que pone «Oficina», en el otro extremo del patio y me dirijo hacia ella. Giro la cabeza de un lado a otro en

busca de Lottie. Cuando me acerco a la oficina, la puerta se abre de golpe y sale una mujer de piernas delgadas de más o menos mi edad. Al verme, se detiene y sonríe.

—¿Puedo ayudarla?

—En realidad, sí. Quería preguntar por las clases de equitación.

—Somos ante todo un centro ecuestre, aunque en ocasiones ofrezco clases particulares junto con los cursos de salto y doma. —Ladea la cabeza—. ¿Traería su propio caballo?

—Dios, no. —Dejo escapar una risa nerviosa—. Soy una completa principiante, me temo. Tendría que tomar prestado uno de los suyos.

—Ya veo. —La sonrisa de la mujer se desvanece—. Entonces no creo que seamos la mejor opción para usted. Hay una pequeña, aunque muy buena, escuela de equitación al otro lado de Nesborough llamada Greenacre, y tiene clases para principiantes adultos.

—Gracias, lo buscaré. Siento haberle hecho perder el tiempo. Había pensado en probar aquí primero porque una de las amigas de mi hijo tiene sus caballos aquí. ¿Lottie Miller?

La mujer vuelve a sonreír.

—Ah, Lottie. Ha estado con nosotros desde que tenía doce años. Está allí si quieres saludarla. —Señala con la cabeza un enorme caballo gris moteado que está atado fuera de un establo, en el otro extremo del patio. Una chica delgada con un gorro rojo le pasa un cepillo por el flanco mientras arranca heno de una red.

—Gracias. Eso haré.

La mujer asiente y desaparece. Me dirijo hacia Lottie con la esperanza de que pueda ayudarme a reconstruir lo ocurrido la noche de la fiesta de Joe.

***

Es evidente que Lottie Miller no se alegra de verme. En cuanto me reconoce, un ceño fruncido ensombrece sus bonitas facciones.

—Hola, Lottie —digo alegremente—. Qué agradable sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con su voz altiva de colegio privado.

—Estaba preguntando por clases de equitación.

—¿A las siete y media un domingo por la mañana? Y una mierda —murmura.

—Vale, no es del todo cierto. Esperaba hablar contigo. —Ella se da la vuelta y rebusca en la caja de plástico que tiene a sus pies. Creo que es para que no pueda verle la cara. Me oculta algo y por eso está en guardia. Tengo que andarme con cuidado si quiero sonsacarle algo. Acaricio el cuello del caballo—. Es impresionante. ¿Hace mucho que lo tienes?

Me mira.

—Casi un año. Tengo a Nexus, mi otro caballo —señala el establo contiguo, donde un jamelgo marrón oscuro y ojos límpidos nos observa con interés—, desde que tenía catorce.

—Lo estás haciendo muy bien con los dos. Siempre leo sobre ti en la *newsletter* del colegio. Ganarás el concurso de hípica antes de que te des cuenta.

—No lo creo. ¿De qué querías hablarme?

—De la fiesta de Joe.

Coge lo que parece un cepillo de la caja de aseo y lo pasa por la cola del animal.

—¿Qué pasa?

¿Por dónde empiezo? Me meto las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Sabías que soy profesora de secundaria?

Ella asiente.

—En la escuela de Annie.

—Ya no. Me han suspendido.

Sus ojos color avellana se abren un poco.

—¿Por qué?

—Desprestigiar a la escuela.

Lottie deja de cepillar el caballo y se me queda mirando.

—¿Qué has hecho?

—Esa es la cuestión. En realidad, no he hecho nada. Me han suspendido por la investigación policial de la sobredosis de Annie. Las escuelas no son como el sistema de justicia británico, ya ves. No hay tal cosa como inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Imagina un tribunal irregular en una dictadura corrupta, y aún estarás muy lejos de la realidad. Los órganos de gobierno pueden hacer lo que les dé la gana, y me quieren fuera de juego porque el que Annie esté en coma después de tomar drogas es una mancha para la reputación de su escuela.

Lottie me escucha con atención, con una expresión tensa en el rostro. Algo pasa aquí. Hay un trasfondo que no puedo descifrar. Parece preocupada, incluso asustada. ¿Por qué mi suspensión le impacta con tanta fuerza?

Tal vez sea su culpa. Quizá fue ella quien le dio el éxtasis a Annie y ahora tiene que afrontar las consecuencias. Tendría sentido, supongo.

—Necesito recuperar mi puesto —continúo—. Si no trabajo, no podremos mantener a Joe en Elmwood Manor. No puedo sacarlo justo antes de los exámenes de acceso a la universidad, sería un desastre. Tengo que averiguar qué pasó en su fiesta para limpiar nuestros nombres y conseguir justicia para Annie. Ya he hablado con Josh, Ethan y Connor.

—Sí, Ethan me lo dijo. Ahora me toca a mí. —Empieza a cepillar a su caballo de nuevo. La cola gris hierro parece de finas hebras de plata fundida bajo la débil luz del sol—. Pero pierdes el tiempo —añade—. Le he dicho a la policía todo lo que sé.

—Seguro que sí. Sígueme la corriente, por favor. Si no es por mí, por Annie. —Inclina la cabeza, lo que interpreto como una señal para que continúe—. ¿La conoces bien?

—Solo a través de Joe y Ethan. El año pasado nos apuntamos los dos al Club de Atletismo de Nesborough. Yo solo corro para mantenerme en forma para montar a caballo, pero Annie es una mediofondista decente.

—Lo es —concuerdo. Annie encuentra todo fácil, siempre lo ha hecho—. ¿Había bebido esa noche?

Lottie sacude la cabeza.

—Tenía una gran carrera por delante y estaba siguiendo eso de «mi cuerpo es un templo».

—¿Sabías que había tomado éxtasis?

—Claro que no —dice con el ceño fruncido—. La primera noticia

que tuve fue cuando empezó a actuar de forma extraña, poniendo caras y cosas así. En cuanto empezó a convulsionar, le grité a Joe que llamara a una ambulancia, pero me dijo que estabas al otro lado de la carretera y te llamó a ti. Estaba cagado de miedo. Quiero decir, todos lo estábamos. Fue horrible, simplemente horrible.

Me pregunto si esos pocos minutos extra habrían marcado la diferencia. Pero Annie ya había bebido demasiada agua para entonces. Ya era demasiado tarde para evitar que entrara en coma. Y me preocupa que, cuanto más tiempo pase en ese estado, menos probable será que despierte.

36

Lottie guarda silencio un momento, tal vez reviviendo esos últimos y horribles segundos en los que Annie se sacudía y se retorcía en el suelo. Mueve la cabeza como si ahuyentara el recuerdo, y yo reanudo mi interrogatorio.

—Connor me dijo que estuviste hablando con Josh la mayor parte de la noche. ¿Es que estáis juntos? —pregunto con inocencia.

Hace una mueca.

—Dios, no. Los jugadores de *rugby* no son mi tipo.

—¿Quién es tu tipo?

Otra vez esa mirada culpable, tan fugaz que me pregunto si la he imaginado.

—Nadie —dice—. No tengo tiempo para relaciones. Estoy demasiado ocupada con los caballos.

Deja el cepillo en la caja, saca un rascador de cascos y le limpia las patas al caballo. Trabaja en silencio y con eficacia, y me sorprende, no por primera vez, lo mucho más maduras que son las chicas de dieciséis años comparadas con los chicos de su edad.

—Muy sensata. Los hombres dan más problemas de lo que valen, en mi opinión.

—No te la he preguntado, pero da igual.

—Ethan también dijo que Connor estaba fuera de sí.

—Se había tomado unas cervezas, pero no estaba borracho.

—Según Ethan, había tomado cocaína.

Lottie tira el rascador de cascos en la caja de aseo y endereza la espalda.

—Eso es absurdo. Connor puede fumarse algún porro, pero no tocaría la coca.

—Entonces, ¿por qué Ethan dijo que lo había hecho?

Lo reflexiona un momento y se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. Aunque, ahora que lo pienso, esa noche estaban muy cabreados el uno con el otro.

—¿En qué sentido?

—Connor trataba de provocar a Ethan. Llamándolo marica y cosas

por el estilo. Cuando Ethan le llamó la atención, Connor dijo que tenía pruebas para demostrarlo y agitó su móvil en el aire. Se notaba que Ethan estaba muy alterado, pero luego pasó lo de Annie y... Bueno, ya sabes el resto. Quizás por eso lo había olvidado.

—¿Y sabes cuáles eran las pruebas?

Se encoge de hombros, pero no responde directamente.

—Supe que Ethan era gay hace años, y no puedo ser la única. Estoy bastante segura de que Annie lo sabía.

—Pero ¿él no se lo había contado a nadie?

Ella sacude la cabeza.

—Supongo que por eso estaba tan enfadado con Connor. No quería que se lo anunciara a todo el mundo.

—¿Quién crees que le dio el éxtasis a Annie?

—Bueno, no fui yo... Ahora vuelvo. —Le da unas palmaditas en el cuello al caballo y cruza el patio para desaparecer por una puerta que pone «Guadarnés». Acaricio el morro aterciopelado del caballo, preguntándome si soy demasiado mayor para empezar a montar, cuando suena un móvil. Al principio, creo que es el mío, pero luego me doy cuenta de que el zumbido viene del interior de la caja de Lottie. Miro por encima del hombro para comprobar que nadie me ve, me agacho, cojo su móvil y miro la pantalla. Hay un mensaje de WhatsApp. No hay foto de perfil, solo las iniciales NG y la primera línea de un mensaje: «*Hola, nena».*

Al oír pasos detrás de mí, me incorporo de golpe y el teléfono se desliza fuera de mi alcance y de nuevo en la caja de aseo con un fuerte estruendo. El ruido asusta al caballo de Lottie, que levanta la cabeza y agacha las orejas.

Levanto la mano para acariciarle el morro, pero parece asustarlo más. Sus fosas nasales se agitan y tira de la argolla metálica de la pared a la que está atado, la cuerda tensa como un cable de acero. Miro a mi alrededor con impotencia, pero el patio, antes bullicioso, está de repente vacío. El animal vuelve a agitar la cabeza, impulsado por su instinto de huida. A este paso va a romper la cuerda. Me viene a la mente la imagen del caballo de Lottie corriendo por el camino, atravesando las puertas y cruzándose en el camino de un coche que va a toda velocidad. La imagen es tan vívida que casi

puedo oír el repugnante sonido del hueso al astillarse.

—¿Qué demonios pasa? —grita Lottie al aparecer a mi lado. Me pone una silla de montar y una brida en los brazos y suelta la cuerda de un tirón. Pasa la mano por el cuello del caballo y canturrea—: Tranquilo, Bluey. Tranquilo. Ya estoy aquí.

Es fascinante ver a esta chica tan delgada calmar a un caballo tan grande solo con el tacto y la voz. Muy despacio, el jamelgo se calma, ella lo ata y me quita la silla, con el rostro tenso por la ira.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mientras le coloca con suavidad la silla de montar sobre el lomo.

—Ha sido el timbre de tu teléfono.

No contesta, se dedica a abrochar la cincha y a juguetear con los estribos. Solo cuando me tiende la mano para que le ponga la brida veo que se ha quedado pálida.

—¿No vas a ver quién es?

Me lanza una mirada fulminante.

—Ahora no, no. Tengo una clase con Paula en —mira su reloj— tres minutos. Así que tengo que irme. —Me alejo mientras ella termina de ensillar y cambia su gorro por un casco de montar. Lleva el caballo a una cuadra, se sube y coge las riendas. Me mira, recupera la compostura—. La próxima vez que quieras interrogarme —dice con frialdad— preferiría que lo hicieras en presencia de mis padres.

A continuación, da la vuelta a su caballo y cabalga hacia una pista exterior donde espera la mujer delgada con la que he hablado antes.

Intercambian unas palabras y luego ambas miran en mi dirección, pero apenas me doy cuenta. Solo puedo pensar en el mensaje de WhatsApp del teléfono de Lottie. No me cabe duda de que es de su novio.

Cuando la ola de vértigo me golpea, tengo que agarrarme a la puerta del establo para evitar que las piernas se me doblen.

El novio de Lottie es mayor que ella. Estoy convencida de que mi marido tiene una aventura.

Las iniciales NG.

Noah Griffiths.

Deseo con todas mis fuerzas estar equivocada, pero sé que no es así. Mi estómago se repliega sobre sí mismo y agarro lo único que

tengo a mano. Entre quejidos, vacío el contenido de mi estómago en el gorro rojo de Lottie Miller.

37

Mi puño se enrosca alrededor del borde del gorro mientras camino con paso rígido hacia mi coche. Es mejor que Lottie piense que lo ha perdido a que descubra que lo han utilizado como bolsa para vomitar.

Abro el maletero del coche, lanzo el sombrero en una bolsa de la compra y compongo una mueca por el agrio olor mientras doblo el plástico dos veces. En la guantera hay un paquete de toallitas húmedas: saco un par y me limpio las manos y la cara lo mejor que puedo.

Me alejo en piloto automático. No tengo la cabeza para pensar en otra cosa que no sea el mensaje de WhatsApp y lo que debe significar.

Noah, que se precipita hacia su cincuenta cumpleaños y una crisis de mediana edad.

Lottie, joven y absurdamente guapa, que tiene una aventura secreta con un hombre mayor.

Quiero creer que estoy reaccionando de forma exagerada y que Noah nunca miraría a una chica de dieciséis años, y mucho menos la seduciría. Lottie tiene la misma edad que nuestro hijo, por el amor de Dios. Que su novio comparta las mismas iniciales que Noah no lo hace culpable de nada.

Pero una vocecita vengativa en mi cabeza me recuerda que Noah tiene un historial de engaños. En cuanto nos metimos en la cama, rompió la regla tácita de que nunca nunca debes acostarte con un cliente. Peor aún, yo era siete años más joven que él. Las palabras de Jenny me asaltan: «*No sería la primera vez*».

Le doy vueltas y más vueltas hasta que siento vértigo. Entonces, de repente, estoy casi en casa. South Langley parece un cuadro enmarcado en la brumosa luz del sol. Los primeros narcisos sacuden sus cabezas amarillas en el césped del pueblo y los setos rebosan de flores de endrino. Por lo general, esta imagen me alegraría el corazón, pero hoy no. Hoy mi corazón está indiferente, vacío.

Llevo escondiendo la cabeza en la arena demasiado tiempo, uso las

consecuencias de la fiesta de Joe como excusa para no afrontar el hecho de que mi matrimonio se ha acabado.

Es hora de enfrentarse a Noah.

***

Cuando entro en el garaje, gruño de frustración. El coche de Noah no está. Me devano los sesos intentando recordar si mencionó una partida de golf o de *squash*, pero no me viene nada a la cabeza.

Apago el motor y miro el móvil para ver si ha dejado algún mensaje. No lo ha hecho. Le envío uno yo.

> ¿Dónde estás? Tenemos que hablar.

Dos tics azules aparecen casi al instante, pero pasan un par de minutos antes de que responda.

> He tenido que pasar por el trabajo. Debería haber terminado para la hora de comer. ¿Va todo bien?

No, ya lo creo que no. Nada va bien. En un arrebato de petulancia infantil, no respondo. Dejo que se muera de curiosidad.

Entro en casa y cuelgo el bolso y el abrigo en el perchero. Acaban de dar las nueve de la mañana. Joe no se dejará ver hasta dentro de una hora por lo menos. Me preparo una taza de té, avanzo por el pasillo hasta el estudio de Noah y cierro la puerta con suavidad tras de mí.

Empiezo por los cajones del escritorio, rebusco entre ellos para ver si encuentro pruebas concretas de la infidelidad de mi marido. Algo más tangible que una conversación escuchada por casualidad, un mensaje de WhatsApp y una sensación de malestar en la boca del estómago. No me importa si es un simple pendiente, un recibo de hotel o un paquete de preservativos ensangrentados, solo quiero demostrar sin lugar a dudas que Noah tiene una aventura, para saber que no estoy perdiendo la cabeza.

El primer cajón que abro está lleno de trastos. Bolígrafos y clips viejos, perforadoras y grapadoras. La antigua calculadora Casio con el juego de disparos estilo *Space Invaders* que Noah tenía en primaria y al que todavía juega de vez en cuando. Cámaras digitales

medio olvidadas, gafas viejas, un puñado de cables de carga y un rollo de cinta adhesiva. Lo cierro y paso al siguiente: está lleno de artículos de papelería. Sobres crema y papel de escribir a juego, notas de felicitación para la consultoría de contratación de Noah y cuadernos nuevos. Hay una caja de tarjetas de visita; las vuelco sobre el escritorio y las hojeo, pero no hay nada que me llame la atención.

En el tercer cajón encuentro las pruebas del engaño de mi marido. No sé por qué me llaman la atención los tres sobres arrugados, pero, en cuanto los veo asomar por detrás de un montón de viejas tarjetas de cumpleaños y del Día del Padre de Joe y Billy, sé que son importantes.

Los saco y, con dedos temblorosos, abro el primero.

38

En la parte superior de la hoja de papel figura el logotipo de Elmwood Manor, un escudo de armas y el lema de la escuela: *Integrity et Fidelity*. Integridad y fidelidad.

12 de enero de 2024
Señor y Señora N. Griffiths
The Old Vicarage
South Langley

Re: Cuotas escolares pendientes de Joe Griffiths

Estimados señor y señora Griffiths:

Espero que se encuentren bien. Les escribo para poner en su conocimiento las cuotas escolares pendientes de su hijo, Joe Griffiths, alumno de secundaria en Elmwood Manor.

Según nuestros registros, las tasas no se han abonado desde el inicio del curso académico en enero. El saldo adeudado es de 9920 libras.

El pago puntual de las cuotas escolares es crucial para el buen funcionamiento de nuestra escuela y para ofrecer una educación de alta calidad a todos nuestros alumnos. No obstante, entendemos que pueden surgir circunstancias imprevistas y estaremos encantados de discutir acuerdos de pago si es necesario.

Les rogamos que abonen el importe pendiente lo antes posible para evitar cualquier interrupción en la educación de Joe. Si necesitan ayuda o desean discutir las opciones de pago, por favor, póngase en contacto conmigo lo antes posible.

Agradecemos enormemente su cooperación en este asunto y su continuo apoyo a Elmwood Manor.

Atentamente,

Andrew Surridge
Tesorero

Me quedo mirando la carta un momento, perpleja. Nunca nos habíamos retrasado en el pago de la matrícula de Joe. Volví a trabajar para enviar a Joe a Elmwood. Mi sueldo se ingresa directamente a una cuenta de ahorro separada de acceso instantáneo y Noah transfiere el dinero al principio de cada trimestre.

Solo que esta vez se ha retrasado.

Abro el siguiente sobre. El señor Surridge está perdiendo la paciencia: habla de la «importante presión financiera» que el impago de las cuotas de Joe está causando a la escuela y de lo «crucial» que es abordar el asunto lo antes posible.

La tercera y última carta es aún más contundente. Es el último párrafo el que me revuelve el estómago.

... Si no se abonan las cuotas pendientes en los próximos siete días, lamentablemente no nos quedará otra opción que suspender el derecho de asistencia de Joe a Elmwood Manor y encargar a una agencia profesional de cobro de deudas que recupere las cuotas escolares impagadas.

Echo un vistazo a la fecha en la parte superior de la carta. Lunes 12 de febrero. Hace menos de una semana. Un trimestre sin pagar. La escuela amenaza con enviar a los malditos cobradores. Peor aún, están a punto de expulsar a Joe del instituto dos meses antes del comienzo de sus exámenes.

Me hundo de nuevo en el sillón giratorio de Noah, con la tercera carta aún en la mano. Siempre es meticuloso con el pago de las facturas. Odia deber dinero a la gente; de hecho, parece que le tiene fobia. Una vez, cuando empezamos a vernos, le presté veinte libras para un taxi porque se había dejado la cartera en el trabajo. Había transferido el dinero a mi cuenta antes del desayuno de la mañana siguiente. ¿Cómo ha dejado que las cosas vayan tan mal como para que el colegio de Joe esté a punto de llamar a los cobradores?

Dejo caer la carta sobre la alfombra, enciendo el ordenador de

Noah y me conecto a nuestro banco. La cuenta corriente tiene un descubierto de quinientas libras, pero la verdad es que no es raro. Ha sido un mes con muchos gastos, con el cumpleaños de Joe y una factura inesperada del taller porque mi coche empezó a hacer un ruido extraño. Hago clic en la cuenta de ahorro de acceso instantáneo que usamos para los gastos escolares de Joe. Debería haber unas cuatro mil libras. Mis ojos se abren de par en par en cuanto veo el saldo: 1,57 libras. Me desplazo por nuestras cuentas: compruebo la de ahorros, nuestro fondo de vacaciones y la cuenta de ahorro de alto interés. Vacía. Vacía. Vacía. Incluso el fondo universitario de Joe, que tenía algo más de seis mil libras la última vez que miré, está sin saldo.

Me llama la atención un saldo de veintiuna mil quinientas cuarenta y tres libras en una cuenta vinculada. Puede que Noah haya transferido todos los fondos a una sola cuenta con un tipo de interés más alto. Justo cuando el alivio aplaca mi ansiedad, veo que la cifra corresponde al saldo de nuestra tarjeta de crédito. Debemos más de veinte mil libras.

Aparto el teclado, acuno la cabeza entre las manos y trato de pensar. Entonces salto de la silla y rebusco en el último cajón, donde encuentro más sobres escondidos al fondo. Últimos avisos, cada uno de ellos. Por lo que parece, llevamos meses sin pagar las facturas del gas y la electricidad. Estamos atrasados con el impuesto municipal y la factura del agua, y nuestro seguro de vida ha sido cancelado porque no hemos pagado las primas desde agosto.

Nada de esto tiene sentido. Noah y yo vivimos con comodidad. Aunque la mayor parte de mi sueldo se lo lleva la matrícula escolar de Joe, la empresa de contratación de Noah nos ha proporcionado un estilo de vida envidiable. Podemos permitirnos una casa grande, coches bonitos y vacaciones lejos de casa. Eso no quiere decir que no trabajemos muy duro para conseguirlo, porque lo hacemos. Pero el dinero no es algo que nos preocupe. Es cierto que desde hace un tiempo nos quedamos en casa y pedimos comida a domicilio en lugar de salir a comer fuera, y no recuerdo la última vez que nos escapamos de fin de semana, pero hace años que no nos preocupamos por el dinero.

O eso pensaba.

Me devano los sesos, pero no consigo averiguar adónde ha ido a parar todo el dinero. Quizás Noah lo ha desviado para financiar su nueva vida sin mí. Tiene sentido, y a juzgar por las fechas de algunos de los últimos avisos, debe de llevar meses planeándolo. La duplicidad de sus acciones me desgarra el corazón.

Entonces, un pensamiento aún peor me hace rebuscar de nuevo entre el montón de cartas hasta que encuentro una con el familiar logotipo verde y azul de nuestra hipoteca estampado en el membrete. Mis temores se confirman. Nuestra hipoteca está atrasada y nuestra casa, nuestro elegante hogar lleno de personalidad, está a punto de sernos arrebatada gracias al mentiroso de mi marido.

39

No sé cuánto tiempo paso encorvada en la silla del despacho de Noah, con las manos cerradas en un puño sobre el regazo y la carta del banco sobre el escritorio. ¿Diez minutos? ¿Veinte? Lo suficiente como para que se me agarrote la espalda y se me enfríe el té. Las preguntas zumban en mi cabeza, tan insistentes como una nube de mosquitos en una húmeda tarde de verano. Recojo la carta y la releo con atención. Parece que hay opciones. Podríamos aplazar el pago, cambiar a una hipoteca de solo intereses o ampliar el plazo.

Compruebo la fecha de la carta y encuentro más migajas de consuelo en el hecho de que esté fechada el 19 de enero, hace solo cuatro semanas. Quizá tengamos tiempo de arreglar este lío antes de que nos embarguen la casa.

Unos pasos bajan las escaleras y la puerta del estudio se abre de golpe. Me quedo inmóvil, pero solo es Joe, que pregunta qué hay de cenar.

Vuelvo a meter las cartas en el cajón y sonrío mientras repaso mentalmente el contenido de la nevera.

—Puedo hacer una sopa de puerros y patatas.

—Me parece bien —comenta antes de desaparecer de nuevo.

Me levanto a la fuerza y me dirijo a la cocina. Siento que he envejecido diez años en las últimas horas. Mire donde mire, hay pruebas del amor que hemos derrochado en esta casa. El impresionante suelo de baldosas que descubrí en el vestíbulo cuando quité la horrible alfombra de flores; los radiadores macizos que compré en un desguace porque un propietario anterior había retirado los originales y los había sustituido por horribles calefactores; la vidriera del baño de abajo, que encargué para el cuarenta cumpleaños de Noah. Me encanta cada rincón de la casa, desde los techos altos y las rosas ornamentadas hasta el poste de roble con intrincados diseños al pie de la escalera.

Recorro el pasillo como en trance. Hay recuerdos en todas las habitaciones. Joe de bebé, tumbado en su alfombra de juegos en el salón, riéndose a carcajadas mientras intentaba agarrarse los dedos

de los pies. Sentado en su trona en la isla de la cocina, untándose la cara con espaguetis. Acurrucado en el sofá con Annie, viendo dibujos animados, mientras Lisa y yo cotilleábamos en la cocina. Navidades familiares en el comedor, búsquedas de huevos de Pascua en el jardín, acogedoras noches de invierno frente al fuego.

¿Cómo se atreve Noah a arriesgarlo todo?

La entereza endurece mi corazón. Puede que mi matrimonio se haya acabado, pero no pienso perder mi casa también.

***

Noah me manda otro mensaje mientras sirvo sopa en dos tazones.

> Lo siento mucho. Ha surgido algo que no puede esperar hasta mañana. Volveré a las seis.

Son casi las siete cuando por fin oigo su llave en la cerradura. He pasado la tarde en el jardín, podando arbustos y barriendo los caminos y el patio, con la esperanza de que el duro trabajo físico mantuviera a raya mi ira.

No ha sido así.

Noah se quita la chaqueta y se inclina para darme un beso en la mejilla. Tiene barba incipiente y huele un poco a sudor.

—Siento llegar tarde. Menudo día. —Saca una botella de tinto del botellero y trae dos copas.

—No me pongas a mí —le digo. Quiero mantener la cabeza despejada.

Levanta una ceja, se sirve un vaso y bebe un sorbo, luego otro.

—¿Estás bien? —pregunta—. Pareces un poco... tensa.

Quiero gritarle, preguntarle cómo demonios se las ha arreglado para quemar todos nuestros ahorros, acumular una deuda de veinte mil en tarjetas de crédito y poner en riesgo nuestra casa. Quiero saber si todo es porque tiene una aventura. Tendrá que esperar. Esa es una conversación que tendremos más tarde, cuando Joe esté a salvo, fuera del alcance del oído.

Como si fuera una señal, mi hijo entra en la cocina y se sirve medio litro de agua del grifo.

—¿Cena delante de la tele? —pregunta, esperanzado.

—Claro —le digo—. ¿Por qué no?

Noto la mirada cautelosa de Noah mientras sirvo los platos de espaguetis a la boloñesa. Me conoce lo suficiente como para darse cuenta de que pasa algo.

Joe encuentra en Netflix el último episodio de una serie de espionaje que hemos estado viendo, pero no puedo concentrarme en las travesuras de un grupo de agentes inadaptados del MI5, no si mi vida se desmorona. El apetito también me ha abandonado, y empujo la pasta por el plato con poco entusiasmo.

Cuando termina el programa, Joe desaparece escaleras arriba y Noah me sigue hasta la cocina, donde llena el lavavajillas mientras yo limpio las encimeras. Lo enciende y luego se apoya en la isla de la cocina, observándome.

—¿Qué pasa, Eve? —Dejo caer la esponja en el fregadero y señalo la puerta. Él la cierra, me coge del codo y me guía hasta el sofá—. Háblame —me dice—. Por favor.

Me relamo los labios. Una vez que las acusaciones salgan a la luz, no podré retirarlas. Con oxígeno, cobrarán vida propia, se harán realidad. Tendremos que iniciar el proceso de divorcio, discutir la manutención de nuestro hijo, dividir nuestros bienes. Vender la casa. Pero ya no puedo seguir fingiendo que todo va bien.

—Sé lo de la aventura —digo al final.

—¿Aventura? —Parpadea. Frunce el ceño—. ¿La aventura de quién?

—No me tomes por tonta, Noah. *Tu* aventura. La aventura que estás teniendo. —Enuncio las palabras muy despacio, como si le hablara al tonto del pueblo.

—Pero no tengo una aventura —explica. Parece desconcertado, en serio. Podría ganar un premio por su actuación.

Pero no me creo nada. Es hora de la verdad.

40

—Te oí hablar por teléfono con tu *novia* en el cumpleaños de Joe. —Imito a Noah—: «No creo que sospeche nada, pero ya conoces a Eve. Es solo cuestión de tiempo que lo descubra». —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Dijiste que querías contármelo tú mismo. ¿Cuándo pensabas hacerlo exactamente?

Noah se levanta de un salto, va a grandes zancadas a la cocina y vuelve con dos vasos de *whisky* y el Glenfiddich que le regaló mi madre por Navidad. Vierte una generosa medida en cada copa y me da una a mí. No discuto; hace rato que he olvidado mi intención inicial de mantener la cabeza fría. El alcohol me quema la garganta. Hago una mueca, bebo otro sorbo y espero a que Noah hable.

—Esa llamada que escuchaste, no es lo que piensas. Estaba hablando con Bernice.

—*¿Bernice*? —La gerente de la oficina de Noah es la última persona en la tierra con la que sospecharía que tiene un romance, tan alejada de Lottie Miller como se podría esperar.

—Bernice. —Asiente—. Ella me decía que tenía que confesarte lo que he hecho. Debería haberla escuchado, pero pensé que podría arreglar las cosas antes de que te enteraras.

—¿Me enterara de qué? ¿De lo del dinero? Antes de que intentes negarlo, he encontrado las cartas en tu cajón esta tarde. Las facturas de la tarjeta de crédito, los avisos de la escuela de Joe y el banco. ¿Dónde ha ido todo el dinero, Noah? No, en realidad, no me lo digas, porque puedo adivinarlo. Lo has desviado para empezar una nueva vida con tu amante. Mis amigos siempre me advirtieron de que no podía confiar en ti. Quien es infiel una vez, siempre lo será, ¿no es así?

Noah gime y sacude la cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que me escuches? No tengo una aventura. Nunca te haría eso. Lo eres todo para mí, Eve. Todo. Te quiero. —Deja el vaso sobre la alfombra y entierra la cara entre las manos—. Es peor que eso.

¿Peor que una aventura? Me devano los sesos preguntándome qué

demonios ha hecho. Se me ocurre una idea muy desagradable. Quizá esté enfermo y se sienta culpable por haber buscado ayuda médica demasiado tarde. Lo miro de reojo. Su rostro tiene una palidez grisácea y la piel alrededor de sus ojos está hinchada y seca. Parece que no haya dormido bien en semanas. Pero eso no explicaría dónde ha ido a parar el dinero.

—Dímelo —le suplico, y cuando asiente y me coge las manos con fuerza, sé que, lejos de esperar lo mejor, debo prepararme para lo peor.

Un silencio asfixiante se instala entre nosotros, solo roto por el suave zumbido del lavavajillas y los latidos de mi propio corazón.

—NG Recruitment ha quebrado —dice al final, su voz apenas un susurro.

No es lo que esperaba en absoluto. Está claro que la contratación es un mercado saturado, pero la agencia de Noah siempre se ha defendido con creces. Tiene un don para colocar a las personas adecuadas en los puestos adecuados. En los últimos veinte años ha sido uno de los principales actores de la contratación en el sector educativo.

—¿Quebrado? ¿Cómo?

—Todo empezó a ir mal durante la pandemia. Las colocaciones se sucedían a diestro y siniestro. Los salarios disparados y la escasez de personal cualificado crearon una tormenta perfecta. —Me mira fijamente—. Pero todo esto ya lo sabes. Te lo dije en su momento.

—Sé que las cosas fueron difíciles durante el confinamiento, pero mejoró, ¿no? Nunca has estado más ocupado. Siempre estás en la maldita oficina, en todo caso.

Menea la cabeza.

—La gente ha estado solicitando puestos con salarios más altos, sabiendo bien que no tienen intención de dejar sus antiguos empleos. Solo quieren que sus jefes les igualen los nuevos sueldos. A mí solo me pagan cuando se cubre un puesto. Sin trabajo, no hay dinero. —Me suelta las manos y coge su *whisky*. Da un sorbo—. Lo he dado todo, pero intento llenar un pozo sin fondo. Llamé a los liquidadores la semana pasada. No tuve más remedio.

—¿Y Bernice y los demás? ¿Lo saben? —Noah emplea a dos

asesores de contratación junto a su formidable directora de oficina.

—Se lo dije el viernes. Fue horrible. Maddy acaba de comprar su primera casa y la mujer de Tim espera su tercer bebé... no se lo tomaron bien.

—No debió ser fácil —digo, aunque el destello de compasión que siento dura poco. Nosotros también estamos a punto de perderlo todo.

—Fue el peor día de mi vida.

—Si las cosas estaban tan mal como dices, deberían haberlo visto venir.

—No he querido preocuparlos, así que he fingido que todo iba bien. No tienen ni idea de que me he pasado los últimos meses manteniendo conversaciones periódicas sobre la crisis con el banco. Solo Bernice lo sabía.

Eso explicaría las tardes bloqueadas en la aplicación de calendario de Noah.

—¿Has pedido un préstamo al banco para salir del paso? —le pregunto—. Has capeado otras tormentas. Tarde o temprano las cosas mejorarán.

Noah baja la mirada hacia el vaso que tiene en las manos y sé, sin que me lo diga, que ya ha pedido un préstamo. De hecho, debe estar empeñado hasta las cejas.

—¿Ahí fue a parar nuestro dinero, a apuntalar el negocio?

—Solo iba a ser un préstamo a corto plazo para sacarnos del apuro. No tenía ni idea de que las cosas irían a peor, no a mejor.

—Pero la agencia es una sociedad limitada, así que no somos personalmente responsables, ¿no?

—No —reconoce—. Pero no es solo el dinero que invertí en el negocio...

Sus palabras me sacuden y el miedo se despliega en la boca de mi estómago.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué más has hecho?

Se remueve en su asiento.

—¿Sabes los diez de los grandes que invertimos en la aplicación de Billy? —Asiento con la cabeza—. Pidió más.

Tomo un trago de *whisky* y me pregunto qué otros secretos me

habrá ocultado mi marido.

41

—¿Más? —Mis ojos se entrecierran—. ¿Cuánto más?

Noah traga saliva.

—Otros cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil libras? —exploto—. ¿Para qué demonios necesitaba Billy cincuenta mil libras?

—Costes de puesta en marcha. Desarrollo de *software*, estudios de mercado, *marketing*, espacio de oficina, ese tipo de cosas.

—¿Espacio de oficina?

—Ha alquilado un local en el parque empresarial de Nesborough. Luego están los demás gastos que conlleva poner en marcha una nueva empresa: Internet, almacenamiento de datos, un sistema de contabilidad, ordenadores... —Ve mi expresión y me mira casi suplicante—. De verdad creía que Billy triunfaría con su aplicación, ¿y cómo iba a negarme, después de lo que le hicimos?

Me pongo en pie de un salto y me invade la ira.

—No te atrevas —grito, clavándole un dedo—. Eras tú el que estaba casado, no yo. —Frunzo el ceño, y repito sus palabras en mi cabeza—. ¿Y cómo que pensabas que podría salir adelante? ¿Qué ha pasado con nuestra inversión? —Los ojos de Noah recorren la habitación evitando mi mirada, y lo sé—. Se lo ha gastado todo, ¿verdad? Y ahora vamos a perder nuestra casa.

—Estoy seguro de que podemos...

Estoy tan enfadada que podría darle un puñetazo en la mandíbula. Una aventura sería más fácil de digerir. Esto se me antoja como la peor traición: Noah ha vendido nuestras vidas por su hijo irresponsable y egocéntrico. ¿Cómo puede no ver que Billy lo ha tomado por tonto? Dudo que alguna vez haya existido una aplicación. A lo mejor hubo una idea difusa, pero Billy pronto habría perdido el interés, como siempre. Noah había tirado el dinero.

—Sesenta mil libras —siseo—. ¡Sesenta mil libras! ¡Podríamos perder nuestra casa, Noah! Te das cuenta, ¿verdad?

Al fin todo encaja. Últimamente está muy raro con el dinero. Por eso murmuraba sobre poner la casa del árbol de Joe en eBay, por

eso se ha quejado de la cena a domicilio. Eso explica su reacción cuando se enteró de que me habían suspendido. Sabe desde hace meses que estamos ahogados en deudas.

—Lo siento...

—No es suficiente.

—Míralo por el lado bueno. —Pone una sonrisa tentativa—. Al menos no tengo una aventura.

—Esto no tiene gracia.

—¿Con quién creías que me lo estaba montando? Alguna joven y atractiva, espero. Como Donna, la del *pub*.

La nueva camarera del Swan es guapa de una forma obvia. Ya sabes: con blusas ajustadas, pelo rubio engominado, pestañas postizas y labios carnosos. Y tiene treinta y pocos. Si Noah considera que es joven...

Me golpea con la fuerza de un tren de carga. Estaba equivocada sobre Lottie. Puede que tenga un novio mayor con las mismas iniciales que Noah, pero no es él. Mi marido puede ser muchas cosas, pero no es del tipo que se aprovecha de las adolescentes. Otra cosa está clara: nunca podré decirle que sospechaba que había seducido a una niña, porque nunca me lo perdonaría. Nuestro matrimonio ya tiene bastantes problemas.

—Algo así —acepto—. Pero no cambies de tema. ¿Cuándo ibas a contarme exactamente el lío en el que estamos metidos? ¿Cuando los cobradores tocaran al timbre exigiendo las llaves de la casa?

Hace un gesto de dolor.

—Intenté decírtelo la noche de San Valentín, pero entonces Joe apareció en la puerta cubierto de sangre. —Se pasa las manos por el pelo. Tiene las uñas cortas e irregulares—. Seguía pensando que aparecería algo. Un gran contrato o un nuevo inversor. El viernes por la mañana admití mi derrota. Veinte años de sangre, sudor y lágrimas por el desagüe.

Se da la vuelta, pero no antes de que vea las lágrimas resbalar por sus mejillas. Le quito el vaso de *whisky* de las manos temblorosas, lo dejo en el suelo y lo atraigo hacia mí. Al principio tiene los hombros rígidos e inflexibles, pero luego se desploma como un globo desinflado. Mientras se derrumba, mi determinación se endurece.

—El dinero que le diste a Billy, ¿habría marcado alguna diferencia en el negocio?

—Habría mantenido a raya a los acreedores durante unos meses más. ¿Por qué?

—¿Cuál es la dirección de su nave?

Se aparta de mí.

—No, Eve. —Sacude la cabeza.

—Solo voy a hablar con él, a explicarle la situación. Seguro que si supiera en qué lío estamos metidos, lo entendería. —No tengo ni idea de si es verdad, pero necesito convencer a Noah de que me dé la dirección de alguna manera.

Se levanta sin decir palabra, sale de la habitación y regresa unos instantes después con una carpeta roja en la mano. Saca una hoja y me la entrega.

Leo por encima el folio escrito a máquina. Es un contrato entre Noah y una empresa llamada Ackman and Son Property Services.

Esta escritura de garantía se realiza entre el avalista, Noah Griffiths, y el arrendador, Ackman and Son Property Services, y se refiere a los términos del contrato de arrendamiento de la nave 5B, en el Parque Empresarial Nesborough. El avalista se compromete a cubrir e indemnizar íntegramente al arrendador por cualquier pérdida, daño, coste u otros gastos, incluidos los atrasos en el pago del alquiler…

Miro fijamente a Noah.

—¿Significa esto lo que creo que significa? ¿Que eres responsable si Billy deja de pagar el alquiler? —Asiente con la cabeza—. ¿Cuánto dura el alquiler?

—Un año.

—¿Y cuánto es?

—Algo menos de mil al mes.

—Joder, Noah. ¿Puede esto ponerse peor?

—¿Cómo podía decirle que no? Es mi hijo —dice Noah con voz débil.

—¡Y Joe también!

Acuna la cabeza entre las manos. Quiero ser comprensiva, pero lo único que siento es rabia. ¿Cómo puede haberlo arriesgado todo por la falsa empresa de Billy?

—Lo arreglaré de algún modo —murmura.

Sacudo la cabeza y salgo de la habitación. Quizá debería estar agradecida por haberme equivocado sobre la aventura. Quizá debería sentirme culpable por haber dudado de él. Pero ¿cómo podría, cuando ha arriesgado nuestro hogar, nuestro futuro, todo?

42

La nave 5B del parque empresarial de Nesborough es un edificio de hormigón de una sola planta con tejado plano y una gran puerta de persiana de acero. Es una de las tres unidades idénticas cercanas a la entrada del parque empresarial. A un lado hay un especialista en reparación de carrocerías y al otro, una lavandería. Los tres están cerrados, como es de esperar un lunes a las siete de la mañana.

Una única farola proyecta un resplandor anaranjado sobre el pequeño aparcamiento frente a las naves. Me detengo junto al único coche aparcado, un Golf blanco de aspecto deportivo. Bostezo y salgo del mío. Estoy cansadísima. Apenas he dormido esta noche dando vueltas, inquieta, mientras las revelaciones de Noah se repetían una y otra vez en mi mente. El negocio en quiebra. Los atrasos de la hipoteca. La imprudente decisión de Noah de avalar el alquiler de Billy. Mis pensamientos, alimentados por la ansiedad, iban a toda velocidad y era imposible desconectarlos. No ayudaba que, a mi lado, Noah durmiera como un tronco. A las cinco me di por vencida, cogí algo de ropa y salí sigilosamente de la habitación.

Pulso el mando para cerrar el coche y cruzo el aparcamiento hasta la nave comercial. A diferencia de sus vecinos, la 5B no está señalizada, es anónima. La única ventana está tan oscura como una cueva, y siento un escalofrío involuntario. Tal vez debería haber venido a media mañana, cuando es más probable que Billy esté, pero quería reconocer el terreno antes de abordarlo. Mujer prevenida vale por dos.

Me cubro la cara con las manos y miro por la ventana, esperando que la nave esté a oscuras, pero me sorprende que no sea así. Un tabique de dos metros separa la zona de entrada del resto del edificio y detrás hay una luz encendida.

Sin pensarlo, golpeo la puerta con los nudillos y vuelvo a mirar por la ventana. Seguro que Billy se ha dejado la luz encendida sin querer, algo que solía hacer de pequeño siempre que se quedaba en nuestra casa. Me volvía loca.

Estoy a punto de llamar de nuevo, pero la luz se apaga. O tiene un

temporizador... o hay alguien dentro. Estoy pensando en ir a la parte trasera del edificio para ver si hay una puerta trasera, cuando oigo el ruido de un cerrojo y la puerta principal se abre un milímetro.

Billy me mira a través de la rendija. Se le ha congelado la cara y tiene las manos agarradas al marco de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se le han quedado blancos.

Me mira desconcertado. Está claro que no soy la persona que esperaba ver.

—¿Qué haces aquí? —murmura, sus ojos se desvían por encima de mi hombro para ver si hay alguien conmigo.

—Déjame entrar. Necesito hablar contigo, Billy.

Sacude la cabeza.

—No puedo en este momento. Estoy un poco liado.

Bajo la voz hasta convertirla en un gruñido.

—No me importa si estás ocupado o no. Déjame entrar *ahora*.

Exhala con fuerza, abre la puerta y se aparta para dejarme pasar. Una vez dentro, cierra la puerta con llave y echa un pesadísimo cerrojo antes de desaparecer por el lateral del tabique. Sacudo la cabeza y lo sigo.

Me encuentro en un espacio amplio y despejado. La única luz es el resplandor apagado y azulado de un monitor de ordenador a mi derecha.

—¿Puedes encender una luz para que no tengamos que estar aquí a oscuras?

Billy se acerca a una moderna lámpara de pie con trípode y la enciende. Miro a mi alrededor y lo asimilo todo. Los techos altos y el suelo de hormigón. La cocina americana junto a una puerta que debe conducir al aseo. A mi izquierda, un gimnasio Me corrijo. Es más que un gimnasio. Hay una cinta de correr y una elíptica, una bicicleta de *spinning* y una máquina de remo. Un saco y guantes de boxeo, un par de bancos de pesas y un aparato multifuncional de aspecto complicado. Por no hablar de varias barras y mancuernas, balones medicinales y pelotas de gimnasia. Todo esto debe costar miles de libras.

Me adentro un poco más y me sorprendo al ver una mesa de billar en un rincón. El monitor del ordenador es uno de esos curvos que

tanto le gustan a Joe. Está en equilibrio sobre una caja de embalaje, con una silla *gaming* delante. La silla está rodeada de latas de cerveza vacías, envoltorios de comida y ceniceros rebosantes. En la pantalla parpadea la imagen de un soldado con uniforme militar que sostiene una metralleta. En el cielo, detrás de él, hay un par de drones armados. Más allá de la silla de escritorio, sobre una cama plegable, están arrugados un saco de dormir y una camiseta mugrienta. Más paquetes de comida vacíos asoman de una papelera llena. Billy se mudó de la casa de Jenny en Essex a una habitación en una casa compartida en Nesborough el verano pasado, así que ¿por qué la cama plegable?

—¿Duermes aquí? —le pregunto frunciendo el ceño. —Gruñe en respuesta—. ¿Qué pasa con tu casa compartida? No me digas que te han echado...

—Claro que no —se burla—. Necesitaba pasar desapercibido un tiempo, eso es todo.

—¿Pasar desapercibido? ¿Por qué? —Frunzo el ceño—. ¿Qué has hecho, Billy?

—Hubo un pequeño malentendido con uno de mis proveedores.

—¿Del equipamiento del gimnasio?

—Algo así —masculla. Lo miro bien por primera vez. Parece desaliñado, como si acabara de salir de la cama a trompicones, pero, aunque tiene los ojos inyectados en sangre, no tiene ojeras. Sus dedos tamborilean contra sus vaqueros mientras mira la puerta persiana de la nave. Está... nervioso.

—¿Les debes dinero?

Hace un ruido indescifrable, y luego dice:

—Bueno, ¿por qué estás aquí?

—¿Sabes que el negocio de tu padre ha quebrado? —Sus ojos se abren de par en par y mueve un poco la cabeza—. No, ya lo sabía yo. Y ahora estamos en peligro real de perder nuestra casa. —Mi mirada recorre el espacio. Esto no es el centro neurálgico de una *start-up* tecnológica. Es el refugio masculino definitivo. El sueño húmedo de todo adolescente—. Así que necesitamos nuestra inversión, me temo.

—¿Vuestra inversión?

—Sí —digo con paciencia—. Las sesenta mil libras que te dio tu padre para montar el negocio. Comprendo que ya has gastado parte, pero necesitamos que nos devuelvas el resto.

—No puedes pedir que te lo devuelva. Papá me lo dio.

—Como un préstamo, Billy. No como un regalo. Ahora vamos a reclamarlo. Tendrás que pedir un préstamo al banco, como todo el mundo. —Sonrío al final—. Estoy segura de que si tu aplicación es tan buena como dices, el banco se desvivirá por prestarte el dinero.

Saca la lengua entre los labios.

—La cosa es que no puedo devolver el dinero.

—¿No puedes? —Entrecierro los ojos—. ¿O no quieres?

Le han brotado gotas de sudor en la frente.

—No puedo —dice.

—¿Por qué no? —Mi estómago se revuelve mientras me preparo para su respuesta.

—Porque se ha acabado. Hasta el último centavo.

43

Me siento en el coche con la cabeza entre las manos; me pregunto si las cosas pueden empeorar. Aunque creo que he sabido que el dinero se había esfumado en cuanto he entrado en el pequeño reino de Billy, que se había gastado hasta el último céntimo en darse un capricho.

La pregunta es: ¿qué hago al respecto? ¿Me acurruco y admito la derrota, o salgo a luchar?

Lo único que quiero es irme a casa y lamerme las heridas, pero no puedo. Arranco el motor y me dirijo al autoservicio de Costa, a las afueras de la ciudad. Pido un café solo, que me tomo mientras espero a que den las ocho.

Me termino lo que me queda de café y llamo a la escuela de Joe.

—Elmwood Manor Independent Day School —ronronea la secretaria—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Puedo hablar con Andrew Surridge?

—Por supuesto. ¿Quién le digo que llama?

—Eve Griffiths.

—Señora Griffiths —repite. ¿Es mi imaginación o su tono se ha enfriado?—. Le paso.

—Surridge —me dice el tesorero de Elmwood Manor con tanta fuerza que aparto el teléfono de la oreja. Solo he hablado con Andrew Surridge un par de veces, pero nunca me ha caído bien. Es un hombre bajito, con un débil apretón de manos y el pecho hinchado, que se pavonea por los terrenos del colegio como si fuera el dueño.

—Hola, Andrew, soy Eve Griffiths. —Trato de que mi tono de voz sea cálido. Por mucho que me duela tener que adularlo, lo necesito de mi lado—. ¿Tendría usted un momento para hablar de la matrícula escolar de Joe?

—Llevo un mes intentando hablar con su marido sobre ese tema —dice con aire serio.

—Lo sé, y le pido disculpas. Sé que estamos atrasados, pero quiero asegurarle que fue un descuido de nuestra parte y que le

enviaremos el pago de este trimestre antes de que termine el día.

—¿Hoy, dice?

—Tiene mi palabra.

—¿Y el próximo trimestre?

—Las cuotas del próximo trimestre se pagarán a su debido tiempo —lo tranquilizo.

—Excelente. —Surridge se aclara la garganta—. No sé si lo sabe, pero podemos acordar condiciones especiales de reembolso para los padres que necesiten fraccionar el coste de sus cuotas...

—Eso no será necesario —digo con suavidad—. En cualquier caso, no le robaré más tiempo.

Una vez terminada la llamada, inclino la cabeza hacia atrás sobre el reposacabezas y cierro los ojos. Lamerle el culo a Andrew Surridge me deja un sabor amargo en la boca, pero merece la pena mantener a Joe en Elmwood.

Tecleo mi próximo destino en el navegador y salgo del aparcamiento. La joyería está al otro lado de Nesborough, a quince minutos en coche. He tomado la decisión de vender mis joyas a primera hora de la mañana. Es la forma más rápida que se me ocurre de conseguir el dinero suficiente para pagar la matrícula de Joe.

Llego al aparcamiento cercano media hora antes de que abra la joyería y aprovecho para llamar a Lisa.

—¿Cómo está Annie? —pregunto en cuanto contesta.

Suspira.

—Más o menos igual. Sigo diciéndome que debería alegrarme de que al menos no esté peor, pero no lo sé. Tiene que hacerse otro escáner esta mañana y, si no hay mejoría, el especialista quiere hacerle pruebas de función del tronco encefálico.

—Eso es bueno, ¿no?

—¿Y si demuestran que tiene muerte cerebral? —Lisa traga saliva y yo siento una aguda punzada de dolor. La aplicación fallida de Billy, los gastos escolares impagados de Joe y nuestra asfixiante deuda no son nada comparados con el calvario que Annie y ella soportan.

—En ese caso, nos ocuparemos de ello —le digo. Quiero tranquilizarla, decirle que Annie va a salir adelante, pero no puedo

darle falsas esperanzas, sería demasiado cruel—. Sé que es duro, pero debes intentar no preocuparte.

—Lo sé.

—¿Qué diría Annie?

—»No seas tan negativa, mamá».

—Exacto. Tienes que ser positiva.

—Tienes razón —susurra, y vuelvo a desear ser capaz de retroceder el reloj hasta el día de la fiesta de Joe y cambiarlo todo.

—Lo estás haciendo genial, Lisa. Recuérdalo.

—Supongo. —Suspira y luego dice—: Ah, casi lo olvido. El sargento Harrington llamó ayer. Han identificado a los cabecillas de una banda londinense que creen que ha estado pasando drogas en Nesborough. Una red de narcotráfico entre condados, *county line,* lo llamó. Están planeando redadas en las próximas dos semanas y están bastante seguros de que atraparán a quien haya suministrado el éxtasis que tomó Annie.

—Qué bien —comento, con el estómago revuelto al recordar las zapatillas de diseño de Joe.

—Supongo que no estarás más cerca de averiguar qué pasó aquella noche...

—Todavía no —digo—. Seguiré intentándolo.

Y lo digo en serio, porque quiero hacer lo correcto por Annie. Se lo debo.

***

Solo he visitado esta pequeña joyería familiar situada en lo alto de Nesborough High Street para comprar una pila nueva para mi reloj. Según su sitio web, también compran y venden joyas, y prometen precios realistas, justos y exactos por el oro, la plata y otros metales preciosos. Solo espero que me ofrezcan un precio justo por el mío.

Cuando abro la puerta, suena un timbre y la mujer que está detrás del mostrador levanta la vista y sonríe.

—¿En qué puedo ayudarla?

Busco en mi bolso la bolsa de terciopelo negro que he llenado antes y vuelco su contenido sobre el mostrador de cristal.

—¿Podría darme un precio por esto?

Ambas inspeccionamos el revoltijo de metales preciosos y piedras brillantes. Los pendientes de diamantes que heredé de mi abuela. Un anillo solitario de rubí que me dejó mi tía abuela. La pulsera de perlas y el collar a juego que el padre de Noah regaló a su madre en su trigésimo aniversario de boda. También he traído algunas piezas menos caras, como el collar de oro trenzado que me regalaron mis padres al cumplir veintiuno y el fino reloj de oro que me compré con mi primer sueldo.

Me aparto mientras la mujer rebusca entre las piezas y las examina con mucho cuidado con una lupa. Parece que tarda una eternidad, y mi mirada se pasea por la tienda, observando las vitrinas llenas de brillantes anillos, pulseras, collares y pendientes, jarras de plata y adornos de cristal. Al acercarme a una vitrina de relojes Casio, me fijo en las cámaras de seguridad instaladas en cada esquina de la tienda, que graban mi humillación.

—Puedo darte cinco mil por el lote —dice la mujer.

Mi atención vuelve a centrarse en ella.

—¿Cinco? Esperaba que valiera más de seis.

—Cinco y medio, como mucho. Por supuesto, podrías conseguir más si los vendes por internet.

—No tengo tiempo para eso. —Sonrío con fuerza mientras calculo con rapidez. Hay algo más de dos mil quinientas libras en la cuenta que abrí para Joe cuando era un bebé. Es una cuenta de libreta y soy la única que tiene acceso a ella, por eso Noah aún no la ha vaciado. Las cuotas del trimestre ascienden a nueve mil novecientas veinte libras, por lo que aún me faltarían mil novecientas veinte libras. Tamborileo con los dedos sobre el mostrador.

La mujer señala mi anillo de compromiso.

—Podría darte un buen precio por eso.

—¿Qué? Ah, claro, vale. —Me quito el anillo y lo dejo caer en su palma extendida.

Noah me pidió matrimonio en la playa de Lyme Regis al día siguiente de que se hiciera efectiva su sentencia de divorcio. Nos habíamos ido de fin de semana para celebrarlo paseando por las bonitas calles de la ciudad, comiendo pescado con patatas fritas en

The Cobb y buscando fósiles en Charmouth.

Nuestra última noche llevamos una botella de champán a la playa para ver la puesta de sol. Antes de abrirlo, Noah metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, sacó una caja con un anillo y me pidió que me casara con él.

—Te quiero, Eve. Tú me completas. Estamos destinados a estar juntos, como... como las galletas y la crema.

—O el pescado y las patatas fritas —bromeé.

—El beicon y los huevos.

—¡Ginebra y tónica!

—Queso y galletas saladas.

—Estás loco. —Lo abracé—. Por supuesto que me casaré contigo, tonto.

Me puso el anillo en el dedo y, mientras admiraba los tres diamantes perfectos en su moderno engaste de platino, me dijo que las tres piedras representaban nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

Es curioso que lo recuerde ahora.

La mujer coloca el ocular sobre el mostrador.

—Puedo darle mil ochocientos por él. En efectivo.

Dudo. Si vendo el anillo, me faltarán 120 libras para pagar la matrícula de Joe. Noah se pondrá furioso, pero quizá le esté bien empleado por haberle dado todo nuestro dinero a Billy.

—Que sean dos mil y trato hecho —digo.

Asiente con la cabeza y acerca un talonario negro de recibos por triplicado, en el que escribe una breve descripción de cada joya y el precio de venta acordado antes de pedirme que escriba mi nombre y mis datos de contacto. Marco la casilla que indica que las joyas son de mi propiedad, las vuelca en la bolsa de terciopelo y desaparece por la puerta del fondo de la tienda, donde reaparece unos minutos después con un fajo de billetes de cincuenta libras.

Ella cuenta siete mil quinientas libras y yo meto el dinero en el fondo de mi bolso, segura de que será un paseo angustioso hasta el coche.

El sonido alegre de la campana de la puerta al salir contrasta con mi corazón encogido. Nunca he sido una persona supersticiosa, pero

no puedo evitar pensar que al vender mi anillo de compromiso estoy maldiciendo a mi matrimonio.

Eso, por supuesto, suponiendo que Noah y yo aún tenemos un futuro juntos. Después de los acontecimientos de la última semana, no estoy segura de que sea así.

44

Elmwood Manor es un imponente edificio victoriano que se alza orgulloso al final de un largo camino de entrada. Con una fachada de piedra irregular y ventanas con parteluz, es a la vez gótico y majestuoso. Tal vez un poco pretencioso, si he de ser sincera, aunque intimidante hasta el punto en que me encuentro alisándome el pelo y enderezando los hombros en cuanto atravieso las puertas de roble del vestíbulo.

Los retratos de los directores fallecidos hace tiempo me miran con el ceño fruncido mientras me dirijo a la oficina de la escuela. Son las tres y media, media hora antes de que termine la última clase, y el ambiente en el vestíbulo es tranquilo, casi expectante, como si el edificio contuviera la respiración antes de que un ejército de niños parlanchines atraviese sus paredes.

Cuando llego, veo que la secretaria está al teléfono y me quedo en la puerta hasta que termina la llamada y me hace señas para que entre.

Aprieto con fuerza la correa de mi bolso.

—He venido a pagar las cuotas de Joe.

—No había necesidad de venir —dice—. Una transferencia bancaria habría estado bien.

—Venía a recoger a Joe de todos modos. Me temo que es una mezcla de dinero en efectivo y un cheque. Espero que no sea un problema.

—Por supuesto, señora Griffiths. Se sorprendería de las diferentes maneras en que la gente paga sus cuotas. Un padre una vez nos ofreció caballos de polo para saldar su cuenta.

Aun así, sus ojos se abren de par en par cuando deposito siete mil cuatrocientas veinte libras en efectivo sobre su mesa, junto con el cheque de dos mil quinientas. Cuenta el dinero tres veces y lo guarda junto con el cheque en una caja fuerte al fondo de la habitación.

—Enviaremos la próxima factura el 15 de abril —me dice mientras me entrega un recibo.

Se me hace un nudo en la garganta. Puede que haya reunido suficiente dinero para cubrir este trimestre, pero ¿cómo demonios voy a encontrar otros diez mil en las próximas seis semanas, por no hablar de los dos años de matrícula para el bachillerato de Joe esté? Finjo una sonrisa.

—No hay problema.

***

Le mando un mensaje a Joe para decirle que lo llevaré a casa y me dirijo a los campos de deporte. En el campo de hierba más cercano están dando una clase de *hockey* femenino y me apoyo en la barandilla para mirar. Las chicas, con sus piernas largas y delgadas y sus coletas alegres, parecen de la edad de Joe y me recuerdan tanto a Annie que se me saltan las lágrimas.

El pitido de un silbato me sobresalta. Es el profesor de Educación Física, un atractivo neozelandés de unos veinte años llamado señor Green, que lleva en el colegio desde septiembre. Se ganó la lealtad incondicional de Joe cuando lo nombró capitán del primer equipo de *rugby* de Elmwood en la primera semana de curso.

—Buen trabajo, chicas —dice, mientras ellas se quitan los protectores bucales y se cuelgan los bastones al hombro.

Regresan a la escuela, charlando de camino. Todas menos una, que se queda atrás para ayudar al profesor a recoger los petos y los conos de entrenamiento del campo. Hay algo en ella que me resulta familiar. La observo detenidamente. Es la forma en que recoge los dorsales: los engancha en su brazo con movimientos rápidos y eficientes. Caballos, pienso, y entonces me doy cuenta. Es Lottie Miller, la chica de la fiesta de Joe. La que pensé que tenía una aventura con mi marido.

Lottie se detiene delante del profesor de Educación Física, lo mira con la cabeza ladeada. Está hablando. No puedo oír lo que dice desde esta distancia, aunque está claro que Lottie absorbe cada palabra.

Sin darse cuenta de que la observan desde lejos, le toca el brazo. Él mira hacia la escuela, supongo quo para comprobar que nadie los

observa, y luego, durante un breve instante, entrelaza su mano con la de ella. Solo tardo un segundo en comprender lo que veo. Lottie Miller tiene una relación con su profesor de Educación Física, el señor Green. Nick Green.

NG.

Por eso me miró tan mal cuando le dije que me habían suspendido por desacreditar a la escuela. Pensaba que era porque le había dado a Annie el éxtasis, pero me equivoqué. Es porque sabe que, si alguien descubriera que Nick Green tenía una relación sexual con una alumna, no solo lo suspenderían, sino que lo despedirían en el acto.

Más secretos, pienso, mientras me doy la vuelta y vuelvo por el césped impecablemente cortado hasta el aparcamiento. ¿Todo el mundo tiene algo que ocultar?

45

Espero a Joe en el coche y aparece poco después de las cuatro. Tira su mochila en el asiento trasero y se sube a mi lado.

—Podría haber cogido el autobús —comenta tras colocarse el cinturón de seguridad.

—No pasa nada. Pasaba por aquí.

—¿Tienes algo de comer? Me muero de hambre. —Mira en la guantera con esperanza, como si fuera a encontrar allí un menú de tres platos.

—Creo que hay algunos dulces en mi bolso.

—¡Genial! —grazna, y se agacha para rebuscarlos—. ¿Quieres uno? —pregunta mientras arranca el envoltorio dorado de un caramelo y se lo mete en la boca.

—Estoy bien, gracias.

Lo miro al arrancar el motor. El flequillo le cae sobre la frente y tiene una ligera pelusa en la barbilla. Se me encoge el corazón al ver las manchas de hierba de sus pantalones y sus zapatos llenos de barro.

¿Es posible que un chico al que le siguen gustando los caramelos y que se pasa la hora del almuerzo jugando al fútbol con sus amigos trame algo malo?

—Joe —empiezo, con las manos agarradas al volante—. Me lo dirías si algo te preocupara, ¿verdad?

Dobla en cuadrados el envoltorio dorado del caramelo antes de responder con cautela:

—¿Cómo qué?

Dudo. Si no juego bien mis cartas, podría fastidiarlo todo. Al fin y al cabo, ¿qué pruebas tengo de que Joe esté metido en el mundo de la droga de Nesborough? ¿Unas zapatillas de diseño y un presentimiento? No es suficiente.

—Sé lo dura que ha sido la última semana para ti —comento—. Con Annie y todo lo demás.

Una sombra cruza su rostro y se aparta de mí para mirar por la ventana.

—No quiero hablar de Annie.

—Lo sé, y lo entiendo, pero no puedes reprimirlo todo dentro, Joe. No es bueno para ti.

—He dicho que no quiero hablar de ella —suelta.

Levanto una mano.

—Está bien. Solo intento ayudar. El dolor no es lineal, es... —Me interrumpo. Joe está rompiendo el envoltorio del caramelo en pedacitos, sus movimientos espasmódicos, casi frenéticos—. No importa —digo con un suspiro—. Pero si quieres hablar de lo que pasó, solo tienes que decirlo.

Conducimos el resto del camino a casa en silencio.

***

Por primera vez en semanas, Noah llega a casa antes que yo. Camino por la casa en su busca y al final lo encuentro en el jardín, donde fotografía de la casa del árbol de Joe con su móvil.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Acabo de ver uno en eBay por trescientas libras. Antes de que digas nada, Joe hace años que no sube.

—De hecho, todavía lo usa.

Noah frunce el ceño.

—¿Para qué?

—No lo sé. Para relajarse, supongo. —Aunque, pensándolo bien, es probable que suba para vapear. O algo peor. Se me encoge el pecho.

—Le pondré una reserva y, si no se vende, la quito, ¿vale? —dice Noah.

—Como quieras. —Giro sobre mis talones y regreso a casa. Sé que no tiene sentido preocuparse por una casa en el árbol cuando es posible que perdamos el techo que nos cobija, pero es otra patada en los dientes. Otro recordatorio de que la vida, tal y como la conocemos, nunca volverá a ser la misma.

Sé que debería sentarme con Noah y elaborar un plan de actuación. No somos los primeros que acabamos endeudados y no seremos los últimos. Hay cosas que podríamos hacer, como ponernos en contacto con la sociedad de crédito hipotecario y el

banco y elaborar un plan de reembolso con la compañía de la tarjeta de crédito, pero no me siento capaz. Es como si estuviera atrapada en un pantano, y cada vez que intento avanzar me hundo aún más en el lodo.

En lugar de eso, arrastro los pies por la cocina como alguien que me dobla la edad y preparo una cena apresurada de patatas asadas con alubias cocidas y queso. Noah odia las alubias, pero se las pongo en el plato de todos modos.

Comemos en silencio, Joe se levanta de la mesa antes de que yo haya dado el último bocado y, después de que Noah me ayude a cargar el lavavajillas, él también desaparece, como si no soportara estar en la misma habitación que yo. No puedo culparlo. Irradio rabia, palpito con ella.

Noah ya está dormido cuando por fin subo a la cama. Está tumbado boca arriba, con un brazo metido bajo la almohada, su respiración es lenta y constante. Me desvisto y me meto bajo las sábanas sabiendo que es inútil, que no podré conciliar el sueño. Hay demasiadas cosas en las que pensar. Demasiadas preocupaciones en mi cabeza. El extraño comportamiento de Joe. La ingenuidad de Noah. La total falta de remordimiento de Billy. La investigación policial sobre la sobredosis de Annie. Mi suspensión.

Desde la fiesta de Joe, todo lo que daba por sentado —mi hijo, mi matrimonio, nuestro hogar, mi trabajo— está en peligro. El paisaje de mi vida ha cambiado hasta quedar irreconocible. A primera vista, estas cosas no tienen nada que ver y, sin embargo, no puedo evitar la sensación de que, de algún modo, están conectadas, de que una fuerza malévola juega conmigo como un gato juega con una musaraña muerta: la lanza al aire y la golpea con una pata, deseando que vuelva a la vida solo para atormentarla un poco más.

Mi cerebro da vueltas en círculos intentando atar cabos. Un psicólogo diría que busco patrones en un intento de dar sentido a todo, pero esa sensación no desaparece; la sensación de que algo —*alguien*— está detrás de esto.

Al final, hacia la una de la madrugada, caigo en un sueño sin sueños.

46

A la mañana siguiente, miro sin ver la desbordante cesta de la colada cuando mi teléfono se ilumina con un mensaje de texto. Es Lisa.

Hoy realizarán las pruebas. ¿Vendrás? X

«Por supuesto —respondo—. *Estaré contigo en media hora».*

Hay poco tráfico y pronto entro en el aparcamiento del hospital. Parece mentira que solo hayan pasado diez días desde que trajeron a Annie en una ambulancia. Han sucedido tantas cosas y, sin embargo, para Lisa el tiempo se ha detenido mientras espera a que su hija despierte.

Paso por la cafetería para coger unos cafés antes de dirigirme a la segunda planta. Esta vez, en cuanto llego a las puertas dobles de la unidad de cuidados intensivos, pulso el timbre y le digo a la enfermera que vengo a ver a Annie. Un segundo después, las puertas se abren y vuelvo a sentir el silencioso zumbido de la UCI.

Lisa salta de la silla junto a la cama de Annie cuando me ve y nos abrazamos un segundo.

—Ya le han hecho las pruebas —dice al separarnos—. Solo estoy esperando los resultados.

Me coloco al otro lado de Annie, saco crema de manos de mi bolso y le masajeo primero una mano, luego la otra, mientras Lisa humedece un trapo y se lo pasa con suavidad por la cara. Somos como siervas atendiendo a nuestra reina. Es íntimo y absorbente al mismo tiempo y, por primera vez desde la fiesta de Joe, me siento en paz.

Cuando terminamos, hablamos en voz baja y le recordamos a Annie las aventuras que ella y Joe han vivido a lo largo de los años. Los viajes al zoo y al parque. Los pícnics en la playa. La vez que cogimos el tren a Londres para visitar el Museo de Historia Natural y Joe estaba tan aterrorizado por el tiranosaurio *rex* robótico que tuvo pesadillas durante semanas.

Se nos acaban las historias y le pregunto a Lisa cómo ha ido.

—Todos han sido muy amables. Es verdad lo que dicen: sabes quiénes son tus amigos en momentos así.

—Ahora vendrán a traer bandejas de comida —le digo, y ella reprime una carcajada, porque solíamos burlarnos de las madres del patio que bombardeaban a cualquier pobre diablo que pasaba por un duelo o un divorcio con lasañas caseras y ollas calientes solo para satisfacer su deseo de dramatismo o enterarse de los cotilleos.

—Bandejas de comida no —balbucea Lisa—. Entonces sí que sabré que tenemos problemas.

La sonrisa se le borra de la cara y agarra la mano de Annie.

Me pongo rígida al oír voces en el pasillo. Un momento después, el doctor Connolly, el especialista de Annie, aparece en la puerta.

—Señora Bradstock —dice en tono solemne—. ¿Tiene un momento?

Lisa palidece y me lanza una mirada desesperada mientras se pone en pie.

—¿Quieres que me quede con Annie? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¿Vienes conmigo?

—Por supuesto. —Poso un beso sobre la suave frente de mi ahijada y sigo a Lisa y al especialista por el pasillo hasta la sala de visitas.

Tomamos los mismos asientos que antes y esperamos a que el doctor Connolly hable. Justo cuando creo que no puedo soportar el silencio ni un momento más, se aclara la garganta.

—Como saben, esta mañana le hemos hecho pruebas de función cerebral a Annie. —Lisa asiente—. Siento mucho decirles que no ha respondido a ninguna.

Suena un zumbido en mis oídos. Esto solo puede significar una cosa. Miro a Lisa horrorizada. Está doblada por la cintura hacia delante, se rodea con los brazos, la barbilla hundida en el pecho, como si quisiera doblarse y desaparecer si pudiera.

—Me temo que Annie tiene muerte cerebral.

—No, no, eso no puede ser verdad. —Lisa levanta la vista con los ojos como cuencas huecas—. Quiero una segunda opinión.

El doctor Connolly se ajusta la corbata.

—El diagnóstico de muerte cerebral tiene que ser confirmado por

dos médicos para garantizar que no haya margen de error. En el caso de Annie, tanto un adjunto sénior como yo hemos realizado las pruebas dos veces.

—Pero aún respira —se lamenta Lisa.

—El ventilador está insuflando aire a sus pulmones, sí, pero sin él, Annie no podría respirar.

Lisa empieza a llorar y a mí se me parte el corazón, porque no entiendo cómo puede seguir girando el mundo sin Annie. El tiempo se ralentiza. El doctor Connolly se marcha y entra un enfermero con una nueva caja de pañuelos y dos vasos de agua. Lisa sigue llorando, un sonido grave y angustiado que resuena en esta habitación minúscula y sin alma y que me eriza el vello de la nuca. Es un lamento, pienso mientras me levanto de la silla y la envuelvo en mis brazos. Un lamento por los muertos.

47

La tarde pasa como en una neblina. El doctor Connolly nos presenta a la enfermera especializada en donación de órganos, una mujer regordeta llamada Maggie, que pregunta si Lisa ha tenido la oportunidad de considerar si le gustaría donar los órganos de Annie. Lisa apenas es capaz de contenerse con la cara pálida, le dice que es demasiado pronto. Maggie le da unas palmaditas en el brazo y le dice que volverá más tarde. Le preparo un té a Lisa, que se queda sin tocar en el mueble, junto a la cama de Annie. vigilamos a nuestra Bella Durmiente, abrumadas por el dolor, porque sabemos que ya nada podrá despertarla.

A las seis en punto, me levanto con las piernas rígidas de la silla y salgo al pasillo para poner al día a Noah. Le he enviado un mensaje de texto poco después de que se fuera el especialista para comunicarle los resultados de las pruebas del tronco encefálico de Annie.

—¿Cómo está Lisa? —pregunta. Parece tan impactado como yo.

—Ella está... está... —Me interrumpo—. No está bien —digo al final.

—Todavía no puedo creerlo. Pobre Annie. Pobre Lisa. ¿Han...?

—Mañana por la mañana, han dicho. Quieren volver a hablar con ella sobre la donación de órganos.

—¿Donación de órganos? Oh, Dios, no. —La voz de Noah se quiebra—. Debería ir. Quiero ir. Si salgo ahora puedo llegar en veinte minutos.

—Noah, no.

—¡Pero quiero estar allí con vosotras!

—Solo permiten dos visitas a la vez. Le diré a Lisa que le mandas recuerdos. Mira, tengo que volver con ellas. Hay salsa boloñesa en el congelador. En el segundo cajón, creo. No me guardes nada. No sé cuándo volveré a casa. —Hago una pausa—. ¿Se lo has dicho a Joe?

—¿Joe? —pregunta Noah, como si no pudiera ubicar el nombre.

—¿Le has contado a Joe lo de Annie? —repito, tragándome mi irritación.

—Ha salido.

—¿Otra vez? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, no soy su maldita niñera. Pasa el rato en el centro recreativo con sus amigos, creo.

—Vale. Mira, mejor me voy. Luego hablamos.

***

A las ocho, Lisa me manda a casa.

—Pero... —empiezo yo.

—No, Eve. Mamá llegará pronto.

Jackie, la madre de Lisa, estaba en un crucero transatlántico cuando Annie ingresó en el hospital y no ha podido volver hasta ahora. Justo a tiempo, según parece.

—Si estás segura... —La abrazo muy fuerte, sorprendida por lo delgada que está, lo frágil que parece—. Llámame si necesitas algo, ¿lo prometes?

—Prometido. —Mira de mí a Annie—. Os dejaré un momento.

Asiento con la cabeza y se me llenan los ojos de lágrimas. Es comprensible que Lisa quiera que mañana, cuando desconecten el respirador de Annie, solo estén su madre y ella. Lo que significa que ha llegado el momento de despedirme.

En cuanto Lisa se marcha, cojo la mano de Annie. Bajo la sábana, observo cómo sube y baja el pecho. Parece tan tranquila que es imposible creer que lo único que la mantiene con vida es el respirador.

Al besarle la frente, una gruesa lágrima salpica su mejilla. Más amenazan con caer, y me aprieto los ojos con los pulgares para contenerlas.

—Averiguaré quién te hizo esto —digo con ferocidad—. Averiguaré quién te hizo esto, y haré que lo pague.

48

La casa está a oscuras cuando entro en el garaje media hora más tarde. Encuentro a Noah encorvado en el sofá de la cocina, con varias botellas de cerveza vacías en el suelo, a su lado. Se pone en pie al verme y voy directa hacia él, desesperada por que me abrace, por que me diga que todo va a salir bien.

Muerte cerebral. Las palabras son tan crueles, tan... *definitivas*. Me estremezco y Noah me frota los brazos, como si pudiera calentar el hielo que se cristaliza en mi interior solo con el tacto.

Al final, me sujeta por los hombros y me observa.

—¿Estás bien?

Es como mirarse en un espejo. Su cara está tan destrozada como la mía.

—La verdad es que no —digo con voz plana—. ¿Y tú?

—Tampoco.

Me sirvo un vaso de agua. Hay dos cuencos de pasta sucios sobre el escurridor. La salsa boloñesa se ha solidificado como manchas de sangre seca. Me vuelvo hacia Noah.

—Deberíamos decírselo a Joe.

—¿Ahora?

Asiento con la cabeza.

—No quiero que se entere por otra persona.

Joe está con su Xbox. Hoy es *el FIFA*, Real Madrid contra Manchester City. El Real gana dos a cero. Joe para el juego y se quita los auriculares cuando nos ve.

—Oh, oh. Esto parece serio —bromea—. ¿Qué he hecho ahora?

Debe notar nuestra angustia porque se le borra la sonrisa de la cara y se le arruga el ceño.

Respiro hondo.

—Joe, no hay manera fácil de decir esto. Annie, ella... Los médicos dicen que... que nunca saldrá del coma. Van a... van a apagar su máquina de soporte vital por la mañana.

Joe abre los ojos de par en par y se da la vuelta, se tapa la boca con una mano. Noah alarga la mano y le toca el hombro, pero Joe se

aparta casi con rabia.

—¿Puedo verla? —murmura—. Antes de que...

—Lo siento, Joe, pero no puedes. Lisa solo quiere que mañana estén la abuela de Annie y ella.

Hace un extraño ruido al tragar saliva y sus anchos hombros se estremecen. Está llorando. Lágrimas ahogadas y desgarradoras que sacuden su cuerpo de niño. Estoy al otro lado de la habitación en un santiamén. Lo acuno en mis brazos como si tuviera seis años y se hubiera caído y raspado la rodilla, como si un beso fuera a arreglarlo todo.

—Joe, lo siento mucho.

—Es culpa mía —solloza—. Todo es culpa mía.

—Claro que no es culpa tuya, cariño —lo tranquilizo; siento su pena como si fuera la mía. Lo cual, por supuesto, es cierto. ¿Qué madre no absorbe el dolor de su hijo? No deja de hacerlo el día en que se les quiebra la voz o cuando empiezan a afeitarse; ni siquiera cuando se casan y tienen sus propios hijos. Es para toda la vida, esta necesidad de suavizar las grietas, de mejorar las cosas—. No podías saber que esto pasaría. Las posibilidades son... —Pienso en las matemáticas, en su reconfortante previsibilidad. Los patrones y la estructura—. Infinitesimales —digo al final.

—Pero nunca debería haber ocurrido.

—¿Qué quieres decir, Joe? —pregunta Noah. Lo fulmino con la mirada, advirtiéndole que no se meta. Ahora no es el momento. ¿No se da cuenta de que nuestro hijo está destrozado?

Joe suelta un par de hipidos y se limpia la nariz con la manga de la sudadera. Se mira los pies, con los hombros encorvados. Tiene un agujero en el calcetín y me apunto mentalmente que debo comprarle unos nuevos. ¿Qué importa que Joe tenga un agujero en el puñetero calcetín? Por la mañana van a desconectar el respirador artificial de Annie. Eso es lo único que importa.

—¿Joe? —pregunta Noah de nuevo—. ¿Qué quieres decir con que nunca debería haber pasado?

Al final, Joe levanta la vista, con los ojos hinchados y la voz entrecortada:

—Si no hubiera hecho la fiesta, ella seguiría aquí.

Tiene razón, creo. Aunque Noah y yo somos igual de culpables. Podríamos haber dicho que no. A pesar de que mis instintos gritaban que una fiesta era una mala idea, dejé que Noah me convenciera. Joe no tiene la culpa. La culpa es de todos.

49

No puedo comer. No puedo dormir. Me paso la noche dando vueltas en la cama, repitiendo los acontecimientos de los últimos días hasta que la cabeza amenaza con estallar. Me torturo imaginando lo que ocurrirá por la mañana en esa pequeña habitación lateral de la unidad de cuidados intensivos. ¿La visitará el capellán del hospital? ¿Le quitarán primero los goteros y las vías? ¿Cómo apagarán el ventilador? ¿Es tan sencillo como desconectar la corriente, como se apaga una lámpara?

Me pregunto si Lisa habrá decidido donar los órganos de Annie. Estoy inscrita en el registro de donantes desde que una mujer con la que estudié magisterio pudo dejar la diálisis tras un trasplante de riñón. Por lo que a mí respecta, los médicos pueden hacer lo que quieran cuando yo muera. Si, Dios no lo quiera, le ocurriera algo a Joe, sé que la decisión no estaría tan clara.

A las cinco de la mañana renuncio a todo intento de dormir y bajo las escaleras. La casa está fría, la calefacción aún no se ha puesto en marcha, y me alegro de llevar bata mientras me escabullo por el silencioso pasillo hasta la cocina. Preparo té y me lo bebo a oscuras, con la única luz de mi teléfono, mientras me desplazo sin pensar por Facebook e Instagram.

Es una ventana a otro mundo, un mundo en el que la gente sigue con su vida cotidiana: come en restaurantes y lleva a sus hijos al parque o de paseo por el campo, celebra cumpleaños y publica fotos de sus mascotas. ¿Cómo es posible que el mundo siga girando cuando el nuestro está paralizado?

A las seis hago lo que me prometí que no haría y le envío un mensaje de texto a Lisa.

> Hola, cariño. Solo quería saber cómo estás. ¿Ha llegado tu madre? ¿Cómo lo lleváis? Eve. Muchos besos.

Por los dos tics azules sé que ha visto mi mensaje, pero tarda unos diez minutos en responder.

> Mi madre llegó poco después de que te fueras. El médico vendrá a las ocho

de la mañana.

El móvil tiembla en mi mano. Las ocho en punto. Dentro de dos horas mi preciosa ahijada se habrá ido. Es demasiado para asimilarlo. Entierro la cabeza entre las manos y lloro.

Dos horas. Es todo lo que le queda a Lisa antes de que su mundo se derrumbe. Ya no se aferra a la esperanza junto a la cama de Annie, sino que organiza su funeral. Sufro por mi amiga, y mis lágrimas mojan la pantalla de mi teléfono mientras escribo una respuesta.

Lo siento muchísimo. Por favor, avísame si hay algo que pueda hacer. Besos.

Releo el mensaje. Parece trillado. Inadecuado. Porque no puedo hacer nada. Nada de nada.

***

Noah aparece a las siete y media, duchado y vestido.

—¿No irás a trabajar hoy? —pregunto, atónita.

—Tengo que hacerlo, Eve.

—Pero hoy es el día...

—Sé qué día es hoy —dice cansado—. Pero llevo demasiadas cosas encima.

—¿No podrías al menos trabajar desde casa?

Sacude la cabeza.

—Hay una reunión a la que no puedo faltar.

—Siempre hay una puñetera reunión —murmuro.

Se hace una tostada y se la come apoyado en la isla, luego coge el maletín del portátil y el teléfono y me da un beso rápido.

—No sé a qué hora llegaré a casa. —Se dirige a la puerta. Encima de la chimenea, nuestro reloj de época hace tictac: las ocho se acercan a cada maldito segundo.

La puerta principal se cierra de golpe y deja la casa envuelta en un silencio sofocante. Miro fijamente el lugar del suelo de la cocina donde encontramos a Annie, con los miembros rígidos e inconsciente, la noche de la fiesta de Joe. El reloj sigue tictac. Son las ocho menos cuarto. No puedo estar en esta casa, la casa donde

Annie tuvo una sobredosis, y por la que ahora va a morir. Simplemente no puedo.

Tomo una decisión, subo las escaleras y me pongo la ropa de correr, y salgo de casa minutos después. No me molesto en calentar, hecho a correr a través del pueblo y a lo largo del valle de Langley, con los ojos fijos en el horizonte.

Después de un par de kilómetros, me desvío a la izquierda, hacia el bosque, y corro por el camino lleno de baches hacia las ruinas de Langley Manor, apartando de mi mente los recuerdos de los paseos invernales y los pícnics de verano.

Corro hasta que me arden los muslos y mis pulmones gritan en señal de protesta. Mientras trago aire, miro el reloj. Son las nueve. Annie ya se ha ido.

***

Una vez que mi ritmo cardíaco ha vuelto a la normalidad, troto despacio hasta casa. He salido sin llaves ni teléfono y tengo que buscar la llave de repuesto debajo de la maceta de la puerta trasera para entrar.

Mi teléfono está en la isla de la cocina, donde lo he dejado. Debería mandarle un mensaje a Lisa para ver cómo está, pero no sé si encontraré las palabras. ¿Qué le dices a una madre que acaba de ver cómo desconectan el soporte vital de su hija? Ya llamará cuando esté preparada. En lugar de eso, me quito las zapatillas y subo a ducharme.

Suena el timbre mientras me seco el pelo con una toalla. Me asomo a la ventana y se me revuelve el estómago. Un coche patrulla está aparcado junto al mío.

50

Esta vez, el sargento Dan Harrington ha enviado a su compañero, el novato agente Marcus Anderson.

—Señora Griffiths —dice en cuanto abro la puerta—. ¿Sería posible hablar un momento? Con Joe también, si está.

—Por supuesto. —Sonrío y lo acompaño al salón—. Un momento. Voy a buscarlo.

Joe sigue dormido. Le sacudo con suavidad el hombro y le digo que tiene que levantarse.

Se queja, se da la vuelta y se echa el edredón sobre la cabeza.

—Es demasiado pronto —murmura.

—La policía está aquí de nuevo, cariño. Quieren hablar contigo.

Tarda un segundo en asimilar mis palabras, pero, cuando lo hace, es como si lo hubiera enchufado a la corriente. Se quita el edredón de encima y se levanta como un rayo. Primero mira hacia la puerta y luego hacia la ventana, como si estuviera sopesando las vías de escape.

Abro y cierro un par de cajones y arrojo ropa interior, unos vaqueros y una camiseta sobre su cama.

—Serán preguntas rutinarias —lo tranquilizo—. No hay de qué preocuparse.

Se viste en silencio y baja las escaleras encorvado, con las manos metidas en los bolsillos y expresión hosca. Sé que bajo esa coraza se esconde el Joe de siempre, el Joe que lloró cuando murió su conejo Buster, el Joe que aún dejaba que Annie le pintara las uñas cuando tenía once años. El Joe que solía seguir a su hermanastro Billy a todas partes como una sombra. El mismo Joe que sonreía de orgullo cuando lo nombraron capitán en los *scouts* y estaba dispuesto a enfrentarse a los matones del colegio para proteger a su amigo. Quiero sacudirle por los hombros para ver si el viejo Joe sale de este caparazón endurecido. En lugar de eso, bajo las escaleras tras de él y desearía que Noah estuviera en casa para no tener que enfrentarme a esto yo sola.

Joe y yo ocupamos extremos opuestos del sofá, frente a Anderson.

—Me temo que tengo malas noticias —dice—. Por desgracia, Annie Bradstock ha fallecido esta mañana.

Los ojos de Joe se agrandan por un instante y yo hago todo lo posible por no ponerme en pie de un salto y rodearlo con mis brazos.

Anderson me mira y frunce el ceño.

—No parecen sorprendidos.

—Ayer estuve con Lisa, la madre de Annie, en el hospital —le explico—. Sabíamos que le retiraban el soporte vital hoy por la mañana.

Asiente y se vuelve hacia Joe.

—Como ahora tenemos que preparar un informe para el forense, quería ver si recordabas algo más de la noche de tu fiesta, Joe.

El mensaje está claro. No se cree sus afirmaciones de que no sabía nada del éxtasis. Antes de que mi hijo tenga oportunidad de responder, le pregunto:

—¿Habéis vuelto a hablar con los otros chicos?

—Lo hemos hecho y, como Joe, dicen que no tienen constancia de que nadie llevara éxtasis, o cualquier otra droga, para el caso, a su casa.

—Annie podría haber tomado algo antes de llegar —comenta Joe.

—¡Joe! —grito, conmocionada—. No creo que lo hiciera.

—¿La viste antes? —pregunta Anderson.

—Estaba saliendo de su casa cuando llegamos.

—¿A qué hora?

Me acuerdo.

—Poco después de las seis y media.

—Entonces, ¿no parecía estar bajo los efectos del alcohol o las drogas?

Se me hace un nudo en la garganta al recordar a Annie aquella última vez. Los ojos brillantes mientras giraba con su vestido verde.

—En absoluto —niego.

—Podría habérsela traído ella —dice Joe.

—Lo más probable es que Connor o Josh se la dieran cuando llegó —indico con vehemencia. Quiero contarle a Anderson lo que sé sobre los chicos que vinieron a la fiesta de Joe. Los secretos y las

mentiras. Pero decido guardarme las cartas... por ahora.

—De momento, debemos mantener la mente abierta. —Se dirige a Joe—. Por eso es imprescindible que nos digas si recuerdas algo.

Asiente y pregunta:

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto.

Una vez que Joe ha desaparecido escaleras arriba, me dirijo a Anderson.

—La muerte de Annie le ha afectado mucho.

—Me lo imagino. Todos nos creemos invencibles a su edad. —Es un poco fuerte que me diga eso, porque apenas tiene edad para afeitarse. Lo acompaño a la puerta y estoy a punto de cerrarla cuando se detiene en el umbral, hace sonar las llaves del coche y comenta—: Estaremos en contacto.

Mientras se aleja, no puedo evitar pensar que sus palabras de despedida han sonado un poco a amenaza.

51

Estoy arriba clasificando la colada cuando veo el coche de Lisa aparcado en el arcén de su casa. Asomo la cabeza por la puerta de Joe.

—Voy a casa de Lisa.

Me apresuro a bajar las escaleras, cojo un abrigo y cruzo el jardín. Jackie, la madre de Lisa, abre la puerta y, al verme, me dedica una sonrisa acuosa y me hace pasar.

—Está en el jardín —dice Jackie—. No paro de decirle que va a coger un resfriado, pero no me hace caso.

—¿Cómo está? —pregunto en voz baja mientras caminamos.

Jackie sacude la cabeza.

—No muy bien. Es una situación terrible. No puedo entenderlo. Annie no es de las que tocan una gota de alcohol, y mucho menos de drogas.

Me rompe el corazón que siga hablando de su nieta en presente, e intento tragarme el nudo que parece haberse formado en mi garganta.

—Lisa —llama Jackie cuando llegamos a la puerta trasera—. Eve ha venido a verte. —Se vuelve hacia mí—. Ve y siéntate con ella. Os traeré a las dos una taza de té.

El jardín de Lisa es estrecho, pero mide más de treinta metros. La veo al fondo, sentada en el viejo columpio con vistas al estanque que Craig cavó el verano anterior a su diagnóstico de cáncer.

—Hola —la saludo—. ¿Puedo sentarme? —Ella asiente. Me siento a su lado y le cojo la mano—. Estás helada —la regaño. No es de extrañar. Ni siquiera lleva abrigo.

—Estoy bien.

Nos quedamos un rato en silencio, observando a un pajarito que salta por la valla del otro lado del estanque antes de que revolotee hacia el jardín de al lado.

—¿Cómo ha ido? —pregunto al final.

—Tranquilo, supongo. Todos en la UCI han sido muy amables. Mamá estaba destrozada. —Suena ausente, casi robótica. Es el

shock, creo—. Tengo que organizar el funeral, pero debo esperar a la autopsia antes de que me devuelvan a Annie.

Le aprieto la mano.

—No hay prisa.

—¿Me ayudarás a elegir la música y las lecturas? No puedo pensar en este momento.

—Por supuesto.

Jackie aparece con dos tazas de té y un paquete de galletas en una bandeja.

—Alguien acaba de traer una cazuela de pollo —dice.

—Solo era cuestión de tiempo. —Miro a Lisa, pero es como si no me hubiera oído. Está temblando. Dejo la bandeja en la hierba, junto a nuestros pies, me quito el abrigo y se lo pongo sobre los hombros. Siempre ha sido delgada, pero parece haber perdido tres kilos en los últimos días.

—¿Estás comiendo bien? —pregunto con suavidad. Me mira con el ceño fruncido, desconcertada—. Oh, Lisa, cielo, necesitas cuidarte.

No contesta, solo mira fijamente la falsa cabeza de cocodrilo flotante que Annie compró de broma las pasadas Navidades. Quiero aliviar su dolor más que nada, y la única forma de hacerlo es averiguando quién mató a Annie. Había seis personas en la fiesta de Joe. Annie está muerta y Joe es inocente. Eso deja a cuatro: Connor Moody, Josh Duffy, Ethan Curtis y Lottie Miller.

Uno de ellos le dio a Annie las drogas que la han matado. Solo necesito averiguar quién.

52

Las dos siguientes semanas, me dedico a ayudar a Lisa y a su madre a organizar el funeral de Annie.

—No es que tenga otra cosa que hacer —les recuerdo la mañana que las llevo a Nesborough para visitar por primera vez a los agentes de funeraria—. Y, además, quiero ayudar.

Por fuera, Lisa parece que lo lleva bien. Solo alguien que la conozca de verdad puede ver que va con el piloto automático, hace lo que debe porque no tiene otra opción. Es como si su espíritu, la chispa que la hace ser quien es, se hubiera apagado y hubiera dejado oscuridad en su lugar.

Hay tantas cosas en las que pensar: el programa del funeral, los himnos, las flores, el velatorio. Es como organizar una boda, solo que estamos marcando un final, no un comienzo.

A veces, cuando sugiero una lectura o una pieza musical, me preocupa estar interfiriendo, pero Jackie siempre me asegura que no es así.

—Las dos te estamos muy agradecidas, Eve. No creo que pudiéramos hacerlo sin ti.

El día del funeral de Annie, llueve. No chispea, ni siquiera es una llovizna, sino que cae de forma torrencial, como si una nube de lluvia hubiera estallado sobre South Langley. El agua corre en riachuelos por el ventanal de nuestro dormitorio mientras me encojo de hombros al ponerme la chaqueta de mi traje pantalón negro y me paso un cepillo por el pelo.

Como una autómata, me pongo delante del espejo de cuerpo entero que hay en un rincón de la habitación y compruebo mi reflejo. Estoy pálida, con los ojos hinchados y enrojecidos. Durante las dos últimas semanas, me he mantenido ocupada, intentando mantener a raya mi dolor, como un lobo hambriento. Ahora, de repente, rompe mis barricadas y me golpea con una fuerza que me deja sin aliento.

He sido una ingenua al pensar que podría aislarme del dolor, pero me estoy dando cuenta de que no se puede huir de la pena. Tienes

que soportarla, como el herpes zóster o el dolor de muelas. Tienes que vivir con la agonía palpitante cada día hasta que una mañana te despiertas y el calvario es un dolor sordo que sigue ahí —siempre estará ahí—, pero es más tolerable.

Una lágrima resbala por mi mejilla y me la quito con impaciencia. Cada átomo de mi ser quiere refugiarse en la cama y llorar hasta que no me queden lágrimas, pero no puedo. Tengo que recomponerme por Lisa. Por Annie.

Respiro profundamente un par de veces para calmarme, me aliso la chaqueta y dejo a Noah rebuscando en sus cajones una corbata negra mientras compruebo si Joe está listo.

Tan pronto como abro la puerta de su habitación, veo que está jugando *Fast and Furious* en chándal y con una camiseta blanca mugrienta. Sus pantalones negros, su camisa planchada y su jersey de lana gris oscuro siguen colgados de la puerta del armario, donde los dejé anoche.

Intento ocultar mi frustración.

—Joe, tenemos que irnos en diez minutos.

Se tambalea en su silla de juegos mientras da un volantazo para adelantar a un coche. Los moratones han desaparecido y el corte sobre el ojo es ahora una fina línea blanca. Noah cree que le quedará una cicatriz.

—No voy a ir.

—No seas tonto. Claro que vas a ir. Métete en la ducha mientras encuentro tus zapatos. —Como no hace ademán de levantarse, cruzo la habitación y desconecto su Xbox del enchufe. La pantalla se vuelve negra, lo que me produce una gran satisfacción.

—Oye, ¿por qué haces eso? —se queja.

—Lo digo en serio, Joe. Te perdono si no quieres ir al velatorio, pero vendrás al funeral de Annie. Y punto. Prepárate ahora antes de que sepamos lo que tu padre tiene que decir al respecto.

Joe me lanza una mirada asesina, tira el mando al suelo y sale de la habitación. Momentos después, escucho la ducha. Noah asoma la cabeza por la puerta y señala el baño.

—Se está retrasando mucho, ¿no?

Hago una mueca.

—No quiere ir.

—No depende de él.

—Lo sé, aunque lo entiendo. Yo tampoco tengo muchas ganas de ir, la verdad. Va a ser horrible. —Se me vuelve a hacer un nudo en la garganta, las lágrimas amenazan con volver y trago saliva.

—Pero no lo hacemos por nosotros, ¿verdad? —dice Noah—. Lo hacemos por Lisa y Annie.

Suspiro.

—Tienes razón.

Joe reaparece con el pelo húmedo y una toalla alrededor de la cintura. Noah le da una palmada en la espalda.

—Date prisa, chico. No queremos llegar tarde.

Me estoy pintando los labios en el aseo de abajo cuando oigo un fuerte golpe en la puerta. Me pregunto si será Lisa. Salgo corriendo y abro la puerta de un tirón. Me sorprende ver a mi hijastro en el umbral, con el rostro impasible y las manos en los bolsillos.

—Billy. —Observo sus vaqueros negros y sus zapatos lustrados, el jersey negro de pico sobre la camisa blanca, la corbata negra anudada con torpeza. La última vez que lo vi fue en su trastero, hace más de dos semanas, cuando anunció sin el menor remordimiento que se había gastado hasta el último céntimo del dinero que Noah le había prestado—. No sabía que venías al funeral.

Le brillan los ojos.

—¿Por qué no iba a ir? Conozco a Annie desde hace tanto tiempo como vosotros.

—Por supuesto que sí. No te esperábamos, eso es todo. —Fuerzo una sonrisa—. Será mejor que entres. ¡Noah! —grito subiendo las escaleras—. Billy está aquí.

Noah parece tan sorprendido como yo de ver a su hijo mayor, pero lo disimula mucho mejor, y abraza a Billy con mucha fuerza.

—Estás empapado —le reprende—. Deja que te busque un abrigo.

Los dejo solos y subo a darle prisa a Joe. Se anima cuando le digo que Billy está aquí, lo que me molesta. ¿Soy la única que puede ver a Billy tal y como es en realidad?

***

La iglesia está abarrotada, como ya me imaginaba. Todos los bancos están repletos de gente y, al atravesar las enormes puertas de roble, un cuchicheo de voces nos persigue como el murmullo de un arroyo. Lisa prometió dejarnos libre una fila en la parte delantera de la iglesia. Respiro hondo y avanzo por el pasillo, tratando de no fijarme en que las voces se callan a nuestro paso.

Tomamos asiento y desvío la mirada del ataúd de madera, que hay sobre un atril en la nave, para concentrarme en el libro de himnos rojo descolorido y el orden del servicio religioso que hay en la estrecha estantería frente a mí. En la portada hay una foto de Annie. Está bronceada y sonriente, con sus brillantes ojos verdes llenos de alegría. Recuerdo el día en que Lisa hizo la foto. Fue el verano pasado y habíamos cogido el tren a Brighton: Joe, Lisa, Annie y yo. Hicimos todas las cosas típicas de turistas: pasear por The Lanes, explorar el Royal Pavilion, comer helados en la playa y jugar a las máquinas recreativas en el muelle. Un día feliz.

Se hace el silencio en la congregación y miro por encima del hombro para ver que se acerca Lisa, seguida de su madre y su tío Pete. El rostro de Lisa está pálido pero sereno al acomodarse en su asiento. Me inclino hacia delante y le aprieto el hombro, y ella se vuelve y me dedica una sonrisa llorosa.

La párroca ocupa su lugar en el púlpito y comienza su panegírico. No presto atención, sé que, si escucho el retrato que está pintando de mi querida ahijada, corro el riesgo de derrumbarme, y no puedo permitírmelo, no aquí. No sería justo para Lisa. No se trata de mí.

Cantamos un himno y luego Lisa sube con calma al púlpito. Despliega una hoja de papel, mira a los dolientes, se aclara la garganta y comienza.

—¿Qué puedo decir de Annie que no se haya dicho ya? Era divertida y amable a la vez, inteligente y atrevida; tenía grandes ambiciones y sueños aún mayores. A los cinco años me dijo que de mayor quería ser princesa... —La voz de Lisa es firme mientras comparte un par de anécdotas de la infancia de Annie, e incluso consigue arrancar alguna que otra risa suave. A mí no. Tengo la garganta cerrada por el dolor. Dudo que pudiera emitir un sonido aunque lo intentara.

A mi lado, los hombros de Joe tiemblan. Me pego a él y le cojo la mano; casi espero que la rechace, pero me agarra como si quisiera astillarme las manos, con la respiración entrecortada y aguda mientras lucha contra las lágrimas. El sonido me rompe el corazón.

Para distraerme, echo un vistazo a la iglesia y me sorprendo al ver a Josh Duffy encorvado entre sus padres en el pasillo de enfrente. Greg parece incómodo con su traje negro a rayas, cuya chaqueta le queda muy ceñida sobre su ancho pecho. Chrissy lleva un abrigo largo de lana negra con adornos de piel sintética y un pequeño tocado de plumas negras en el pelo rubio miel. Se seca la cara perfectamente maquillada con un pañuelo. Como si percibiera mi mirada, Josh levanta la vista. Su lenguaje corporal grita indiferencia, pero un tic en su mandíbula lo delata.

Tres filas detrás de Josh, Connor Moody se sienta con su madre Lorraine y su hermana Bobbi-Jo. Madre e hija lloran sin pudor, con los rostros enrojecidos y manchados. Connor parece tan conmocionado como un joven soldado de infantería que se enfrenta por primera vez a los sangrientos campos de batalla del Somme.

Recorro la nave en busca de Ethan Curtis y Lottie Miller. Empiezo a pensar que no han venido cuando los veo sentados juntos al fondo de la iglesia. Lottie sujeta un pañuelo empapado. Ethan, pálido y taciturno, juguetea con el programa de la misa. Ambos llevan sus uniformes de Elmwood Manor.

Cinco amigos, unidos por la muerte de Annie. ¿Alguno oculta la verdad, o lo hacen todos?

53

Después del funeral nos reunimos en The Swan, el pintoresco *pub* con vistas a la plaza del pueblo. Era la elección obvia para el velatorio. Al igual que Lisa, Matt, el propietario, creció en South Langley y fue el padrino de Craig en su boda hace más de veinte años.

Nada más entrar, Lisa se ve rodeada por vecinos del pueblo con ojos enrojecidos que le ofrecen sus condolencias. Las mismas frases cruzan el *pub* hacia mí. «*Se ha ido demasiado pronto...». «Tenía toda la vida por delante...». «Qué tragedia».* Son clichés, aunque bienintencionados, y Lisa responde con amabilidad, con el rostro pálido y sereno mientras agradece a la gente su presencia.

Noah desaparece en dirección a la barra y yo encuentro un rincón tranquilo junto a las puertas del patio que dan al bonito jardín del *pub*. Por fin ha dejado de llover y un pequeño grupo de amigos de Annie desafía el frío de la tarde sentados en una mesa de pícnic, con las cabezas muy juntas. No veo a Josh ni a Connor. Ethan y Lottie también parecen haber desaparecido. Me alegro de no haber insistido en que Joe viniera al velatorio. No sé si habría sido bien recibido.

De vuelta al *pub*, Matt y su mujer Kirsty han preparado una comida impresionante y la gente no tarda en servirse sándwiches y rollos de salchicha. Tengo el estómago tan revuelto que hasta el olor de la comida me da náuseas, así que cuando Billy viene a buscarme, con su plato de papel lleno de sándwiches de huevo y cebollas encurtidas, necesito todo mi autocontrol para no correr hacia el baño de señoras y vomitar hasta la primera papilla.

Aunque conozco a Billy desde que tenía siete años, nunca hemos estado unidos. No es por falta de intentos. Cuando Noah y yo empezamos a salir, hice todo lo posible por incluirlo en todo lo que hacíamos. Organizaba salidas al cine y fines de semana en Center Parcs. Siempre me ofrecía a ayudarlo con los deberes o a preparar sus comidas favoritas. Sin excepción, todos mis intentos por ganarme su amistad fueron rechazados. Como aquella vez que me

gasté una fortuna en comprarle entradas para ver al Chelsea, su equipo de fútbol favorito, y descubrí que se había pasado al Arsenal la semana antes del partido.

Siempre hubo una barrera entre nosotros, una que nunca logré romper. No ayudaba que Billy adorara a Noah y, aunque nunca me lo dijo a la cara, era obvio que me culpaba de haber roto su familia.

Quizá si Jenny hubiera tenido la delicadeza de admitir que su matrimonio ya estaba acabado antes de que Noah y yo nos conociéramos, quizá si el divorcio hubiera sido amistoso y ella me hubiera dado su bendición, las cosas habrían sido diferentes. Billy habría llegado a verme, si no como una figura materna, sí como una aliada. Tal como estaban las cosas, Jenny era una zorra amargada y vengativa a la que nada le gustaba más que ponerme la zancadilla en cuanto tenía ocasión.

Me gusta pensar que las cosas mejoraron cuando nació Joe, pero solo porque Joe idolatró a su hermano mayor desde el principio, y Billy disfrutaba de la atención.

A pesar de todo lo que ha pasado, buscar el favor de Billy es instintivo. Le toco el brazo y le digo:

—Has sido muy amable al venir hoy. Sé que Lisa lo apreciará.

—Sí, bueno, como he dicho, quería presentar mis respetos. Conozco a Annie desde hace tanto tiempo como el resto de vosotros. —Como siempre que habla conmigo, su tono es agresivo, y un silencio incómodo cae entre nosotros.

—Ah, mira, aquí está tu padre —comento, aliviada, al ver que Noah se acerca con nuestras bebidas—. Os dejo. Debería ir a ver a Lisa.

La encuentro sentada en un banco con vistas al jardín del *pub*. Me siento a su lado, le cojo la mano y se la aprieto

—Hoy has sido muy valiente. Annie estaría muy orgullosa. —Asiente con la cabeza y se le llenan los ojos de lágrimas—. Lo siento —le digo, horrorizada—. No quería disgustarte.

Saca un pañuelo del bolsillo y se suena la nariz.

—No pasa nada. Sé que no era tu intención. —Me aprieta la mano —. La verdad es que lo estoy pasando mal. —Me mira—. He decidido quedarme con mamá un tiempo, hasta que me recomponga.

—¿Vas a Cornwall?

Ella asiente.

—Esta noche.

No puedo ocultar mi sorpresa.

—¿Estás segura de que es una buena idea? Quiero decir, tu trabajo está aquí, tus redes de apoyo... —Me detengo.

«*¿Qué pasa conmigo? Estoy aquí y no quiero que te vayas. Te necesito tanto como tú a mí».*

—Estar aquí no ayuda. Annie está donde quiera que mire. No puedo... No puedo... —Una lágrima solitaria resbala por su mejilla y se la quita con el dorso de la mano.

Me invade la vergüenza. Lisa acaba de enterrar a su única hija y yo la hago sentir culpable por tomarse un tiempo de duelo. Le ofrezco una sonrisa.

—Por supuesto que tienes que ir. Avísame si puedo hacer algo. Vigilar la casa, regar las plantas, lo que sea.

—Hay una cosa —dice tras un momento de vacilación.

—Lo que sea.

—Averigua quién le dio el éxtasis a Annie por mí. Necesito saber quién le hizo esto.

—Lo haré, lo prometo.

—¿Harás lo que sea para averiguarlo?

—Lo que haga falta —acepto.

54

Lisa se marcha con Jackie poco después de las seis, con el pequeño maletero de su coche repleto de maletas y su perro Vincent sobre una manta en el asiento trasero. Nunca he estado en el *bungalow* de Jackie, en la costa sur de Cornwall, pero Lisa se llevaba a Annie un par de semanas todos los veranos, y siempre volvían bronceadas, felices y rebosantes de historias de paseos por los acantilados y clases de surf.

—Le vendrá bien —dice Noah mientras nos despedimos con la mano.

Sé que tiene razón, pero eso no impide que me sienta como si hubiera perdido una parte de mí.

***

Me despierto con un ruido que me produce un escalofrío de inquietud. Balbuceos apagados, casi como si alguien se estuviera ahogando. No es Noah. Está de lado, de espaldas a mí, y ronca suavemente. Miro la pantalla roja del despertador y me sorprendo al ver que llevo dormida menos de una hora. El ruido viene de la habitación de Joe.

Salgo de la cama, me pongo la bata y las zapatillas y cruzo el rellano.

Joe pasó por una etapa de terrores nocturnos cuando tenía siete años. Episodios aterradores en los que se retorcía y gritaba en la cama, con los ojos desorbitados por el miedo y las sábanas empapadas de sudor.

La primera vez que ocurrió, pensé que debía de estar en medio de una pesadilla, pero, cuando intenté consolarlo, arqueó la espalda y gritó aún más fuerte. Nunca olvidaré cómo me miraba. Era como si yo fuera una extraña. A la mañana siguiente no recordaba nada de lo que le había despertado. Lo descartamos como algo aislado, pensamos que estaba demasiado cansado después de una excursión al zoo con Billy. Pero empezó a sollozar más o menos a la misma hora durante las tres noches siguientes, y pedí cita con nuestro

médico de cabecera.

El doctor Bicknell me escuchó con atención mientras le contaba los aparentes despertares nocturnos de Joe, la forma en que me miraba sin comprender o se agitaba si intentaba calmarlo, las sábanas humedecidas por el sudor, el hecho de que no recordara nada a la mañana siguiente.

—No sé qué hacer para ayudarlo. Es aterrador —terminé.

—Aterrador para usted, pero no para él —dijo Bicknell—. Estoy seguro, por su descripción, de que Joe sufre terrores nocturnos.

—¿Terrores nocturnos? ¿Quiere decir pesadillas?

—En realidad, son bastante diferentes. Los niños que se despiertan de una pesadilla recuerdan sus sueños, pero los que tienen terrores nocturnos no los recuerdan al día siguiente. Ni siquiera los expertos saben muy bien qué los provoca. Lo que sí sabemos es que partes del cerebro están en un sueño profundo, mientras que otras, las que operan el movimiento y las funciones motoras, están activas, de ahí que Joe parezca estar despierto cuando no lo está. Son más comunes en niños de entre tres y ocho años, y es más probable que se produzcan si hay antecedentes familiares. La falta de sueño puede ser un desencadenante, al igual que una enfermedad o la ansiedad.

—Somos muy estrictos con la rutina de Joe a la hora de dormir. Siempre lo hemos sido, desde que era un bebé —dije un poco a la defensiva.

El doctor Bicknell sonrió.

—No lo dudo, y comprendo lo angustioso que debe ser para usted, pero le aseguro que Joe no es consciente de nada durante los episodios; por eso no los recuerda a la mañana siguiente. ¿Está ansioso por algo en este momento? ¿Algún cambio en su rutina? ¿Algo que le preocupe?

—No, que yo sepa.

—En ese caso, confío en que sea una fase que Joe superará —afirmó.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Hay una cosa que puede probar y que a veces ayuda, sobre todo si los terrores nocturnos suceden a una hora similar cada noche.

—Siempre ocurren cuando nos vamos a la cama, a eso de las once. —Me incliné hacia delante en mi asiento, deseosa de oír qué podíamos hacer para ayudar a nuestro pequeño.

—Intente no despertarlo cuando esté en medio de un terror nocturno porque eso solo perturbará aún más su sueño. Es un círculo vicioso. Cuanto menos duerma, más probabilidades tendrá de sufrir un episodio. A menos, claro, que corra peligro de caerse por las escaleras o algo parecido.

—Por supuesto.

—Lo que puede hacer es despertarlo unos quince minutos antes. No me refiero a ponerle un despertador —añadió el médico—. Háblele o dele una suave sacudida en el hombro. El objetivo es que se remueva mientras duerme, suele ser suficiente para romper el ciclo. Pruébelo durante un par de semanas y empezará a notar mejoría.

Durante las dos semanas siguientes, entré en la habitación de Joe a las once menos veinte en punto. A veces, bastaba con llamarlo por su nombre y se despertaba. Otras, le acariciaba la frente o le apretaba la mano con la mía hasta que suspiraba y se daba la vuelta. Funcionó, y Joe no volvió a tener terrores nocturnos después de aquello.

Nunca supe con certeza qué los desencadenaba, pero tenía mis sospechas. Semanas después estábamos de vacaciones en Wells-next-the-Sea, en Norfolk, cuando Joe me suplicó que le comprara un paquete de cartas de Pokémon en un quiosco del puerto.

—Por favor, mamá —me rogó, volviendo esos grandes ojos verdes hacia los míos—. De verdad, de verdad que las necesito.

—No hace falta que me lo pidas. Todavía tienes el dinero que la abuela te dio por tu cumpleaños, ¿no?

Se le descompuso la cara.

—Ya no.

—Pensaba que lo guardabas para las vacaciones.

—Lo guardaba —dijo, un rubor le empezó a subir por las mejillas.

—Joe, no lo habrás perdido, ¿verdad?

—¡No!

—Entonces, ¿dónde está?

Me tiró del brazo para que me adentrara en la tienda y me alejara de Noah, que estaba de pie en la acera, intentando conseguir cobertura para llamar a la oficina.

—¿Me prometes que no se lo dirás a papá? —dijo una vez que estuvimos a solas, fuera del alcance de su oído.

Hice todo lo posible por disimular mi sorpresa.

—Te lo prometo —juré con la mano en el corazón.

—Se lo di a Billy —dijo—. En el zoológico. Dijo que se lo debía. —Su ceño se frunció—. Pero yo no creo que se lo debiera. —Raspó el suelo de baldosas con la puntera de las zapatillas y me miró de reojo, con la cara desencajada—. Sabía que te enfadarías.

—No estoy enfadada contigo, cariño —le aseguré.

—Pero estás enfadada con Billy. —Cuando no respondí, Joe abrió mucho los ojos—. Por favor, no digas nada, mamá.

A los catorce años, Billy sabía que no debía aceptar el dinero del cumpleaños de su hermano, pero una promesa era una promesa. Tiré de Joe para abrazarlo.

—Está bien, no diré nada.

El alivio que inundó su rostro me demostró lo preocupado que había estado. Eso, unido al hecho de que el primer terror nocturno de Joe se había producido el día que habíamos ido al zoo, me dijo todo lo que necesitaba saber.

La puerta de Joe está cerrada. Me detengo fuera, el corazón me late con fuerza. ¿Podría la muerte de Annie haber desencadenado de nuevo terrores nocturnos después de tanto tiempo?

55

Pego la oreja contra la puerta de Joe. Los balbuceos han cesado, pero lo oigo moverse en su dormitorio. Es más de la una de la madrugada, demasiado tarde para que juegue a la Xbox. Abro la puerta sin llamar y entro a grandes zancadas, dispuesta a leerle la cartilla. Pero no está con la Xbox ni con el móvil. Está junto a la ventana, mirando al jardín. Las cortinas están abiertas y la luna proyecta una luz plateada en la habitación.

—¿Joe?

No parece haberme oído y, por un momento, temo haber tenido razón y que esté sufriendo otro terror nocturno provocado por el estrés del funeral de Annie.

—Joe —repito—. ¿Va todo bien?

Le tiemblan los hombros. Está llorando. Unos sollozos silenciosos que sacuden su cuerpo, no se oye nada en el dormitorio en silencio. Cruzo el espacio con rapidez, lo rodeo con un brazo y lo guío hasta su cama. Se sienta en el borde y se tapa la cara con las manos para ocultar las lágrimas.

—Joe, ¿qué pasa? ¿Te ocurre algo?

Sacude la cabeza.

—No... no puedo... —Se quita las lágrimas con los puños. Busco un pañuelo en el bolsillo de la bata y él se suena la nariz, con el sonido de una trompeta.

—Joe, háblame, por favor.

—No... no puedo —vuelve a decir.

—¿Es Annie? —Asiente con un movimiento casi imperceptible—. Cariño, no pasa nada por estar disgustado. Conocías a Annie de toda la vida. Es normal que su funeral te haya afectado tanto, pero lo digo en serio, cuando te digo que reprimir tus emociones no es bueno para ti.

Los hombros de Joe se agitan de nuevo, golpeado por una nueva oleada de sollozos. Le tiendo los brazos y él se hunde en ellos. Ahora mismo no es muy diferente del niño de siete años del quiosco de Wells, que estaba más preocupado por dejar caer a su hermano que

por salvar su propio pellejo.

—Es culpa mía que muriera —masculla.

De repente, recuerdo que ya lo había dicho antes. El día que le dije que los médicos iban a desconectar la máquina de soporte vital de Annie. También lloró entonces.

—No puedes culparte de que Annie sufriera una sobredosis solo porque ocurrió en tu fiesta.

—No es eso, mamá. Yo... Yo...

Tomo sus manos entre las mías.

—Estoy de tu lado. Sea lo que sea, podremos solucionarlo.

Cuelga la cabeza.

—Puede que pienses eso, pero no lo dices en serio.

—Soy tu madre. Claro que lo digo en serio. Te quiero incondicionalmente, ese es el trato.

—¿Lo prometes?

Sonrío y le aprieto las manos.

—Te lo juro.

—Fui yo —murmura.

—¿Fuiste tú el qué, cariño?

—Yo le di el éxtasis a Annie.

Al principio, creo que le he oído mal, porque Joe nunca haría eso. Nunca le daría una droga dura a Annie. Debe estar confundido.

«Por favor, que se equivoque».

Mantengo la voz neutra.

—¿De qué estás hablando, Joe?

—Yo le di el éxtasis a Annie. Por eso es culpa mía. —Aparta sus manos de las mías, se revuelve en la cama y se abraza las rodillas.

Los hechos y las suposiciones se recomponen en mi mente como engranajes de un reloj. Annie, mi ahijada, la chica de oro que destacaba en todo lo que hacía, que estaba destinada a grandes cosas, tomaba drogas recreativas, y Joe, mi precioso hijo, se las suministraba.

Es la prueba que buscaba. La prueba de que Joe ha sido reclutado por una banda londinense para introducir drogas en nuestro pueblo de postal. No puedo seguir fingiendo, no ahora que lo ha admitido en mi cara. Con un nudo en la garganta, recuerdo que Lisa me habló

de las redadas que planeaba la policía y de cómo los agentes confiaban en atrapar a quienquiera que hubiera suministrado el éxtasis.

Mis pensamientos saltan hacia delante, mi imaginación se dispara. Estamos en casa, dormidos, cuando se oye un terrible martilleo en la puerta principal. Policías con equipo táctico nos gritan que abramos antes de que la derriben con un ariete. Los agentes suben las escaleras de dos en dos y abren la puerta del dormitorio de Joe, lo sacan de la cama y le ponen las esposas mientras aún está en calzoncillos, medio dormido.

Sé que estoy exagerando. En realidad, lo más seguro es que recibiéramos una llamada del sargento Harrington pidiéndonos que lleváramos a Joe a la comisaría a una hora acordada. Todo muy civilizado. Pero no impide que mi corazón se acelere.

Mi atención vuelve a Joe. Me mira con recelo y sé que debo mantener la calma, porque, si pierdo los estribos, lo alejaré de mí.

—Annie no debería haberte pedido que le consiguieras drogas —digo—. ¿En qué estaba pensando?

Joe apoya la frente en las rodillas y gime.

—Ella no me pidió que se las consiguiera —murmura—. No lo entiendes. —Tiene razón. No lo entiendo—. Se supone que el éxtasis es la droga del amor, ¿no? Por eso todo el mundo lo tomaba en las *raves* de los noventa, para enamorarse.

—Sí, pero...

—No lo entiendes, ¿verdad? Yo quería a Annie, mamá. No como hermana o amiga. La amaba.

Me tapo la boca para ocultar mi grito ahogado.

56

La revelación es una bofetada en la cara. Una vez más, todas mis suposiciones se vienen abajo. Joe amaba a Annie. Si tenía alguna duda, basta con ver su rostro afligido para convencerme de que dice la verdad.

—Yo... no tenía ni idea.

—¿Cómo ibas a tenerla? Te lo acabo de decir, ¿no?

—¿Desde cuándo te sentías así?

Se frota la cara.

—Desde Francia.

—¿Val-d'Isère? —Parpadeo—. Pero eso fue hace casi tres años. —Aquel invierno, Noah y yo nos habíamos ofrecido a llevar a Annie a esquiar con nosotros para darle un respiro a Lisa. Hago memoria. Joe había estado callado, casi gruñón, toda la semana. Atribuí sus cambios de humor a las hormonas de la adolescencia. Resultaba que tenía razón, aunque no de la forma en que había imaginado.

—Se lo dije las Navidades pasadas, ¿y sabes lo que pasó? —Sacudo la cabeza—. Se rio de mí. Se rio de mí y me dijo que era un friki. —Los hombros de Joe vuelven a temblar y las palabras le salen a borbotones—. Esas f-fueron sus p-palabras exactas. «No seas ridículo, f-friki».

—Ay, Joe.

—Pensé que si le daba éxtasis en mi fiesta cambiaría de opinión.

—¿Se lo ofreciste?

—Yo... no... yo...

La comprensión me atraviesa con una fuerza que me deja sin aliento.

—Se lo echaste en la bebida.

—No fue tan premeditado. De verdad. Pensé que así se relajaría un poco. Ya sabes cómo es, siempre la santurrona. Se lo dije en cuanto se lo tomó. Le pareció bien, mamá, te lo prometo.

Porque el éxtasis ya estaba liberando serotonina en su sistema, creo. El sentido común se esfumó en el momento en que la droga hizo efecto.

—Y funcionó —dice Joe, con una nota de súplica en la voz—. Estaba tan animada... Abrazaba a todo el mundo. Incluso me dijo cuánto me quería. —Su rostro se ensombrece—. Entonces Josh la retó a besar a Lottie y estuvieron besándose un buen rato. Me decía a mí mismo que era el éxtasis lo que la hacía hacerlo, que no era real.

Es curioso que Lottie no pensara en *mencionarlo* cuando hablamos. ¿Qué más no me dijo?

—Si Josh la hubiera besado así, le habría pegado una paliza, pero no podía, ¿verdad? —comenta un poco desesperado—. No podía pegarle a una chica.

Me imagino la escena. Annie con su vestido verde esmeralda, su pelo dorado girando alrededor de la habitación como Campanilla en *Peter Pan*. Josh la desafía a besar a Lottie, los demás la animan mientras Joe miraba, cabizbajo, desde la barrera. Me duele el corazón por los dos.

—Entonces, ¿qué pasó, Joe?

Sacude la cabeza.

—Ethan le dijo que tenía que seguir bebiendo agua para mantenerse hidratada, así que no paraba de llenar su vaso y bebérselo de un trago. Bailamos un rato. Ella ponía caras raras. —Mueve la mandíbula de izquierda a derecha para imitar las muecas —. Connor y Josh se reían de ella. Ethan dijo que teníamos que darle más agua, así que la arrastré a la cocina y le hice beber otros dos vasos. Pensaba que sabía de lo que hablaba porque su padre es médico.

Es desgarrador. Ethan pensó que hacía lo correcto cuando, en realidad, selló el destino de Annie.

—No podías saberlo —digo de forma automática.

—La senté en el sofá y le dije que se lo tomara con calma, pero entonces empezó a sacudirse y esas cosas, así que la puse en posición de lateral de seguridad y te llamé. —Por fin me mira a los ojos—. ¿Ves ahora por qué me culpo? Le di éxtasis y luego la obligué a beber demasiada agua. Lo mires como lo mires, es culpa mía que Annie haya muerto.

Una sensación de náuseas me sube desde la boca del estómago y,

por un momento, creo que voy a vomitar sobre el edredón azul marino de Joe. Imágenes de ellos juntos a lo largo de los años pasan por mi mente como si hojeara las páginas de un viejo álbum de fotos. Los dos construyendo castillos de arena en la playa y dando de comer a las ovejas en el zoo. Compartiendo clases de tenis, pícnics, cuentos antes de dormir. El verano en que Joe enseñó a Annie a montar en monopatín. Las vacaciones de Navidad en las que estaban obsesionados con *Pokémon Go*. Desde el día en que nacieron, sus infancias han estado tan estrechamente entrelazadas que habría sido imposible desenredarlas. Sin embargo, no tenía ni idea de que Joe llevaba tres años enamorado de Annie. ¿Cómo demonios se me había pasado por alto?

Cruzo la cama y lo atraigo hacia mí. No protesta y nos quedamos así, con su cabeza debajo de mi barbilla y mis brazos rodeándole los hombros, hasta que su respiración se calma y él se separa.

—¿Lo saben los demás? —pregunto, aunque estoy segura de que ya sé la respuesta.

Asiente con la cabeza.

—Prometieron no decir nada.

—¿Qué?, ¿como un pacto?

Se encoge de hombros.

—Supongo. —Se muerde la piel alrededor del pulgar, un hábito que creí que había superado hace años—. ¿Y tú? ¿Se lo vas a decir a la policía?

Sé que debería, pero ¿de qué servirá? No traerá de vuelta a Annie. Y seguro que arrestarían a Joe y lo acusarían de haber drogado a Annie. Acabaría en un reformatorio, con el futuro hecho trizas. Le echo un vistazo. Se ha vuelto a tumbar en la cama. Su actitud es de derrota. Puede que al no denunciarlo a la policía esté privando al sistema judicial de una condena, pero está claro que Joe cargará para siempre con la culpa de lo que ha hecho. Ya está pagando por ello.

—¿Mamá?

—No —le digo.

Asiente con la cabeza y ahoga un bostezo.

Miro el reloj de su mesilla de noche. Son casi las dos de la

madrugada. Mi despertador sonará dentro de cinco horas. Solo de pensarlo, me dan ganas de caer rendida en un rincón. En lugar de eso, me pongo en pie.

—Deberíamos dormir los dos.

Solo cuando estoy a medio camino de la puerta se me ocurre que hay una pregunta crucial que he pasado por alto.

—¿Joe? —empiezo.

—¿Qué?

—¿De dónde sacaste el éxtasis?

Su mirada se desvía hacia arriba, como si la respuesta estuviera garabateada en el techo. Espero. Doy golpecitos con un dedo del pie en su alfombra y finjo no darme cuenta de cómo su expresión se cierra. La intimidad que había sentido hace unos instantes, esa sensación de conexión entre nosotros tan rara hoy en día, ha desaparecido tan rápido como ha aparecido y, cuando por fin habla, su voz no es solo defensiva, sino que roza la agresividad:

—De nadie —suelta.

Lo miro, preocupada por el repentino cambio de humor.

—Joe, por favor, dímelo. —Pero él niega con la cabeza mientras esquiva mi mirada, y yo salgo de la habitación arrastrando los pies, con un frío peso de terror en mi pecho.

57

Por un pequeño milagro, caigo en un profundo sueño casi en cuanto mi cabeza toca la almohada y me despierto grogui cuando suena el despertador a las siete. No sé por qué lo pongo, ya no tengo que ir a trabajar, pero los viejos hábitos son difíciles de perder.

El lado de la cama de Noah está vacío, aunque oigo el ruido sordo de un programa de televisión matinal que sube por las escaleras.

Me ducho, me pongo algo de ropa y bajo a la cocina, desesperada por un café. Noah está sentado en la isla, mirando el móvil y con un plato de tostadas delante.

—¿Qué te pasó anoche? —Levanta la vista.

—No podía dormir.

Quiero compartir la bomba que nuestro hijo soltó de madrugada. Que le echó éxtasis a la bebida de Annie con la esperanza de que ella correspondiera su amor. A la fría luz del día, suena mucho peor que anoche. Aunque le di a Joe mi palabra de que no iría a la policía, no significa que no pueda contárselo a su padre. Pero ¿y si Noah insiste en que llamemos al sargento Harrington?

Se me ocurre otra cosa mientras lleno una taza de café y meto dos rebanadas de pan en la tostadora. Le prometí a Lisa que averiguaría quién le dio el éxtasis a Annie. Lisa, que ya ha pasado por tanto, que dice que saber lo que pasó la ayudará a superar el duelo. Si yo fuera ella, también querría justicia. No solo querría que acusaran, condenaran y encarcelaran a alguien, sino que lo colgaran, lo ejecutaran y lo descuartizaran. Querría que pagaran por la muerte de mi hijo.

¿Cómo reaccionará Lisa si descubre que Joe es el culpable? Vino a verlo al hospital cuando tenía pocas horas de vida. Lo ha invitado a jugar y a dormir en su casa, a meriendas de cumpleaños y a barbacoas innumerables veces desde entonces. Está más unida a él que mi propia madre, por el amor de Dios. Una vez, Joe tenía unos cinco años, me dijo que ojalá Lisa fuera su madre porque era mucho más simpática que yo. Seguro que le había regañado por algo, pero, aun así... Al igual que Annie fue la hija que nunca tuve, Joe es el hijo

que Lisa y Craig siempre quisieron.

—¿Eve? ¿Has oído lo que he dicho?

Levanto la vista y veo que Noah me mira con una ceja enarcada. La tostada sale y me sobresalto.

—Perdona, ¿qué?

—Billy estaba muy decaído ayer. Estoy preocupado por él.

—Todo el mundo estaba deprimido ayer. Era el funeral de Annie —comento.

—Lo sé, pero era más que eso. Parecía nervioso. Intentaré ir a verlo más tarde, pero tengo una reunión con los acreedores a las nueve y media. Supongo que no podrías... —Me mira esperanzado.

—No puedo. Estoy ocupada todo el día.

Frunce el ceño.

—¿Haciendo qué?

Aprieto los dientes.

—Voy a ir con el rabo entre las piernas a la compañía de tarjetas de crédito, el banco y la constructora para ver si hay una manera de salir de la mierda en la que nos dejaste cuando le diste todo nuestro dinero a Billy.

***

Paso la mayor parte del día al teléfono, contenta de tener una excusa para apartar de mi mente la confesión de Joe. Aún no estoy preparada para afrontarlo. En lugar de eso, hablo con asesores hipotecarios y gestores bancarios, compañías de servicios públicos y la financiera con la que compramos el coche de Noah.

Es estresante y agotador, y a las cuatro y media me duele la cabeza y tengo la voz ronca, pero al menos he progresado.

He conseguido aplazar la ejecución cambiando a una hipoteca de solo intereses. Sé que es una solución a corto plazo, pero al menos podremos pagar cuotas más bajas con mi sueldo. Sigo suspendida con sueldo completo en espera de los resultados de la investigación policial sobre la muerte de Annie. Solo espero que nadie se entere de que Joe le dio éxtasis, porque, si pierdo mi trabajo, estaremos perdidos, pero ya cruzaremos ese puente si llegamos a él. El banco

ha acordado una prórroga temporal de nuestro descubierto, y he establecido planes de pago con las compañías de tarjetas de crédito, gas, electricidad y agua. La compañía de financiación del coche ampliará el plazo de nuestro préstamo para mantener los pagos mensuales más bajos. Por suerte, el impuesto municipal se divide en diez mensualidades y la siguiente no vence hasta abril.

Nuestra solvencia se ha visto gravemente afectada por los retrasos en los pagos y no creo que nunca se recupere, pero ese es un problema que tendremos que afrontar más adelante. Mi prioridad era mantener un techo sobre nuestras cabezas, y lo he conseguido, al menos por ahora.

Escribo un mensaje en el grupo familiar de WhatsApp.

Necesito salir. Volveré sobre las seis. Si no podéis esperar, hay un guiso en la olla de cocción lenta.

Cojo mi bolso y mi abrigo y salgo de casa. Puede que Joe haya admitido haberle dado el éxtasis a Annie, pero se ha negado en redondo a decir de dónde procedía. Con pacto o sin él, pienso averiguarlo.

58

Veinte minutos más tarde, me arrastro por el largo camino de grava de Lambhurst Eventing, pensando que Lottie Miller no tiene tiempo de entrenar a sus caballos y de limpiar los establos antes de ir a clase. Cuando salgo del coche, veo que mi apuesta ha sido acertada. Está montando su caballo marrón oscuro en la escuela, al aire libre.

Supongo que podría haber interrogado a Connor, Josh o Ethan de nuevo, pero tengo la sensación de que Lottie es la clave para descubrir quién le dio éxtasis a Joe, que es por lo que estoy aquí.

Sobre todo ahora que tengo un as bajo la manga.

Me apoyo en las barandillas y observo a Lottie montar. Hace trotar a su caballo en círculos cada vez más pequeños y, justo cuando creo que no pueden empequeñecerse más, vuelven a salir en espiral para que la pareja repita toda la secuencia en la dirección opuesta. La armonía entre Lottie y su gran caballo marrón es hipnótica. Está totalmente absorta, con el rostro concentrado, hasta que me ve y su expresión se vuelve tormentosa.

Da la vuelta con el caballo y se detiene a unos metros de mí.

—¿Qué haces aquí? —sisea.

—Me preguntaba si podríamos hablar un momento.

—Te dije que no volvería a hablarte sin la presencia de mis padres.

Sonrío con aire sombrío.

—Puedo ir a tu casa más tarde, si lo prefieres. Quizás les comente lo mucho que te has acercado últimamente a tu profesor de Educación Física. Tú eliges. —Se queda con la boca abierta—. Eso es lo que pensaba —digo con brusquedad—. Te espero junto a los establos.

Debe haber acortado la clase, porque aparece unos minutos después. Salta del caballo y juguetea con los estribos y la cincha antes de conducirlo a su establo vacío.

—Dame cinco minutos —murmura.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Desensilla el caballo, le da un cepillado rápido y le pone una manta por encima.

—Tengo que traer a Blue del campo —dice—. Puedes venir conmigo.

Coge un cabestro de un gancho y se lo cuelga al hombro. La sigo fuera del patio por un sendero que rodea la parte trasera de la escuela de equitación.

De camino aquí he decidido guardarme para mí la confesión de Joe. Siempre existe la posibilidad de que me haya mentido y esté cargando con la culpa de uno de sus amigos. Dejaré que Lottie crea que aún no sé nada. De esa manera, tal vez llegue a la verdad.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta ella—. Te dije todo lo que querías saber el otro día.

—Ese es el problema. No estoy segura de que lo hicieras. Por ejemplo, creo que sabes muy bien lo que pasó entre Connor y Ethan esa noche. —Me detengo y la miro de frente—. ¿Cuáles eran las pruebas que Connor amenazaba con mostrar a todo el mundo?

Se muerde el labio y suelta un suspiro.

—Era una fotopolla. Ethan se la envió a Connor pensando que se la enviaba a un chico llamado George, que había conocido en un concurso de debate antes de Navidad. Era obvio que Ethan estaba colado por él y Connor pensó que sería divertido crear una cuenta falsa de Snapchat y hacerse pasar por George. Se enviaron mensajes durante un rato y luego Connor le pidió fotos.

—¿Connor quería chantajear a Ethan? —pregunto, sorprendida.

Un suspiro después, un calor punzante me sube por el cuello hasta la cara, porque eso es lo que estoy haciendo yo, ¿no? Chantajear a una chica de dieciséis años porque estoy harta de mentiras y medias verdades. Aunque sé que es la única forma de obtener respuestas, no es excusa. Empiezo a caminar de nuevo para que no vea mis mejillas enrojecidas.

—No por dinero. —Lottie se pone a mi lado—. Connor tiene un resentimiento enorme por ser un chico de barrios bajos y creo que solo quería vengarse del niño pijo del colegio privado.

Las cosas empiezan a tener sentido.

—¿Es por eso por lo que Ethan me dijo que Connor había tomado cocaína, para vengarse?

Se encoge de hombros.

—Es posible. —Se detiene junto a una verja y silba. Se oye un relincho como respuesta, y el gran caballo gris moteado al que ensilló el otro día aparece en la penumbra como un espectro. Lottie entra en el prado y le pone la brida, y yo mantengo la puerta abierta para que pueda pasar.

—Otra cosa. —Cierro la puerta y la alcanzo—. ¿Por qué no mencionaste que Josh te retó a besar a Annie?

Se detiene y me mira fijamente.

—¡Porque no es de tu maldita incumbencia!

—Te guste o no, todo lo que pasó esa noche es asunto mío, Lottie.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Importa?

—Claro que importa. —Se pone de nuevo en marcha, con los hombros rígidos.

—Joe —digo al final—. Estaba muy disgustado. Estaba enamorado de Annie, ¿sabes?

Ella resopla.

—Dime algo que no sepa.

Es más que irritante que los demás sepan más de mi hijo que yo. Mi determinación de derribar el muro de silencio tras el que se han atrincherado estos chicos se endurece.

—¿Por qué la besaste? ¿Estás...? —Me entretengo, consciente de que estoy entrando en zona peligrosa basado en corrección política. Cualquier paso en falso, y me cancelarán.

—Si te refieres a si tengo la costumbre de besar chicas, no, no la tengo. Fue la Molly. —Frunzo el ceño y estoy a punto de preguntarle quién demonios es cuando su boca se curva en una mueca—. Dios mío, ¿en serio? No lo sabes, ¿verdad? Molly es otro nombre para el éxtasis.

La miro atónita.

—¿Tú también tomaste? —Una vez más, los acontecimientos de aquella noche se repiten en mi cabeza—. ¿La tomasteis todos?

—Creo que sí. —Me mira de reojo.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —exijo.

—Yo... creo que Joe se la dio a Annie.

Me llevo la mano a la garganta y finjo estar en *shock*.

—*¿Joe* le dio el éxtasis a Annie?

—Creo que sí, sí. Estaba con ella justo antes de que se pusiera rara.

Se me ocurre una idea.

—¿Qué pasa con Joe?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tomó una?

—Joe nos la dio.

La sangre corre por mis oídos. Ya no necesito fingir que estoy conmocionada. Con un suspiro, Lottie ha confirmado mis peores temores. Joe no solo podría estar involucrado en el tráfico de drogas, sino que también ha suministrado drogas duras a todos sus amigos. De verdad, ¿podría esto ponerse peor?

Me observa con una leve sonrisa en la cara.

—Apuesto a que ahora te arrepientes de habérmelo preguntado.

Hemos llegado de vuelta al patio. Sin esperar respuesta, Lottie lleva a su caballo al establo y desliza el cerrojo de la puerta.

—¿Sabes de dónde lo sacó?

Pone las manos en las caderas.

—Si te lo digo, ¿prometes que no dirás una palabra sobre Nick y yo?

Dudo. ¿No es mi deber como profesora informar a las autoridades de que Green tiene una aventura con una chica de dieciséis años? Pero no es como si hubiera hecho un juramento cuando empecé a enseñar, como haría un médico. De todos modos, me han suspendido.

—Tienes mi palabra —le digo.

Ella asiente, satisfecha.

—Joe dijo que se los dio su hermano.

59

Cae el crepúsculo cuando piso el acelerador y salgo del aparcamiento. Mi coche siente toda la fuerza de mi furia mientras atravieso los tranquilos caminos rurales en dirección a casa.

Billy.

Debería haberlo sabido.

Por supuesto, Joe no se no se metió solo en el mundo de las drogas de la zona. Fue su hermanastro quien lo enganchó. Mientras yo estaba atormentada por pesadillas sobre una oscura red de hombres sin rostro con dientes de oro y bates de béisbol, la verdadera amenaza ya se había infiltrado en nuestras vidas, en nuestro hogar.

Billy reclutó a Joe. Billy suministró el éxtasis que mató a Annie. Y Billy chantajeó a Noah para que le entregara los ahorros de nuestra vida.

Todo apunta a él.

Al acercarme al pueblo, me deslumbran los faros que se aproximan. Hago señales con las luces en señal de advertencia y maldigo en voz baja cuando el conductor me ignora. Es una carretera de una sola vía y el único lugar donde se puede adelantar en setecientos metros es el camino que lleva a las ruinas de Langley Manor. Yo estoy más cerca, así que reduzco la marcha, lista para detenerme. El otro conductor no da señales de parar y el pánico se apodera de mí al ver que el coche se me echa encima.

El punto de adelantamiento está aún a seis metros y no voy a llegar a tiempo, así que freno de golpe y el coche se tambalea al bloquearse las ruedas.

Grito y me preparo para el impacto, pero, en el último momento, el otro coche vira a través de la carretera y sube por el camino hacia Old Langley. Esquiva mi coche por centímetros. Freno, con el corazón acelerado, y me giro en el asiento para ver las luces traseras rojas que se entrelazan entre los árboles.

Será un chaval en un coche robado, y lo conducirá a toda velocidad por la carretera que rodea las viejas ruinas hasta que se quede sin

gasolina y le prenda fuego para destruir las pruebas.

La adrenalina se apodera de mí y me planteo seguir al coche para darle lo que pienso, hasta que la voz del sentido común me recuerda que podrían apuñalarme por entrometerme. Así que reproduzco las imágenes de la cámara del salpicadero para ver si puedo identificar el vehículo.

Aunque reproduzco el vídeo media docena de veces, lo único que capto es un destello de pintura blanca metalizada que pasa a toda velocidad.

Cambio de marcha y me alejo, con las piernas como la gelatina. En cuanto a las pruebas, la grabación de la cámara no es suficiente para la policía. Aun así, tengo la sensación de haber visto ese coche antes.

***

La casa está a oscuras, lo cual me sorprende, porque Joe siempre deja las luces encendidas y debería haber vuelto del instituto hace más de una hora.

Entro y grito mientras me quito las botas y cuelgo el abrigo en el poste de las escaleras.

—¿Joe? Soy mamá. ¿Dónde estás?

No contesta.

Estará en la Xbox de su habitación, con los auriculares puestos, y habrá perdido la noción del tiempo. Pero no está. Tampoco en el baño. Reviso el dormitorio y las habitaciones de invitados y vuelvo a bajar. En la isla de la cocina hay un vaso de leche a medio beber y un plato con algunas migas de galleta. Ninguno de los dos estaba ahí cuando me he ido a los establos. Ha venido a casa. ¿Dónde está ahora?

Llamo a su teléfono, pero salta el buzón de voz. Dejo un mensaje pidiéndole que me responda y llamo a Noah, que contesta.

—Ya me voy. Estaré en casa en media hora.

—¿Has hablado con Joe?

—No desde esta mañana. ¿Por qué?

—No está aquí. Bueno, ha estado aquí, pero se ha vuelto a ir.

—No te estreses —dice Noah—. Volverá en cuanto le entre hambre.

—¿Y si no vuelve? —exijo saber, pero él ya ha colgado y hablo sola.

Tiro el móvil a la encimera y empiezo a pelar patatas y a cortar brócoli en ramilletes, con la esperanza de que, si me mantengo ocupada, detendré la espiral de mis pensamientos, pero no sirve de nada. Las imágenes de Joe siguen entrando a la fuerza en mi mente. Vagabundeando por un callejón oscuro, con la capucha bajada sobre la cara. Disolviendo una pastilla rosa en su lengua. Calentando una cucharadita de líquido marrón sobre una llama desnuda. Sentado con las piernas cruzadas sobre un colchón manchado, fumando una pipa de *crack*. Cada imagen es exponencialmente peor que la anterior.

Me digo a mí misma que deje de ser tan catastrofista, que Joe estará en casa de Ethan, o de Josh, y que llegará en cualquier momento.

Pero el tiempo pasa.

A las seis y media, oigo el clic de la puerta principal y corro al pasillo, pero solo es Noah. Se me cae la cara de vergüenza.

—Oh, eres tú.

—Yo también me alegro de verte. —Deja su maletín junto al paragüero.

Lo ignoro.

—Joe aún no ha vuelto.

—¿Por qué te pones así? No es tarde.

—No es por la hora. Lo que me preocupa es dónde está y qué hace.

Noah frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

El instinto de proteger a Joe cueste lo que cueste está tan arraigado en mí que dudo. Sin embargo, reconozco que, si lo protejo siempre, no le hago ningún favor. A los dieciséis años, es lo bastante mayor como para tomar sus propias decisiones. Su padre merece saber la verdad. Antes de que pueda cambiar de opinión, hago un gesto con la cabeza hacia la puerta del salón.

—Creo que deberías venir y sentarte. Hay algo que necesitas saber.

60

Noah escucha en silencio mientras le cuento todo lo que he averiguado en las últimas veinticuatro horas. Cómo Joe ha admitido haberle dado éxtasis a Annie porque quería que ella lo amara tanto como él a ella. Cómo la obligó a beber más agua porque Ethan le dijo que eso la ayudaría. Cómo todos en la fiesta habían tomado éxtasis y habían hecho un pacto para no contarlo.

—¿Todos? —grazna con la voz ronca.

Asiento con la cabeza.

—Eso es lo que dijo Lottie.

—¿No es posible que te mintiera?

—No lo creo. —Le hablo de su aventura con Nick Green y de la ventaja que me había dado. Si desaprueba mis métodos para extraer la verdad, no lo dice. En lugar de eso, hunde la cabeza entre las manos.

—Joder.

—Lo sé.

—¿Lo sabe Lisa?

—Todavía no, pero voy a decírselo.

Asiente y nos quedamos así sentados varios minutos. Noah parece envejecer ante mis ojos mientras asimila la bomba que le he soltado. Al final, levanta la vista hacia mí, como si se le acabara de ocurrir algo

—¿De dónde salieron las drogas?

Es la pregunta que tanto temía. Ya es malo que su hijo menor le diera el éxtasis a Annie, pero descubrir que su hijo mayor fue quien se lo proporcionó le romperá el corazón.

—Lottie dijo que Billy se lo dio a Joe.

—¿Billy? —Se pone en pie de un salto con tal explosión de energía que me sobresalto. Saca el móvil del bolsillo, lo pulsa con fuerza y se lo lleva a la oreja—. Billy. Es tu padre. Llámame *ahora*.

Se pasea por la habitación, con el teléfono agarrado en la mano, con la rabia desatada.

—¿Y dónde diablos está Joe?

—Ya te lo he dicho. Ha estado en casa y ha vuelto a salir. He intentado llamarlo, pero tampoco contesta.

—¿Crees que están juntos?

—No lo sé. Puede ser. Tú mismo has dicho que no me preocupara y que llegará a casa a tiempo para la cena.

—Eso ha sido antes de saber que él y Billy traficaban con drogas —gruñe Noah—. Espera a que les ponga las manos encima.

—Puede que no estén juntos... —empiezo, pero Noah se cruza conmigo.

—Voy a llamar a la policía.

—No, espera —lo detengo—. ¿Por qué no llamamos a algunos de sus amigos para ver si alguien lo ha visto antes de hacer algo precipitado? —Gruñe—. Habla con los padres de Ethan y yo llamaré a los Duffy y a la madre de Connor. —Le busco el número de los Curtis, agradecida por no haber borrado nunca el grupo de WhatsApp de la escuela primaria de Joe, y me dirijo a la cocina para llamar a los Duffy. Rezo para que Greg siga en el trabajo. Dejo escapar un gran suspiro de alivio cuando Chrissy contesta.

«Chrissy, soy Eve Griffiths. Supongo que Joe no está contigo, ¿verdad? Es que la cena está casi lista y no ha llegado.

—No —dice, y espero a que dé más detalles, pero no lo hace.

Me obligo a sonar optimista.

—¿Podrías preguntarle a Josh si lo ha visto esta tarde?

Un suspiro y un «De acuerdo» a regañadientes. El tactac de los pasos en el suelo de mármol del pasillo de los Duffy y luego el sonido de una puerta que se abre y el bajo murmullo de la televisión.

—Josh —llama Chrissy—, la madre de Joe Griffiths está al teléfono. Pregunta si lo has visto esta tarde.

—No. No lo he visto desde el sábado.

La puerta se cierra y Chrissy empieza:

—Josh no ha...

—Está bien, gracias, lo he oído. —Le pido que me llame si Josh lo ve, aunque no estoy convencida de que lo haga. Había un claro tono frío en su tono que sugiere que a pesar del pacto que hicieron los chicos, ella sabe que Joe está repartiendo drogas como si fueran

caramelos.

Tras un suspiro, llamo a Lorraine, la madre de Connor. Para mi sorpresa, me saluda con cordialidad.

—Mi pequeña Bobbi-Jo me ha dicho que viniste a casa el otro día para ver cómo estaba Connor, ya sabes, después de lo que le pasó a Annie y todo eso.

No le digo la verdad. Si supiera por qué fui en realidad a su casa a hablar con su hijo, quizá no se mostrara tan amable. En lugar de eso, le digo:

—Es un placer. Ha sido un *shock* para todos. Por eso te llamo, en realidad. Me preguntaba si Connor ha visto a Joe hoy. No puedo localizarlo.

—¡Bobbi-Jo! —le grita Lorraine a su hija—. Pregúntale a Connor si ha visto a Joe Griffiths hoy, ¿quieres? —Vuelve al teléfono—. No tardará ni un segundo. Y, lo siento si estuvimos un poco... fríos en la vigilia de Annie. Es que estábamos todos tan afectados, y ya sabes cómo es...

—Está bien —digo—. Totalmente comprensible.

—Por supuesto, si alguna vez se descubre quién le dio las drogas a la pobre Annie, habrá... Oh, aquí está. ¿Qué te ha dicho, Bobbi-Jo? Bien, se lo diré. Sí, también se lo diré. Ahora vete, ¿quieres?

—¿Qué ha dicho? —pregunto, y aprieto el agarre en el teléfono.

—Connor no lo ha visto en días.

—Ah, claro. —Mis hombros caen—. Gracias de todos modos, y siento haberte molestado.

Estoy a punto de colgar cuando dice:

—Espera, había algo más.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué?

—Bobbi-Jo dice que te diga que Maisie ha tenido sus gatitos. Son seis. Bobbi-Jo dice que Joe y tú podéis escoger primero.

—Gracias —le digo—. Es muy dulce de su parte.

Termino la llamada y camino por la habitación, inquieta, carcomida por la preocupación. Daría cualquier cosa por que Joe entrara por la puerta, quejándose de que los autobuses han llegado tarde y preguntando cuándo estará lista la cena. En cambio, no puedo evitar

sentir que lo he perdido para siempre.

61

Ethan tampoco ha visto a Joe, me informa Noah mientras nos sentamos en los taburetes de la isla de la cocina y decidimos qué hacer.

—¿Y Lottie? —dice.

—No tengo su número. Supongo que podría volver al establo.

—No. Es mejor que te quedes aquí para cuando Joe vuelva.

Hago un gruñido evasivo y Noah me mira con atención.

—¿Cómo de preocupados crees que deberíamos estar?

—¿Qué quieres decir?

—¿Deberíamos llamar a la policía?

Sacudo la cabeza.

—Como tú dices, no es tan tarde, ¿verdad? Y tiene dieciséis años. Lo bastante mayor como para cuidarse solo. Dejémoslo hasta las siete y media y, si para entonces aún no ha vuelto...

Noah sabe tan bien como yo que denunciar la desaparición de Joe complicará aun más las cosas. En cuanto introduzcan sus datos en el sistema, verán que fue puesto en libertad provisional mientras investigaban la muerte de Annie hace menos de un mes. Si hablan con sus colegas de la Operación Kestrel, podrían incluso relacionar a Joe con la banda que están investigando por suministrar drogas en Nesborough.

—Probaré con Billy otra vez —dice Noah. Me deslizo fuera del taburete para encender la olla exprés a fuego lento y poner platos en el horno para calentar. Aunque sé que no puedo comer ni un bocado. Tengo un nudo en el estómago—. Billy, soy papá otra vez. Necesito saber si has visto a Joe hoy. No podemos localizarlo y estamos preocupados. Si no sabemos nada de él a las siete y media, llamaremos a la policía. Así que, si sabes dónde está, llámame, ¿vale?

Sirvo dos vasos de agua del grifo y vuelvo a sentarme. Noah juguetea con una cucharilla, la golpea contra la palma de la mano hasta que me dan ganas de darle un manotazo y arrebatársela.

—¿Cómo sucedió, Eve? —dice—. ¿Cómo han acabado Joe y Billy

pasándole drogas a los niños en nuestra propia casa? ¿En qué nos equivocamos?

—¿Por qué hemos tenido que hacer algo mal? —grito—. Es una reacción automática, ¿no? Cuando un niño se descarría, hay que culpar a los padres. No podemos ganar. A los niños, o se los asfixia o se les deja demasiado sueltos. Se les priva de amor o se los malcría. Somos demasiado exigentes o demasiado laxos, demasiado estrictos o demasiado indulgentes. Se les da todo, les dejas que te desangren, y aun así no es suficiente. Si no llegan a la escuela primaria, es culpa tuya por no contratar a un tutor. Si tienen problemas de ira, es porque perdiste los nervios demasiadas veces cuando eran pequeños. Los padres ansiosos tienen hijos ansiosos. Lo haces lo mejor que puedes con las herramientas que tienes, pero sigue sin ser suficiente. ¡Nunca va a ser suficiente!

Noah escucha mi perorata en silencio y, cuando por fin me quedo sin fuerzas, se baja del taburete, se acerca a mi lado de la isla y me tiende los brazos. Me derrumbo contra él, con un sollozo que me sacude el cuerpo, y él me abraza hasta que se me secan las lágrimas.

***

A las siete y veinte suena el teléfono. Cruzo la cocina para cogerlo, pero me tiemblan tanto los dedos que se me escapa de las manos y cae con estrépito sobre las baldosas.

—Joder —murmuro. Lo cojo y miro la pantalla—. Noah, es Joe. —Acepto la llamada, aliviada—. Joe, cariño, estábamos muy preocupados. ¿Dónde estás?

—Estoy bien —dice, lo cual es raro porque le he preguntado dónde estaba, no cómo estaba. Lo dejo pasar. Estoy demasiado contenta de que haya llamado.

—Tienes la cena lista. ¿Cuándo llegas a casa?

—Ahora mismo no lo tengo nada claro. —Su voz se oye entrecortada, como si estuviera en un lugar con mala cobertura.

—¿Quieres que papá o yo vayamos a recogerte? —Miro a Noah, que asiente y desaparece por el pasillo.

—No, no hace falta. Estoy bien —vuelve a decir.

—Suenas un poco raro, Joe. *¿Estás seguro de que* todo va bien?

—¿Recuerdas aquella vez que fingí ser el Capitán América y me puse los pantalones por encima de los vaqueros y os dije a Lisa, a Annie y a ti que me iba a salvar el mundo, pero os reísteis y me llamasteis Capitán Calzoncillos y yo estuve enfadado el resto del día?

El alivio se torna agrio. ¿Por qué Joe divaga sobre superhéroes? Debe haber tomado algo. Las imágenes vuelven, solo que esta vez Joe está enrollando un trozo de cuerda alrededor de su bíceps y tirando de él con los dientes y...

¡No! No puedo pensar así. Aparto la imagen.

—Joe, *por favor*, cariño, dime dónde estás e iré a buscarte. —Pero la línea ya se ha cortado.

Noah está de vuelta, abrigo y zapatos puestos, las llaves del coche en la mano.

—¿Dónde está?

—No ha querido decírmelo. Estaba divagando sobre el Capitán América y el Capitán Calzoncillos. A saber lo que ha tomado. Dios mío, Noah, ¡podría estar en cualquier parte!

Mientras lo digo, me doy cuenta de que recuerdo que Joe, con unos seis años, desapareció durante un paseo por el bosque con Lisa y Annie. Debía ser principios de mayo, porque el aire estaba impregnado del dulce aroma de las campanillas. Annie se había parado a recoger un ramo cuando Joe saltó de detrás de un arbusto con sus calzoncillos rojos favoritos por encima de los vaqueros y exigió que todos lo llamáramos Capi, como en la película. Recuerdo que a Annie le entró la risa floja y le dijo que se parecía más al Capitán Calzoncillos que al Capitán América. Joe, cuyo ego masculino era frágil incluso entonces, se marchó enfadado.

Buscamos por todas partes, pero era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Estaba a punto de llamar a la policía cuando Lisa sugirió que probáramos en las ruinas de Langley Manor.

—Pero deben estar a más de un kilómetro —protesté.

—Ya sabes lo mucho que le gusta a Joe estar ahí arriba. Tiene que valer la pena intentarlo —razonó Lisa—. Si no está allí, llamaremos a la policía.

Corrí, tropezando con el suelo irregular, sin apenas darme cuenta de las ramas de avellano que me golpeaban en la cara, con el único objetivo de encontrar a mi hijo. El terror abrumador era algo que nunca había experimentado antes o después. Puro pánico ante la idea de que Joe hubiera corrido hacia la carretera y se hubiera metido en el camino de un coche o que lo hubiera secuestrado un extraño de mirada inexpresiva.

Llegué a Old Langley y allí estaba, sentado en uno de los muros derruidos, pateando las piedras con los talones.

—¡Joe! —Corrí hacia él y le di el mayor de los abrazos—. Nunca *nunca* vuelvas a desaparecer así.

Ahora estoy de pie, con las piernas temblorosas, agarrada a la isla de la cocina para apoyarme. Esa sensación de pánico que me oprime el estómago ha vuelto y, al igual que en el parto, había olvidado lo terrible que era.

—¿Qué pasa, Eve? —dice Noah con urgencia.

Me quito el pelo de la cara y cojo el móvil.

—Sé dónde está.

62

Nos llevamos el todoterreno de Noah. Se adaptará mejor a las pistas forestales que mi turismo. Noah sale del pueblo como si su vida dependiera de ello. Escudriño la oscuridad mientras el pueblo pasa a toda velocidad.

—Old Langley es donde van los chicos, ¿no? —Sube las marchas con tal ferocidad que el motor gruñe en señal de protesta—. Para no hacer nada bueno...

—Sí.

—¿Crees que Joe estaba borracho cuando ha llamado?

—No lo sé. Sonaba raro. Robótico, casi. Pero quería que fuéramos. ¿Por qué me habría recordado lo del Capitán América, si no?

Noah tamborilea con los dedos en el volante.

—Esto no me gusta. Esto no me gusta nada.

—Reduce, es aquí arriba a la derecha, en alguna parte.

Disminuye la velocidad y ambos miramos entre los árboles en busca de la carretera.

—Ahí. —Señalo y Noah mira por el retrovisor antes de reducir la velocidad. Indica y baja los faros antes de girar hacia la carretera. Me viene un recuerdo—. Vi un coche llegar hasta aquí cuando volvía de los establos. Era blanco, uno de esos tuneados. Casi me atropella.

—Ninguno de los amigos de Joe tiene edad para conducir.

—¿Desde cuándo eso detiene a un adolescente borracho o drogado? —comento con sarcasmo.

—Pero Joe nunca...

—Estás convencido de eso, ¿verdad? —Sacudo la cabeza—. Acéptalo, Noah, nuestro propio hijo es un extraño para nosotros. Hemos estado tan centrados en llevar nuestras ocupadas e importantes vidas que en algún punto del camino hemos perdido de vista quién es él. Me preocupa que sea demasiado tarde para descubrirlo.

Noah pisa el acelerador y yo me agarro al asidero mientras avanzamos a trompicones. El coche choca contra el tocón de un

árbol y ambos salimos despedidos de nuestros asientos. Noah, encorvado sobre el volante, con los nudillos blancos y el rostro desencajado, maldice y luego me mira.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. El camino se curva a la derecha.

—Ya no queda mucho —digo—. ¿Unos cincuenta metros?

Levanta el pie del acelerador. La carretera se ensancha y da a un claro. El haz de luz de los faros distingue las sombrías ruinas de Old Langley. En el salón del Swan hay una vieja fotografía en sepia de Langley Manor en su época de esplendor. Era una hermosa casa antes del incendio. Ahora, solo quedan cuatro muros de piedra cubiertos de grafitis.

Noah se detiene, apaga el motor, pero deja los faros encendidos. Mis ojos recorren las ruinas en busca de Joe, pero no hay rastro de él. No hay rastro de nadie. Tal vez le he dado demasiada importancia a su llamada y he llevado a Noah a una búsqueda inútil. Entonces me llama la atención un destello de pintura. Hay un coche aparcado a la izquierda de la vieja mansión, entre el muro y los árboles, medio oculto. Un coche blanco. Entrecierro los ojos en la oscuridad. Vuelvo a tener la sensación de haberlo visto antes en alguna parte. Toco el brazo de Noah.

—Mira. Ese es el coche que casi me atropella antes.

Noah se inclina sobre mí y busca en la guantera la linterna que guarda allí para emergencias. Nos desabrochamos los cinturones y bajamos.

Conozco las ruinas mejor que Noah y me pongo en cabeza, con cuidado de no tropezar con los escalones de piedra que están esparcidos por todas partes como piezas de Lego olvidadas en una alfombra de juegos. Noah no es tan prudente y grita sorprendido cuando su pie tropieza con una losa de arenisca y cae de cabeza al suelo.

Corro hacia él y le tiendo una mano para que se ponga en pie. Él niega con la cabeza, se sacude los vaqueros y seguimos nuestro camino hacia las ruinas.

Tan pronto como llegamos a la primera de las destrozadas paredes exteriores, una figura sale delante de nosotros, con un brillante

cuchillo en la mano. Noah levanta la linterna a la cara y yo suelto un grito involuntario.

—¡Billy! —grazna Noah—. ¿Qué demonios haces aquí?

63

Tropiezo con una zarza y extiendo una mano para mantener el equilibrio.

—Billy, ¿está Joe contigo?

No contesta, se limita a mirar por encima de nuestros hombros, como si esperara a otra persona.

—¡Billy! ¿Me escuchas? ¿Está Joe aquí?

—No deberías estar aquí —grita—. ¿Por qué habéis venido?

—Estamos buscando a Joe, Billy. —La voz de Noah es tranquila. Lo miro; no aparta la mirada del cuchillo en la mano derecha de Billy—. ¿Sabes dónde está?

Billy sacude la cabeza. Está nervioso, cambia el peso de un pie a otro. Solía hacerlo cuando era más pequeño, en especial si había hecho algo malo y estaba a punto de recibir una bronca de su padre.

—No deberías estar aquí —repite.

—¿Por qué, a quién esperas? —le pregunto. Su mirada se dirige hacia mí. Le tiembla la mandíbula.

—A nadie.

—No te creo. —Doy un paso adelante.

La mano derecha de Billy se levanta, el cuchillo con ella. Oigo la respiración entrecortada de Noah.

—Eve, espera —susurra, pero lo ignoro. Solo quiero saber dónde está mi hijo.

—¿Es la gente a la que debes dinero? ¿Es a quien esperabas?

—¡Vete a la mierda, zorra! —sisea con el arma sobre su cabeza.

—¡Billy! —dice Noah en tono de advertencia—. Baja el cuchillo ahora.

—Ni hablar, tío. Lo necesito por protección. Van a perder la cabeza si os encuentran aquí. Se van a volver locos.

—¿Quiénes? —Noah se acerca.

Billy mira entre Noah y yo.

—Caleb y los otros. —Agita el cuchillo hacia la carretera por la que acabamos de conducir—. Ya estoy bastante jodido. Si piensan que les he tendido una trampa... —Se arrodilla, con las manos cruzadas

detrás de la cabeza, el cuchillo sobresale de su palma como Eduardo Manostijeras—. Esto es malo, tío. Muy malo.

—Billy —le digo—. Cuando fui a verte al trastero, me dijiste que te quedabas allí porque querías pasar desapercibido. Dijiste que había habido un malentendido con uno de tus proveedores.

—Mi único proveedor.

—¿Del equipamiento de gimnasio?

Se ríe como un loco.

—Ojalá.

—¿Quién, entonces, Billy? ¿Un prestamista? ¿Los alguaciles? ¿Tu casero?

Se acuna la cabeza aún más fuerte.

—*¡Ya te lo he dicho*! Caleb. Dijo que, si no le devolvía el dinero o su material, me apuñalaría.

—¿Material? —repite Noah—. ¿Quieres decir drogas?

—Me metí en un lío con unos traficantes, ¿vale? Siento decepcionarte, padre. Solo iba a ser un trabajo para pagar lo que les debía. Eso es lo que dijo Caleb. «Haz esta entrega, tío, y estaremos en paz». Así que hice el trabajo, solo que él consiguió que un cabrón me robara a la vuelta, y de repente le debo el doble. —Billy se levanta despacio, con el puño todavía cerrado en el mango del cuchillo—. Lo siguiente que sé es que estoy trapicheando para ellos.

—¿Trapicheando?

—Vendiendo drogas, madrastra querida. —Agita el cuchillo en dirección a Noah—. No me dabas más dinero, así que ¿qué otra cosa podía hacer?

—No había más dinero —dice Noah. Da un paso hacia Billy—. ¿Qué tiene que ver Joe en todo esto?

La cara de Billy se endurece en una mueca.

—Pensaba que podría ayudarme a salir del apuro. Sus compañeros de la privada están forrados. Sabía que Caleb estaría encantado.

Me viene a la memoria algo que dijo Emma Bradley en una reunión de personal hace un par de años. La policía había enviado una advertencia a las escuelas locales después de que se viera a un traficante merodeando a las puertas del instituto de Nesborough. El periódico local se hizo eco de la noticia y publicó un artículo en

portada sobre el consumo de drogas en las escuelas.

—No sé por qué se centran en las drogas en los colegios públicos, cuando todo el mundo sabe que el problema es mucho peor en el sector privado —comentó con aspereza.

—Para empezar, los niños pueden permitirse drogas de mayor calidad —bromeó el jefe de Educación Física, y yo me reí con el resto, a pesar de que Joe iba a un colegio privado, porque estaba segura de que mi hijo deportista nunca tocaría las drogas.

De verdad, ¿se puede ser tan ingenua?

—Sabemos que le diste a Joe el éxtasis para su fiesta. ¿También suministrabas drogas a los chicos del pueblo? —le pregunto a Billy.

—Solo un poco, a veces. Nada muy fuerte, así que no hace falta ponerse así.

—¿No hace falta? —No doy crédito—. ¡Annie ha muerto por tu culpa!

Billy entrecierra los ojos.

—Annie ha muerto por culpa de Joe, no por mí.

Por el rabillo del ojo, veo que Noah se acerca a Billy, con la mirada fija en el cuchillo. Tengo que mantener a Billy hablando.

—¿Dónde está Joe ahora?

La cabeza de Billy se mueve hacia el otro lado de las ruinas.

—En mi coche.

Ahí es donde he visto el coche antes. Es el Golf deportivo que estaba aparcado fuera de la nave de Billy en el Parque Empresarial Nesborough. Comprado con el dinero que Noah le dio para montar su negocio, sin duda.

—Dame la linterna —le ladro a Noah. Me la pasa y sigo su haz hasta el coche, con el corazón desbocado por el miedo a lo que pueda encontrarme al llegar.

64

En cuanto enfoco el coche con la linterna, veo el cuerpo de Joe tendido en el asiento trasero.

—¡Joe! —Tiro de la manilla de la puerta, pero no se abre. Gruño de frustración y pruebo con la puerta del conductor, luego doy la vuelta al otro lado y, por último, al maletero, pero todas están cerradas.

Miro dentro del coche. Joe no se ha movido. Está acurrucado en posición fetal, dormido o...

—¡Joe! —Golpeo la ventana con la palma de la mano—. ¡Despierta! Soy mamá.

Retrocedo un par de pasos en busca de algo con lo que romper el cristal. Por suerte, hay muchas rocas entre las ruinas de la vieja mansión. Encuentro una del tamaño de un ladrillo, la peso en la mano y flexiono el hombro antes de lanzarla contra la ventana con todas mis fuerzas. Se hace añicos con gran estrépito, y el sonido resuena entre los árboles.

—¿Qué demonios? —grita Billy en algún punto detrás de mí—. ¡Puta loca! ¿Qué le has hecho a mi coche?

Se oye el sonido de una refriega, un cuerpo que golpea el suelo. Noah ruge, no sé si de rabia o de dolor, pero es irrelevante, porque mi atención se centra en Joe. Nada más importa. Alargo la mano a través de la ventana para abrir la puerta, me da igual que un fragmento de cristal me corte la muñeca.

Con manos temblorosas, me meto en el coche y sacudo con suavidad el hombro de Joe. Pienso en todas las veces que lo he hecho a lo largo de los años. Despertarlo para ir al colegio, para entrenar al *rugby*, para las clases de natación o el entrenamiento de fútbol. Cuando era pequeño abría los ojos y me miraba con sueño, una sonrisa se dibujaba en su rostro al ver quién era. Al llegar a la adolescencia gruñía y se daba la vuelta, murmurando «lárgate» mientras se metía el edredón bajo la barbilla y cerraba los ojos con fuerza.

Pero esta noche no hay sonrisa ni gruñido. Su cuerpo está flácido y no responde, pero al menos sus párpados se agitan cuando lo toco.

—Vamos, Joe —le insto—. Despierta, por favor. —Murmura algo, pero no consigo entender lo que dice. Vuelvo a sacudirlo—. Joe, tienes que decirme lo que has tomado. —Sus ojos se abren. Tiene las pupilas dilatadas y la mirada desenfocada—. ¿Ha sido éxtasis? —Aunque lo digo, sé que no puede ser. La noche de la fiesta, Annie tenía la mandíbula apretada, el cuerpo rígido; Joe está flácido, como si estuviera hecho de malvavisco.

Billy sabrá lo que ha tomado. Le aliso el pelo de la frente a Joe.

—Vuelvo enseguida, cariño —le digo, y regreso sobre mis pasos hacia las ruinas.

El haz de la linterna distingue primero a Noah. Está sentado en un muro bajo, con el cuerpo inclinado hacia atrás y los hombros encorvados. Parece abatido, como si se le hubiera quitado la venda de los ojos y por fin hubiera visto a Billy tal como es. En cambio, Billy camina de un lado a otro, murmurando para sí mismo. Sus movimientos son espasmódicos, sus manos tiemblan. Pero no hay rastro del cuchillo, y parte de la tensión abandona mi cuerpo.

—Billy, ¿qué ha tomado Joe?

Se da la vuelta y me mira fijamente.

—¡Me has jodido el coche nuevo!

—No importa el maldito coche. ¿Qué le has dado a Joe? —Su mirada cae al suelo—. Billy, ¡solo dime lo que ha tomado Joe!

Murmura algo, pero lo único que capto es... K.

Me invade una oleada de ira. ¿OK? ¿Cómo que está OK?

—No está OK. ¡Está inconsciente!

—Quiero decir que ha tomado K. Ketamina —dice Billy—. Estará teniendo un mal viaje.

—¿Ketamina? ¿Te refieres a lo que usan para tranquilizar a los caballos? Por Dios, Billy. —Saco el teléfono del bolsillo. Levanta la cabeza.

—¿Qué haces?

—Voy a llamar a emergencias, que es lo que deberíamos haber hecho nada más llegar.

—¡No puedes hacer eso! Caleb se volverá loco. —Billy intenta arrebatarme el teléfono, pero soy demasiado rápida para él y salgo corriendo.

—Noah —grito, pero mi marido sigue desplomado contra la pared, en su pequeño mundo.

Billy va a coger mi teléfono por segunda vez y mi instinto se apodera de mí. Levanto la linterna con la mano derecha, lo golpeo en la sien y la dejo caer, conmocionada, mientras él se desploma en el suelo.

Marco el teléfono de emergencias y exhalo cuando cogen la llamada al quinto tono.

—¿Cuál es su emergencia? —pregunta el operador con calma.

—Necesitamos una ambulancia. Mi hijo... ha tomado drogas. Ketamina, creo.

—¿Está consciente?

Imagino el cuerpo tendido de Joe.

—Apenas.

—¿Y su ubicación?

—Los bosques de Old Langley.

—¿Old Langley? —pregunta—. ¿Tiene un código postal?

Quiero gritar: «¡Claro que no tengo un puñetero código postal!», pero en lugar de eso inspiro hondo.

—No, pero es el bosque al oeste del pueblo de South Langley. Hay una carretera a la derecha justo después del desvío a la urbanización Langley Fields.

—¿Tiene alguna app de geolocalización?

—Yo no. —Maldigo para mis adentros. Borré la aplicación antes de Navidad, cuando mi móvil estaba casi sin espacio de almacenamiento, pensando que nunca la necesitaría—. Espere —digo—. Mi marido sí. Voy a por su móvil. —Cojo la linterna y corro hacia Noah—. ¿Dónde está tu teléfono? —le pregunto impaciente. No reacciona. Me arrodillo y le registro los bolsillos.

En ese momento, veo el mango del cuchillo de Billy que sobresale del estómago de Noah.

65

—Antes de que digas nada, ha sido un accidente —jadea Noah.

No puedo apartar la mirada del cuchillo que sobresale de su vientre y del charco de sangre que mancha su abrigo. Tiene las manos agarradas al mango. Al menos ha tenido la sensatez de no sacarlo.

—¿Hola? —dice una voz en mi oído—. ¿Sigue ahí?

Mi atención vuelve a centrarse en la persona que atiende la llamada.

—Han apuñalado a mi marido —balbuceo mientras rebusco el móvil en los bolsillos de Noah. Se lo acerco a la cara para desbloquearlo, busco la aplicación y le doy nuestra ubicación—. Por favor —imploro —. Tiene que enviar a alguien cuanto antes.

Por un momento, me quedo paralizada por la indecisión. La sangre se acumula alrededor del estómago de Noah, más de lo que me había dado cuenta al principio. Quiero ver cómo está Joe, pero no quiero dejar a Noah. Me quedo clavada en el sitio, consciente de que la ambulancia tardará al menos media hora en llegar. Podría desangrarse para entonces. El pánico me atenaza el pecho y me devano los sesos preguntándome si hay alguien más a quien pueda llamar, pero todo el mundo en el pueblo nos odia. La única persona que habría dejado todo para ayudar es Lisa, y está en Cornwall, a más de trescientos kilómetros de distancia. Estoy sola.

Como si intuyera mi dilema, Noah se aclara la garganta y suelta con voz ronca:

—Ve con Joe. Estoy... bien.

—No, no puedo dejarte así —grito, con los ojos llenos de lágrimas —. Me necesitas.

Me aprieta la mano sin fuerza.

—Joe... te necesita más.

—Está bien. —Me agacho y le beso la frente. Su piel está fría contra mis labios—. Seré tan rápida como pueda, lo prometo. — Camino por las ruinas hacia el Golf, con el resplandor de la linterna iluminando mi camino. Menos mal que la tengo. Los faros del coche de Noah empiezan a atenuarse a medida que se agota la batería, lo

que da a las ruinas un aire macabro, las sombras tenebrosas y los escombros desmoronados, parecen el decorado de una película de terror.

Billy sigue tendido en el suelo, donde lo he dejado. Me detengo y dirijo la linterna sobre su cuerpo inerte; lo observo con indiferencia. Estoy demasiado entumecida para sentir odio, aunque estoy segura de que eso llegará. Ahora mismo, lo que importa son Joe y Noah, no Billy. Aun así, siento un poco de alivio cuando veo cómo su pecho sube y baja con regularidad. Al menos no lo he matado.

Un búho ulula, el áspero sonido resuena entre los restos decadentes de la vieja mansión. Distraída, me acerco demasiado a Billy. Su mano sale disparada, me agarra del tobillo y tira con tanta fuerza que pierdo el equilibrio y caigo al suelo como un árbol derribado.

***

Antes de que pueda ponerme en pie, me da un rodillazo en la espalda y me hunde la cara en la tierra húmeda. Intento zafarme, pero el peso de Billy es como un tonel que me aplasta los pulmones. Todas esas sesiones en el gimnasio, perfeccionando su físico para su maldita aplicación.

Cambia de postura y de repente su cara está junto a la mía.

—Dame las llaves del coche de papá —me sisea al oído.

Tenso los músculos y arqueo la espalda, con la esperanza de quitármelo de encima, pero él se ríe y me aprieta más.

—Usa tu propio coche si vas a huir, cobarde —jadeo.

—He perdido mis llaves, por eso necesito que me des las de papá.

—No las tengo.

Me alumbra con la linterna y yo giro la cabeza.

—¡No me mientas! Ha dicho que te las había dado.

Sé a ciencia cierta que Noah no me las ha dado las llaves, pero si eso es lo que piensa Billy...

—De acuerdo, tú ganas. Voy a buscarlas. Pero vas a tener que soltarme.

Duda y me libera. Me pongo en pie, me limpio la suciedad de la

cara y empiezo a buscar en los bolsillos del abrigo. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Se... se me deben haber caído.

—*¿Qué*? —grita, con la cara a escasos centímetros de la mía.

—Lo siento. Se me habrán caído del bolsillo. Dame la linterna y podré buscarlas.

—No hay tiempo. Venga, hombre —gime Billy, que se lleva la cabeza a las manos—. Esto es un desastre.

—Billy...

—Quiero decir, ¿por qué habéis tenido que venir papá y tú? Lo tenía todo controlado. Entonces aparecéis aquí, y papá intenta quitarme el cuchillo, aunque le he dicho que lo necesitaba por Caleb. *Se lo he dicho*, pero me ha agarrado de la muñeca y nos hemos caído, y... —Mira a Noah—. Oh, tío.

—Está bien, Billy. Tu padre me ha dicho que ha sido un accidente.

—Pero ¿y si yo...? ¿Y si él...?

—Se pondrá bien. La ambulancia no tardará nada.

Su actitud cambia de nuevo, sus ojos se entrecierran con sospecha.

—¿Has llamado a una ambulancia?

—Has apuñalado a tu padre y tu hermano está semiinconsciente tras tomar un tranquilizante para caballos. ¡Por supuesto que he llamado a una ambulancia!

—¿Y la policía? —Sacudo la cabeza—. Van a venir, ¿no? En cuanto sepan que han apuñalado a alguien.

—Quizás. No lo sé. Como has dicho, ha sido un accidente. Dame la linterna. Voy a ver cómo están Joe y tu padre. —Le tiendo la mano. Billy se frota la nuca y luego, como si hubiera tomado una decisión, golpea con rencor la linterna contra mi palma extendida. Me trago un grito de dolor. Billy se ríe, me da la espalda y sigue dando vueltas.

Cuando llego al Golf, Joe está sentado en el asiento trasero, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza ladeada.

—¿Joe? Soy mamá. —Levanta la vista, soñoliento—. ¿Cómo te encuentras?

Se lleva las manos a la cara, y se las mira como si nunca las hubiera visto antes. Está claro que sigue colocado, pero al menos

está consciente.

—¿Puedes levantarte? —Sin esperar respuesta, enlazo mi brazo con el suyo e intento ponerlo en pie—. Vamos, Joe —lo animo—. Levántate para que pueda llevarte con papá. —Pero es un peso muerto y, por mucho que tiro y empujo, no se mueve ni un milímetro. Admito la derrota, lo tumbo y vuelvo hasta Noah en las ruinas. Su rostro está pálido, pero la hemorragia parece haberse detenido.

—¿Joe está bien?

Me siento en la pared, a su lado.

—Creo que sí.

—Gracias a Dios —Me sonríe apenas—. Esta no es la típica noche de martes, ¿verdad?

—No lo es —admito—. Dame una tarde delante de la tele con un montón de deberes que corregir cualquier día de la semana.

Se ríe con suavidad y luego hace una mueca de dolor.

—Lo siento, Eve. Por todo. Todo es culpa mía.

—No te preocupes por eso ahora.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad? No he dejado de quererte desde el día que nos conocimos.

—Noah...

—No. —Vuelve a hacer una mueca al cambiar de posición—. Necesito decírtelo, en caso de que yo...

Quiero sacudirle por los hombros y decirle que no va a morir porque no pienso permitirlo. No después de todo lo que hemos pasado. Pero no lo hago, porque no puedo arriesgarme a mover el cuchillo. En lugar de eso, extiendo la mano y toco su mejilla.

—Yo también te quiero. —Miro la hora en el móvil. Han pasado quince minutos desde que he llamado a emergencias—. ¿Estarás bien aquí si voy a ver si ha llegado la ambulancia?

Asiente con la cabeza, me pongo en pie y me abro paso entre las zarzas hasta la carretera.

—Oye, ¿dónde crees que vas? —grita Billy.

—A esperar a la ambulancia.

—No por tu cuenta, no irás. —Se precipita hacia mí a través de la maleza, pero yo avanzo a zancadas, con la cabeza gacha. No quiero

respirar el mismo aire que él. Es tóxico.

Recuerdo la sensación que tuve de que todo lo que nos había ocurrido desde la noche de la fiesta de Joe estaba relacionado. La sensación de que alguien estaba detrás, orquestando cada una de las calamidades. Y tenía razón.

Billy me alcanza. Respira con dificultad.

—Tu gran plan ha funcionado —escupo—. Espero que estés satisfecho.

—¿De qué estás hablando?

—Entiendo que me odies, pero ¿por qué meter a Joe y a tu padre en esto?

—¿En qué?

—No te hagas el inocente conmigo, Billy. Sé que debe haber sido duro para ti, que tu padre se fuera cuando eras pequeño y empezara una nueva familia. Pero eso no te da carta blanca para destrozar nuestras vidas.

Me fulmina con la mirada.

—No tienes ni puta idea.

—Jamás quisimos hacerte daño.

Emite un extraño sonido entrecortado, mitad risa, mitad sollozo.

—¿Sabes cuánto idolatraba a papá? —No espera respuesta—. Me mataba que estuviera fuera toda la semana e hice todo lo que podía para que se quedara con nosotros. Solía esconder sus zapatos o sus gafas un domingo por la noche, sabiendo que no podría irse hasta que los encontrara. Lo ayudaba a poner la casa patas arriba buscándolos, aunque sabía de sobra dónde estaban. Una vez intenté esconder su maquinilla de afeitar, solo que me corté un dedo y tuvo que llevarme a urgencias para que me dieran puntos. No fue a trabajar hasta el día siguiente. Así que un par de semanas después, volví a cortarme a propósito.

«Fingía tener retortijones de estómago o dolor de garganta, cualquier cosa para que se quedara unas horas más. Durante la semana, cuando llamaba por FaceTime para leerme el cuento antes de dormir, lo alargaba todo lo que podía. A mi madre la volvía loca. Soportaba que estuviera fuera toda la semana porque sabía que los fines de semana era mío. Entonces llegaste tú y lo arruinaste todo.

A pesar de lo que nos ha hecho pasar, siento una punzada de remordimiento al imaginarme a Billy, de siete años, ideando planes para evitar que su padre se fuera. Cualquier cosa para mantenerlo en casa unas horas más.

—No tenía ni idea —digo. Y, por supuesto, no la tenía, porque Billy era solo un concepto para mí entonces. Una voz al otro lado del móvil. Una cara en una fotografía. Una razón por la que Noah no podía pasar los fines de semana conmigo.

La verdad es que, a veces, sentía resentimiento hacia Billy.

Pero resulta que no tanto como él hacia mí.

66

—Recuerdo el día que mamá me dijo que papá nos dejaba. Llevaba toda la semana de mal humor, pero eso no era raro. A menudo estaba de mal humor. —La boca de Billy se tuerce a la luz de la linterna y por un momento parece que contiene las lágrimas, pero luego vuelve la mueca de desprecio.

«Una noche fue al otro lado de la calle a pedirle a mi tía Sheila un poco de leche, y cuando volvió estaba llorando. Le pregunté qué le pasaba, pero no quiso decírmelo. Me dijo que tenía que ir a ver a papá a su piso de Londres y que la tía Sheila se ocuparía de mí. Me alegré, la tía Sheila siempre me traía caramelos y me dejaba quedarme despierto hasta tarde. Todavía estábamos frente a la tele cuando llegó mamá a casa.

Recuerdo la furia en la cara de Jenny aquel día que le abrí la puerta hace tantos años. Sus mejillas enrojecidas. El veneno en su voz. Esos labios finos curvados en una sonrisa despectiva. Me dijo que esperaba que algún día supiera lo que se sentía al ser traicionada. Creía que Noah me engañaría como la engañó a ella, pero se equivocaba. Me mintió, sí, pero solo porque pensó que la verdad nos separaría. En eso también se equivocó.

Miro a Billy. Incluso a través de la penumbra veo su expresión ausente, como si estuviera en la casa de su infancia viendo la televisión con su tía Sheila. Hay algo vulnerable en él, una sensación de que, si le quitaras las capas, encontrarías a un niño confuso y dolido no muy lejos de la superficie.

—¿Sabes lo que me dijo mamá? —pregunta—. ¿Sabes cómo me dijo que la vida como yo la conocía se había acabado?

—No.

—Me dijo que el puto inútil de mi padre le estaba metiendo la polla a una zorra tan joven como para ser su hija. Son sus palabras, no las mías. —Billy suelta una carcajada sin gracia—. Y luego papá se fue y ya ni siquiera pude pasar los fines de semana con él.

Me lanza una mirada acusadora.

—Eso fue cosa de tu madre, no de tu padre —le recuerdo. Al

principio, Jenny se negó en redondo a que Noah viera a Billy. Solo cuando Noah amenazó con ir a los tribunales para conseguir una orden de visita, accedió a que lo viera dos horas a la semana—. Te sacaba todos los sábados por la tarde —añado.

—¿Y se suponía que debía estar agradecido por dos míseras horas a la semana? —Billy sacude la cabeza—. Dos horas en la bolera o en el cine porque papá no sabía qué otra cosa hacer conmigo. —Su expresión se ensombrece—. Y entonces llega mi hermanito, y de repente no tiene ningún interés en mí.

—Vamos, Billy —le digo—. Sabes que eso no es verdad.

—Desde el día en que nació, todo era Joe esto y Joe aquello. Era como si yo fuera invisible. «Mira a Joe, ya camina con solo diez meses. Tú no diste ni un paso hasta el año y medio» —imita Billy—. «Yo creo que se parece a mí. No como tú, Billy. Tú eres Jenny de los pies a la cabeza».

La amargura de su voz me da escalofríos. Sabía que me odiaba, pero no tenía ni idea de lo resentido que estaba con su hermanastro. Me viene un recuerdo a la cabeza. Billy, de unos diez años, corrió a buscarme al jardín después de que Joe, de dos, se hubiera pillado el dedo corazón con la puerta de la cocina. Llevé enseguida a urgencias a mi hijo, que gritaba sin parar, donde un enfermero vio la sangre que se acumulaba debajo de la uña y le hizo un pequeño agujero para liberar la presión. En otra ocasión, un par de años más tarde, Joe se hizo un esguince de muñeca al caerse desde lo alto del tobogán del parque mientras yo miraba el móvil. También hubo otras cosas. Moratones y rodillas raspadas. Golpes y chichones. En aquel momento supuse que eran cosas normales de niños. Noah y yo incluso solíamos bromear sobre lo torpe que era Joe.

Me detengo y miro horrorizada a Billy. Los recuerdos encajan en su sitio. Es como si viera el pasado con claridad por primera vez.

—Siempre estabas enfermo —digo despacio—. Todos los años, en el cumpleaños de Joe, tenías dolor de barriga, de oídos o de cabeza. Noah y yo te dábamos paracetamol y hacíamos de tripas corazón mientras Joe se pasaba el día de tu cumpleaños corriendo de un lado a otro para traerte y llevarte cosas. Tu pequeño acólito.

—Sí, bueno, no sé qué significa eso, ya que no fui a un colegio de

pijos como mi hermanito, pero ¿y qué?

—Te lo inventabas, ¿verdad? Fingías para llamar nuestra atención. —Sacudo la cabeza. ¿Cómo no me di cuenta?

Billy me mira con el ceño fruncido, con profundos surcos en la frente.

—Joe era vuestro niñito perfecto. No podía hacer nada malo. Yo, por otro lado...

—Eso no es justo. Os tratamos a los dos por igual.

Billy me mira incrédulo.

—¿En qué planeta vives, *Eve*? Joe va a un colegio privado, joder. He mirado cuánto cuesta al año. ¡Treinta mil! ¡Cuando termine habrá costado más de doscientos mil! Mientras tanto, yo tuve que conformarme con una secundaria local. Y dices que nos tratabais por igual. No me hagas reír.

—La única razón por la que podemos enviar a Joe a un colegio privado es porque trabajo a jornada completa —digo con seriedad—. Cada céntimo que gano se destina a pagar sus estudios, y me parece bien, porque es mi elección. Nada le impedía a tu madre mover el culo y buscar trabajo.

No debería haber dicho eso. Ya debería saber que nunca hay que criticar a santa Jenny, porque, aunque Billy se pasa el día criticando a su madre, pobre de cualquiera que la critique.

Da otro paso hacia mí. Está tan cerca que puedo siento su aliento caliente y agrio en mi mejilla. Me obligo a no acobardarme, a no mostrar ni un ápice de debilidad, porque me niego a dejar que me intimide.

Me pincha en el pecho.

—No te atrevas a hablar así de mi madre, zorra. ¡No te atrevas, joder!

Se da la vuelta con brusquedad y se aleja por el camino hacia la carretera. Por un momento, me quedo clavada en el sitio, con el corazón latiéndome en el pecho a mil por hora y los oídos atentos para oír el débil gemido de una sirena. Luego me abro paso a través de los árboles y corro hacia mi hijastro.

67

Alcanzo a Billy a unos metros del camino, lo agarro de la manga y lo obligo a girarse y mirarme.

—Mira, lo siento, ¿de acuerdo? Pero tu padre te quiere, siempre te ha querido. Te prestó el dinero para que desarrollaras tu aplicación, ¿no? Estaba tan orgulloso de ti cuando le contaste tus planes, lo que esperabas conseguir... Lo ha arriesgado todo por ti. Nuestra casa, su negocio, nuestro matrimonio. Todo.

—Lo ha hecho, ¿verdad? —dice Billy despacio—. Es curioso cómo han salido las cosas. Esa vida perfecta que tenías ya no parece tan perfecta ahora, ¿verdad? El negocio de papá se ha ido a pique. Has perdido tu trabajo. Tu hijo tiene problemas con la policía. Puede que tengas que venderlo todo y mudarte. —Ladea la cabeza, esperando mi reacción. Intento mantener una expresión neutra, pero es imposible.

—¿Y ya estás contento? —le respondo.

Se encoge de hombros.

—Solo recuperaba lo que me correspondía. Papá y tú me lo debíais.

—Aunque eso sea cierto, ¿qué pasa con Joe? Es tu hermano. Deberías protegerlo, no arrastrarlo a tu sórdido mundo.

—Y una mierda —se burla Billy—. Él estaba contento de ganar un poco de dinero haciendo recados.

—¿Hacer recados? ¿Así es como lo llamas? —Sacudo la cabeza—. ¿Así es como metías las drogas en el pueblo, a través de Joe?

Sonríe con satisfacción.

—¿Por qué tener un perro y ladrar tú mismo? Le iba muy bien.

Pienso en las zapatillas de marca y la cazadora de Tommy Hilfiger, las gafas de sol y los juegos de Xbox. Joe los pagó con el dinero que ha ganado traficando con drogas para su hermano. Me da asco.

—¿Quién le pegó a Joe? ¿Tu proveedor, ese tal Caleb? —Billy baja la mirada. Lo miro con incredulidad—. Dios mío, fuiste tú, ¿verdad? —No contesta—. ¡Billy!

Me lanza una mirada furiosa.

—Es lo que hay que hacer, ¿no? Robar a uno de los tuyos mientras

lleva la mercancía para que acabe más endeudado. Es lo que Caleb me hizo. Solo hice lo mismo. Por supuesto, lo ataqué por la espalda para que no tuviera ni idea de que era yo. Te diré algo que no sabes. —Se toca la mandíbula y la mueve de un lado a otro—. Yo me llevé una paliza más gorda que Joe.

Estoy conmocionada hasta los huesos. Billy golpeó a su propio hermano, así que Joe no tuvo más remedio que seguir traficando. No, todo el mundo tiene elección, me digo. Joe podría haber acudido a nosotros y habernos contado esta lamentable historia y lo habríamos sacado del agujero en el que se había metido. En lugar de eso, se negó a delatar a Billy y, al hacerlo, se metió en un lío aún mayor.

Quiero cabrearme con Billy, despotricar contra él y borrarle esa sonrisa de satisfacción de la cara, pero algo me detiene. Supongo que es la culpa. Billy ha tomado sus propias decisiones, pero está muy dolido, y no puedo evitar la sensación de que en parte es culpa mía.

—Este Caleb, ¿sabe lo de Joe? —le pregunto.

Sacude la cabeza, la mirada de caza de nuevo. Quienquiera que sea Caleb, está claro que es una persona peligrosa.

—Iba a decírselo esta noche.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. —Se mete las manos en los bolsillos y yo me quedo mirando hacia Nesborough, deseando que llegue la ambulancia.

—Hay una forma de darle la vuelta a esto —le digo.

Me mira con desconfianza.

—¿Cómo?

—Diciéndole a la policía lo que sabes. Dales pruebas para arrestar a Caleb.

Levanta la cabeza.

—¿Quieres que lo delate? Tienes que estar bromeando. Nadie se mete con gente como Caleb. Nadie.

—Es la única forma de que seas libre.

—¿Libre? —resopla—. Tendría que mirar por encima del hombro el resto de mi vida. De ninguna manera, tía.

—Entonces, ¿me prometes una cosa? —le suplico—. Por favor, no

metas a Joe en esto.

Todavía espero una respuesta cuando el silencio se ve roto por el débil ulular de las sirenas. Salgo a la carretera, con los brazos extendidos y espero a que se acerquen las luces azul intermitente.

—Gracias a Dios —grito al ver dos vehículos a lo lejos: una ambulancia y un coche de policía. Los llamo con los brazos y señalo hacia la pista, chillando—: ¡Están ahí arriba!

En cuanto las luces traseras desaparecen entre los árboles, miro a mi alrededor en busca de Billy, pero ya no está.

68

Cuando vuelvo a subir por el camino hasta las ruinas, Noah está acompañado por dos paramédicos, y un agente de policía está sentado con Joe en el asiento trasero del coche de Billy mientras un segundo habla por la radio. Se interrumpe cuando me ve.

—¿Señora Griffiths? —Asiento con la cabeza—. ¿Conoce el paradero de su hijastro, Billy? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—No está aquí.

—Ya lo veo. ¿Sabe dónde está?

Me paso una mano por la cara.

—¿Tenemos que hacer esto ahora? Solo quiero asegurarme de que mi hijo y mi marido están bien.

—He hablado con los paramédicos. Llevarán al señor Griffiths al Hospital Nesborough en cuanto hayan estabilizado la herida.

—¿Y Joe?

—Nos han dicho que se trata de una posible sobredosis, pero está consciente y habla. Mi colega está intentando averiguar qué ha tomado...

—Ketamina. Ha tomado ketamina.

Si el agente se sorprende al saberlo, no lo demuestra, pero supongo que ve cosas peores en su trabajo. Debe tener unos cuarenta años, la cara curtida y unos penetrantes ojos azules.

—En ese caso, nos aseguraremos de que también vaya al hospital para que le hagan un chequeo. ¿Y usted? ¿Se encuentra bien?

Justo cuando le aseguro que estoy perfecta, me invade una oleada de vértigo y me tambaleo hacia él.

Me agarra del codo.

—Quizá debería sentarte un momento. Todo está bajo control.

Hago lo que me dice antes de que se me doblen las piernas.

—Lo siento. Ha sido un día muy largo. —Me humedezco los labios. Los noto secos y agrietados, y ojalá tuviera mi botecito de vaselina, pero está en el bolso del coche y no tengo fuerzas para ir a buscarlo. Miro al oficial—. Empezaba a pensar que no vendrían.

—Ha habido una gran redada de drogas en Nesborough esta tarde.

Con quince detenidos, hemos tenido que ir todos a echar una mano.

Mis oídos se aguzan.

—¿Una redada antidroga?

—Cinco redadas simultáneas, para ser exactos. Cuatro casas y un almacén. Es la mayor línea de condado que hemos desmantelado. El comandante del distrito está encantado.

Quiero preguntar si uno de los traficantes que han detenido es Caleb, el compinche de Billy, pero no tengo oportunidad porque se acercan los dos paramédicos, que llevan a Noah en una camilla. Me pongo en pie de un salto, el cansancio ya olvidado. Aunque sigue pálido como el papel, se ilumina al verme.

—Joe irá contigo en la ambulancia. Yo la seguiré en el coche —le digo.

—Necesitará esto —comenta el policía, las llaves del coche de Noah cuelgan de su dedo índice—. Uno de los paramédicos las ha encontrado en el bolsillo del abrigo de su marido.

Una vez que Noah está a salvo en la ambulancia, voy en busca de Joe, que sigue sentado en el asiento trasero del coche de Billy, junto al segundo policía.

—Vamos, chaval —lo anima el oficial—. Es hora de que te vean los médicos.

Entre los dos ayudamos a Joe a salir del coche hacia la ambulancia. Una vez en la camilla, le doy un ligero beso en el carrillo.

—Lo siento, mamá —murmura.

Le acaricio el hombro.

—No pasa nada. Te veré en el hospital, ¿vale?

Los dos policías y yo vemos cómo la ambulancia avanza despacio por la carretera. Las luces azules empiezan a parpadear cuando llega a la carretera y acelera en dirección a Nesborough.

—Tendrá que venir a comisaría a declarar por la mañana —me informa el agente de más edad—. Aunque su marido afirma que su herida fue accidental, llevar un cuchillo en un lugar público es un delito. También necesitamos saber quién suministró la ketamina a Joe. Lo que me lleva a mi anterior pregunta: ¿dónde está su hijastro, señora Griffiths?

—Créame, ojalá lo supiera.

Me sostiene la mirada.

—Lo encontraremos tarde o temprano, así que ¿por qué no nos ayuda y nos dice dónde cree que puede haber ido?

Cierro los ojos un momento, pero enseguida me viene la imagen de Noah doblado, con el cuchillo clavado en el estómago. Suspiro.

—A lo mejor en casa de su madre. —Recito la dirección de Jenny, en Essex—. Pero vive en una casa compartida en Nesborough desde antes de Navidad. En el número 27 de London Road, creo. Ah, y alquila una nave en el Parque Empresarial Nesborough. Número 5B.

Subimos a nuestros respectivos coches, bajamos despacio por la carretera y sigo al coche patrulla hasta el hospital de Nesborough, conmocionada y muerta de cansancio, pero muy agradecida de que mi hijo, a diferencia de Annie, viva para contarlo.

69

El cielo se tiñe de rosa con los primeros indicios del amanecer cuando Joe y yo salimos por fin del hospital y nos dirigimos al aparcamiento.

Los médicos lo han dejado en observación durante toda la noche, pero le han dado el alta tras comprobar que los resultados del electrocardiograma y de su análisis de sangre fueran normales. Noah tendrá que permanecer ingresado unos días más, pero ha tenido suerte: el cuchillo no ha alcanzado, por poco, ninguno de sus órganos y vasos sanguíneos principales.

Todo podría haber sido mucho peor.

Lloré cuando el médico de urgencias me dijo que Noah estaba fuera de peligro. Lágrimas de puro alivio. Durante el trayecto al hospital, imaginé lo peor, me veía vestida de luto, echando flores en su ataúd. Me di cuenta con la fuerza de un mazazo de que mi vida no sería nada sin él. Es mi alma gemela, siempre lo ha sido y siempre lo será. Perder la casa y nuestro dinero es secundario.

También lloré por Lisa, porque, mientras que yo tuve suerte, ella no, y la pura injusticia de esto es difícil de soportar.

Llegamos al coche de Noah; abro la cerradura y Joe y yo subimos. Es la primera vez que estamos solos desde ayer y, aunque las preguntas me queman la garganta como el reflujo, no quiero interrogarlo. Resulta que no hace falta. Al salir del aparcamiento, murmura:

—He sido un idiota. Debería haber sabido que no debía hacer caso a Billy.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con cuidado.

—No paraba de decirme que podía ganar dinero fácil haciendo algunos recados. Al principio dije que no, pero ya sabes cómo es. Siempre se las apaña para convencerte. Me dijo que les estaría haciendo un favor a mis amigos y yo ganaría un montón de dinero, como si fuera lo mejor para todos, ¿sabes? —Joe se rasca una mancha de barro en el chándal y me mira de reojo.

Lo sé. Cuando Billy se pone encantador, es irresistible. A lo largo de

los años lo he visto hacerlo con Noah y Joe más veces de las que puedo recordar, y tiene a Jenny comiendo de su mano. Conmigo nunca se ha molestado en fingir. Para él, siempre seré su madrastra malvada.

Suspiro.

—Es verdad.

—Nunca volveré a tocar las drogas, mamá. Te lo prometo.

—Bien.

—Anoche le dije a Billy que no quería tomar nada, pero no paraba de decir que yo era un gallina y yo solo quería que se callara. No tenía ni idea de que era puta ketamina.

—Esa boca, Joe.

—Sé que mis notas han bajado en el colegio, pero voy a ponerme las pilas de aquí a los exámenes finales. He decidido que quiero ir a la universidad. Creo que se lo debo a Annie, ¿sabes? Ella nunca podrá ir, así que debo asegurarme de hacerlo. Por los dos. —Su voz se quiebra y agarro el volante mientras me golpea una oleada de dolor.

—Es una gran idea —comento, una vez que mi respiración vuelve a estar bajo control—. Creo que a ella le gustaría.

Asiente, satisfecho.

—¿Qué te parece fisioterapia? Podría trabajar con la selección inglesa de *rugby*. Sería genial.

Lo miro y sonrío.

—Tienes razón.

Se calla un rato y, la siguiente vez que lo miro, se muerde el labio inferior.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¿Y si la policía descubre que he ayudado a Billy?

¿Ayudado a Billy? Vaya forma de darle un giro positivo a la historia. Joe debería olvidarse de la fisioterapia y trabajar en relaciones públicas.

—Creo... —Estoy a punto de entrar en mi papel habitual de mayor defensora de Joe y asegurarle que no hay nada de qué preocuparse. Que la policía no atará cabos. Que está a salvo y que su privilegiado futuro es tan brillante y dorado como siempre lo ha sido. Que todo

está bien.

Pero las palabras se me atascan en la garganta, porque no está bien. Annie está muerta, Lisa está sola y Noah yace en una cama de hospital con una herida de cuchillo que ha estado a milímetros de matarlo.

He consentido a Joe demasiado tiempo. Tiene dieciséis años. Es hora de que entienda que cada acción tiene una consecuencia, que cada piedra que tiras al agua causa una onda. Tiene que madurar.

—Mamá —me llama con desesperación en la voz—. ¿Qué pasará si la policía descubre lo de las drogas y eso?

—Tendrás que lidiar con ello, Joe. Sabes que papá y yo siempre estaremos de tu lado, pero no podemos encubrir un delito. Tendrás que enfrentarte a lo que has hecho y asumir la culpa. Pero estaremos ahí. Siempre estaremos ahí.

Porque ese es el trato, pienso, mientras fijo mis ojos en la carretera que tengo por delante. Cuando eres padre, no hay fecha de caducidad. No hay vía de escape. Estás en esto a largo plazo, te guste o no.

70

Dos semanas después

Me he descargado media docena de *podcasts* y un par de audiolibros para el largo viaje hasta Cornwall.

Fue idea de Noah que fuera. Dijo que me vendría bien alejarme unos días después de todo lo que ha pasado. No me apetecía dejarlo, pero su médico dice que está muy bien y que no me preocupe.

—Mándame un mensaje cuando llegues —dice Noah—. Te daría un abrazo, pero... —Se señala el estómago, que todavía le escuece por los puntos, y me besa en la mejilla—. Buen viaje, y no te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

—No lo haré —le digo—. Los dos sois mayorcitos como para cuidaros solos.

No hace mucho le habría recordado que Joe tiene entrenamiento de críquet después del colegio esta tarde y de *rugby* el sábado por la mañana, y que tiene que reservar un hueco para hacer la compra lo antes posible, pero no lo hago. Dejar de controlar hasta el más mínimo detalle de la casa ha sido muy fácil. Que se las arreglen entre ellos. Estoy al otro lado del teléfono si me necesitan.

Aparto la vista del cartel de «Se vende» al salir marcha atrás del camino de entrada. Puede que haya aceptado que tengo que dejar que Noah y Joe cuiden de sí mismos, pero aún no he asimilado que tengamos que vender The Old Vicarage.

El interés de los compradores ha sido demencial, nos dijo ayer la agente inmobiliaria con un regocijo casi indecente. Espera una guerra de ofertas. Solo espero que ganemos lo suficiente como para comprar algo más pequeño, sin hipoteca. No quiero volver a arriesgarme a perder mi casa.

Hemos decidido dejar South Langley, pero nos quedaremos en la zona. Será bueno empezar de cero en un lugar nuevo, donde la gente no susurre a nuestras espaldas. Un lugar donde nos sintamos

bienvenidos.

El coche se come los kilómetros y, antes de darme cuenta, estoy girando hacia la A30 y sigo las señales hacia Bodmin y Okehampton.

La madre de Lisa vive en las afueras de un pueblo costero, a trece kilómetros al este de Penzance. El viaje ha sido más o menos rápido y son poco más de las tres cuando llego.

Lisa debe haber estado esperándome, porque me abre la puerta en cuanto subo por el camino, junto a su VW Escarabajo, hasta el *bungalow*. Nos abrazamos y me lleva dentro. Vincent me saluda como si no me hubiera visto en un año, y su cola rechoncha se mueve con fuerza cuando me agacho para rascarle detrás de la oreja.

—Mamá ha ido al supermercado —dice Lisa. Está bronceada, con el pelo dorado casi platino por el sol. Solo alguien que la conozca bien se daría cuenta de las ojeras y de las arrugas de la frente—. ¿Quieres una taza de té o prefieres dar un paseo por la playa? Tengo que sacar a Vincent antes de que anochezca.

—Un paseo —decido—. Estoy rígida como una tabla.

—Un paseo será. Las botas de agua de Annie están en el garaje. Deberían quedarte bien.

Lisa me enseña la habitación de invitados y el cuarto de baño, y desaparece en busca de las botas de goma de Annie mientras yo me pongo unos vaqueros cómodos.

—¡Tachán! —Reaparece con un par de katiuskas con un brillante diseño de margaritas.

—Las botas de agua Orla Kiely de Annie. —Parpadeo para que no se me salten las lágrimas—. Iba a ponérselas para ir a Glastonbury en cuanto cumpliera dieciocho años.

—Así es. —A Lisa se le ensombrece la cara, pero se recupera enseguida—. Vamos. La playa es impresionante. Estoy deseando enseñártela.

Engancha a Vincent a su correa, cierra la puerta con llave y bajamos por la calle hasta el mar. Me siento bien al aire libre, la brisa salobre me llena los pulmones después de seis horas de viaje. Escucho satisfecha cómo Lisa me señala lugares de interés: la tienda de *fish and chips*, el campo de minigolf, el chiringuito de la playa

donde Lisa, Annie y Jackie solían disfrutar de cócteles después de un día al sol.

La playa es una media luna perfecta de arena dorada que se extiende al menos un kilómetro y medio. A esta hora está vacía, aparte de un puñado de personas que pasean a sus perros y unos cuantos entusiastas surfistas a la espera de la próxima ola.

Caminamos cogidas del brazo por la orilla. Lisa me habla de la clase de arte que ha empezado en el centro comunitario local y de la clase de *Hatha yoga* a la que asiste los miércoles por la mañana.

—Es curioso —dice—, pero me siento como en casa.

—Y yo que pensaba que eras una chica del sur de Langley de pura cepa —bromeo.

Se detiene y se vuelve hacia mí.

—Esa es la cuestión. He decidido mudarme aquí.

—¿Para siempre?

Ella asiente.

—Lo siento.

Le aprieto el brazo.

—No te preocupes. De hecho, yo también tengo noticias. Nuestra casa está en venta. Nosotros también nos mudamos.

—Pero te encanta tu casa.

—Lo sé, pero no podemos permitirnos seguir allí.

Cuando llamé a Lisa para contarle que el negocio de Noah había quebrado, me confesó que sabía que tenía problemas desde hacía tiempo. Él se lo había confiado una noche que lo encontró ahogando sus penas en el *pub*.

—¿Por qué ninguno de los dos me lo dijo? —pregunté.

—Noah no quería preocuparte, y no me correspondía a mí decírtelo.

Supuse que eso explicaba por qué se había sonrojado tanto al decirle por primera vez que creía que Noah tenía una aventura.

—Perdóname —dice ahora.

—No pasa nada. Solo son ladrillos y cemento. La gente sigue haciendo lo posible por evitarme. Para ser sincera, me alegraré de irme del pueblo.

—¿Las cosas no van mejor?

—La verdad es que no. Me las he arreglado para evitar a Greg Duffy, pero Siobhan y las otras madres me dan la lata cada vez que me las encuentro.

—¿Crees que fue Greg quien lanzó el ladrillo a través de tu ventana?

Sacudo la cabeza. Un par de días antes de irme a Cornwall, Bobbi-Jo Moody llamó a nuestra puerta y me preguntó con timidez si quería ir a ver a los gatitos de Maisie.

Inexplicablemente conmovida, le dije que no se me ocurría nada que me apeteciera más y la seguí al otro lado de la calle hasta su casa.

—Esta se llama Twinkle —anunció mientras cogía una gatita atigrada y la colocaba con cuidado en mi regazo.

—Es preciosa. —La acaricié con suavidad bajo la barbilla.

—Lo es —dijo ella con orgullo, luego su sonrisa se desvaneció.

—¿Va todo bien, Bobbi-Jo?

Se encogió de hombros, con los ojos azules llenos de preocupación.

—La cosa es que sé un secreto, y la señora Emerson dice que está mal guardar secretos, sobre todo los muy malos.

Sentí una chispa de inquietud.

—¿Ayudaría compartir tu secreto?

—Yo... creo que sí.

Le dediqué una sonrisa alentadora. Se quedó callada un momento y luego dijo:

—Connor tiró un ladrillo por tu ventana.

—*¿Connor* lo hizo?

Ella asintió mientras las palabras salían de su boca.

—Lo seguí y lo vi hacerlo. Estaba enfadado con Joe, por lo que le pasó a Annie. Sé que debería habérselo dicho a alguien, pero no quería que se metiera en problemas con la policía por si lo encerraban en la cárcel, como a mi padre. No lo harán, ¿verdad?

Connor tiró el ladrillo, no Greg Duffy ni ninguno de los otros vecinos. Connor. Un chico de dieciséis años que lidiaba con la muerte de su amiga de la única manera que sabía. Un nudo de tensión en algún lugar profundo de la boca de mi estómago se aflojó.

—Claro que no. —Me acerqué y apreté su mano—. Porque no se lo

diremos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero ¿qué pasa con tu ventana?

—La ventana no es importante. Entiendo por qué Connor estaba enojado con Joe. Yo también estaba enfadada con él, por lo que le pasó a Annie.

—Entonces, está bien —comentó ella, con sus estrechos hombros caídos por el alivio—. Me alegro de habértelo dicho. No me gustan los secretos.

—A mí tampoco —dije.

Lisa escucha mientras le cuento la conversación.

—¿No vas a denunciar a Connor por daños? —pregunta.

—No. Esos niños ya han sufrido bastante.

—Tienes razón. —Hace una pausa—. ¿Está todo bien entre Noah y tú?

—Sí. Solo Dios sabe cómo, pero es así. —Le lanzo una mirada maliciosa—. Me ha prometido comprarme un anillo de la eternidad para nuestro vigésimo aniversario de boda que sustituya a mi anillo de compromiso.

—Siempre te dije que era un buen partido. ¿Y Joe? ¿Se queda en Elmwood?

—Mamá se ha ofrecido a ayudarnos con las tasas del último trimestre y va a solicitar plaza en el Sixth Form College de Nesborough para el bachillerato.

—Apuesto a que Noah está encantado.

—Lo está. Sin duda ha sido una llamada de atención para Joe, lo que no es malo. Esta semana nos ha dicho que va a buscar un trabajo de verano en cuanto acabe los exámenes.

—Bien por él —dice Lisa—. Hablando de trabajos...

—Hay una reunión de padres después de Pascua. Espero volver al trabajo dentro de poco. Si no, siempre está The Swan. —Ambas nos reímos.

—¿Y qué pasa con Billy? —pregunta.

Nos acercamos cada vez más a la verdad y, cuanto más nos acercamos, más fuerte se hace mi deseo de desahogarme, porque sé cómo se sentía Bobbi-Jo. Si guardo el secreto de Joe mucho más

tiempo, temo que empiece a dividirse y multiplicarse como un cáncer agresivo y se lleve mis células sanas.

—A Billy lo recogió una patrulla mientras hacía autoestop de vuelta a Nesborough. Lo han acusado de posesión de un cuchillo en un lugar público. Su abogado cree que debería obtener la condicional ya que es su primer delito.

—¿Qué hay del hecho de que apuñaló a Noah y le dio ketamina a Joe? —Lisa se indigna.

—Ni Joe ni Noah lo van a incriminar, así que la policía no tomó más medidas. Creo que se mantendrá alejado de los problemas a partir de ahora. —Hemos llegado al final de la playa. Es la hora—. Vamos a sentarnos un rato, ¿vale? —digo, y nos ponemos cómodas en la arena y miramos al mar mientras Vincent husmea entre las charcas de las rocas. Tengo la boca seca y el corazón me palpita en el pecho. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Cuando le prometí a Joe que no le diría a la policía que le había dado el éxtasis a Annie, lo dije en serio. Pero también le hice una promesa a Lisa, una que pienso cumplir. Lo que ella decida hacer con esa información es cosa suya. Tal vez se lo diga a la policía y arresten a Joe. Si lo es, nos ocuparemos de ello. Tal vez ella entienda por qué hizo lo que hizo y lo perdone.

Es su decisión y solo suya.

Respiro hondo.

—Lisa, hay algo que necesito decirte.

71

No me guardo nada. Le describo cómo Joe amaba a Annie y que solo le dio el éxtasis para que ella correspondiera a sus sentimientos. Cómo Ethan y él le hicieron beber tanta agua porque pensaban que la estaban ayudando. Cómo los cinco adolescentes habían hecho un pacto para no contarle a nadie lo que había pasado aquella noche.

—Joe lo siente mucho, Lisa. No sé si lo superará —digo por fin.

—Si lo siente tanto, ¿por qué no está aquí para decírmelo él mismo? —pregunta. Su voz es fría y una sensación de terror me cala hasta los huesos. Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Se mire como se mire, Joe ha sido el responsable de la muerte de Annie.

—Él no sabe que te lo estoy contando. —Levanta la vista con brusquedad—. Yo quería que fuera tu decisión —le explico—. Si quieres contarle a la policía lo que pasó de verdad, lo entenderé.

—¿Incluso si eso significa que arresten a Joe?

—Pues sí —convengo—. Hizo lo que hizo por amor, pero no deja de ser una imprudencia, una estupidez y debería haberlo sabido. Si crees que debe pagar por lo que ha hecho, no me interpondré en tu camino.

Vincent se acerca con un trozo de madera en la boca. Lo deja caer a mis pies, ladea la cabeza y me mira con ojos esperanzados. Levanto el palo y lo lanzo lo más lejos que puedo. Aterriza con un chapoteo en las aguas poco profundas y el *Jack Russell* se lanza tras él, ladrando con entusiasmo.

—¿De verdad crees que lo siente? —pregunta Lisa al cabo de un rato.

—Sí que lo creo. —Es verdad. No me cabe duda de que la culpa será una carga que Joe tendrá que llevar el resto de su vida—. Hizo algo malo, pero no es una mala persona.

—Lo sé. —Lisa apoya la barbilla en las rodillas y mira al mar—. Siempre cuidó de Annie, ¿verdad? ¿Recuerdas la vez que pegó a aquel niño por empujarla del tobogán en el recreo?

—Le dijiste que era el mejor.

Ella sonríe.

—La amaba. —Se calla de nuevo, luego dice por fin—: Sabía que la amaba.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Lo sabías?

—Siempre había albergado la secreta esperanza de que algún día se enamoraran. Que se casaran, que tuvieran hijos, todo eso. Habría sido perfecto. Nosotras dos, abuelas orgullosas. —Se muerde el labio inferior—. Supe que se había enamorado de Annie el día que fuimos a Brighton. Podía verlo en sus ojos. Estaba locamente enamorado. Debería habértelo dicho. Quizás si lo hubiera hecho...

—Ni se te ocurra

—Supongo que lo que intento decir es que creo que entiendo por qué Joe hizo lo que hizo. Quería que Annie lo amara. Es lo que todos queremos, ¿no? Amar y ser amados.

—Es cierto.

Lisa se vuelve hacia mí. Tiene la cara llena de lágrimas, pero los ojos claros y la voz decidida.

—No iré a la policía.

—¿No lo harás?

—Sigo pensando, ¿qué querría Annie? Odiaría que arrestaran a Joe. ¿Y si lo condenaran? Lo enviarían a un reformatorio, y ella no querría eso. Él era su mejor amigo y lo quería. Tal vez no de la manera que a él le habría gustado, pero lo hacía, no obstante.

Lisa hace una pausa y yo contengo la respiración.

—De todas formas, no cambiaría nada —continúa—. Nada traerá de vuelta a Annie. Os haría pasar un infierno, y yo nunca os haría eso. Creo que ya habéis sufrido bastante. —Asiente para sí misma—. No saber lo que pasó aquella noche era intolerable, pero ahora que sé la verdad, al menos puedo empezar a aceptarlo.

—Gracias. —Se me llenan los ojos de lágrimas de alivio—. Siento mucho no habértelo dicho antes.

—Me lo dices ahora, ¿verdad? —Lisa se levanta, se quita la arena de los vaqueros, extiende un brazo y me incorpora. Nos abrazamos un momento antes de que ella se separe y una su brazo al mío.

Entiendo por qué a Annie le encantaba este lugar. El cielo inmenso, la playa infinita y el fuerte oleaje son embriagadores. Por un

momento, me permito fingir que camina a nuestro lado, charlando sobre su día: una chica dorada en una playa dorada. Alegre, vivaz, *llena de vida*.

Lisa se detiene frente a mí, con la cara llena de lágrimas.

—Dime que tú también puedes sentirla —me dice con urgencia.

—Sí, la siento.

Riendo y llorando, volvemos sobre nuestros pasos hacia el *bungalow* mientras las gaviotas revolotean sobre nosotras y el mar avanza inexorablemente hacia la orilla.

EPÍLOGO

Jenny

Jenny Griffiths empuja un carrito por los pasillos del supermercado y decide lo que Billy y ella van a merendar. Sus ojos se clavan en los precios. ¿Quién puede permitirse dos libras con cincuenta por un paquete de galletas? Jenny suele comprar en Aldi o Lidl porque tiene que vigilar cada céntimo desde el día en que Noah se marchó.

Durante dieciocho años ha escatimado y ahorrado, comprando comida de marca blanca y duchándose cada dos días. Billy y ella han vivido a duras penas en su estrecho adosado de dos habitaciones mientras Noah y la zorra se paseaban por The Old Vicarage viviendo la vida loca.

Jenny cometió el error de buscar la casa de su exmarido en Rightmove poco después de comprarla. Había ojeado las fotos con creciente enfado, y se había fijado en las amplias y luminosas habitaciones, los detalles originales y el enorme jardín con vistas a la iglesia. Era el tipo de casa en la que Jenny siempre se había imaginado que viviría algún día.

Ni en sueños.

Se detiene en el pasillo de la carne y examina los filetes. Coge un entrecot ecológico y lee la etiqueta. El corte entreverado procede de ganado criado con hierba, grano y forraje. Cuesta casi ocho libras el kilo, una cantidad obscena, pero Billy y ella están de celebración, así que echa dos en el carrito. Se dirige a los postres y elige una tarta de caramelo salado y chocolate, y un tarro de nata. En el pasillo de los congelados, añade a una bolsa de patatas fritas tres veces cocidas y una bolsa de guisantes ecológicos. Al final, se dirige al pasillo de las bebidas y se decide por una botella de Cabernet *sauvignon* para ella y cuatro latas de Stella Artois para Billy.

Jenny se marea cuando la compra asciende a casi cincuenta libras. Está a punto de preguntarle a la mujer de pelo blanco de la caja si puede cambiar los filetes por una lata de carne en conserva, pero se

detiene. Apuesta a que Noah y la perra comen filetes a todas horas, y si son lo bastante bueno para ellos...

Jenny paga la comida y camina por la calle hasta la parada, las bolsas de la compra le pesan más a cada paso. Mientras espera a que llegue el autobús, manda un mensaje a Billy.

No llegues tarde esta noche. Tengo planeado algo especial. Besos.

Ya está en el autobús, a medio camino de casa, antes de que él responda.

OK.

Es todo lo que puede esperar de él. Antes estaban muy unidos, pero al llegar a la adolescencia empezó a distanciarse. Una vez, durante una discusión, le dijo que lo estaba asfixiando, pero ella está segura de que no lo decía en serio.

El problema es que ha tenido que ser madre y padre desde que Noah la dejó por esa mujer.

Jenny mira por la ventana mientras la ciudad pasa a toda velocidad. Sus pensamientos vagan y le viene a la mente un recuerdo que ha revivido tantas veces en los últimos diecisiete años que casi la reconforta por lo familiar que le resulta.

Había dejado a Billy, que tenía siete años, en casa y había cruzado la calle para ir a la de su hermana Sheila a por leche cuando sonó su teléfono. Contestó sin comprobar el número, preocupada por si era Billy, y se sorprendió al escuchar a una mujer cuya voz no reconocía y que le preguntó por su nombre.

—Antes de que empieces con tu retahíla, no he tenido ningún accidente laboral —iba a decir Jenny, pero la mujer se cruzó en su camino.

—Soy Bernice —anunció, y una oleada de miedo se tensó alrededor del pecho de Jenny. ¿Por qué iba a llamarla Bernice, la jefa de la oficina de Noah, a las seis de la tarde de un jueves?

—¿Ha pasado algo? —jadeó Jenny—. ¿Noah está bien?

—Está bien —le aseguró—. No llamo por eso. —Hizo una pausa—. Lo he pensado mucho antes de llamarte, Jenny, pero yo querría saberlo si estuviera en tu lugar.

—¿En mi lugar? ¿De qué estás hablando? —preguntó confundida.

—Si mi marido me estuviera engañando.

Jenny guardó silencio cuando las palabras de la mujer calaron hondo.

Bernice se aclaró la garganta.

—Siento tener que contártelo —empezó, aunque a Jenny le pareció que no lo sentía en absoluto. De hecho, sonaba arrogante, incluso complacida—. Noah se acuesta con una de sus clientas. Una mujer llamada Eve. Se ha convertido en una habitual. Si te presentaras en su piso sin avisar, seguro que la encontrarías instalada allí como si fuera la dueña.

Jenny podía oír el tono agrio de la voz de Bernice por encima de su propio corazón martilleante. Siempre había sospechado que la directora del despacho de Noah estaba enamorada de él en secreto. Parecía que sus sospechas eran ciertas. Pero si lo que Bernice decía era cierto...

—No te creo —dijo Jenny.

Bernice chasqueó la lengua, un sonido que pareció resonar en el teléfono.

—Cree lo que quieras. A mí no me importa. Pero no digas que no te lo advertí. —La línea se cortó.

Jenny se desplomó en el sofá hundido de Sheila, con el móvil agarrado en la mano mientras su vida implosionaba a su alrededor.

Bernice podía estar mintiendo, pero Jenny sabía en el fondo que decía la verdad. Noah llevaba meses distraído, su estado de ánimo solo se levantaba los domingos por la tarde cuando le llegaba la hora de volver a Londres. Ella había bajado la guardia y, de repente, todo lo que le importaba se le escapaba de las manos.

Sheila apareció en la puerta, con la leche en la mano, pero Jenny ya había salido corriendo de la habitación y cruzaba la calle. La puerta estaba entreabierta, tal como ella la había dejado, y la abrió de un empujón, temblando en su fina camiseta de algodón. El asfixiante silencio la golpeó, tan espeso y sólido como un muro.

Jenny trastabilló por la casa, conmocionada. Todo parecía idéntico, pero ella sabía que nada volvería a ser igual. Después de prometerle que la amaría y la cuidaría hasta el día de su muerte, Noah la había

traicionado de la peor manera imaginable y había destrozado su pequeña familia.

Encontró a Billy frente a la televisión y lo abrazó tan fuerte que él se quejó de que le hacía daño. Pero no ella no lo soltó. Era lo único que le quedaba.

Ahora, mientras apoya la frente en el frío cristal de la ventanilla del autobús, los recuerdos la golpean con fuerza suficiente como para dejarla sin respiración, incluso después de tantos años. Eve abriendo la puerta del piso de Noah en Londres: la prueba, si la necesitaba, de que las afirmaciones de Bernice eran ciertas. El día que Noah le dijo que estaba embarazada. Billy anunciándole que había tenido el bebé. Le había hecho mucha ilusión tener un hermanito. Jenny reprime una sonrisa. Hasta que ella lo envenenó contra todos.

Poner a Billy en contra de Eve fue fácil. Incluso con solo siete años, vio que su madrastra había sido la responsable de la ruptura de su familia, y unas cuantas observaciones bien escogidas de Jenny consolidaron su eterna desconfianza hacia la segunda esposa de su padre.

Jenny pensó que Noah sería un hueso más duro de roer porque Billy siempre había adorado a su padre. Sin embargo, la erosión de la confianza había resultado más fácil de lo que ella pensaba.

Una pregunta aquí, una mentira allá. Falsos recuerdos plantados, la historia reescrita para adaptarse a la narrativa de Jenny.

«*¿Crees que tu padre se habría ido si se hubiera preocupado por ti de verdad? ¿No ves que te está usando para vengarse de mí? Sé que crees que lo quieres, pero estás mejor sin él*».

Gota, gota, gota.

Billy pronto vio que ella tenía razón: que Noah era poco fiable y un manipulador. Que a esa zorra solo le importaba su mocoso, y que el niño no se detendría ante nada para acaparar el amor de su padre, como un cuco en el nido.

Sugerirle a Billy que le pidiera a su padre que invirtiera en su nueva aplicación de *fitness* había sido una jugada maestra. Sabía que la empresa no llegaría a nada; los disparatados planes de Billy nunca llegaban a buen puerto. También sabía que no tardaría mucho en gastarse el dinero. Y los bolsillos de Noah habían demostrado ser

más profundos de lo que Jenny o Billy habían imaginado. Su generosidad se debía a la culpa, por supuesto. Era su forma de compensar a Billy por haberlo abandonado cuando era niño. Una deuda que debía saldar.

Es una pena que Noah haya perdido su negocio y esté a punto de perder su casa en el proceso. ¡Ja!

El autobús gira y Jenny se levanta para tocar el pulsador. Tratar con el lunático de Joe se convirtió en su siguiente obsesión. Se daba cuenta de que Billy se debatía entre querer un hermano y tener a Noah para él solo, pero ¿por qué tenía que compartir a su padre?

Ella echó más leña al fuego. Le dijo a Billy que Joe era un parásito que chupaba de su padre y que, hiciera lo que hiciera, siempre sería el segundón. No estaba tan lejos de la verdad, ¿no? Mira la pequeña fortuna que Noah y Eve se gastaron enviando a Joe a un colegio privado mientras Billy tenía que conformarse con su instituto local.

El verano pasado, Jenny vio otra oportunidad en cuanto encontró un alijo de drogas y dinero escondido bajo una tabla suelta del suelo en el dormitorio de Billy. Lo sentó y lo obligó a contarle lo que hacía, trató de ocultar su sorpresa cuando admitió que estaba involucrado en tráfico de drogas. Aunque sabía que las había probado, no tenía ni idea de que había empezado a menudear. También había un pequeño destello de algo más. Fascinación, desde luego, porque ese mundo de teléfonos desechables, casas alquiladas y trapicheos era lo más alejado posible de su propia realidad. ¿Orgullo? Tal vez un poco. Jenny siempre sería la más firme defensora de Billy, pero incluso ella debía admitir que era un poco vago. Sin embargo, se había tomado muy en serio su nuevo papel con su último jefe, Caleb. Y, al final, emoción: una idea comenzaba a formarse en su cabeza...

¿Y si Billy reclutaba a Joe para el tráfico de drogas que Caleb y su banda operaban en Nesborough? La posibilidad de que el mocoso de Eve pudiera acabar con una condena por tráfico de estupefacientes hizo que Jenny casi saltara de alegría. Así que empezó a soltar indirectas. Pistas que Billy, siempre tan sugestionable, captó y siguió, bendito sea.

Pronto le vino a la cabeza la idea de crear su propia empresa para

ganar dinero. Una idea que requeriría planificación y paciencia, pero que, si tenía éxito, le permitiría comprar filetes de ternera ecológicos durante cincuenta y dos semanas al año.

Jenny da las gracias al conductor cuando el autobús se detiene. Sube a la acera y busca las llaves en el bolsillo. Mientras sube por el camino hasta la puerta de su casa, ve a la gata carey de su vecina, Hazel, acuclillada en el parterre. Deja caer las bolsas de la compra y da una fuerte palmada, pero es demasiado tarde. La gata ha hecho sus necesidades, le lanza una mirada desdeñosa y un «jódete» felino, salta el muro que separa las dos casas y desaparece.

Con los dientes apretados, Jenny mete la llave en la cerradura. En cuanto oscurezca, saldrá con una pala y tirará la mierda al jardín de al lado. Con un poco de suerte, Hazel la pisará. La venganza, como dicen, es un plato que se sirve mejor frío.

Jenny deshace la compra y se prepara una taza de té. La lleva al salón y se sienta en el sofá con un gruñido de agradecimiento. Comprueba el rastreador y la aplicación de localización de su teléfono. Billy se dirigía a Dagenham para buscar clientes para su nueva empresa. A juzgar por el punto móvil, está de camino a casa.

Al principio, se horrorizó cuando descubrió que Billy, y no Joe, estaba detenido en la comisaría de Nesborough. Cuando el sargento le explicó lo que había ocurrido en el bosque aquella noche, se echó a reír.

Eso sí, después de colgar.

No deseaba la muerte de Noah, pero había cierta justicia poética. Él la había apuñalado por la espalda, en sentido figurado, al abandonarlos a ella y a Billy. Billy le había devuelto el favor. Era una recompensa por el infierno que Noah les había hecho pasar.

Al día siguiente, Jenny tomó prestado el coche de Hazel para ir a Nesborough a recogerlo a la comisaría. Una de las condiciones de su fianza es que viva con ella en Essex. Y está aprovechando al máximo el tener a su hijo en casa.

Billy ha estado apagado estas dos últimas semanas, como si se hubiera quedado sin fuerzas. Jenny sabe que se siente mal por lo que le pasó a esa chica, aunque no fue culpa suya. También vive con el miedo de que la policía llame a su puerta y lo detenga por tráfico

de drogas, porque, si Caleb o uno de sus compinches lo implica, estará en el calabozo más rápido de lo que se puede pestañear. Lo que más ha sorprendido a Jenny es lo culpable que se siente por la forma en que trató a Noah.

—Por primera vez en mi vida, papá creyó de verdad en mí —dijo Billy—. ¿Y qué hice? Metí la pata hasta el fondo. Voy a devolverle el dinero, en serio. Hasta el último centavo.

Jenny puso los ojos en blanco antes de darse cuenta de que la determinación de devolverle el favor a su padre podía jugar a su favor.

La desagradable realidad es que no tienen un duro. El golpe de gracia fue perder sus ahorros para imprevistos a manos de un joven y simpático techador que afirmó que su chimenea necesitaba un rejuntado.

Al final, no resultó tan simpático, ya que le cobró tres mil libras por la reparación de la chimenea y por sustituir las tejas sueltas que encontró mientras trabajaba. Cuando al día siguiente se presentó un agente de policía de apoyo a la comunidad, de aspecto desaliñado, advirtiéndole de que en la zona operaba una banda de comerciantes deshonestos y aconsejándole que no aceptara trabajadores a puerta fría, Jenny se puso furiosa.

Entre otras cosas porque Eve, su némesis, le había dicho que parecía una estafa.

Ahora, Jenny ni siquiera puede llamar a su exmarido porque está tan pelado como ella.

Se dirige de nuevo a la cocina para enjuagar su taza bajo el grifo, luego coge la llave de la cadena de plata que lleva colgada al cuello y abre la estrecha puerta del sótano. No hace falta encender la luz, porque la habitación subterránea, de tres por tres metros, ya está iluminada. Aprender a burlar el contador de la luz es solo una de las muchas nuevas habilidades que Jenny ha adquirido en las dos últimas semanas. Es increíble lo que se puede aprender en Internet si sabes dónde buscar.

Un penetrante olor la golpea al bajar los empinados escalones de piedra. Tiene cuidado de no tropezar con los cables que sale de un enchufe doble en la cocina. También hay una manguera que

conduce a un sistema hidropónico que mantiene las plantas regadas las veinticuatro horas del día.

Comprar semillas de cánnabis es perfectamente legal en el Reino Unido, eso descubrió Jenny cuando empezó a investigar sobre su nueva aventura empresarial. Lo que va contra la ley es germinarlas. Cultivar veinte plantas hasta la madurez está muy mal visto por los chicos de uniforme azul.

No es que tenga intención de que la pillen. Es por eso por lo que ella está dispuesta a mantener la operación a pequeña escala por el momento. Solo las veinte plantas, que, cuando maduren, tendrán un valor en la calle de alrededor de mil libras cada una.

Aún necesitan crecer un poco más. Jenny cree que florarán en un mes más o menos. Tendrá que esperar a que los brotes maduren para cosecharlos. Luego viene el proceso de secado, para el que ya ha aprendido algunos trucos y consejos con vídeos en internet. Por último, cuatro meses después de plantar las semillas, la cosecha estará lista para vender.

Por suerte, Billy está en el lugar perfecto para ayudarla. Le costó un poco persuadirlo para que subiera a bordo. Jenny tuvo que utilizar todos los trucos emocionales de su nada despreciable arsenal para convencerlo. Por ironías del destino, lo que lo convenció fue que él podría utilizar su parte de los beneficios para pagar Noah. No se puede tener todo.

Es curioso, piensa Jenny, mientras frota una de las puntiagudas hojas verdes entre el pulgar y el índice, y aspira el característico olor dulzón. Si alguien le hubiera dicho hace dos meses que iba a establecerse como traficante de cánnabis a pequeña escala para ayudar a pagar las facturas, habría pensado que estaba como una cabra.

Quién sabe, si su negocio secundario resulta rentable, podría incluso ampliarlo.

Sonríe para sus adentros. Nesborough tiene pocos servicios ahora que Caleb y sus compinches están entre rejas. Quizá Billy pueda convencer a su hermano pequeño para que se una al negocio familiar. Sería bueno tener un chivo expiatorio al que puedan echar a los leones si la policía llama a la puerta. Ver a Joe entre rejas, donde

debe estar, sería bastante gratificante. Incluso podría compensar un poco el desagradable hecho de que el matrimonio de Noah y Eve parezca más fuerte que nunca.

En lo que concierne a Jenny, Joe es un blanco fácil. Quizás Eve debería haber pensado en eso antes de robarle a Noah hace tantos años. Cosechas lo que siembras.

La sonrisa de Jenny se transforma en una mueca. No, aún no ha terminado con Eve y su pequeña familia perfecta.

Todavía no.

CARTA DE A. J. MCDINE

Estimado lector:

¡Muchas gracias por leer *Todo el mundo tiene secretos*! Espero que lo hayas disfrutado. Si es el primero de mis libros que lees, ¡bienvenido! Si has estado conmigo desde el principio, muchas gracias por quedarte. Tu apoyo significa mucho para mí.

Si quieres estar al día de las novedades, haz clic en el enlace de abajo y te avisaré cuando publique un nuevo libro. Nunca compartiré tu dirección de correo electrónico y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/a-j-mcdine

Todo el mundo tiene secretos es mi octavo *thriller* psicológico y se basa en una idea que me ronda la cabeza desde hace un par de años: ¿cómo afrontaría una madre cariñosa que su hijo fuera acusado de un crimen que no ha cometido?

Eve es la típica madre helicóptero cuyo hijo, Joe, es el centro de su mundo. Cuando Annie, la ahijada de Eve, acaba en el hospital tras una fiesta en su casa, Joe se ve implicado. Tenía ganas de ver hasta dónde llegaría Eve para proteger a su único hijo. Por supuesto, si has terminado el libro, sabrás que nada es sencillo, ¡sobre todo en un *thriller* psicológico!

Escribir sobre las relaciones entre madres y adolescentes es una de mis pasiones y, como madre de dos chicos de veinte y veintidós años, tengo mucho material en el que inspirarme. Espero que la relación entre Eve y Joe resuene en todos los que han experimentado las alegrías y los retos de vivir con un adolescente, ¡y no solo vivir con la nevera siempre vacía!

Si te ha gustado la historia de Eve, sería estupendo que dejaras una reseña en Amazon o Goodreads.

Las reseñas ayudan a los nuevos lectores a descubrir mis libros, y me encantaría conocer tu opinión.

Pero, por favor, ¡sin *spoilers*!

No dudes en escribirme a amanda@ ajmcdine.com, visitar mi página web o venir a saludarme a Facebook o Instagram.

Te deseo lo mejor,
Amanda x

www.ajmcdine.com
facebook.com/ajmcdineauthor instagram.com/ajmcdineauthor

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, quiero dar las gracias al maravilloso equipo de Bookouture. Después de haber sido autora independiente durante muchos años, en los que he sido autora, editora, correctora, maquetadora, publicista, comercializadora, jefa de finanzas y chica para todo es agradable poder dedicar todo mi tiempo a escribir, sabiendo que esas otras tareas están en manos extremadamente capaces. Me encanta formar parte de la familia Bookouture.

Doy las gracias sobre todo a mi editora, Natasha Harding, cuya perspicacia y ánimo han hecho de este libro lo mejor que puede ser. Estoy deseando que trabajemos juntas en mi próximo thriller.

Me gustaría dar las gracias a mi editora, Jane Eastgate, y a mi correctora, Lynne Walker, por su ojos clínico y su experiencia, y a mi publicista, Noelle Holten, por hacer correr la voz sobre *Todo el mundo tiene secretos*.

También me gustaría dar las gracias a Harriet Monday por ser una persona maravillosa y dejarlo todo para dar a mis libros una última y definitiva lectura, y a la doctora Penny Davies, por responder a mis extrañas preguntas médicas. Todos los errores incluidos en el libro son míos.

Un enorme y sincero agradecimiento a todos los blogueros y reseñistas que se toman la molestia de leer y recomendar mis libros. Algunos me habéis acompañado desde el principio y vuestro apoyo significa mucho para mí.

Me gustaría hacer una mención especial a Emma Bradley, de Gales, que ganó un concurso de lectores para que un personaje llevara su nombre. Emma, que trabaja en un colegio como auxiliar docente, ¡ha sido ascendida a directora en *Todo el mundo tiene secretos*!

Por último, me gustaría *darte* las gracias por haber elegido este libro. Espero que lo hayas disfrutado.